EMMANUEL DROIT

LA DESNAZIFICACIÓN

¿Cómo afrontar el pasado nazi tras la caída del Tercer Reich?

Alemania 1945-1949: una historia de purgas, olvidos y ocultamientos

Shackleton books

EMMANUEL DROIT

LA DESNAZIFICACIÓN

¿Cómo afrontar el pasado nazi tras la caída del Tercer Reich?

Alemania 1945-1949: una historia de purgas, olvidos y ocultamientos

Shackleton books

LA DESNAZIFICACIÓN

LA DESNAZIFICACIÓN

¿Cómo afrontar el pasado nazi tras la caída del Tercer Reich? Alemania 1945-1949: una historia de purgas, olvidos y ocultamientos

EMMANUEL DROIT

Shackleton books

Título original: La dénazification. Posthistoire du IIIe Reich

La desnazificación. ¿Cómo afrontar el pasado nazi tras la caída del Tercer Reich? Alemania 1945-1949: una historia de purgas, olvidos y ocultamientos

© de la autoría, Emmanuel Droit, 2024

© Presses Universitaires de France / Humensis, 2024

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2025

© de la traducción, Sara Mendoza Bravo

Shackleton books

@Shackletonbooks

www.shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Lookatcia

Diseño y maquetación: reverté-aguilar

Fotografías: p. 71 (d.p./Bundesarchiv-Rudolph), p. 90 (d.p./Bundesarchiv), p. 141 (d.p./NS-Dokumentationszentrum, Múnich), p. 161 (d.p./Imperial War Museum), p. 191 (d.p./Bundersachiv Bild 183-M1129-307), p. 225 (d.p./CC BY-SA 3.0).

Conversión a ebook: Iglú ebooks

ISBN: 978-84-1361-593-6

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Lista de abreviaturas

Prólogo

La desnazificación, o el estatus de la verdad en la historia

Introducción. La desnazificación como experiencia

Atención a los detalles

Buscar a los responsables y no a los culpables

Un pasado siempre presente

Un fantasma del pasado

La desnazificación: entre lógica depuradora, régimen emocional y trabajo cultural

Una memoria que no se enfría

La historia de un fracaso

Una producción historiográfica muy densa

Un discurso precoz sobre el fracaso

Volver a hacer de la desnazificación un enigma de la historia

Año cero: entre ruinas y apatía

Alemania: una sociedad del colapso

Las ruinas o la medida del orgullo humano

Un desafío logístico y humano

La retirada de escombros como castigo

Las mujeres y la cuestión de la retirada de escombros

¿Una sociedad apática?

Mil y una formas de desnazificar, o el rigor punitivo americano-soviético

Una titánica ambición común

Primero, una voluntad americana

Una puesta en marcha diferenciada entre cada zona de ocupación

Berlín, zona de observación preferente de la desnazificación

Una política soviética severa pero improvisada

El rigor de la purga estadounidense

Mil y una maneras de desnazificar o el pragmatismo francobritánico

El llamado a la moderación del alcalde de Hamburgo

Prioridad a la administración indirecta en el sector francés

La amnistía, la otra cara de la desnazificación

Una herramienta clásica para salir de la guerra

Prioridad para los jóvenes

El cuestionario o el espejo del alma nazi

«El país del cuestionario»

Al principio era el cuestionario

Una solución burocrática para un problema político

Los orígenes estadounidenses del cuestionario

Entre la herramienta de evaluación y la experiencia individual

Los comités de desnazificación o el voluntariado político

Un apoyo burocrático femenino

Un voluntariado político en el fundamento moral de la democracia

Los gestores de la desnazificación: de los investigadores a los evaluadores

Investigadores: los primeros eslabones de la cadena de desnazificación

Comités de desnazificación

Un mundo de parias o la solidaridad alemana

El surgimiento de una comunidad de víctimas

Formas de solidaridad con los «parias»

La economía de la inocencia: entre la recomendación y la súplica

Una práctica social con efectos desiguales

La cruzada antidesnazificación de las Iglesias

Las Iglesias o la cruzada del iusnaturalismo

Un reconocimiento superficial de la culpabilidad o el argumento iusnaturalista

Voces críticas aisladas

La desnazificación como «enfermedad crónica»

Entre la seguridad del silencio y la denuncia de la desnazificación

La cruzada a destiempo de Otto Koellreutter

El caso Veit Harlan o la responsabilidad artística en el exterminio de los judíos

Un escándalo político y cultural

Un hombre libre

La búsqueda de la reinserción profesional de «Harlan el maldito»

La indulgencia del tribunal

El tribunal de la historia o el error político de Oskar von Hindenburg

La voluntad de judicializar el pasado reciente

Un juicio puede ocultar otro

¿Responsable pero no culpable?

Responsabilidad política frente a responsabilidad individual

Conclusión

La experiencia de la desnazificación: ni completa ni irreprochable

Una experiencia ni completa ni irreprochable, pero espectacular

Una experiencia temporal desincronizada

Una experiencia emocional

¿Una experiencia de cambio de cultura política?

Apéndices

Bibliografía recomendada

Agradecimientos

«Mañana, Frida irá a Oldenbourg con el cuestionario… La suerte está echada».

Hans-Karl Friedrich, Heiligenhagen, 23 de mayo de 1946

«Me han retirado el derecho a voto. De momento, me da igual, pero cuando llegue el momento no me dejaré pisotear y me enfrentaré a la "desnazificación"».

Ernst Reichmann, Friburgo de Brisgovia, 30 de junio de 1946

«Nunca tuve la impresión de pertenecer a una organización que servía a fines criminales».

Otto Lutter, Hamburgo, 1948

«Si todo lo que se ha dicho es cierto —debo confesar que a veces me cuesta creerlo— nunca jamás de los jamases lo defendería y, si me pidieran una vez más que lo hiciera, debo decir que no lo haría. Pero también debo contar esto y hacer honor a la verdad: se hicieron muchas cosas buenas en esa época, en el buen sentido del término».

Elfriede Müller, 16 de marzo de 1949

Lista de abreviaturas

AfD

Alternative für Deutschland (Alternativa para Alemania).

AMGOT

Allied MIlitary Goverment of Occupied Territories (Gobierno Militar Aliado de los Territorios Ocupados).

BVG

Berliner Verkehrsbetriebe-AG (Compañía de Transporte Berlinesa).

CCFA

Commandement en chef français en Allemagne (Gobierno militar francés en Alemania).

CDU

Christlich-Demokratische Union (Unión Demócrata Cristiana).

DDP

Deutsche Demokratische Partei (Partido Democrático Alemán).

DEFA

Deutsche Film AG (Empresa Cinematográfica Alemana).

DM

Deutschemark (Marco alemán).

DNVP

Deutschnationale Volkspartei (Partido Popular Nacional Alemán).

DVdI

Deutsche Verwaltung des Innern (Administración Alemana del Interior).

DZVV

Deutsche Zentralverwaltung für Volksbildung (Administración Central para la Educación del Pueblo).

EKiD

Evangelische Kirche in Deutschland (Iglesia evangélica en Alemania).

FDP

Freie Demokratische Partei (Partido Democrático Libre).

HJ

Hitlerjugend (Juventudes Hitlerianas).

KPD

Kommunistische Partei Deutschlands (Partido Comunista de Alemania).

LAB

Landesarchiv Berlin (Archivos del Estado de Berlín).

LDPD

Liberal-Demokratische Partei Deutschlands (Partido Liberal--Demócrata de Alemania).

NKVD

Naródny komissariat vnútrennij del SSSR (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la URSS).

NSDAP

Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei (Patido Nacionalsocialista Obrero Alemán).

OdF

Opfer des Faschismus (Asociación de Víctimas del Fascismo).

OMGUS

Office of Military Government, United States (Oficina del Gobierno Militar de los Estados Unidos).

OUN

Orhanizatsiya ukrayins'kykh natsionalistiv (Organización de Nacionalistas Ucranianos).

PIS

Political Intelligence Service (Servicio de Inteligencia Política).

PNF

Partito Nazionale Fascista (Partido Nacional Fascista).

RDA

República Democrática Alemana.

RFA

República Federal Alemana.

RM

Reichsmark (Marco imperial).

SA

Sturmabteilung (Sección de asalto).

SBZ

Sowjetische Besatzungszone (Zona de ocupación soviética de Alemania).

SD

Sicherheitsdienst (Servicio de seguridad de las SS).

SED

Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (Partido Socialista Unificado de Alemania).

SHAEF

Supreme Headquarters Allied Expeditionary (Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada).

SMAD

Sowjetische Militärische Administration in Deutschland (Administración Militar Soviética en Alemania).

SPD

Sozialdemokratische Partei Deutschlands (Partido Socialdemócrata de Alemania).

SS

Schutzstaffel (Escuadrón de protección).

USFET

United States Forces, European Theater (Fuerzas Estadounidenses en el Teatro de Operaciones Europeo).

ZFO

Zone Française d'Occupation (Zona de ocupación francesa).

Prólogo

La desnazificación, o el estatus de la verdad en la historia

«No hay verdad que, al pasar por la atención, no mienta».[1]

Jacques Lacan

Al principio, había una exigencia de verdad manifestada por los miembros de la alianza antihitleriana. Pero ¿a qué verdad se referían? ¿Acaso esperaban que los millones de alemanes que habían pertenecido al partido nazi[2] o a una de sus organizaciones de masas iban a decir toda la verdad y nada más que la verdad, inmediatamente después de la «catástrofe alemana»?[3]

La cita de Jacques Lacan que introduce este prólogo puede sorprender e incluso resultar impactante. No quiero que el lector malinterprete mis intenciones. A lo largo de esta investigación dedicada al fenómeno de la desnazificación, en ningún caso tengo la intención de realizar una lectura psicoanalítica de la sociedad alemana posnazi. La ambición de este ensayo es seguir las huellas de las diferentes experiencias de desnazificación y los millones de relatos del Tercer Reich que produjeron.

Situar este libro bajo el amparo intelectual de Lacan implica, sin embargo, recordar lo que une la historia y el psicoanálisis,[4] a saber, la atención dedicada a verdades (co)producidas por individuos corrientes, emplazados en una configuración sociopolítica específica y en una época determinada. ¿Cómo los millones de alemanes confrontados al proceso de desnazificación, mediante representaciones propias, estrategias retóricas y reconstrucciones forzosamente subjetivas, volvieron a dar sentido a sus vidas después de 1945? ¿Cómo construyeron una identidad posnazi en aquella Alemania invadida y dividida en cuatro zonas de ocupación?

Para la mayoría de alemanes, contar su verdad en un tribunal, ante los miembros de un comité de depuración y tras haber respondido a un cuestionario y reunido testimonios de buen comportamiento escritos por su entorno cercano, era una manera de intentar justificar su vinculación con el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, NSDAP) o con una de sus organizaciones satélites, pero también era una forma de subrayar las presiones, a veces muy fuertes, que pudieron limitar de facto sus decisiones personales en la época de la dictadura.

Contar su verdad suponía compartir, directa o indirectamente, con los oficiales militares occidentales o soviéticos y con los alemanes representantes de las «fuerzas democráticas» o «antifascistas» que formaban parte de los comités de depuración, su vivencia particular de doce años de nacionalsocialismo. Enfrentarse al relato de su vida bajo el Tercer Reich era un acto necesario para pasar página lo más rápido posible y seguir adelante, entre el olvido selectivo y el trabajo cultural sobre el pasado.

Dicho de otro modo, la verdad sobre las experiencias de la desnazificación, tal y como se ha conservado hasta hoy en miles de informes y en los archivos, tiene lagunas por defecto, es parcial o engañosa. El relato pasado de los años 1933 a 1945 e incluso el relato de lo que concierne a un compromiso con el NSDAP anterior al 1 de mayo de 1933 ha sido modificado, corregido u omitido en función de los intereses del presente, a saber, escapar a las consecuencias de una lógica depurativa considerada inicua y discriminante.

Esos millones de alemanes corrientes no podían, pura y simplemente, borrar su pasado nazi. Este último iba a formar parte de sus vidas para siempre. El régimen nacionalsocialista les había proporcionado marcos de pensamiento y representaciones del mundo y, por lo tanto, también modos de (sobre)vivir.

El régimen había trazado, mediante la ley y también la violencia callejera de las SA, las delimitaciones racistas y exclusivas de la «comunidad del pueblo», que todos ellos habían aceptado o, como mínimo, tolerado. A veces, incluso les había proporcionado posibilidades de ascensión social, aunque también los había aterrorizado y, finalmente, arrastrado a la catástrofe moral y

material de una guerra total y al exterminio de los judíos de Europa. El pueblo alemán, por entonces, todavía soportaba ese pasado repentinamente caduco.

Después del año 1945, sin embargo, los alemanes cargaban con el pasado no necesariamente como un peso o un estigma, sino, sobre todo, como una experiencia histórica compleja y difícilmente reducible a conceptos como culpabilidad o responsabilidad. Esto significó que pudieron modificar el sentido de su experiencia cuando llegó la delicada y difícil fase de depuración nazi. Los hechos históricos más objetivos, los más insignificantes, así como los más criminales, que se pueden reconstruir hoy en día gracias a la lectura de los informes de desnazificación, eran todavía, por lo tanto y hasta cierto punto, maleables. Siempre que era posible y, en general, al principio por miedo de ser detenidos e internados o para evitar una prohibición oficial de trabajo, millones de alemanes corrigieron, falsificaron o relativizaron elementos de sus biografías, al tiempo que ofrecían sus propias interpretaciones de la historia inmediata del nazismo. Estas reconstrucciones fueron entonces examinadas y certificadas con más o menos acierto por los comités de desnazificación.

Así pues, se convirtieron en verdades socialmente compartidas y, una vez pasado el ciclón depurativo de los años 1945-1949, permitieron a los ciudadanos tanto del Este como del Oeste reconstruir colectivamente una nueva vida respetable —salonfähig, en alemán— al inicio de la década de 1950, a la sombra del «milagro económico» y de la Guerra Fría.

Una vida respetable era, por lo tanto, una vida aceptable para ellos, sus familias, sus amigos, sus compañeros de trabajo… en el seno de dos sociedades alemanas ya por entonces artificialmente separadas y dirigidas por regímenes políticos apoyados por las mismas potencias aliadas que tanto se habían empeñado, al principio, en organizar aquel gran momento de catarsis colectiva.

Por esta razón, la tesis de Lacan sobre el sentido de la verdad puede ayudar a comprender mejor lo que estaba en juego en aquel verano de 1945 y también después, cuando llegó el final oficial de la ocupación en 1949, tanto en la esfera íntima como en el espacio público. En aquella Alemania «año cero», a pesar de los sonados

juicios de Núremberg que se iniciaron el 20 de noviembre de 1945, la verdad de los hechos tan solo podía «mediodecirse»,[5] ya que, para funcionar, la sociedad posnazi necesitaba más que nunca una buena dosis de secretismo, según la expresión del sociólogo alemán Georg Simmel.[6] La imposibilidad de decirlo todo, de reconocerlo todo, de confesarlo todo era por lo tanto moralmente condenable, pero socialmente necesaria, aunque tan solo fuese a escala familiar.

La desnazificación originó así una enorme zona gris en la que se produjeron miles de (falsos) testimonios sobre lo que había sido Alemania antes y después del año 1933. La salida de la guerra, dirigida por los miembros de la alianza antihitleriana, produjo entonces esta configuración sociopolítica específica, compuesta de verdades «mediodichas» y, a veces, incluso de mentiras por cocrear y secretos que enterrar, aunque estos siempre corrían el riesgo de ser revelados a la luz en cualquier momento dado. Era una sociedad tan capaz de callar como de hablar, en función del contexto político y cultural. Sobre todo, era una sociedad necesitada de tiempo para digerir una experiencia política inédita.

Empujados por un imperativo de seguridad y por la voluntad de refundar un Estado democrático (liberal o socialista), los arquitectos y actores de la desnazifiación, ya fueran occidentales, soviéticos o alemanes, se dedicaron a rebuscar una verdad entre las ruinas y los múltiples traumas de un pueblo vencido. La desnazificación no pretendía, de entrada, castigar jurídicamente los crímenes nazis o el apoyo al nazismo, sino más bien definirse como una empresa de reeducación. Se trataba pues, al principio, de una operación política de evaluación y verificación del grado de responsabilidad individual de todos los alemanes que habían vivido bajo el Tercer Reich.

Más allá de su grado de burocratización, su nivel de arbitrariedad, de injusticia y de violencia simbólica, la desnazificación compartía un objetivo: asegurarse de que la refundación de la futura Alemania no fuera saboteada por antiguos nazis diligentes, que aún corrían el riesgo de ocupar puestos clave en la Administración, la economía, la educación o la cultura. Esta búsqueda casi absoluta de la verdad se metamorfoseó en multitud de investigaciones (policiales, administrativas y judiciales) que fueron consideradas como la condición sine qua non de la construcción de un nuevo orden

político.

Sin embargo, la desnazificación fue mucho más que una política pública de purificación o una inmensa maquinaria burocrática. También, y por encima de todo, puso en juego interacciones sociales asimétricas, al separar, por un lado, a las fuerzas de ocupación aliadas junto con los voluntariosos nuevos políticos alemanes y, por otro, a los perseguidos. Este proceso se situaba en la confluencia de dos lógicas contradictorias. La fuerte exigencia de depuración compartida con más o menos rigor por los miembros de la alianza antihitleriana chocó rápidamente con una población principalmente preocupada por sustraer a las autoridades militares y civiles de la ocupación, y más tarde a las autoridades alemanas, algunos hechos que había que silenciar completamente, tergiversar o modificar, presentándolos la mayoría de las veces como una imposición de la arbitrariedad nazi.

«Mediodecir» era, por lo tanto, la expresión de un acto reflejo defensivo; era un intento por protegerse contra una suerte de pulsión purgatoria externa, considerada injusta y violenta. Entre 1945 y 1949, e incluso hasta principios de 1950, los alemanes narraron sus múltiples relatos de vida, mientras aportaban su propia interpretación del nazismo y contaban la historia del Tercer Reich. La desnazificación permitió así que realidad y ficción se entremezclasen, de manera que las responsabilidades individuales quedaron diluidas y muy pronto amparadas por las políticas de amnistía.

¿Se puede decir, en este sentido, que la desnazificación fue un gran momento colectivo de «mediodecir»? Más allá del caso particular de la Alemania posnazi, esta investigación también pretende dar luz a la historia para reflexionar sobre la relación entre verdad y secreto en nuestras sociedades contemporáneas, confrontadas a la exigencia de transparencia, al resurgimiento de memorias traumáticas del pasado, al desafío de las fake news y al régimen político-mediático de la posverdad.

Esta perspectiva histórica articula pasado y presente con el fin de actualizar un objeto histórico que aún hoy se percibe como un espacio de memoria negativo, marcado por el sello del fracaso. No pretende tomar lecciones de la historia, sino más bien afinar las

representaciones que se pueden tener de este periodo.

Interesarse por las experiencias de la desnazificación es, por lo tanto, preguntarse cómo aquella Alemania posnazi pudo construir una nueva verdad de facto que logró retorcer las verdades razonables, y de qué manera se creó un consenso colectivo alrededor de este proceso.

Introducción

La desnazificación como experiencia

Atención a los detalles

Este libro no se centra en una única zona de ocupación ni en una única categoría socioprofesional. Pretende ser decididamente microscópico por su atención inicial a la epistemología de los detalles, tan apreciada por el filósofo de la ciencia Gaston Bachelard. La desnazificación fue ante todo una suma de desnazificaciones, es decir, de experiencias vividas por alemanes corrientes, más allá de las numerosas directivas que se promulgaron y de los diversos procedimientos que se pusieron en marcha. Esta investigación se nutre, por lo tanto, de múltiples detalles y de puntos de vista que permiten reconstruir un complejo entramado de verdades más o menos auténticas.

Esta perspectiva pretende, de esta manera, complementar otras investigaciones históricas más sistemáticas y coherentes, que se han llevado a cabo a diferentes escalas. Estos detalles no deben simplemente dar forma a un proceso burocrático masivo que tiende a borrar (e incluso ahogar) al individuo en las estadísticas, sino que constituyen, por su sola presencia, el punto de partida de un análisis plural. Este se basa en las trayectorias singulares descubiertas en los archivos federales, regionales y municipales de Berlín, Emmendingen, Friburgo de Brisgovia, Hamburgo y Pforzheim. Cuando se unen, forman una comunidad dispar de destinos, más allá de las diferencias entre las zonas de ocupación.

Lo que pretendo aquí no es escribir la historia general de una política de depuración, sino lograr que emerja el discurso de los actores individuales y colectivos de esta experiencia, su estado emocional, el sentido que dieron a la desnazificación y cómo inscribieron esta última en su vida personal y entorno. Dicho con otras palabras: ¿qué decía de sí misma la sociedad alemana posnazi a través del famoso cuestionario americano de 131 preguntas, de las pruebas recogidas, de los testigos convocados, de los olvidos producidos, de las verdades oscurecidas, de las mentiras inventadas

y de los silencios activos? ¿Cómo se pensó, se dijo, se vivió y se sufrió la desnazificación? ¿Con qué palabras, qué argumentos, pero también con qué emociones?

Parto de la idea de que las experiencias de desnazificación deben tomarse como ficciones, no porque sean falsas, sino porque corresponden a fabricaciones de historias y a interpretaciones personales de trayectorias de vida bajo el Tercer Reich.

Este libro también se ha construido como un intento de escapar de una lectura retrospectiva de la historia. En lugar de medir el proceso de desnazificación a la luz de lo que sabemos hoy en día sobre las lógicas depurativas y reintegradoras de antiguos nazis en el aparato estatal de Alemania Occidental (pero también en la RDA), me gustaría volver la vista atrás al año 1945 y al final de la guerra, para reconstruir mejor lo que significaron y fueron las múltiples experiencias más o menos conseguidas de desnazifiación.

Buscar a los responsables y no a los culpables

En este libro, se entiende la experiencia de desnazificación como una interacción entre los ciudadanos alemanes y las autoridades de ocupación (representadas a veces por otros alemanes) que aplicaron sistemáticamente el principio de desconfianza mediante un procedimiento administrativo extremadamente ambicioso. El objetivo era medir, valiéndose de criterios formales, el grado de compromiso con el régimen nacionalsocialista de individuos corrientes o célebres. Tras una incisiva investigación, los que se consideraban demasiado comprometidos con el régimen nazi eran condenados a multas, apartados de la comunidad política o excluidos temporal e incluso definitivamente de su profesión.

Originalmente, la desnazificación nunca fue planteada como una instancia pedagógica de reeducación democrática ni como un procedimiento jurídico que permitiera medir el grado de culpabilidad de cada individuo implicado en la maquinaria nazi. Los Aliados y sus auxiliares alemanes no cazaban a verdugos, sino que iban en busca de responsables políticos corrientes para excluir, de manera terminante o transitoria, a todos aquellos elementos que pudieran trabar la reconstrucción del nuevo orden democrático en la nueva comunidad política. Esta forma de catarsis funcionó como una suerte de rito de paso que produjo reacciones emocionales muy negativas.

Cada capítulo de este libro reconstruye, de manera caleidoscópica, lo que fueron estas experiencias de desnazificación.

El primer capítulo empezará abordando la desnazificación en la actualidad y la manera en la que este concepto ha resurgido de manera brutal en el campo político-mediático internacional desde la invasión rusa de Ucrania. El segundo capítulo destacará, precisamente, la manera en la que el discurso político-mediático e

historiográfico ha cristalizado la desnazificación alrededor de la idea del fracaso.

El capítulo «Año cero: entre ruinas y apatía» volverá a sumergir al lector entre las ruinas y la sociedad del colapso, puesto que la recogida de escombros materiales fue la primera forma de condena y castigo de las autoridades de la ocupación en la posguerra. Los siguientes dos capítulos abordarán la realidad desconcentrada de las políticas de desnazificación en las cuatro zonas de ocupación: al rigor punitivo y transformador de los americanos y soviéticos se opuso el pragmatismo de los franceses y británicos. Si bien la desnazificación se puso en marcha de manera distinta en función de las representaciones e intereses de las autoridades militares, también fue un ejercicio constante de comparación, ya que las distintas voces y datos circulaban de una zona a otra y modificaban el comportamiento de los alemanes.

El capítulo «La amnistía» muestra que la depuración fue acompañada, progresivamente, de una dinámica de amnistía cuya cronología difería en función de las zonas de ocupación.

Se tratará entonces de volver a trazar las diferentes dimensiones alrededor de esta experiencia. El capítulo siguiente estará consagrado al cuestionario, cuyos orígenes se remontaban a la campaña de los Aliados en Italia durante la Segunda Guerra Mundial, y que experimentó cierto número de cambios. Los siguientes dos capítulos se aproximarán a la desnazificación tal y como la vivieron los comités de depuración. Se prestará especial atención a las figuras de los investigadores y evaluadores. El capítulo «Un mundo de parias o la solidaridad alemana» describirá la realidad del mundo liminar de aquellas personas condenadas que luchaban por su propia rehabilitación, recogiendo testificaciones de buen comportamiento. En efecto, las estrategias retóricas desarrolladas en el marco impuesto por los procedimientos de desnazificación participaron en la construcción identitaria de esos alemanes.

Los dos siguientes capítulos mostrarán a los actores colectivos que denunciaron abiertamente la campaña de depuración. De este modo, el capítulo «La cruzada antidesnazificación de las Iglesias» abordará la manera en la que la Iglesia usó su autoridad moral para

deslegitimar la empresa purgatoria y también a los Aliados. El capítulo «La desnazificación como "enfermedad crónica"» estará dedicado a los representantes del antiguo clero, que también vehiculaban un discurso muy deslegitimador con respecto a la desnazificación, que presentaban como una «enfermedad eterna».

Los dos últimos capítulos funcionarán como haces de luz sobre el caso de la desnazificación de dos alemanes célebres y ofrecerán una inmersión en el seno de las élites culturales y políticas: Veit Harlan, el famoso director de la película El judío Süss, y Oskar von Hindenburg, el hijo del último presidente de la República de Weimar. Sus destinos ilustrarán, cada uno a su manera, esta epistemología de los detalles; ya que, como dice tan acertadamente el antropólogo Clifford Geertz, los «pequeños hechos hablan de grandes cuestiones».[7] Tan solo hay que tomárselos en serio e interesarse por ellos.

Un pasado siempre presente

«No le pedimos a la historia una novela sobre nuestros orígenes, sino la explicación de nuestro presente».[8]

Georges Burdeau

Un fantasma del pasado

Con la invasión unilateral de Ucrania el 24 de febrero de 2022, Vladimir Putin hizo algo más que violar el derecho internacional y traer nuevamente la guerra de alta intensidad al suelo del continente europeo. El presidente de la Federación de Rusia resucitó un verbo que se creía inextricablemente ligado a un capítulo superado de la historia del siglo XX, y más concretamente a la historia de la Alemania posnazi:

He tomado la decisión de llevar a cabo una operación militar especial. Su objetivo será defender al pueblo que durante ocho años ha sufrido persecución y genocidio por parte del régimen de Kiev. Para ello, apuntaremos a la desmilitarización y desnazificación de Ucrania.[9]

Al inicio de la invasión rusa, la «desnazificación» y la «lucha contra un Gobierno nazi» no se limitaban a groseros artificios de propaganda. Formaban parte de los objetivos de guerra de Rusia. Tres días después, decenas de historiadores internacionalmente reconocidos —desde Timothy Snyder hasta Omer Bartov, pasando por Christian Ingrao— firmaron una «Declaración sobre la guerra en Ucrania por especialistas del genocidio, del nazismo y la Segunda Guerra Mundial» para protestar y denunciar con vehemencia la instrumentalización «cínica»[10] por parte de Rusia de la referencia al nazismo. Una referencia aún más sorprendente porque no formaba parte del vocabulario oficial de la URSS, en la que siempre se prefirió el término fascismo.

Cuando Vladimir Putin expresó su intención de «desnazificar» Ucrania, dio a entender a la opinión pública rusa que ese país estaba dirigido por «neonazis» y que corría el riesgo de ser

gangrenado por la extrema derecha, cuya influencia no había dejado de ser denunciada por los medios rusos desde el año 2014 y la revolución del Maidán. Además de su denuncia imaginaria de un genocidio perpetrado contra la población rusa del Donbass, el «historiador jefe»[11] Putin se inventó una continuidad histórica entre la Organización de los Nacionalistas Ucranianos de Stepan Bandera y los responsables políticos de Kiev. Su objetivo era, evidentemente, deslegitimar el Estado ucraniano, cuya existencia ya no reconocía, e incluso criminalizarlo con el objetivo de justificar su política neoimperialista ante el pueblo ruso y las poblaciones rusófonas de Ucrania occidental.

Esta estrategia política reposaba sobre la llama de la heroica memoria de la Gran Guerra patriótica, celosamente protegida y cultivada por el Estado ruso desde 2001. Sin embargo, la violencia de los ejércitos rusos, ejercida sobre la población civil ucraniana e ilustrada por el destino de ciudades mártires, como Bucha o Mariúpol, se volvió muy pronto contra Vladimir Putin, rápidamente asociado en los países occidentales (pero únicamente en Occidente) a Adolf Hitler, la figural del Mal por excelencia.

Si bien la retórica putiniana instrumentaliza todavía hoy - internamente el carácter antinazi de una guerra fundamentalmente injusta, no se puede olvidar que el mensaje también pretendía, originalmente, llegar a una parte de la opinión pública europea y, en concreto, a la sociedad alemana, siempre sensible a todo lo que podría recodarle a la catástrofe de 1945.

Más que ningún otro país de Europa, Alemania todavía sigue estando muy marcada por el trauma de la Segunda Guerra Mundial, por los crímenes de guerra cometidos en el frente oriental entre 1941 y 1944, y por el genocidio de los judíos de Europa. Esta experiencia común y muy intensa de desnazificación resuena aún hoy en su memoria colectiva como una experiencia globalmente negativa. La estrategia de comunicación rusa fue un fracaso, pero da cuenta de la fuerza de la desnazificación como espacio de memoria europeo. Desde hace dos años, e incluso aunque el discurso putiniano se centra ahora en la amenaza existencial que el «Occidente colectivo» supone para Rusia, el término «desnazificación» ha experimentado un regreso inesperado e intenso

a nuestro tiempo presente.

La desnazificación: entre lógica depuradora, régimen emocional y trabajo cultural

Por desnazificar: los instructores, los jueces, los artistas, los policías, los funcionarios, los universitarios. Por desnazificar: los bomberos voluntarios, los empresarios, los obreros especializados del sector químico, del textil, del carbón, de la siderurgia, del metal, de la industria mecánica y eléctrica. Por desnazificar: los curas, los empleados de las cajas de ahorros o del Reichsbank. Por desnazificar: los empleados de asociaciones caritativas y de asistencia pública, los de los servicios de la administración general, de los ministerios, de las ciudades, de los cantones y de las regiones. Por desnazificar: los guardas forestales, los gendarmes, las maestras de jardín de infancia, los periodistas y los empleados de las aseguradoras. Por desnazificar: los artesanos, los comerciantes, los arquitectos, los miembros de organizaciones o cooperativas agrícolas. Por desnazificar: los auxiliares de enfermería, los dentistas, los empleados del Instituto de la Química Textil, el personal de los museos, de los bancos privados, de las aseguradoras, de los servicios de empleo. Por desnazificar: los veterinarios, los empleados de aduanas, los viticultores, los médicos de hospitales y clínicas, los cirujanos. Por desnazificar: los carteros, los panaderos, los notarios, las matronas, los guardas de prisión, los electricistas, el personal de navegación, los ingenieros de caminos, los mandos subalternos, medios y superiores de los ferrocarriles.

Esta letanía de categorías socioprofesionales está extrapolada de una lista establecida por las autoridades militares francesas en junio de 1946.[12] Desgranar estas decenas de empleos permite que los lectores sean conscientes de la amplitud casi inconmensurable de esta ambiciosa política pública panalemana, puesta en marcha por las potencias de la alianza antihitleriana para eliminar provisional o definitivamente de la vía pública a las personas más comprometidas

con el régimen nazi, con el fin de refundar un Estado democrático en el corazón de una Europa devastada.

Esta lógica común se aplicó desde el principio y de manera descentralizada y diferenciada entre las cuatro zonas de ocupación, entre 1945 y 1949. Como se verá en este libro, fue puesta en marcha de forma muy rigurosa por las autoridades militares americanas y soviéticas, para quienes había que purgar todo el cuerpo social. Fue practicada con más pragmatismo por las fuerzas de ocupación británicas y francesas; sin embargo, cada una a su manera, estas fuerzas de ocupación se esforzaron por conducir la depuración que estimaban mejor adaptada a sus intereses y representaciones de Alemania.

Esta forma inédita de justicia transicional, elevada al rango de imperativo categórico, daba la espalda inicialmente a la tradición multisecular de la amnistía y las políticas de olvido decretado.[13] Al apoyarse en la utilización de un cuestionario estandarizado, puesto a punto por los servicios americanos y supuestamente distribuido en todo el territorio alemán ocupado, la desnazificación adoptó la forma de investigaciones más o menos serias, tras evaluaciones realizadas por comités compuestos por «voluntarios políticos» con condiciones materiales muy complejas y a las que debían someterse todos los antiguos miembros del Partido Nacionalsocialista o cualquier otra organización de masas del Tercer Reich (desde las SS hasta el Bienestar Social Nacionalsocialista, pasando por las SA) que tuvieran más de 16 años. Estas investigaciones daban lugar a decisiones impugnadas y daban paso a procedimientos de rehabilitación y reintegración, que la mayoría de las veces duraron mucho tiempo, pero que generalmente terminaron al principio de los años cincuenta.

Más allá de su dimensión burocrática, la desnazificación fue, tal vez, antes que nada y sobre todo, una experiencia emocional muy intensa. Como fenómeno social mayor de la salida de la guerra, produjo un régimen emocional[14] compartido por millones de alemanes. Como subrayaba Lucien Febvre en un artículo pionero, publicado en 1941, las emociones, como las enfermedades víricas, son «contagiosas» y las declaraciones emocionales que contienen los diarios o los archivos nos permiten exhumar, parcialmente, esa

«vida afectiva de antaño».[15] Las palabras traducen el estado emocional de las personas y su relación con el mundo que las rodea, pero también expresan, más allá de los casos individuales, una relación colectiva con lo político.

La configuración de la posguerra produjo, efectivamente, una economía emocional[16] específica, fundada principalmente en la incertidumbre con respecto al futuro, la ansiedad, el enfado y la injusticia. Esta se extendió como un reguero de pólvora por todo el territorio alemán desde los primeros días del verano de 1945, en el contexto de una sociedad del colapso, lo cual contribuyó a formar una comunidad emocional de víctimas.[17]

Al mismo tiempo, la desnazificación ha representado, para cientos de miles de alemanes, un primer momento de confrontación con su pasado reciente y, por lo tanto, de trabajo cultural sobre el nazismo. Rehabilitada desde hace algunos años en el campo de la psicología colectiva,[18] la noción freudiana de Kulturarbeit se basa en la hipótesis optimista de que un individuo es capaz de contemplar con lucidez su relación íntima con el mal. Así, es posible preguntarse en qué medida la desnazificación pudo ser ese primer intento de progreso individual colectivo con vistas a afrontar, de manera más o menos profunda, la relación con el nazismo de toda la sociedad.

Este trabajo exigente no podía ser sino un ejercicio arduo, incompleto, muchas veces doloroso y que, a cambio, suscitaba posturas defensivas expresadas en forma de crítica o incluso de rechazo a la experiencia depurativa. ¿En qué medida este trabajo cultural produjo, en un primer momento, rechazo, mentiras u omisiones? De cualquier modo, empezó en la primavera de 1945 en medio de las ruinas y en una sociedad todavía bajo la conmoción de la derrota. Desde entonces, este «big bang depurativo», igual que un universo en expansión que se dilata, no ha dejado de producir efectos sociopolíticos. De este modo, la desnazificación sigue exponiendo regularmente a Alemania a los efectos de la radiación de su propia memoria.

Una memoria que no se enfría

Más allá de la instrumentalización actual de la historia por la Rusia de Putin, es sorprendente darse cuenta de que, hoy en día, la desnazificación está lejos de constituir un objeto «frío» de la historia del tiempo presente.[19] Más de setenta y cinco años después del final de la Segunda Guerra Mundial, la «carga radiactiva» de este proceso de depuración no parece disminuir a medida que el tiempo pasa.

De hecho, la desnazificación como lugar de memoria sigue alimentando el espacio político y mediático de la Alemania reunificada, desde los juicios de Frankfurt de 1963 y la bofetada que la militante francoalemana propinó al canciller de la RDA Georg Kurt Kissinger, el 7 de noviembre de 1968, hasta los escándalos más recientes.

La desnazificación funciona por oleadas que nacen en un pasado cada vez más lejano —el del final de la guerra—, pero que mediante la acción de empresarios de la memoria —la familia, los medios de comunicación, los artistas, una institución— se rompen regularmente en la orilla de nuestro presente. Sus movimientos son cada vez menos vivos. La intensidad de estas olas de memoria, por otro lado, nunca es la misma a lo largo del tiempo.

Al principio de los años setenta, la obra clásica del historiador Lutz Niethammer sobre la desnazificación de Baviera todavía no había encontrado a su público,[20] como si la desnazficicación hubiese caído extrañamente en un agujero de la memoria durante la los «años de plomo». En el prefacio de la nueva edición de 1982, publicada con el título más atractivo (y, por lo tanto, más reductor) de La fábrica de simpatizantes, el historiador alemán llegó incluso a hablar de «no-seller absoluto» para referirse a la primera edición de 1972.[21]

Sin embargo, desde hace casi sesenta años, la opinión pública alemana se enfrenta sin cesar a la misma pregunta, alimentada por

los medios con el carburante siempre eficaz de los escándalos públicos: ¿de qué manera la desnazificación se transformó en una gigantesca operación de rehabilitación y de reintegración de un gran número de nazis? Cada vez, los escándalos representan uno de esos «momentos efervescentes» que producen instantáneamente una carga emocional breve y fuerte, en la medida en que se descubre la parte de sombra de un personaje público, una empresa o una institución.

En este sentido, el escándalo funciona como un examen de valores morales compatidos por la sociedad:[22] ¿de qué manera el nazismo, como representante del mal absoluto, permite que el campo mediático alemán reafirme el compromiso colectivo de la sociedad con los valores democráticos y humanos y, además, explica el miedo a ver que estos se diluyen con el tiempo? Estos exámenes de la opinión pública no pretenden producir algo nuevo,[23] sino comprobar que los valores basados en una memoria negativa siguen siendo intocables y que el escándalo no produce un sentimiento de indiferencia general.[24]

Así, en 2016, una nueva polémica —esta vez alrededor del romanista Hans Robert Jauss— trascendió el estrecho círculo de la universidad y obtuvo una gran audiencia nacional. Oculto durante mucho tiempo, el rol dentro de las SS de este gran especialista de literatura francesa, reconocido internacionalmente por su teoría estética de la recepción, empujó a la Universidad de Constance a encargar una investigación independiente. Esta demostró, mediante documentos archivados, que la implicación de Jauss en esta estructura policial criminal fue real y mucho más importante que la de, por ejemplo, el joven Gunter Grass.[25]

Cuatro años más tarde, en febrero de 2020, tras el atentado antisemita de Hanau y en el contexto de la presencia, desde 2017, del partido de extrema derecha Alternative für Deutschland (AfD) en el Parlamento, la jurista alemana Margarete Stokowski hizo un llamamiento en el periódico Der Spiegel para una «desnazificación sin demora».[26]

Este alegato era una forma provocadora de poner fin a una especie de ceguera colectiva[27] y a purgar con urgencia algunos sectores clave del Estado alemán de la extrema derecha, como mostraron los

escándalos en relación con la policía regional, los servicios de inteligencia interior o la armada.

En resumen y más allá de la instrumentalización que ha hecho Rusia, la desnazificación no deja de atravesar y retornar al campo político mediático alemán. Está fuertemente anclada en nuestro presente, a pesar de la desaparición progresiva de su medio de origen memorial, es decir, de sus actores y testigos. Generalmente asociada a una posición anacrónica de superioridad moral, esta memoria se caracteriza hoy en día por su dimensión negativa: la desnazificación sería ante todo la historia de un fracaso que algunos historiadores califican incluso como «total».[28]

La historia de un fracaso

Una producción historiográfica muy densa

Este «pasado que no pasa» ha sido objeto de numerosos estudios científicos desde los años cincuenta, escritos primero por especialistas americanos en ciencias políticas[29] y después por historiadores alemanes e internacionales. Hasta ahora, esta investigación se ha centrado principalmente en la génesis, el desarrollo y la puesta en marcha de la gigantesca empresa burocrática de la desnazificación, con todos sus detalles.

Esto ha dado lugar a una imponente biblioteca posnazi. Esta cantidad espectacular de estudios históricos da cuenta de forma impactante de una cosa: la desnazificación constituye un objeto historiográfico por cuenta propia, que produce un relato historiográfico establecido a partir de múltiples entradas posibles. Se ha construido según una lógica que bien puede ser espacial —a la escala de una ciudad,[30] una región,[31] una zona de ocupación,[32] socioprofesional —desde legisladores[33] hasta profesores universitarios, pasando por médicos—, o según una lógica de campo: la cultura,[34] las iglesias, la universidad,[35] la banca,[36] la enseñanza,[37] la industria…

Constituye, por lo tanto, un objeto de investigación elaborado a lo largo de generaciones de investigadores y rematado, desde hace ya quince años, por una perspectiva histórica institucional, atenta a las trayectorias individuales de reintegración. En la era de la transparencia movilizada como herramienta de comunicación política, los grandes ministerios estatales —empezando por los de Asuntos Exteriores[38] e Interior— han abierto sus archivos y encargado a comisiones de historiadores que trabajen sobre los efectos de la continuidad y reintegración de antiguos nazis en la RFA y la RDA, hasta el punto de que el estudio de la desnazificación es ahora impensable sin un análisis casi simultáneo del proceso de desdepuración.[39] A esto siguieron otras investigaciones relativas a

los Ministerios de Hacienda o Sanidad.

Pero en el fondo, sea cual sea la perspectiva elegida, la desnazificación se examina hoy en día, esencialmente, desde el ángulo del fracaso, como si las expectativas morales contemporáneas en términos de justicia reparadora pasaran por delante de la voluntad de comprender la realidad de un proceso caótico, complejo y no lineal.

De esta lectura hoy hegemónica, marcada por el sello de la decepción, se desprende la mayoría de las veces una doble conclusión: la responsabilidad o incluso el fracaso compartido de los Aliados y los alemanes, aunque este fracaso varie ligeramente en función de las zonas de ocupación y dependa de multitud de factores. El esfuerzo cultural promovido por los arquitectos de la desnazificación fue reemplazado rápidamente por una apuesta por el trabajo productivo en la época del milagro económico de los años cincuenta. Por entonces, este esfuerzo cultural se consideraba secundario en razón de la emergencia de la Guerra Fría, durante la cual la lucha anticomunista sustituyó a la unidad antifascista. El discurso del fracaso también ha sido difundido por la literatura contemporánea alemana, como lo ilustra la novela de Chris Kraus La fábrica de canallas, que hace gala de una escritura en la que se mezclan cinismo, ironía y gravedad.[40]

Este discurso se apoya sobre cifras que no hacen sino confirmar esta impresión. A la escala de las zonas de ocupación occidentales, el balance de condenas establecido a principios de los años cincuenta era bajo en comparación con los 3,6 millones de casos tratados. En la categoría de culpables principales, la tasa de condenas no pasaba del 0,17 % en la zona americana y el 0,002 % en la ZFO. El porcentaje de procedimientos suspendidos (incluyendo las amnistías) se elevaba a 33 % en la zona americana, 29 % en la zona británica y 52 % en la ZFO.[41]

Siempre se fracasa con respecto a algo, en este caso con respecto a un objetivo claramente defendido durante la guerra, según el cual los miembros de la coalición antihitleriana pretendían purgar Alemania de doce años de nacionalsocialismo y sus correspondientes tradiciones militaristas. De este modo, el fracaso de la desnazificación, muchas veces confundido con el objetivo de

reeducación, rápidamente se convirtió en un secreto a voces desde los años 1946-1947, cuando el proceso todavía estaba en curso.

Desde la primavera de 1946, un año antes de acuñar el «derecho al error político»,[42] Eugen Kogon, sociólogo alemán y superviviente del campo de concentración de Buchenwald, escribía en la conclusión de su libro sobre el Estado-SS[43] que la política aliada fundada sobre la tesis de la culpabilidad colectiva de todos los alemanes era un fiasco.

Un discurso precoz sobre el fracaso

La desnazificación, por lo tanto, se construyó casi desde el principio como un lugar de memoria negativa.[44] Muy pronto, su fracaso contrastó con la política de reintegración de antiguos nazis y la idea según la cual los «nazis poderosos» habrían resultado menos afectados que «los de menor rango». El lenguaje corriente registró este sentimiento de injusticia a través de una expresión popular de la época de la desnazificación: «absuelven a los poderosos y ahorcan a los de menor rango».[45] Este fiasco también fue rápidamente reconocido por las autoridades de la ocupación, pero también por toda una serie de escritores y juristas en derecho público alemanes o extranjeros.

El 5 de enero de 1946, tres meses antes de la proclamación de la Ley de Liberación del Nacionalsocialismo y del Militarismo del 5 de marzo de 1946, el gobernador general americano Lucius D. Clay reconoció públicamente el fracaso del proceso en curso, durante la 14.ª sesión del Consejo de los Länder (Länderrat) de la zona de ocupación americana:[46]

Parece cada vez más evidente que el proceso de desnazificación se ha utilizado para devolver y rehabilitar al mayor número de personas posible en sus antiguas funciones, en lugar de condenar a los culpables.[47]

Estas formas públicas y precoces de reconocimiento del fracaso fueron difundidas por los periódicos y la radio, o en conferencias públicas. La percepción de este fracaso casi inmediato de la desnazificación nutrió, por otro lado, un profundo sentimiento de injusticia, padecido por la gran mayoría de la población alemana y captado por el escritor nacionalista Ernst von Salomon en su best

seller de 1951, El cuestionario. Este «objeto» icónico de la desnazificación estaba estrecha y globalmente asociado a una experiencia considerada como traumática o humillante para millones de alemanes. Estos sentimientos se desplegaban en los artículos de la prensa local y regional, en los diarios íntimos o en los ensayos de la época. Estaban igualmente presentes en los chistes que se hacían sobre la desnazificación, que funcionaban como trazos culturales, igual que tantas otras señales de la relación que los alemanes tenían con el mundo y que eran, por lo tanto, «señas de identidad» compartidas. En efecto, el humor de la época permite ver de manera indirecta esta cohesión social que unía a los desnazificados en la adversidad. Uno de los chistes que circulaba por Berlín en 1946 pone en escena a dos hombres en la calle. El primero se dirige al segundo, que barre la calle:

—Oye, ¿por qué barres?

—Barro porque era miembro del partido.

—Qué gracia. Precisamente por ser miembro del partido tuve que dejar de barrer yo ayer, porque ya no tengo derecho a trabajar como empleado municipal.[48]

A partir de los años sesenta y tras los efectos político-culturales producidos por el juicio de Eichmann, este discurso del fracaso no dejó de fortalecerse, al tiempo que el nacionalsocialismo se convertía en la mayor encarnación del Mal.

Volver a hacer de la desnazificación un enigma de la historia

A pesar de que la política histórica-memorial alemana se considera generalmente ejemplar, la desnazificación ha seguido marcada por esta imagen globalmente negativa hasta hoy. Para muchas familias alemanas, sigue siendo un tabú, una forma de memoria truncada, cuyos mecanismos merecen un estudio propio.

Analizar la desnazificación como una experiencia en sí misma es pretender, a partir de la gran masa documental disponible que duerme en los archivos regionales, interrogar cierto número de ideas y volver a abrir este caso cerrado.

Convertir la desnazificación en un enigma de nuevo es, retomando la expresión del antropólogo Clifford Geertz, «como intentar leer un manuscrito extranjero, desgastado, repleto de elipsis, incoherencias, correcciones sospechosas y comentarios sesgados».[49] ¿Cuál es entonces su valor con respecto a las numerosas monografías individuales y obras de síntesis de gran calidad que se han publicado sobre el tema durante los últimos años?[50] ¿Qué conocimientos adicionales podrá obtener el lector de esta obra, que no aspira a la exhaustividad?

El punto de partida es simple: este libro es una invitación a los lectores a que den un paso al lado y tomen el camino de una historia de las experiencias de la desnazificación enfocada a sus actores y a las emociones de estos. De ahí la voluntad explícita de dejar que los ciudadanos alemanes se explayen y tomen en serio su confrontación obligada al pasado nazi. ¿De qué manera la desnazificación marcó el inicio de un trabajo cultural y, por lo tanto, de un cambio de cultura política que evidentemente no tuvo lugar de la noche a la mañana?

Más que analizar la historia verticalmente, en un proceso

imperfecto y marcado por una lógica pragmática e ideológica de reintegración en el contexto de la incipiente Guerra Fría, lo que pretendo es ir tras las huellas escritas, más o menos verídicas, que dejaron las personas corrientes que estuvieron en el centro de esta gran empresa depurativa. Las desnazificación condujo a mujeres y hombres más o menos famosos —desde el director de cine Veit Harlan hasta Oskar von Hindenburg, pasando por un cirujano de Hamburgo, un panadero del distrito de Pankow en Berlín o un agricultor de Bade— a confrontarse con su pasado nazi, a defenderse ante comités o tribunales de depuración, a padecer formas de destierro simbólico o concreto, y a participar en operaciones de rehabilitación.

Antes que estudiar la desnazificación como una política pública sistémica, caracterizada por un doble movimiento casi sincronizado de depuración y desdepuración, prefiero partir de esta miríada de experiencias humanas; es decir, de esas innombrables historias de vida que implican a distintos actores de todas las edades y de los dos sexos que llevaron a cabo la desnazificación y que, paradójicamente, permanecieron en la sombra de los estudios históricos: los investigadores, los miembros de las comisiones, los testigos que daban fe de la buena conducta de tal o cual individuo, y, evidentemente, los que fueron juzgados, estigmatizados, degradados, rejuzgados, rehabilitados.

Estas experiencias fueron muchas veces traumáticas y se acumularon en un lapso de tiempo muy corto (la mayoría en cuatro años apenas, entre 1945 y 1949), al tiempo que se inscribían en un contexto muy difícil: el de una sociedad del colapso.

Año cero: entre ruinas y apatía

«Somos un pueblo vencido, hemos perdido una guerra total, nos hemos convertido en absolutos mendigos».[51]

Hans Fallada

Alemania: una sociedad del colapso

Si para el Tercer Reich la guerra fue total a partir de 1942-1943, la derrota del 8 de mayo de 1945 lo fue aún más. Al contrario que en noviembre de 1918, los alemanes vivieron la experiencia física y psicológica de la derrota y, aún peor, del colapso de su Estado. Eran un pueblo vencido; eran miembros de la «sociedad del colapso», compuesta principalmente en esa época de mujeres y de hombres jóvenes o de más de cuarenta años.

Desde el inicio de la década de los ochenta, esta expresión, popularizada por el historiador Christoph Klessmann,[52] se impuso en la producción historiográfica para caracterizar a la población alemana en su conjunto a partir de mayo de 1945. Se asocia con la fuerza icónica de las imágenes fotográficas, ancladas en nuestra memoria colectiva, de paisajes apocalípticos en ruinas.

Se refiere también a la ausencia temporal de Estado soberano, provisionalmente tachado del mapa por el Acuerdo de Potsdam en el verano de 1945, lo cual supuso un profundo cambio y nivelación de las clases sociales, unidas en la miseria material, lógicas individuales y familiares de picaresca y supervivencia en medio de montañas de ruinas, y un estado mental que mezclaba la apatía y el sentimiento de ser, ante todo, víctimas de la guerra.

En las numerosas síntesis, incluso las más recientes, consagradas a la historia de la Alemania contemporánea después de 1945,[53] resulta chocante constatar que las distintas experiencias cotidianas se analizan de manera separada, como si estas no se cruzasen nunca. De estos relatos se extrae la impresión de que la desnazificación se desarrolló en un lapso temporal independientemente de los otros procesos en curso, como si la recogida de escombros, la búsqueda de desaparecidos, la llegada de oleadas de refugiados desde Prusia oriental (de los cuales más de la mitad se instalaron en la zona de ocupación soviética, SBZ), la

inseguridad alimentaria y la vida cotidiana en alojamientos muchas veces fríos, insalubres y superpoblados fueran fenómenos completamente desconectados unos de otros.

Sin embargo, todos estos elementos formaban parte de una sola y única experiencia que se extendió a lo largo de varios meses, incluso varios años. La sociedad del colapso designaba a esta población que ya no creía en nada, desde la batalla de Stalingrado[54] hasta la victoria aliada, y que emergió exhausta tras doce años de dictadura nacionalsocialista. Aturdida y empobrecida, prácticamente de un día para el otro, desde las primeras semanas de mayo-junio de 1945, la sociedad alemana tuvo que confrontar a las distintas políticas de desnazificación. Esta simultaneidad de experiencias es fundamental para comprender cómo fue la salida de la guerra en aquella Alemania «año cero», retomando el título del ensayo de Edgar Morin que se publicó en 1946.[55]

Este capítulo pretende ser algo más que una puesta en contexto tradicional de la desnazificación. El paisaje a veces apocalíptico de la Alemania año cero no pretende servir como fondo estático de la política de depuración de los Aliados. Al contrario, es cuestión de insistir en las relaciones entre las ruinas materiales y la desnazificación, de darles visibilidad, del mismo modo en que se intentará comprender cómo este momento de depuración se encontró con una sociedad globalmente aliviada, apática, temerosa, pero también animada por la voluntad de superar la herida traumática de 1945.

Las ruinas o la medida del orgullo humano

Tras la guerra, Alemania aparecía en parte como un espacio asilvestrado. Sus paisajes fantasmagóricos fueron grabados en películas por directores como Roberto Rossellini (Alemania, año cero, 1948) o Robert Tourneur (Berlín Express, 1948), o descritos con una vena realista por una serie de reportajes documentales. Muchos periodistas recorrieron Alemania e institucionalizaron, de cierta manera, un «turismo» de las ruinas. Estos viajes, y sobre todo el imaginario cultural que desplegaban, ilustraban los resultados de la soberbia humana, lo que Jean-Bapstiste Fressoz calificó como «thanatoceno».[56]

Entre estos testigos privilegiados se encuentra el periodista francés Jean Botrot, autor de un ensayo sobre la Alemania de posguerra en 1957. En este ensayo, construido como una investigación caleidoscópica, daba cuenta de que «las grandes ciudades alemanas se disputaban el récord de destrucción con cierta delectación amarga».[57] Sin que la prueba sea administrada explícitamente por Jean Botrot, el oxímoron contenido en la expresión «delectación amarga» expresa según él una forma de tentación de las grandes metrópolis del antiguo Reich. Destacar la catástrofe material individual y presentarse, así, como víctima «definitiva» de la guerra parecía, extrañamente, procurarles cierto consuelo. Este era proporcional al volumen de las ruinas, cuyas imágenes todavía hoy icónicas pertenecen a la memoria colectiva transnacional.[58]

El periodista sueco Stig Dagerman compartía esta misma impresión en el otoño de 1946: «En las ciudades alemanas, suele ocurrir que la gente pida al extranjero que confirme que su ciudad es efectivamente la más incendiada, la más destrozada, la más arrasada de toda Alemania».[59]

En la Alemania del Este, Berlín, la antigua capital del Reich, exhibía

un volumen sin igual de 70 millones de metros cúbicos de ruinas, a saber, un 17,5 % del volumen total del país en sus fronteras de 1938. Después de abandonar Düsseldorf y mudarse a Berlín en 1953 con 25 años, el escritor Günter Grass recordaba en su famoso discurso de 1990 sobre la creación literaria, «Escribir después de Auschwitz», de qué manera le habían conmocionado esos paisajes de ruinas y esa «vida herida»:

Berlín, aquel lugar destruido […] se extendía llano entre montañas de escombros. Plazas limpiadas en las que el viento hacía girar continuamente bolsas de papel. Siempre polvo de ladrillo entre los dientes.[60]

La expresión «montañas de escombros» no es de Grass. Se utilizaba frecuentemente en la prensa nacional y regional de la época. Al movilizar el imaginario cultural clásico de la montaña como lugar peligroso y maldito, estos testimonios muestran la manera en la que los actores de la época intentaban dar sentido a la experiencia de las ruinas que visitaban. En su edición del 30 de julio de 1947, el periódico Nürnberger Nachrichten dedicó un artículo a esas ruinas que se amontonaban y que pretendía impresionar a sus lectores mediante una analogía alpina:

[Vista desde un zepelín], esta masa sería una montaña de escombros cuyo pico estaría cubierto por nieves eternas y que podría, con sus 4000 metros de altura, competir con las cimas del Matterhorn y el Mont-Blanc.[61]

En su autobiografía, el funcionario del partido comunista Fritz Selbmann subraya que, al llegar a Leipzig en mayo de 1945, 4,6 millones de metros cúbicos de ruinas cubrían el espacio de la metrópolis sajona: 56 % de los alojamientos y 63 % de los edificios escolares estaban completamente destruidos o más o menos

dañados de manera casi irreparable.[62]

No menos de 400 millones de metros cúbicos de escombros cubrían la parte occidental de Alemania.[63] Tan solo la ciudad de Hamburgo concentraba 43 millones de escombros y, en los años cincuenta, únicamente 18 millones de estos habían sido limpiados,[64] como si esta deuda material fuese imposible de saldar. El caso de la ciudad de Pforzheim, situada en el suroeste de Alemania, es particularmente interesante por la calidad del material de archivo conservado y la extensión de los destrozos.

En efecto, el 23 de febrero de 1945, hacia el final del día, alrededor de las siete de la tarde, Pforzheim fue casi completamente arrasada por las bombas de unos 380 bombarderos Lancaster que habían despegado de aeródromos ingleses.[65] En el espacio de veinte minutos, la ciudad de 80 000 habitantes sufrió uno de los peores bombardeos de la Segunda Guerra Mundial, que destruyó alrededor del 82 % de los alojamientos existentes. La ciudad ardió sin tregua durante tres días. En mayo de 1945, ocupada primero por los americanos y luego por los franceses, Pforzheim ya no era más que un campo de ruinas. El volumen de escombros materiales se elevaba a más de dos millones de metros cúbicos, convirtiéndola en la ciudad más destruida de la región de Baden-Wurtemberg y en la quinta más destruida de Alemania.[66]

Un desafío logístico y humano

Estas ruinas no constituían solamente paisajes fantasmagóricos, sino un enorme desafío logístico, material y sanitario. A la vez masivas y fragmentadas, exigían la puesta en marcha lenta y complicada de una política pública que coordinase a la burocracia, la policía, los servicios técnicos y de salud. Por su parte, la población local esperaba que las autoridades de la ocupación y los equipos municipales designados provisionalmente por las fuerzas militares aliadas pusieran en marcha soluciones para limpiar la ciudad de ruinas lo antes posible. Estas soluciones fueron primero manuales y después cada vez más mecanizadas, al poder recurrir a excavadoras e incluso a pequeños trenes de vagonetas.

Los montones de ruinas, a veces presentes en medio de arterias principales de la ciudad, constituían un freno para la actividad económica. No estaban compuestos solo de morteros, de trozos de muro ennegrecidos por los incendios, de estructuras metálicas o ladrillos. Rápidamente, estas montañas de ruinas se transformaron en gigantescos vertederos alimentarios.

A partir de entonces pasaron a formar parte del paisaje cotidiano de los alemanes que vivían en grandes ciudades durante varios meses, incluso años, como lo ilustra la curva de escombros limpiados en la ciudad de Pforzheim. Entre 1946 y el 1 de agosto de 1949, se barrieron alrededor de 308 000 metros cúbicos, es decir, apenas el 15 % del total. El trabajo era lento y se hizo todavía más complicado debido a una serie de problemas humanos, técnicos, materiales u organizativos.

En Pforzheim, justamente, Friedrich Katz, el nuevo alcalde nombrado en julio por los estadounidenses, no pudo organizar la gestión de los escombros antes del otoño de 1945. Hasta el 24 de noviembre de ese año no firmó el primer decreto con el objeto de prohibir el vertido ilegal de escombros para impedir que la basura

cayera en el cauce o la ribera del río Enz, un afluente del Keckar que atravesaba la ciudad.[67] Se podría pensar que esta directiva no fue (o lo fue muy poco) respetada, pues tuvo que ser reiterada en febrero de 1946.

Y en otoño de 1948, la municipalidad debió de constatar con cierta amargura que los decretos producían pocos efectos, pues los montones de escombros siguieron proliferando, lo cual estrechó el caudal del curso de agua. Los bosques de los alrededores también se vieron afectados por los escombros ilegales, lo cual llevó a las autoridades a recordar la prohibición con poco éxito, hasta principios de los años cincuenta.

En concreto, hubo que esperar al 22 de diciembre de 1945, o sea, diez meses después de los bombardeos que destrozaron Pforzheim, para que el nuevo alcalde definiera oficialmente las zonas en las que se podían depositar escombros: plazas, jardines municipales, áreas de juego infantiles. En este caos material que los poderes públicos apenas empezaban a organizar, algunos habitantes o empresas intentaban deshacerse de los escombros por su cuenta, como podían.

Sin embargo, gracias a las acusaciones dirigidas a los servicios de la ciudad, las autoridades podían identificar rápidamente a las personas implicadas en estos vertidos ilegales. En los archivos de Pforzheim se conservan muchas cartas de denuncia, firmadas o anónimas, que ilustran la persistencia de una costumbre social practicada masivamente bajo el Tercer Reich.[68] A cambio, la municipalidad enviaba una carta de aviso, como esta dirigida al panadero Ernst Walker a finales del mes de octubre de 1945 por vertido ilegal de materiales:

El señor Richard Schwarz, domiciliado en la calle Hisauer, número 162, nos ha informado de que usted ha depositado las ruinas de la propiedad situada en la calle Bleich en su terreno del número 28 de la calle Kallhardt. Le recordamos que el vertido de escombros en un terreno ajeno y sin la autorización del propietario está prohibida.[69]

En la medida en que E. Walker había contravenido esa prohibición, tuvo que «llevarse» sus escombros bajo pena de ser procesado. Otra vez, en mayo de 1946 y ante una nueva denuncia, el servicio municipal de los edificios aconsejó al alcalde que recordara a sus conciudadanos la norma general según la cual «el propietario de un terreno debía velar que este último no se utilizara como vertedero de escombros».[70] Lo máximo que estaban dispuestos a hacer desde el servicio era colocar un cartel de prohibido. Esta transmisión de responsabilidades reflejaba, sobre todo, la impotencia y la falta de capacidad organizativa para movilizar a la policía en las tareas de vigilancia de los terrenos. Esta política no era exclusiva de Pforzheim, ya que ocurría lo mismo en ciudades como Ulm, Mannheim y Heilbronn.

En otros casos, los vecinos pedían directamente permiso al alcalde para no limpiar las ruinas. El 28 de noviembre de 1945, Hermann Kling envió esta carta, para la que obtuvo una respuesta positiva tras consultar al servicio de edificios:

Solicito al alcalde que deje los escombros de mi casa incendiada en el lado no edificado de la calle Piloty. La retirada de estos escombros sería contraria al plan inmobiliario en curso, ya que se trata de arena y mortero, que necesito urgentemente para la reconstrucción. Además, no dispongo de medios para retirar los escombros, como obreros o vehículos. Soy mutilado de guerra al 100 % y tengo un hijo discapacitado de nivel III.[71]

Este vecino encarnaba, en cierto sentido, la figura del reciclador de material, indispensable en la Alemania de posguerra. A diferencia del trapero parisino del siglo XIX, el reciclador alemán posnazi era claramente un trabajador forzado, obligado a recoger los residuos materiales del pasado para reconstruir un futuro.

Las autoridades libraban una carrera contrarreloj, puesto que la existencia persistente de estos escombros, a veces durante meses e incluso años, constituía una fuente de problemas de salud pública. El 2 de noviembre de 1945, el jefe de policía de Pforzheim llamó la

atención de los servicios de reconstrucción en un informe detallado, del que se envió copia al jefe del departamento municipal de Sanidad:

En la calle Emil Strauss, en el cruce con la calle Bismarck, sigue habiendo un montón de escombros de 20 metros de largo y que a veces alcanza hasta 1,50 metros de alto. Los trabajos de limpieza habían comenzado hace poco, pero desde entonces se han interrumpido. Estos montones de ruinas representan un peligro para la salud pública. En el periodo estival, los residentes no solo sufrían por la presencia de moscas y otras alimañas, sino también por el hecho de que los escombros constituían un terreno favorable para la proliferación de ratas y ratones. Cuando se limpió una parte de las ruinas, se descubrió un nido de ratas. De hecho, entre cinco y siete ratas de gran tamaño huyeron por la calle Bismarck hacia los patios y sótanos de los edificios vecinos. Es probable que aún existan otros nidos de ratas y ratones bajo los escombros. No hace falta decir que estas alimañas contribuyen a la propagación de enfermedades. Por lo tanto, les ruego que retiren estos escombros lo antes posible, su presencia debería considerarse ilegal. [72]

La presencia prolongada de estos escombros en el centro de las grandes ciudades alemanas no era solo un problema material, que a menudo resultaba difícil de gestionar debido a la falta de recursos humanos (por el gran número de desaparecidos, mutilados o prisioneros de guerra), materiales (escasez de camiones o excavadoras, por ejemplo) y lugares donde retirar los escombros. Por lo tanto, el día a día de los espacios urbanos no se reducía a una experiencia visual de las ruinas, que consistía en caminar a diario por aquellos paisajes urbanos perforados o devastados que habían perdido cualquier forma de unidad u organización.

También era una experiencia sensorial particular durante los periodos calurosos y secos. Como señala un informe administrativo de la ciudad de Pforzheim, con fecha de 22 de abril de 1946, «las molestias causadas por el polvo [tenían] un impacto considerable» en la calidad de vida de los habitantes:

Cuando el viento se levanta, de la masa de ruinas surgen nubes de polvo contra las que no se puede luchar. Ni siquiera la multiplicación de malas hierbas logra fijar las capas de polvo, o tan solo de forma aislada y únicamente cuando la capa está hecha de mortero a base de cal.[73]

Tras terminar esta descripción detallada del desafío permanente que planteaban las ruinas en la Alemania de posguerra, ¿qué relación puede establecerse entre la limpieza de escombros y el proceso paralelo de desnazificación?

La retirada de escombros como castigo

La desnazificación, tal y como se llevó a cabo en los primeros meses tras la rendición alemana, se hizo de manera muy brutal por las potencias de ocupación. Más allá de una voluntad de aplicar una política común, durante las primeras semanas que siguieron al final de la guerra, el despido automático de decenas de miles de alemanes miembros del NSDAP fue acompañado de condenas para participar en esa gigantesca operación de retirada y organización de escombros. Los prisioneros de guerra y la población local en edad de trabajar (entre 14 y 65 años en el caso de los hombres, entre 17 y 45 para las mujeres) e inscrita en las oficinas de empleo también fue movilizada. Cuando faltaban manos, también se movilizaba a los habitantes de las ciudades afectadas durante su tiempo libre.

Desde la primavera de 1945 y a veces hasta 1947, en toda Alemania, las autoridades militares de ocupación y los nuevos equipos municipales «antifascistas» consideraron que la retirada de las ruinas era un castigo para los antiguos «nazis». Era, en cierto sentido, el precio a pagar por su compromiso con el nazismo, sin importar su función y rango en el aparato nazi. Armados con picos y palas, estos empezaron a concentrar los restos materiales en diferentes puntos del espacio urbano para construir verdaderas montañas de ruinas.

No hay que perder de vista que esta dimensión punitiva ya estaba presente en la política de retirada de ruinas antes de 1945. En efecto, no se trataba de un fenómeno totalmente inédito, en la medida en que los bombardeos británico-estadounidenses, muy fuertes a partir de 1943, habían obligado a las autoridades nazis a poner en marcha una política pública de retirada de escombros. Hasta el final de la guerra, el Tercer Reich movilizó a policías, miembros de las Juventudes Hitlerianas (HJ), pero también y, sobre todo, a trabajadores forzados, prisioneros de guerra y detenidos en campos de concentración.

Tras haber sido destruida en más del 80 % por bombardeos británico-estadounidenses, el 8 de abril de 1945, los trabajos de retirada de escombros de la ciudad de Halberstadt —una localidad mediana de la región de Harz— fueron realizados por los prisioneros del campo de concentración cercano.[74] Estos últimos - formaban parte de un anexo a Buchenwald. Después del cierre del campo, el día 9 de abril, cinco columnas de quinientos detenidos iniciaron entonces las famosas marchas de la muerte, de varios cientos de kilómetros.

A la escala de una ciudad mediana como Pforzheim, uno de los adjuntos del alcalde, Gustav Kuhle, tenía bajo su autoridad la oficina de intervención que gestionaba a estas personas comprometidas con el nazismo. Originario de Berlín, después de la - Primera Guerra Mundial se convirtió en secretario general de la sede del Partido Demócrata Alemán (Deutsche Demokratische Partei, DDP), que tuvo una influencia determinante en la elaboración de la Constitución de la República de Weimar, gracias a Max Weber y Hugo Preuss. Se dedicó después a dirigir la revista bimensual El demócrata, antes de pasar al sector privado durante el Tercer Reich. Desde que asumió sus nuevas funciones en la alcaldía en mayo de 1945, se encargó de movilizar, domingos incluidos, a los habitantes que tras la guerra habían sido considerados como persona non grata. G. Kuhle se convirtió, además, a partir de abril de 1946, en fiscal general de la cámara de depuración de Pforzheim.

En cooperación con el servicio municipal de los edificios, la oficina de intervenciones gestionaba y movilizaba a los antiguos miembros del NSDAP. A finales de noviembre de 1945, en los documentos que definían las siguientes zonas de la ciudad en las que retirar escombros, se mencionan varias veces las «intervenciones de nazis» o intervenciones «de miembros del partido».[75] Los archivos consultados no permiten determinar si estos individuos eran hombres o mujeres. También es imposible evaluar su número en razón del carácter incompleto de los informes.

Las mujeres y la cuestión de la retirada de escombros

Al evocar las ruinas alemanas de 1945, nos vienen a la mente las imágenes del trabajo de aquellas «mujeres de las ruinas» (Trümmerfrauen). Junto con la reforma monetaria de 1948 y el «milagro económico» alemán de principios de los años 1950, estas alemanas constituyeron uno de los tres elementos de la tríada fundacional del relato heroico de la República Federal Alemana a - principios de la década de 1980.

Modelada por la fuerza de las fotografías, nuestra memoria colectiva ha construido una representación heroica de estas mujeres que, supuestamente, realizaron la mayor parte del trabajo de retirada de escombros, debido a la ausencia de los hombres muertos en la guerra, los desaparecidos o los prisioneros en campos aliados.

Este poderoso discurso político-memorial, muy arraigado en la memoria colectiva de la sociedad alemana contemporánea, tiende a invisibilizar la relación entre retirada de escombros, desnazificación y movilización de las mujeres.

Sin embargo, las investigaciones recientes de la historiadora alemana Leonie Treber[76] han demostrado que las autoridades militares americanas y francesas, por norma general, se negaron a movilizar a mujeres para retirar las ruinas en las ciudades de sus respectivas zonas de ocupación. Si bien los ingleses recurrieron algo más a las mujeres alemanas, fueron sobre todo los soviéticos quienes movilizaron a las «desempleadas» de Berlín y otras grandes ciudades de su zona de ocupación. Además, la mayoría de las reconocidas fotografías de «mujeres de las ruinas» se tomaron en Berlín. En sus investigaciones, la historiadora alemana Marita Krauss pudo analizar fotografías que mostraban la retirada de escombros de la ciudad de Múnich, que llevaron a cabo mujeres que habían sido condenadas por tribunales de depuración.[77]

En los archivos individuales de desnazificación conservados en Berlín, se puede ver que las autoridades de ocupación soviéticas y americanas también movilizaron a mujeres despedidas por su afiliación al NSDAP y que estaban involucradas en algún proceso de desnazificación en curso. A partir del estudio de decenas de archivos sobre la rehabilitación de mujeres alemanas que intentaron un último recurso entre 1948 y 1949 en el distrito de Berlín-Wilmersdorf (sector americano), es sorprendente constatar que se puso en marcha el mismo esquema depurativo. Fuera cual fuese su profesión —religiosa, funcionaria de correos, secretaria—, centenares de mujeres fueron llana y simplemente despedidas durante la primavera de 1945 por haber pertenecido al NSDAP y forzadas a realizar tareas de retirada de escombros.

Algunas, como Elsbeth Koch, fueron destinadas a estas tareas por un corto periodo de un mes. Nacida en 1911, secretaria en la radio del Estado entre 1934 y 1945, E. Koch se había afiliado al NSDAP el 1 de mayo de 1933. Esta afiliación formal —no ejerció ninguna función dentro del partido nazi— provocó su despido automático en junio de 1945 por las autoridades soviéticas y su condena a retirar ruinas hasta el 16 de julio. Sin marido, dado que estaba desaparecido, logró demostrar la incompatibilidad de esta tarea con el hecho de que tenía un hijo a su cargo y una madre enferma de la que debía ocuparse.[78] Estuvo sin empleo hasta mayo de 1949, cuando fue completamente rehabilitada gracias a un procedimiento legal acelerado.

Este paréntesis profesional y este regreso al «hogar» constituían también dos elementos del dossier de Charlotte Witthaus. Nacida en 1893, era funcionaria de correos desde 1912 y se había afiliado al NSDAP el 1 de mayo de 1937. Fue despedida en mayo de 1945 y condenada a trabajos de retirada de escombros, que realizó hasta finales de año. Para sobrevivir, trabajó como asistenta del hogar (Haushaltshilfe) antes de quedarse en el paro, una situación en la que todavía se encontraba cuando realizó su petición de rehabilitación en abril de 1949.[79]

Muchas veces, el costoso trabajo en las ruinas tuvo consecuencias en el estado de salud de estas mujeres. Esto es lo que muestra el caso de Elfriede Müller. Nacida en 1899, originaria de Prusia

Oriental, pasó la primera parte de su vida en Königsberg, donde fue la única mujer vicaria de toda la región. Primero enseñó religión en diferentes centros de secundaria de la ciudad (entre 1930 y 1937) antes de mudarse a Berlín y trabajar para la oficina encargada de la gestión del impuesto eclesiástico en el distrito de Wilmersdorf. Despedida en 1945 por afiliación y funciones en el NSDAP, acabó retirando ruinas durante varios meses.

Cayó entonces gravemente enferma, antes de retomar su actividad como vicaria en una comunidad protestante de Charlottenbourg. En julio de 1946 fue despedida con motivo de un proceso de depuración iniciado por la Iglesia, un hecho raro que merece mención. Logró rehabilitarse completamente en marzo de 1949 tras una audiencia que le permitió, como a tantas otras en esa época, destacar el carácter «completamente apolítico» de su afiliación, como se puede leer en el acta de rehabilitación.[80]

Paradójicamente, mientras que la primera parte de sus vidas, incluso bajo el Tercer Reich, había conformado una fase de actividad profesional, la depuración automática de muchas funcionarias en la primavera de 1945 y la lentitud de los procesos de rehabilitación, que se dilataron hasta 1949, empujaron a un gran número de mujeres al desempleo y a salir del ámbito de la economía remunerada. Por periodos variables, que iban de algunas semanas a varios meses, estas mujeres contribuyeron, por lo tanto, a descombrar manualmente las grandes ciudades alemanas.

No hay que olvidar que, mientras tanto, tenían que cuidar de sus hijos o de sus padres ancianos y sobrevivir a la vida cotidiana de un país que, hasta ese momento, no había conocido las privaciones de la guerra.[81]

Con el paso del tiempo, a partir de la primavera-verano de 1946, las autoridades locales empezaron a recurrir cada vez más a empresas privadas, e incluso a desarrollar sociedades mixtas, para continuar con la titánica tarea de retirar las ruinas. En Pforzheim, el 17 de junio de 1948, es decir, tres días antes de la introducción oficial del marco alemán (DM) en la parte occidental de Alemania, el Ayuntamiento, en asociación con una empresa privada de transporte público, llegó hasta crear una sociedad de responsabilidad limitada para encargarse de la retirada de las ruinas

y de su valorización. Fue una forma de inaugurar una empresa sin ánimo de lucro dotada de un capital de 20 000 DM.[82]

Mujeres berlinesas limpian una calle de Berlín en 1949.

El objetivo era doble: acelerar la liberación del espacio urbano, pero también reutilizar el material recogido para la reconstrucción. Este procedimiento se hacía indirectamente eco de una exposición original y didáctica organizada en el parque de exposiciones de Charlottenbourg, en Berlín, de abril a mayo de 1947 —«Ruinas con valor» (Werte unter Trümmern)—, cuyo objetivo era claramente enseñar a la población cómo reciclar los escombros.[83]

La nueva sociedad local hizo que Pforzheim entrase en una nueva fase de retirada de ruinas: así, entre el 50 y el 60 % de los escombros fueron reutilizados para reconstruir edificios. En un informe escrito por la dirección de la empresa en julio de 1949, se podía leer, como en un inventario escrito por Prévert, cuáles fueron los diferentes materiales ordenados y reutilizados: 7 millones de tejas, 1000 toneladas de vigas de hierro, 3000 metros de tubos de hierro fundido, 4300 metros de conductos de agua y gas, 10 000 metros cúbicos de piedra de cantera.[84] Los directores de esta

sociedad estaban orgullosos de demostrar que se podía crear lo nuevo con lo antiguo. Además, las partículas más finas (inferiores a 50 mm) se destinaban a rellenar materiales huecos. En Fráncfort del Meno, este polvo se quemaba en hornos a 1800 grados y se transformaba en cemento aglomerado.

En resumen, en muchas ciudades en ruinas, los primeros trabajos de retirada de escombros fueron realizados por antiguos nazis que de este modo empezaban a pagar por su compromiso político. Este desafío logístico y organizativo se cruzó así con la lógica de la desnazificación, que buscaba apartar sistemáticamente de la función pública a todos los que habían formado parte del aparato nazi. Esta experiencia de las ruinas y de la desnazificación se desarrolló en un contexto psicológico particular, a saber, el de una sociedad desorientada y apática.

¿Una sociedad apática?

En agosto de 1946, en el prólogo de su «novela basada en hechos reales» Pesadilla, que calificaba de «documento humano», el escritor Hans Fallada pretendía transmitir a sus lectores «lo que fue vivido interior y exteriormente» por esta sociedad del colapso.[85] Con un estilo literario guiado por el deseo de ser lo más fiel posible a lo que pudo observar entre la primavera de 1945 y el verano de 1946, diagnosticó igual que lo haría un médico lo que parecían compartir millones de alemanes, empezando por él mismo: un profundo estado de apatía y depresión.

Hans Fallada no fue el único en llegar a esta conclusión. Entre sus recuerdos personales conservados en la época de la RDA por el Instituto del Marxismo-Leninismo y que sirvieron como base para una autobiografía oficial publicada en 1975,[86] el militante comunista Fritz Selbmann, superviviente de los campos de concentración de Flossenbourg y Sachsenhausen, describía, además de los importantes destrozos materiales, «un letargo y una apatía continuas que reinaban de manera general»[87] en Alemania. Teniendo en cuenta el desafío de la reconstrucción, este estado de fatiga global constituía, a sus ojos, lo más difícil y peligroso de gestionar como vicepresidente de la Administración de Economía y Trabajo de la región de Sajonia en 1945.

Los testimonios literarios y personales de Fallada y Selbmann sobre la apatía de la sociedad alemana del colapso dan a entender de manera eufemística que la pasividad de los ciudadanos alemanes era la consecuencia de traumas psicológicos producidos por la guerra total, ya sea bajo la forma de la lluvia de bombas británico-estadounidenses, del terror ejercido por los nazis más fanáticos contra la población o de las violaciones del Ejército Rojo. También demostraba de manera implícita la dificultad de los individuos para expresar con palabras sus experiencias.

Sin embargo, la desnazificación, con su desarrollo rápido y sistemático, se encargó de poner término rápidamente a este estado de indiferencia emocional. Lejos del sentimiento de apatía, numerosos alemanes confrontados a la experiencia de purga tuvieron que movilizarse bruscamente y reflexionar sobre qué estrategias poner en marcha para cerrar el paréntesis depurativo. Despedidos de manera automática, sometidos al examen del cuestionario y a procedimientos de evaluación, esperaban de sus evaluadores, aliados o alemanes, un trato justo e individual de su caso.

Los archivos de diarios personales de Emmendingen permiten ver este tipo de movilización, que es posible notar en el seno de las familias a través de estos egodocumentos. Es el caso de la familia Lutter, por ejemplo, cuyo hijo Horst hace de biógrafo.[88] Con ayuda del diario de su madre y de las cartas manuscritas de su padre Otto,[89] H. Lutter intentó comprender cómo pudo criarse en una familia de nazis y cómo esta superó la fase de desnazificación.

Nacido en 1934, creció en una familia protestante de clase media en Hamburgo, con un padre maestro y una madre dependienta en una panadería. Su padre provenía de una familia monárquica de funcionarios.

Después de haber sido maestro en la época de la Alemania imperial, este último pasó por un periodo de desempleo durante los primeros años de la República de Weimar, antes de encontrar de nuevo un puesto fijo a partir de 1924. Es interesante recalcar que el padre de H. Lutter, Otto, se afilió al NSDAP desde septiembre de 1932 y militó en el distrito obrero de Altona, en Hamburgo. ¿Hay acaso una relación entre esta afiliación y el episodio del domingo sangriento de julio de 1932, cuando se produjo un enfrentamiento mortal entre las SA y los comunistas? H. Lutter no dice nada al respecto. Su padre dirigía la célula local del NSDAP en ese distrito, antes de unirse a la élite del partido en 1939 como encargado del enmarque ideológico de la población. Se unió al ejército en 1942.

Prisionero de guerra, Otto Lutter fue apresado a partir de 1945 en el campo de Neuengamme a la espera de su juicio de desnazificación. El 12 de marzo de 1946, escribió una carta con motivo del duodécimo cumpleaños de su hijo Horst:

¡Mi querido y valiente Horst!

El 19 de marzo es tu duodécimo cumpleaños. Tu papá te manda sus pensamientos más afectuosos para este día y también el deseo de que sigas gozando de buena salud y te conviertas en un chico grande y fuerte.

Es real y terriblemente triste, mi querido pequeño Horst, que hayamos perdido durante la guerra todo lo que nos era querido y tenía valor. Pero puedes estar contento, hijo mío, de tener junto a ti a tus padres, tu hermano pequeño, tus abuelos y muchas personas que solo velan por tu bien. Por desgracia, papá no siempre puede estar a vuestro lado por tu cumpleaños. Pero no tienes ninguna razón por la que avergonzarte, mi querido Horst, debido a que tu padre todavía esté en el hospital.[90] Sabes bien que fue gravemente herido en los combates por defender a nuestro pueblo y, si fuese retenido más tiempo del necesario, sabes bien que no ha hecho nada malo, simplemente cumplió con su deber para con la patria. Así que mantén la cabeza erguida y sé valiente. En esta época en la que tu padre no puede estar en casa, debes ayudar a mamá en lo que puedas.[91]

Esta carta pone de manifiesto el modo en que O. Lutter ya había construido, en su interacción con su hijo, un relato que matizaba sus responsabilidades. Lejos de ceder a la apatía, en esta carta adoptaba un tono a la vez tranquilizador y ofensivo. Por un lado, recordaba a su hijo que no estaba solo, que su familia y sus amigos eran como tutores resilientes. Por otro lado, se presentaba a sí mismo como un patriota que solo había cumplido con su deber. Su pasado criminal —reconocido como tal por el tribunal de desnazificación en marzo de 1948— adquiría en la carta un tinte heroico. Como se verá en un capítulo posterior, toda la familia se puso en marcha para asegurar su rehabilitación. Condenado a pagar una multa de 4000 marcos imperiales (RM), anulada a causa de sus tres años de encierro, O. Lutter pudo reanudar su carrera como docente después de haber sido juzgado por un tribunal de depuración de Hamburgo a finales de los años cuarenta, que le

obligó a enseñar únicamente a alumnos de primaria a partir de entonces.

En conclusión, la desnazificación como política de depuración se empezó a aplicar desde el final de la guerra en el contexto de una sociedad del colapso. Los despidos automáticos en la administración pública llevaron a trabajos de retirada de escombros para cientos de miles de antiguos miembros del NSDAP. La aplicación muy temprana de la lógica de la purga contribuyó a sacar rápidamente a los alemanes de su estado de apatía colectiva. Tenían que movilizarse rápidamente, porque una de las condiciones sine qua non para recuperar una forma de normalidad era someterse a esa purga. Como veremos en los dos capítulos siguientes, la depuración se basó en una voluntad común y, en la práctica, esta se tradujo por mil y una maneras diferentes de desnazificar, entre las que destacan dos tendencias distintas: la severidad estadounidense-soviética y el pragmatismo franco-británico.

Mil y una formas de desnazificar, o el rigor punitivo americano-soviético

«Es probable que nunca en la historia del mundo se haya iniciado una empresa tan masiva de purificación de la sociedad».[92]

General Lucius D. Clay, gobernador militar de la zona de ocupación estadounidense en Alemania

Una titánica ambición común

El 5 de junio de 1945, casi un mes exacto después de la rendición incondicional del Tercer Reich en Reims (al norte de París), los cuatro miembros de la alianza antihitleriana publicaron la Declaración de Berlín. Mediante este documento, anunciaron que asumían la integridad de las competencias soberanas, administrativas y económicas del Estado, de las regiones y de las ciudades de Alemania.[93] Esta proclamación les daba vía libre para llevar a cabo la cuádruple empresa que consideraban necesaria: desmilitarizar, proceder a la descartelización, democratizar y desnazificar a la sociedad alemana. Esta voluntad común, más o menos anclada en una interpretación culturalista de Alemania, fue reafirmada en el comunicado final de los Acuerdos de Potsdam, el 2 de agosto de 1945.

Aunque el término desnazificación no se mencionaba explícitamente, estos acuerdos estipulaban que

todos los miembros del partido nazi que han participado en las actividades del partido más allá de su adhesión nominal, así como todas las personas hostiles a los objetivos aliados, [serán] excluidas de cargos públicos o semipúblicos y de todas las situaciones que impliquen responsabilidades importantes en empresas privadas. Estos individuos serán reemplazados por personas que, por sus cualidades políticas y morales, sean consideradas capaces de ayudar al desarrollo de auténticas instituciones democráticas en Alemania.[94]

Parece que la expresión misma de desnazificación fue utilizada por primera vez por el crítico literario estadounidense Robert Pick, que había publicado la reseña de una obra de Franz Hoellering en una

revista estadounidense.[95] El politólogo Elmer Plischke, antiguo oficial de inteligencia de la marina estadounidense, movilizado por el Pentágono en la célula destinada a planificar la ocupación de Alemania, reivindicó, por su parte, la paternidad de la palabra, explicando que el término «desnazificación» había sido creado por analogía con el término «desmilitarización».[96]

La desnazificación era un objetivo político compartido por las potencias vencedoras, ya que, independientemente de sus anclajes ideológicos e intereses estratégicos respectivos, los Estados Unidos, Gran Bretaña, la URSS y Francia compartían una interpretación común del nacionalsocialismo. Consideraban que el nazismo había sido un movimiento de masas moderno e inédito, que había creado un vínculo específico entre el Führer y su pueblo.

Desnazificar Alemania significaba, por lo tanto, borrar esa relación especial: erradicar la ideología racista y la cultura militarista para reemplazarla por un nuevo vínculo de lealtad a la democracia. Pero, ¿cómo desnazificar a esa población que se había adherido al proyecto promovido por la propaganda del régimen nacionalsocialista, el Volksgemeinschaft (‘comunidad nacional’)[97], mayoritariamente por convicción, por oportunismo, por la fuerza de las circunstancias, pero también por miedo?

¿Cómo desnazificar a una población que pensaba que el nazismo había sido, en el fondo, una buena idea mal ejecutada? ¿Cómo desnazificar a una población alemana que no se sentía ni colectiva ni individualmente culpable de los crímenes cometidos en nombre del proyecto milenarista del Tercer Reich? ¿Cómo desnazificar a una población alemana que se consideraba a sí misma como una comunidad de víctimas?

Primero, una voluntad americana

Aunque fue aprobada de forma colectiva, la Declaración de Berlín reflejaba principalmente la posición estadounidense. En esencia, retomaba las directrices expuestas en el «Manual para el Gobierno militar en Alemania antes de la derrota o la capitulación», redactado por el Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada (Supreme Headquarters Allied Expeditionary Forces, SHAEF), una suerte de panfleto que fue escrito gradualmente entre 1943 y 1945. Este catálogo de instrucciones definía diferentes categorías de personas que arrestar, internar y suspender de sus funciones. En la versión de agosto de 1944, los autores del manual ya se planteaban muy seriamente el estado psicológico de la población alemana.

Ya eran evidentemente conscientes del abismo entre las expectativas político-morales de los Aliados y las de la sociedad alemana: «¿Qué será de la población alemana común y corriente cuando se disipe el primer estado de aturdimiento? Habrá miradas oscuras y rostros sombríos».[98] Finalmente, los autores de las instrucciones relativas a la ocupación recomendaban a los futuros oficiales del ejército estadounidense «tener confianza en uno mismo y dar la impresión de tener el derecho de dominar a los alemanes. Ser firme, decidido y más bien distante».[99]

Este análisis muestra claramente que las futuras interacciones entre vencedores y vencidos iban a ser difíciles, sobre todo mientras los militares estadounidenses desplegados en el terreno rechazaran, instigados por el general Patton en Baviera, cualquier forma de cooperación con los grupos antifascistas alemanes que habían salido de la clandestinidad, por temor a la propagación de las ideas socialistas.

Los Aliados sabían que la gran mayoría de los alemanes —incluida la clase obrera, entre la cual la resistencia al nazismo parecía haber

sido más fuerte— no estaba dispuesta a aceptar una política depurativa que al principio se consideraba como «justicia de los vencedores». En su diario íntimo, la joven Else Nehm, de 26 años, describió la emoción que le causó una noticia escuchada en la radio, el 2 de abril de 1946:

La radio acaba de anunciar que se ha descubierto una organización nazi a la que pertenecían principalmente antiguos líderes de alto rango de las Juventudes Hitlerianas y de la Liga de Muchachas Alemanas (Bund Deutscher Mädel, BDM). Al parecer, más de mil personas han sido arrestadas en las zonas estadounidense y británica. Así que todavía hay gente con agallas. Todo lo que sea a favor de Alemania y en contra de las fuerzas de ocupación merece mi completa simpatía. Me uniría inmediatamente a una organización secreta como esa.[100]

Una puesta en marcha diferenciada entre cada zona de ocupación

Más allá de las instrucciones generales expresadas en los planes generales de los Aliados y, más adelante, en las directivas con fines unificadores, como la directiva n.° 24 del 12 de enero de 1946 sobre «la eliminación de los nazis y otras personas hostiles a los fines aliados de la Administración y puestos de responsabilidad», el tratamiento uniforme de la población alemana en el territorio bajo control aliado estaba garantizado a priori por el Consejo de Control Aliado (o Autoridad de Control Aliada), cuya sede estaba situada en el sector estadounidense de Berlín, en las instalaciones del antiguo Tribunal del Pueblo del Tercer Reich.

Sin embargo, en la práctica, cada potencia de ocupación llevó a cabo una política depuradora particular según sus propios intereses y su análisis del nacionalsocialismo. Por lo tanto, la desnazificación fue, ante todo, una cuestión de representación cultural de Alemania y de interpretación del nazismo. Esto se expresó a través de decretos y de directivas que funcionaban como un palimpsesto, hasta tal punto de que la historia de las normas depuratorias equivale a actualizar capas arqueológicas de textos superpuestos.

Cada zona tenía, entonces, su propia temporalidad en cuanto al traspaso de competencias jurídicas y administrativas, la creación de comisiones de depuración, la publicación de decretos de amnistía… Los británicos participaron en las reflexiones previas de los estadounidenses y habían validado las grandes orientaciones de sus políticas. En general, los franceses actuaron de manera independiente en su zona; mientras que los soviéticos, tan exigentes como los estadounidenses, improvisaban de forma total.

La desnazificación fue, por lo tanto y ante todo, una experiencia descentralizada y distinta según cada zona de ocupación, aunque la Guerra Fría tendió a oponer progresivamente y de manera

esquemática las tres zonas occidentales a la zona soviética, y, por consiguiente, a incorporar la desnazificación dentro de una lógica de confrontación Este-Oeste. A escala de la ciudad de Berlín, por ejemplo, la desnazificación de una categoría socioprofesional como la de los artesanos variaba de un sector a otro: un artesano que había sido miembro del NSDAP podía seguir ejerciendo en el sector soviético, mientras le estaba prohibido trabajar en el sector estadounidense.[101]

Desde el punto de vista de los alemanes, esta realidad cada vez más bipolar no existía realmente. La geografía mental de la sociedad hasta los años 1948-1949 aún no estaba marcada por una línea de separación entre Este y Oeste.

Se organizaba, sobre todo, según una lógica vertical que separaba a los vencedores de los vencidos. Lo cierto era que la sociedad alemana, sometida a cuatro Gobiernos militares diferentes, era consciente y estaba más o menos bien informada de lo que sucedía en las otras zonas.

La prensa local o regional, la correspondencia por carta, y la movilidad individual o colectiva permitían a los ciudadanos corrientes obtener un saber más o menos fiable sobre lo que se practicaba fuera. Ese «fuera» podía ser la ciudad de al lado, una región cercana, o incluso la zona de ocupación vecina. Así, la desnazificación era también, principalmente, una búsqueda constante de información y un ejercicio de comparación en el que se escrutaba la severidad de tal o cual comité o, al contrario, la forma en que se aplicaba la amnistía en diferentes zonas del territorio alemán.

Entre los miembros de la alianza antihitleriana, Estados Unidos y la URSS mantenían, sin duda, la perspectiva más ferozmente punitiva y transformadora del proceso de desnazificación. Aunque nunca llegó a ser adoptado por las Administraciones de Roosevelt y Truman, el proyecto de desmembramiento y desindustrialización de Alemania de Henry Morgenthau,[102] por entonces ministro de Finanzas, hacía hincapié en la necesidad de castigar al pueblo alemán. Esta perspectiva constituyó la brújula ideológica de Estados Unidos.

Los pensadores y arquitectos estadounidenses de la desnazificación pretendían transformar a los alemanes, reeducarlos o hacer que adoptaran una nueva concepción política. Desde el principio, Estados Unidos, en parte presionados por su propia opinión pública, fueron indudablemente la fuerza motora de la desnazificación de Alemania. Habían sido los primeros en creer en el poder de las imágenes para dar a conocer a los alemanes los crímenes perpetrados por aquel régimen totalitario que habían apoyado hasta el final. Además, fueron los ideólogos del cuestionario y de las categorías que permitían clasificar a la población según su grado de responsabilidad político-ideológica.

A partir del verano de 1945, basándose en una concepción compartida de la responsabilidad colectiva del pueblo alemán, estadounidenses y soviéticos adoptaron una visión muy negativa de los alemanes, que consideraban como un pueblo enemigo, sometido durante toda una década a la intensa propaganda nazi. Esto se tradujo por una política de arrestos y ceses profesionales que tuvieron efectos desestabilizadores y directos en diferentes ámbitos.

Aunque partían de presupuestos ideológicos distintos, estaban convencidos de la superioridad de su respectivo modelo civilizacional: el liberalismo democrático en el caso de los primeros, el socialismo antifascista en el caso de los segundos. Y si bien los estadounidenses estaban dispuestos a aplicar una política depurativa severa, la de los soviéticos se caracterizó por la improvisación y la falta de preparación.

Berlín, zona de observación preferente de la desnazificación

La ciudad de Berlín constituía un campo de observación ideal para comprender, de un primer vistazo, estas diferencias entre zonas, ya que tenía la ventaja de concentrar a las cuatro potencias ocupantes en la misma área.

Los archivos de la ciudad de Berlín permiten realizar una historia comparada de la desnazificación de los servicios administrativos. Un año después del inicio del proceso, el 15 de julio de 1946, el Ayuntamiento realizó un primer balance que intentaba, no sin dificultades, recoger todos los datos cuantitativos de cada sector. Mostró así, aunque de forma incompleta, el grado de rigor de las políticas de depuración.[103]

De manera global, hasta el mes de julio de 1946, de los 31 600 casos abiertos en Berlín, apenas se había llevado a término el 14 %. Por otra parte, ocho de cada diez de los 4 377 casos tramitados se saldaron con condenas. La práctica en el sector americano se caracterizaba por una dimensión doble.

Las autoridades estadounidenses abrían muchas más investigaciones que las demás fuerzas de ocupación (fueron responsables de la mitad de los 31 600 procedimientos totales) y las trataban con mayor severidad, ya que se condenaba a las personas investigadas en nueve de cada diez casos. Este rigor estadounidense se reflejaba en el muy bajo porcentaje de desestimaciones. Era de apenas el 5 % en el sector americano, frente a niveles que oscilaban entre el 38 % y el 50 % en las otras zonas.

		tor sovi	**Sector ame**		**Sector britá**		**Sector francés**
		abiertos y registrados	50 %		19 %		6 %

		%	16,3 %		18,3 %		9,8 %	
		5 %	94,6 %		60 %		40,9 %	
Número de casos	**tratados por las comisiones**	**más**						
		38,5 %	5,4 %		40 %		51,9 %	

Este rigor no era exclusivo de Berlín. También se daba en otras ciudades administradas por los estadounidenses, aunque en menor medida. Por ejemplo, en otoño de 1945, la tasa de ceses del personal administrativo en las ciudades bávaras de Wurzburgo, Múnich y Núremberg fue del 70, 33 y 25 % respectivamente.[104] En total, en la segunda mitad del año 1945, los estadounidenses despidieron a casi el 25 % del personal administrativo de su zona de ocupación.

En la antigua capital del Reich, los soviéticos y los británicos habían abierto un número relativamente similar de procedimientos (7700 y 6000, respectivamente). Mientras que los británicos parecían ser más eficaces en la tramitación de los casos (18,3 % frente a 7,6 %), los soviéticos tenían una tasa de condenas ligeramente superior (61,5 % frente a 60 %).

Los franceses ocupaban el último lugar, con una diferencia notable en todos los ámbitos, salvo en la tasa de tramitación de expedientes, que era ligeramente superior a la de los soviéticos (9,8 % frente a 7,6 %). Fueron los que menos casos abrieron y los que menos condenas dictaron. Además, el francés fue el único sector de la ciudad en el que el número de sobreseimientos fue superior al de condenas (59,1 % frente a 40,9 %).[105]

Los funcionarios berlineses observaban estas discrepancias entre las directivas comunes y las diferentes prácticas sobre el terreno, lo que complicaba considerablemente la aplicación de la política de depuración. El 18 de junio de 1946, en un memorándum relativo a la creación de comisiones de desnazificación para los artistas y los profesores, el caso del barrio de Wedding, situado en el sector francés, llamó la atención de los empleados del Departamento de Recursos Humanos de la ciudad:

El secretario del comité Wedding llama la atención sobre el hecho de que el Gobierno militar francés ha resuelto de manera diferente la cuestión de la competencia de del comité. Solo acepta dictámenes

favorables del comité en los casos en que el recurrente está domiciliado en el sector francés. El lugar de trabajo del que este ha sido despedido no tiene ninguna relevancia para el Gobierno militar francés. Así, una persona que hubiera sido despedida por una Administración o empresa del sector francés, pero que residiera en el sector británico, no sería readmitida por el Gobierno militar francés, sino remitida al comité del sector británico. También es dudoso que las personas residentes en el sector francés, pero despedidas de un empleo en otro sector y, por lo tanto, aprobadas por un comité de otro sector, sean reconocidas como desnazificadas en el sector francés.[106]

Bundesarchiv, Bild 183-W0903-325
Foto: Donath, Otto | 1949

Antiguos miembros del NSDAP hacen cola ante la oficina de las autoridades militares estadounidenses en Zehlendorf, 1949.

A finales de 1948, cuando la parte occidental de la ciudad estaba sometida al bloqueo soviético, el balance final de las actividades de las comisiones de desnazificación por sectores seguía mostrando el voluntarismo americano, teñido de una mayor indulgencia. De este modo, el sector americano había tratado los casos de 2000 individuos, ¡pero con un índice de condenas que bajó al 3 %!

Los soviéticos apenas habían tramitado 260 casos, pero mantenían un índice de rechazo del 20 %. Los británicos seguían tramitando muy pocos casos y dictando un número limitado de condenas. En cuanto a los franceses, el número de procedimientos llevados a cabo descendió a menos de 100, sin embargo, mantenían una tasa de condenas cercana al 50 %.[107]

Una política soviética severa pero improvisada

La política soviética de desnazificación se basaba en una lógica doble, tanto estructural como ideológica. Al principio, no estaba motivada por la idea planificada de hacer de la purga una herramienta para construir una sociedad socialista, sino más bien por una lectura anticapitalista y antifascista del pasado nazi y del presente de la ocupación.

La dimensión anticapitalista estaba relacionada con la interpretación soviética del nazismo como instrumento del «gran capital»: para las autoridades soviéticas y sus apoderados antifascistas locales, había que desposeer a las élites capitalistas de su poder económico. Por lo tanto, identificaron una serie de sectores clave de la economía que debían ser sometidos a una purga muy profunda.

Esto se tradujo, en otoño de 1945, por la confiscación y redistribución de más de 2,5 millones de hectáreas de tierras pertenecientes a grandes terratenientes, a lo que siguió, en 1946, la nacionalización de las grandes empresas industriales.

Los soviéticos sabían que la población alemana les era profundamente hostil, no solo por el trauma de la reciente guerra, sino también por la intensa propaganda anticomunista que funcionaba bajo el Tercer Reich. En el marco de un intercambio entre un funcionario del Comité de Desnazificación del sector soviético y el comandante Bognytschov, de la Administración Militar Soviética en Alemania (SMAD), este último subrayaba que «la mayoría de la población alemana no había participado en actividades antifascistas».[108]

En un intento por volver a las raíces del humanismo humboldtiano y en pos de la democracia, el sistema educativo también fue

depurado en el verano de 1945 y reformado en mayo de 1946, con la introducción de principios modernos como la coeducación y la escuela única.[109] En el verano de 1945, a pesar de las oleadas de ceses automáticos de profesores, P. Solotuchin, el jefe del Departamento de Educación del SMAD, descubrió que el 46 % de los profesores de la SBZ seguían siendo nazis activos.

Este porcentaje ascendía a más del 65 % en las regiones de Turingia y Sajonia.[110] Un año más tarde, en julio de 1946, Paul Wandel, director de la Administración Central para la Educación Alemana (Deutsche Zentralverwaltung für Volksbildung, DZVV), seguía estimando con pesar que apenas el 10 % de los profesores alemanes en la zona soviética podían considerarse políticamente seguros.[111]

A diferencia de los estadounidenses y, sobre todo, de los británicos, las autoridades políticas y militares soviéticas compartían con sus homólogos franceses la convicción de que los alemanes debían participar lo antes posible en la reconstrucción política y administrativa de su país. La segunda directiva del SMAD, con fecha de 10 de junio de 1945, autorizaba entonces la fundación de partidos políticos y sindicatos.

Desde esta perspectiva, los antiguos comunistas y socialdemócratas agrupados en comités locales antifascistas no solo ocuparon los cargos de alcaldes, gobernadores regionales y directores administrativos, sino que también desempeñaron un papel clave en esta primera fase de desnazificación, en la que se dio una importancia decisiva a la afiliación al NSDAP como criterio de cese.

Desde el 30 de junio de 1945, apenas tres semanas después de su creación, el 9 de junio, el SMAD publicó una orden firmada por su jefe, el mariscal Zhúkov:

Los antiguos miembros del NSDAP deben ser despedidos inmediatamente de los servicios municipales de Berlín. La pertenencia al NSDAP es de facto un motivo vinculante de cese; el mero hecho de la pertenencia es suficiente. No es necesario realizar comprobaciones de otro tipo.[112]

Curiosamente, la orden especificaba que los miembros de otras antiguas organizaciones de masas nazis no se veían afectados, siempre que no hubieran sido miembros del NSDAP.

Aunque la desnazificación fue principalmente una purga de los servicios administrativos, también afectó muy pronto a las actividades culturales. La nueva prioridad iba de la mano de la purificación de las estructuras escolares. Esta voluntad ya estaba presente en el artículo 3, párrafo 7, del comunicado final de la Conferencia de Potsdam, que pretendía proteger a la opinión pública de las influencias consideradas antidemocráticas: «La educación alemana será controlada de forma que elimine completamente las doctrinas nazis y militaristas, y que permita el feliz desarrollo de las ideas democráticas».[113]

De este modo, a partir de agosto de 1945, el Ayuntamiento de Berlín, dirigido por el gobernador independiente Arthur Werner, que había sido nombrado por los soviéticos el 17 de mayo, pidió a su departamento de Educación que creara un comité encargado de examinar las solicitudes de autorización de artistas para que se les permitiera continuar ejerciendo sus actividades.[114]

El comité se reunía cada semana. Estaba formado por técnicos, miembros de la Unión Cultural para la Renovación Democrática de Alemania, la Cámara de Artistas y de la radio de Berlín. En la práctica, sin directrices precisas, los miembros de estas comisiones se toparon enseguida con enormes dificultades concretas, que ralentizaron considerablemente los procedimientos.

El informe sin fecha, pero redactado en septiembre de 1945 por dos ejecutivos encargados del seguimiento de este comité, expresaba muchas dudas y la necesidad de encontrar soluciones particulares a cada caso.[115] De hecho, los inicios de la desnazificación soviética estuvieron marcados por la construcción de rutinas burocráticas y la definición de normas generales que aplicar.

A diferencia de los estadounidenses, que habían reflexionado sobre estas cuestiones durante la guerra y diseñado el manual del SHAEF, los soviéticos no estaban verdaderamente preparados para la

desnazificación. No se había planeado ningún programa al respecto. Sin embargo, la rapidez con la que el SMAD autorizó el resurgimiento de la vida política y creó comisiones antifascistas dio la impresión, con la Guerra Fría en pleno apogeo, de que la URSS había tenido desde el principio un plan para la transformación sociopolítica de su zona de ocupación.

Los efectos de esta improvisación se pueden evaluar leyendo los informes de este comité cultural, cuyos miembros trabajaban en medio de una espesa niebla administrativa. Parecían no parar de hacerse preguntas que permanecían sin respuesta: ¿debía permitirse ejercer a todos los artistas que no hubieran sido identificados como políticamente próximos a los nazis? ¿Debía concederse la autorización de ejercer sobre la base de cierta importancia artística significativa, o de la dificultad de sustituir al artista? ¿Debía basarse la autorización en pruebas fehacientes de actividad antifascista durante el Tercer Reich?

Tras vacilar, el comité acordó que concedería licencias a artistas que no habían sido miembros activos del NSDAP. En el verano de 1945, la herramienta del cuestionario aún no se había introducido en la zona ocupada por los soviéticos. Para obtener una autorización, los artistas debían presentar un currículum detallado y numerosos testimonios que acreditaran la admisibilidad de su solicitud. Podían recibir una invitación para presentar su caso en persona y a apelar a testigos. Sin embargo, no se les permitía recurrir ante el comité, aunque sí, potencialmente, ante el Ayuntamiento.[116]

En enero de 1946, un primer balance confirmó el ambiente inicial de improvisación y la necesidad de pragmatismo para garantizar la continuidad de ciertas actividades artísticas:

Si se comparan las decisiones dictadas hasta la fecha, se puede ver que las primeras aplicaban un criterio relativamente menos estricto.

Esto se debía en parte a la escasez de artistas (en particular de directores de orquesta), por entonces todavía acuciada en diversos ámbitos, por lo que varios artistas políticamente expuestos eran

difíciles, si no imposibles, de sustituir, y en parte también a la falta de práctica y de directivas legales.[117]

A partir del otoño de 1945, a través de directivas aplicadas en las regiones reconstituidas, los soviéticos organizaron de forma más sistemática, mediante procedimientos de detención y enjuiciamiento, el trato administrativo de las categorías profesionales que debían ser desnazificadas. A partir de 1946 se crearon, progresivamente, comisiones de desnazificación en la SBZ, en aplicación del decreto n.° 24 del Consejo de Control Aliado.

En sus memorias conservadas en los archivos del Instituto de Marxismo-Leninismo de la RDA, el militante comunista Olgerd-Igor Jankowski contaba con todo lujo de detalles su experiencia en otoño de 1945, en la ciudad de Lutherstadt-Wittenberg. Un oficial soviético vino a verle con una orden del mariscal Zhúkov y Jankowski tuvo que traducirla, ya que había sido intérprete del Ejército Rojo hasta el verano de 1945. La directiva permitía organizar detenciones de «fascistas activos» en esta ciudad de Sajonia-Anhalt:

Por orden del mando soviético de la ciudad, todos los fascistas activos de Lutherstadt-Wittenberg debían ser detenidos y transportados a un lugar solo conocido por él. Un representante del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la Unión Soviética (NKVD) se encuentra en el lugar y se ha instalado en el sótano de la antigua caja de ahorros, en el número 1 de la calle Berlín. El capitán ha solicitado que le muestren las listas recopiladas de todos los miembros registrados del NSDAP, de las SS, de las SA y de otras organizaciones fascistas de Wittenberg. Estas listas contenían más de 1500 personas. Evidentemente, toda esta información había sido extraída de documentos incautados. No se sabía si estas personas seguían vivas ni si vivían en Wittenberg. […] Fui consultado sobre el procedimiento común que se debía seguir para detener a estas personas. Se formaron varios comandos, cada uno de ellos compuesto por dos soldados soviéticos y dos policías alemanes. […] A excepción de siete personas, todas fueron puestas en libertad.

Estas siete personas eran miembros de las SA Sturm y del Obersturmführer de las SA, así como algunos líderes de células del - NSDAP, los de más alto rango, si se puede decir así.

Jankowski subrayaba a continuación el modo de «defensa» de estos «altos mandos»:

Lo que me ha impresionado, como joven, es que ninguna de las personas entrevistadas, que hace unos meses todavía portaban con orgullo «el uniforme marrón de Hitler», reconocía su pasado fascista. De repente, todos eran seguidores o miembros nominales que siempre habían estado en contra de las políticas de Hitler.[118]

En noviembre de 1947, cuando la desnazificación debía llegar a su fin, se llevó a cabo una comparación regional, puesto que, para los soviéticos, la Ley de Amnistía ya había producido en gran medida sus efectos. En una reunión presidida por el futuro jefe de la Stasi, Erich Mielke, por entonces joven subdirector de Administración de Asuntos Internos de la SBZ, una especie de precursor del futuro Ministerio del Interior de Alemania Oriental, cada funcionario regional encargado de la desnazificación presentó un informe cuantitativo y cualitativo.[119]

El de Brandeburgo lamentaba la falta de apoyo de la población y de los partidos políticos. Aparte del SED, presentado como el más activo, los partidos liberales y democristianos se negaban progresivamente a cooperar. Entre finales de 1945 y finales de 1947, unas 520 734 personas perdieron su empleo en el SBZ.[120] En una región como Brandeburgo, se retiraron los derechos civiles de 8000 de las 270 000 personas inscritas y procesadas.

La desnazificación se consideró oficialmente concluida en abril de 1948, aunque no fue hasta la fundación oficial de la RDA, a principios de la década de 1950, cuando se cerraron los campos de internamiento especiales creados por los soviéticos al final de la

guerra. Entre 1945 y 1950, alrededor de 170 000 personas fueron internadas en los Speziallager (principalmente en Bautzen, Buchenwald y Sachsenhausen), entre ellas, algunos elementos considerados «burgueses» y «fascistas» que nada tenían que ver con los criterios comunes de desnazificación definidos en Potsdam.[121]

El rigor de la purga estadounidense

Para llevar a cabo la desnazificación en su zona, el Gobierno militar estadounidense creó, en el verano de 1945, un departamento específico: la Special Branch. El rigor de su política de purga se basaba en la idea de que los alemanes tenían una responsabilidad a la vez individual y colectiva. Además de campañas en medios de comunicación que mostraban los horrores del nazismo, esta política se expresó a través de un principio básico en vigor desde el inicio: la sospecha sistemática de todo antiguo nacionalsocialista considerado activo, incluso a nivel económico.

Apenas diez días más tarde, el 7 de julio de 1945, una semana antes de que se disolviera el SHAEF, la directiva n.° 7 de las Fuerzas de los Estados Unidos en Teatro Europeo (USFET) estipulaba que toda persona que ocupara un cargo de responsabilidad pública debía someterse a un examen sobre su pasado mediante un cuestionario. Este será el objeto de un capítulo posterior.

A partir de once categorías de personas susceptibles de ser destituidas (desde criminales de guerra hasta miembros nominales del NSDAP), esta instrucción pretendía ayudar a los oficiales encargados de la purga a distinguir cinco situaciones diferentes: la destitución de las personas del primer grupo era obligatoria y se embargaban sus bienes; la destitución de las personas del segundo y tercer grupo era discrecional y correspondía al oficial del Gobierno militar tras la validación de la Special Branch.

El cuarto grupo se enfrentaba a la ausencia de objeciones a su contratación o, simplemente, a la ausencia de pruebas que demostraran lo contrario. Tan solo el quinto grupo era recomendado para el empleo debido a actos de resistencia. Por regla general, el cese obligatorio dentro de la administración estaba justificado para cualquiera que se hubiera unido al NSDAP antes del 1 de mayo de 1937, lo cual representaba alrededor de 6 millones de

alemanes.

Esta elección cronológica era diferente entre los estadounidenses y los soviéticos, que preferían la fecha del 1 de mayo de 1933 y, por lo tanto, según ellos, el contexto de afiliación al partido nazi. La cuestión de la presión social era crucial a los ojos de los representantes del SMAD:

Cualquiera que haya participado en la vida política cuando se tomó el poder sabe que la presión ejercida después del 30 de enero de 1933 era mucho mayor que la ejercida después del 1 de mayo de 1937. Solo puede hablarse hasta cierto punto de coacción después de esta última fecha, en el sentido de que la afiliación al partido era automática.

En lo que respecta a la afiliación al partido nazi, se afirma:

En cuanto a las razones para afiliarse al partido, no se podrá hacer una distinción general entre los miembros del NSDAP que se afiliaron antes y después del 1 de mayo de 1937. No cabe duda, y por eso hay que defender esta idea, de que las bases del NSDAP se reforzaron con la incorporación de militantes antes de la prohibición de afiliación al partido del 1 de mayo de 1933 y que estos contribuyeron así de manera significativa a la consolidación del movimiento nazi. Por lo tanto, la responsabilidad de estos antiguos activistas debe considerarse, sin duda, más importante.[122]

La perspectiva definida por el Ministerio de Asuntos Exteriores estadounidense condujo a la detención y despido automático de los líderes del NSDAP, las SS y la Gestapo, alcaldes, profesores de primaria y secundaria[123] y empleados administrativos en la primavera de 1945. Cientos de miles de ellos fueron internados en campos durante varios meses.

El 26 de septiembre de 1945, el general Clay promulgó una nueva directiva estadounidense —la Ley Militar n.° 8— que extendía este procedimiento a los ámbitos de la industria y la economía, hasta entonces protegidos. El alcance de la desnazificación se amplió aún más a medida que los investigadores estadounidenses descubrían nuevas pruebas de la implicación de categorías profesionales en crímenes de guerra, como los médicos.

A diferencia de los franceses y los soviéticos, que delegaron la responsabilidad de la desnazificación en los alemanes desde una fase muy temprana, y a pesar de las reiteradas peticiones del ministro-presidente de Baviera, Fritz Schäffer, los estadounidenses tuvieron que esperar hasta la Ley de 5 de marzo de 1946 sobre la Liberación del Nacionalsocialismo y el Militarismo antes de tomar esta vía.

Este texto legislativo promulgado en la primavera de 1946 fue objeto de meses de negociaciones entre los representantes de la Oficina del Gobierno militar de los Estados Unidos (OMGUS) y los Gobiernos de las tres regiones ocupadas (Baviera, Gran Hesse y Wurtemberg-Baden). Su resultado fue la aplicación de un sistema unificado de desnazificación en toda la zona de ocupación estadounidense.

Bajo un procedimiento legal, se escondía así una ley política, en la medida en que esta pretendía, mediante una lógica coordinada, alcanzar un objetivo claramente político: «Los partidarios del nazismo debían ser excluidos de cualquier forma de influencia en la vida pública, económica y cultural». Bajo la autoridad de los oficiales del Departamento de Seguridad Pública del Gobierno Militar, esta ley creó las salas de depuración.

Su función, basada en una versión actualizada del cuestionario —de 131 preguntas—, consistía en clasificar a los alemanes mayores de 18 años que habían pertenecido al NSDAP o a una de las organizaciones de masas del partido en cinco categorías principales: los principales culpables, las personas comprometidas en mayor o menor medida, los simpatizantes o seguidores y los no culpables.

En función de la clasificación, las penas iban desde el arresto para las dos primeras categorías (en un campo de trabajo) hasta penas

expiatorias, como la prohibición de trabajar durante varios años en un puesto de responsabilidad, la pérdida de derechos cívicos o de la pensión de jubilación y recortes salariales. Se podía recurrir ante una sala de apelación.

La política estadounidense de desnazificación se convirtió rápidamente en una especie de modelo «icónico» de desnazificación, hasta tal punto que todavía hoy se piensa erróneamente, en las representaciones históricas colectivas, que fue válida en todas las zonas occidentales. La severidad de las políticas estadounidense y soviética parece contrastar con una forma de pragmatismo relativo, compartido por británicos y franceses.

Sin embargo, no se debe olvidar que, en la práctica, las dos nuevas superpotencias también practicaron una desnazificación diferenciada, que mantenía en su puesto o reintegraba a antiguos nazis activos (en el ámbito económico), más bien por anticomunismo por parte estadounidense, y por pragmatismo por parte soviética.

Mil y una maneras de desnazificar o el pragmatismo francobritánico

Aunque los franceses y británicos estaban oficialmente obligados a aplicar las directivas del Consejo de Control Aliado —empezando por la del 12 de enero de 1946 (directiva n.° 24), que preveía la desnazificación automática y uniforme de la Alemania ocupada—, en la práctica, aplicaron cada uno a su manera una desnazificación basada en el principio del pragmatismo y con una prioridad en mente: evitar la parálisis total de la Administración y la economía, garantes del buen funcionamiento de los suministros en sus respectivas zonas.

Contrariamente a la leyenda negra del laxismo difundida por los medios de comunicación estadounidenses, como el New York Times, los franceses y británicos llevaron a cabo una desnazificación seria y generalizada. Esta imagen negativa de laxitud se basaba en la idea de que, a falta de un sistema de intercambio de información entre las diferentes zonas de ocupación, las personas condenadas por los estadounidenses o los soviéticos se «refugiaban» en las zonas francesa[124] o británica, consideradas más indulgentes.

El llamado a la moderación del alcalde de Hamburgo

El 6 de noviembre de 1945, Rudolph Petersen, el primer alcalde de Hamburgo —nombrado para el cargo al final de la guerra por el primer comandante británico de la ciudad, Harry Armytage—, redactó un informe confidencial en alemán e inglés. Dejaba claro desde el principio que su análisis no tenía pretensiones científicas y que se basaba en los sentimientos de los habitantes de Hamburgo hacia los extranjeros.[125]

Este político liberal contaba con un importante legado familiar político-económico, ya que su abuelo había sido senador y después alcalde de la ciudad entre 1876 y 1892. Su hermano también había dirigido la ciudad en dos ocasiones, primero entre 1924 y 1930, y luego entre 1932 y marzo de 1933 bajo el DDP (Deutsche Demokratische Partei, 'Partido Democrático Alemán'), el partido liberal de izquierdas de la República de Weimar. Por parte materna, descendía de una familia de comerciantes judíos, los Behrens, fundamentalmente hostiles al nazismo. Bajo el Tercer Reich, su hijo emigró a Estados Unidos y su yerno, Ernst-Fritz Schumacher, a Inglaterra, donde fue uno de los ayudantes del economista Keynes.

Realizar este análisis dedicado al estado de ánimo de la población de Hamburgo en relación con la ocupación y la desnazificación era para R. Petersen una forma de advertir a la potencia ocupante británica:

Considero que el objetivo de la desnazificación es eliminar el riesgo de que reaparezcan en Alemania gobiernos violentos y antidemocráticos. Para ello, es importante que la masa del pueblo sea lo más inaccesible posible para las influencias radicales. La satisfacción con las condiciones de vida sería la mejor garantía. […]

Los métodos nazis, la experiencia de la guerra y el final del conflicto, además de la simpatía de la población de Hamburgo por el estilo de vida inglés, no han conducido a la aparición de un sentimiento anglófobo, a pesar de que haya buenas razones para odiar a los ingleses debido a los bombardeos aéreos del año 1943.

El alcalde de Hamburgo proseguía:

La obligación de los ocupantes británicos debe ser preservar este estado de ánimo entre la población. […] El comportamiento ejemplar de las tropas británicas ha desempeñado un papel favorable. Pero, sobre todo, el ejemplo aterrador de la zona rusa y, en menor medida, también de la norteamericana han sido útiles.[126]

Este testimonio de un representante de las élites políticas y empresariales de Hamburgo ilustra el temor a que la población local se radicalice como consecuencia del deterioro de sus condiciones de vida y en el caso de que la ocupación y la desnazificación terminen resultando demasiado duras o se consideren demasiado injustas.

Al igual que los soviéticos, los británicos tampoco habían desarrollado su propia concepción de la desnazificación durante la guerra. Habían validado las orientaciones generales de sus colegas estadounidenses, pero al principio mostraron grandes reservas ante la idea de llevar a cabo ceses automáticos en las administraciones alemanas.

En una carta de septiembre de 1944 escrita por el coronel Frank Collins, miembro del Comité de Control británico para Alemania, a sus homólogos estadounidenses, este último declaraba que «no es necesario, ni siquiera deseable, despedir automáticamente a un gran número de funcionarios».[127]

Los británicos aplicaron, por lo tanto, las directivas comunes de desnazificación. En una primera fase, entre junio y diciembre de

1945, el organismo responsable de la política de depuración, el Comité de Control, empezó a despedir automáticamente a todos los funcionarios de los servicios de la ciudad sin emitir ninguna citación ni impugnación, siempre que hubieran estado afiliados al - NSDAP, las SA o las SS antes del 1 de abril de 1933.[128]

En su informe del 6 de noviembre de 1945, citado anteriormente, el alcalde de Hamburgo se alarmaba ante las consecuencias de estas oleadas automáticas de despidos, en un momento en que la imagen de los ocupantes británicos era generalmente positiva a ojos de la población:

Esto es aún más lamentable si se tiene en cuenta que, solo en Hamburgo, la detención y el despido de 10 000 de estas personas ha unido artificialmente a un gran número de ellas, en la medida en que han sido difamadas y empujadas a la miseria material. Cada una de las personas afectadas forma, junto con su familia y su círculo de amistades, un vector multiplicador de personas con actitud hostil hacia Inglaterra y la democracia. De hecho, poco importa tener en cuenta que, al cabo de cierto tiempo, los detenidos sean puestos en libertad. Su simpatía por Inglaterra habrá sufrido un duro golpe.[129]

Y R. Petersen abogaba ante las autoridades militares británicas a favor de una política de desnazificación mejor dirigida:

Solo deberían ser detenidas y despedidas aquellas personas que signifiquen un peligro para el futuro por su participación activa en el partido nazi o por su afiliación temprana, o bien por su comportamiento odioso o por el hecho de que no hayan renunciado a una forma de pensar nazi.[130]

De este modo, el alcalde de Hamburgo se oponía firmemente a una

estrategia sistemática de difamación. Invitaba a las autoridades británicas de ocupación a dejar tranquilos a los miembros «ordinarios» del NSDAP, aquellos que se habían afiliado solo para proteger sus puestos de trabajo o para escapar a formas de presión.

Según él, esta tolerancia debía aplicarse a los miembros de las SS que se contentaban con apoyar económicamente y no activamente a la organización, o a los miembros de otras organizaciones de masas nazis. R. Petersen pretendía recordar que determinadas formas de adhesión al régimen habían sido, en la época del Tercer Reich, una manera de tratar de evitar la afiliación al partido del NSDAP, con mayor o menor éxito.

A partir de la puesta en marcha de la directiva n.° 24 del Consejo de Control Aliado del 12 de enero de 1946, que pretendía unificar las prácticas de control de las personas afectadas por la desnazificación, las autoridades militares británicas hicieron gala de un gran pragmatismo en su intención de proteger a ciertos sectores de una purga sistemática. Su prioridad era la reconstrucción económica de su zona de ocupación.

De este modo, los británicos no impusieron el cuestionario a toda la población adulta. Mientras que los estadounidenses tuvieron que procesar unos 13 millones de respuestas, los británicos examinaron alrededor de 2 millones de cuestionarios en comités de desnazificación principales y secundarios, que fueron creados en la primavera de 1946 en cada distrito urbano y rural.

Apoyados por comités de depuración situados directamente bajo su autoridad, dieron prioridad a los funcionarios y empleados de determinados sectores o profesiones entre los que podían esconderse criminales de guerra y personas muy comprometidas con el nazismo.

No fue hasta el otoño de 1947 cuando los británicos transfirieron la responsabilidad de la desnazificación a los alemanes, dejando a los Gobiernos regionales una autonomía relativamente limitada. Y no fue hasta julio de 1948 cuando se aprobó al fin la legislación sobre la desnazificación, basada en el principio de las cinco categorías de la ley estadounidense de marzo de 1946.

Prioridad a la administración indirecta en el sector francés

Como Francia no había sido invitada a la Conferencia de Potsdam, no se sentía completamente ligada a los acuerdos ratificados por los «Tres Grandes». Tenía la particularidad de administrar una zona de ocupación muy dispar desde el punto de vista geográfico y cultural, y que en alguna ocasión había sido administrada por fuerzas estadounidenses antes que ella: el Sarre, el Palatinado, la parte septentrional de Renania, el sur de Baden y de Wurtemberg--Hohenzollern, y la región en torno a Constanza y Lindau.

A falta de una política coherente y definida con antelación, a partir del otoño de 1945 y antes que las otras tres potencias ocupantes, Francia basó su proyecto de desnazificación en el principio de la administración indirecta. Las autoridades militares y civiles de ocupación trataron de pasar voluntariamente a un segundo plano, al tiempo que desempeñaban plenamente su papel de administración de control, sobre todo en lo que respecta a la contratación de funcionarios.

En la región de Sarre, administrada en un principio por los estadounidenses hasta julio de 1945, los franceses crearon comités de depuración a partir del invierno de 1945-1946 y distribuyeron entre los ciudadanos un modelo de cuestionario francés (que se presentará en el siguiente capítulo). Una directiva emitida por el Gobierno militar francés el 9 de octubre de 1945 definía las tres etapas del procedimiento de depuración hasta 1947: examen de los cuestionarios, preparación de los documentos para los comités, sanciones a imponer.

En la región de Wurtemberg, el apego de los franceses a este tipo de administración indirecta llevó a las autoridades de ocupación a aceptar, en la primavera de 1946, un modelo particular de desnazificación en el que un comisario del Estado para la purga

tenía todo el poder de decisión. Los comités de purga funcionaban de manera administrativa y no jurídica, sin posibilidad de audiencias ni apelaciones.

La prioridad concedida a la desnazificación y a la democratización se basaba en una idea determinada de Alemania y de los alemanes, y en una estrategia que combinaba delegación de responsabilidades, la cooperación y la garantía de los intereses franceses.

Los oficiales militares del Alto Mando francés en Alemania (CCFA) dudaban de la posibilidad de confiar en las fuerzas democráticas alemanas. De acuerdo con el general De Gaulle, veían en el nazismo la expresión más extrema de la siempre amenazante Alemania y, más concretamente, de la nefasta influencia de Prusia. El desarme material y la descentralización del futuro Estado alemán —que De Gaulle calificaba de desnazificación por «desprusianización»— debían ser las condiciones sine qua non que garantizaran la seguridad francesa a largo plazo.

Esto debía acompañarse de una desnazificación radical, no solo de la administración pública, sino también de la economía y el comercio. En un informe con fecha del 31 de diciembre de 1945, el CCFA consideraba que esta era la clave para el surgimiento de una nueva sociedad en Alemania:

Después de haber comenzado la desnazificación según las normas establecidas por el SHAEF, hemos pasado a realizar una purga más amplia. Nuestra ambición es que esta purga no solo sea represiva, sino que también contribuya decisivamente a la creación de una nueva mentalidad alemana.[131]

El personal civil de la zona de ocupación francesa adoptó una línea algo diferente, ya que sus dirigentes estaban convencidos de que el espíritu de venganza debía dar paso a un espíritu de cooperación. Esta política fue puesta en práctica por Émile Laffon, antiguo miembro de la Resistencia francesa y primer administrador general de la zona de ocupación francesa (ZFO).

Este antiguo director general del Ministerio del Interior llegaba desde Francia con la experiencia de la depuración. A diferencia de los mandos militares, E. Laffon creía que el nazismo había sido una experiencia alemana sin precedentes. Desde esta perspectiva, primero intentó distinguir entre nazis activos y nazis nominales y mandó aplicar el principio de autodepuración basándose en un modelo de cuestionario francés.

A sus ojos y en este sentido, esta posición se aproximaba a la de los soviéticos. La desnazificación debía ser un fenómeno limitado en el tiempo y debía concluir al cabo de dieciocho meses. En una carta dirigida a los presidentes de los comités para la depuración política de la economía, la agricultura y la administración, uno de los representantes sobre el terreno de E. Laffon, el delegado para el Gobierno militar del distrito de Lahr, recordaba en octubre de 1946 que todos los procedimientos de desnazificación debían haber concluido antes del 31 de enero de 1947.[132]

A nivel local, E. Laffon confió rápidamente a representantes de las fuerzas democráticas (a menudo antiguos resistentes o activistas antifascistas próximos al Partido Comunista) la tarea de llevar a cabo la desnazificación. En su opinión, no todos los alemanes eran criminales, pero sí compartían la responsabilidad colectiva de los crímenes cometidos por el nacionalsocialismo:

Todos los alemanes son responsables, en cierto grado, al menos, de haber aceptado pasivamente un régimen cuyas vilezas y crímenes no podían ignorar. […] Pero una vez castigados los principales culpables y apartados los demás, es imposible reconstruir una Alemania sin alemanes.[133]

Esta búsqueda de colaboración sincera se tradujo en la delegación de los procedimientos de depuración en las fuerzas democráticas alemanas, a las que E. Laffon llamaba «los mejores de entre los alemanes»,[134] a partir del otoño de 1945. Al mismo tiempo, este último pintaba un retrato colectivo muy negativo: «Los alemanes desprecian la debilidad, la indisciplina y la injusticia gratuita son

signos de debilidad a sus ojos».[135]

La estrategia francesa de tender la mano a los alemanes fue acompañada de una campaña educativa sobre el carácter criminal del nazismo, pero de forma diferente a la iniciativa estadounidense. Así, a finales de diciembre de 1945, el delegado del Gobierno militar del distrito de Lahr escribía al consejero regional de Lahr en Baden para pedirle que se implicase en esta tarea de educar a la población en la democracia:

Estoy muy interesado en que los servicios alemanes competentes organicen en Lahr una gran exposición sobre el tema «Los delitos del nazismo». Para garantizar el éxito de esta empresa, sería conveniente que se obtuviera la cooperación de los dirigentes políticos, los jefes de educación y las autoridades religiosas. Los jóvenes también podrán desempeñar un papel activo. Por nuestra parte, facilitaríamos toda la documentación posible. Le rogamos que busque una persona dinámica.[136]

Para responder a la petición del jefe de batallón De Rendinger, el consejero regional de Lahr convocó, a principios de 1946, un grupo de trabajo formado por el presidente del Comité de Desnazificación, por representantes de los cuatro partidos políticos democráticos, así como de los sindicatos, por directores de escuela y, por último, por representantes católicos y protestantes del clero local.

En esta primera reunión quedó claro que la exposición antifascista no podría organizarse en el pabellón municipal a causa de la destrucción de este. En cuanto al contenido, el consejero regional sugirió responder a la petición oficial orientando la exposición en dos direcciones:

Sugerí que la exposición no se limitara a representar atrocidades, sino que los visitantes fueran guiados espiritualmente hacia un objetivo positivo, es decir, que no se limitaran a quedar

impresionados por el lado negativo del nazismo, sino que fueran guiados hacia el lado positivo.[137]

Este «lado positivo» era obviamente la reconstrucción de la vida democrática en Alemania. Al fin, la exposición «Los crímenes de Hitler» se celebró en Lahr del 12 al 26 de abril de 1946, en el Ayuntamiento. Por orden del capitán Liotté, del Gobierno militar local, la asistencia a la exposición fue obligatoria para los jóvenes de entre 15 y 21 años.

No obstante, para garantizar que la exposición fuera visitada, el Gobierno militar aplicó una estrategia basada en la coacción, tal y como informó el consejero regional de Lahr en una carta al alcalde de la ciudad: «No se podrán expedir tarjetas de alimentos hasta que se haya presentado el billete de entrada a la exposición en las oficinas de racionamiento. El billete de entrada se considera un pase para la exposición».[138]

El propio título de la exposición ilustra la intención de las autoridades francesas: «Denunciar enérgicamente los métodos criminales del Tercer Reich».[139] Al centrar la culpa en Hitler, mostraban sin lugar a duda a los alemanes que habían apoyado un régimen criminal, pero también que no todos eran asesinos.

Aunque llevada a cabo de diferentes maneras, la desnazificación representó un enorme desafío burocrático, que estaba unido a la voluntad política de acabar con ese proceso lo antes posible. A partir de 1947, era tan importante terminar la desnazificación como llevarla a cabo. De este modo, se introdujeron gradualmente políticas de amnistía parcial o más general.

La amnistía, la otra cara de la desnazificación

Una herramienta clásica para salir de la guerra

Hasta la Segunda Guerra Mundial, las políticas de amnistía solían considerarse la norma al final de las guerras. Permitían a las sociedades marcadas por la violencia del conflicto curar sus heridas mediante políticas voluntaristas de silencio. Progresivamente, por una cuestión de pragmatismo, todas las potencias aliadas reanudaron la práctica de la amnistía. Esta herramienta se utilizó de forma gradual y diferente en cada zona de ocupación.

Fue una inestimable palanca para reintegrar a las fuerzas vivas capaces de dirigir las administraciones, las escuelas, los distintos servicios públicos, los hospitales y las empresas. También ofrecía la esperanza de construir una relación menos conflictiva entre ocupantes y ocupados, e incluso generar formas de legitimación y apoyo a los proyectos políticos en curso.

Ya en junio de 1946, un informe estadounidense sobre la desnazificación en Berlín mencionaba rumores de amnistía general. Según su autor, estos rumores minaban la moral de los miembros de los comités de desnazificación, muy comprometidos con su trabajo:

Los comités también están desanimados por los rumores sobre una amnistía general para los nazis en un futuro próximo. Es evidente que muchos de sus miembros no desean aparecer como estrictos jueces cuya severidad pronto será burlada por la magnanimidad de una nueva ley. Si fuese posible, sería una buena idea desmentir formalmente tales rumores.[140]

Prioridad para los jóvenes

La juventud alemana, considerada irresponsable y víctima de un adoctrinamiento continuo desde la infancia, constituía una categoría prioritaria. En agosto de 1946, los estadounidenses decretaron una amnistía para los jóvenes de su zona de ocupación. La directiva afectaba a todos los nacidos después del 1 de enero de 1919 que no habían sido miembros del Partido, las SS o las SA. Esta política se amplió después a los miembros nominales del NSDAP con la amnistía de Navidad de 1946 y entró en vigor a principios del año 1947.

En la ZFO, las autoridades esperaron hasta el 15 de noviembre de 1947 para aplicar una amnistía a todos los jóvenes alemanes nacidos después del 1 de mayo de 1930.[141] Después, a partir de la primavera de 1948, los aliados priorizaron poner fin a la desnazificación. Así, autorizaron indultos masivos y cambios de categoría, que permitían clasificar a una persona considerada comprometida con el nazismo como simple simpatizante, o incluso exonerarla por completo.

La «fábrica de simpatizantes» (en palabras del historiador Lutz Niethammer) estuvo, por lo tanto, plenamente operativa a partir de la primavera de 1948, tras una revisión de la ley de 5 de marzo de 1946. Los individuos fueron reclasificados en el curso de procedimientos de revisión exprés, que se completaron en la primavera de 1949 y culminaron con cientos de miles de «simpatizantes» convertidos en individuos exentos de cargos. En la RFA, las leyes de amnistía de diciembre de 1949 y mayo de 1951 (que permitieron la reincorporación de funcionarios) completaron este proceso.

En la zona soviética, el SMAD también quería completar la desnazificación lo antes posible. En julio de 1947, casi un año más tarde que los estadounidenses, los soviéticos también introdujeron

una amnistía para los jóvenes alemanes nacidos después del 1 de enero de 1919. De hecho, desde hacía varios meses, una parte de la población abogaba por dicha amnistía en la SBZ.

En algunas regiones, esta reivindicación iba acompañada de un mayor pragmatismo en la depuración profesional de maestros y educadores. En febrero de 1947, los comités locales de la Asociación de Maestros y Educadores de Sajonia-Anhalt, formada por profesores calificados de antifascistas, aprobaron una resolución en este sentido:

Una de las cuestiones más cruciales del momento es, sin duda, la depuración de todos los antiguos miembros del Partido Nacional Socialista dentro del cuerpo docente. Las consecuencias de esta eliminación son muy importantes para la formación y educación de nuestros jóvenes y, por lo tanto, para la vida cultural de nuestro pueblo. También compartimos la opinión de que la desconfianza hacia estos educadores está totalmente justificada y no sería oportuno ignorarlas. Sin embargo, debemos insistir en que, entre los muchos profesores que solo eran miembros nominales del NSDAP, hay personalidades que no solo son útiles, sino deseables e incluso necesarias para el compromiso con la educación de nuestra juventud, hasta en la Alemania democrática, y de las que difícilmente podemos prescindir.[142]

Esta llamada al pragmatismo en el ámbito de la educación también se daba en la esfera económica, ya que las empresas necesitaban directivos competentes. Era, pues, la expresión de un pacto win-win: se garantizaba la continuidad de determinados servicios o sectores a cambio de mantener el estatus y el capital social del individuo, que evitaba así formas de degradación social y profesional.

Mientras que los estadounidenses esperaron hasta la primavera de 1948 para cambiar su política de depuración y aceptar - masivamente la reclasificación de personas comprometidas como simpatizantes, los soviéticos ya tomaron la iniciativa en el verano

de 1947 con una directiva que causó un gran revuelo en su zona, pero también en la parte occidental de Alemania.

El 27 de agosto de 1947, el diario Unser Tag anunció en la portada de la edición de ese día «la resolución de la cuestión de los pequeños activistas en la zona soviética». Fundado en 1946 por el antiguo deportado Karl Bittel, era el órgano de prensa del Partido Comunista en Baden. Con un desfase de diez días, este diario anunciaba con orgullo el importante giro dado por los soviéticos mediante el decreto n.° 201, firmado por el mariscal Solokovski el 16 de agosto de 1947.

En la SBZ, el SED hablaba de una «decisión histórica»,[143] aunque esta estaba en las antípodas del acuerdo alcanzado inicialmente, en noviembre de 1945, entre el SPD y el KPD sobre la negativa de aceptar entre sus filas a antiguos miembros del NSDAP. La directiva soviética modificaba considerablemente la hoja de ruta de los comités de depuración y el espíritu de la campaña de desnazificación. Ya no era el momento de la exclusión, sino de la rehabilitación profesional e incluso de la admisión de antiguos nazis en el SED.

Esta fue la conclusión de la reunión del Secretariado Central del SED presidida por Wilhelm Pieck y Otto Grotewohl el 9 de septiembre de 1947:

Respondemos como sigue a la pregunta de si los antiguos miembros nominales del partido nazi pueden pertenecer a organizaciones políticas. Se hace hincapié en la inclusión de antiguos miembros nominales del partido nazi en el trabajo de organizaciones de masas, sindicatos, organizaciones de agricultores, organizaciones juveniles y organizaciones de mujeres. En el caso de las personas que se impliquen en el trabajo de estas organizaciones o en actividades de consolidación de la democracia, la dirección del partido examinará individualmente si cumplen con las condiciones de afiliación al SED.

El informe continúa con la siguiente conclusión:

A este respecto, debe examinarse seriamente el comportamiento de los antiguos miembros del partido nazi durante la época de Hitler y desde el aplastamiento del poder para determinar si han hecho un esfuerzo serio por romper con la ideología nazi y si participan de manera honesta en la labor de construcción del antifascismo y la democracia.[144]

Al final, unos 100 000 antiguos miembros del NSDAP integraron las filas del SED, lo que representaba menos del 10 % de la población activa, con una marcada disparidad geográfica entre el norte y el sur de la SBZ, donde la proporción se elevaba entre el 11 % y el 15 %, con picos del 25 % en ciertos distritos de la región de - Turingia.[145]

A partir de entonces, los comités de la SBZ no se encargaron de acusar e investigar a los antiguos miembros nominales y a los funcionarios menores del partido nazi, sino solo a los casos más graves. En consecuencia, todos los antiguos miembros del NSDAP que no estaban acusados de crímenes de guerra recuperaron plenamente sus derechos civiles. La directiva especificaba que era importante que los comités de desnazificación solo pudieran tomar sus decisiones basándose en pruebas claras y nunca en la mera pertenencia al partido nazi.

Esta fue una buena oportunidad para comprobar lo lejos que habían llegado los soviéticos desde el comienzo de su administración militar en Alemania. En el editorial del periódico comunista Unser Tag del 27 de agosto de 1947 se aprovechaba esta noticia para criticar indirectamente el procedimiento aún en curso en las zonas occidentales:

Tenemos que poner fin lo antes posible al proceso de desnazificación tal y como se ha llevado a cabo hasta la fecha, pues

ha sido un completo fracaso. Solo teniendo la valentía de decir la verdad y reconocer los hechos, y estando decididos a dar un giro radical, podremos alcanzar por fin nuestro objetivo, dos años y medio después de la liberación del nazismo.[146]

Los soviéticos fueron, por lo tanto, los primeros en organizar una amnistía masiva, que supuso el punto de partida de una purga masiva. El jefe del SMAD, el mariscal Solokovski, justificó su decisión afirmando que «se obstaculizaría la reconstrucción democrática de Alemania y se reforzarían los vestigios del nazismo y del militarismo si se condenaba a todos los miembros del partido nazi que no estuvieran activamente comprometidos en la política partidista».[147] Para la URSS, la desnazificación tal y como se aplicó a nivel estructural —reforma agraria, nacionalización de la industria y enjuiciamiento de los criminales de guerra—, había logrado en conjunto sus objetivos: los fundamentos socioeconómicos del nazismo habían sido destruidos en la parte oriental de Alemania.

Esta amnistía unilateral, que ahora formaba parte de la lógica de la Guerra Fría, también demostraba que la desnazificación era objeto de rivalidad entre los dos bloques emergentes. Aprovechando la difusión de la metanarrativa antifascista, los soviéticos trataron de ganar popularidad demostrando que eran capaces de poner fin al pasado nazi de los alemanes de a pie y volver a tratarlos como ciudadanos de pleno derecho.

La prioridad política era estabilizar la parte oriental de Alemania, que avanzaba cada vez más hacia un modelo socialista de Gobierno y en la que era necesario dar cabida a los antiguos nazis nominales o pasivos, a menudo muy valiosos por su experiencia o sus competencias profesionales. El reto no consistía necesariamente en crear un Estado separatista en Alemania Oriental, sino más bien un modelo político atractivo y capaz de imponerse en un futuro Estado reunificado.

Tras una reunión de su secretariado central, el SED reconoció esta amnistía casi general y extrajo de ella lecciones políticas para difundirlas entre las células regionales y locales del partido. En

términos de comunicación política, Wilhelm Pieck y Otto Grotewohl, en nombre de la dirección del SED, insistieron en hacer llegar un mensaje a sus militantes, muy sensibles a la cuestión de la amnistía:

Parece que la orden se ha entendido de la siguiente manera: todas las decisiones anteriores relativas a la desnazificación ya no son - válidas. Esto es falso. No tomaremos el camino de reinstalar a nazis liberados en antiguos puestos administrativos. Esto no debe ocurrir. […] Debemos esforzarnos por ganarnos a los antiguos miembros nominales del partido nazi y convertirlos en activos contribuyentes a la construcción democrática.[148]

Sin embargo, a la escala de la SBZ, tal como señaló meses más tarde el ministro del Interior de Brandeburgo, en una reunión presidida por E. Mielke en noviembre de 1947, «la población comprendió perfectamente que se trataba de un cheque en blanco para los miembros del NSDAP».[149] A pesar de las directivas formuladas por el SED, esta política de amnistía no estuvo exenta de frustración, incomprensión e incluso cólera entre los militantes, empezando por los que ya habían asumido un compromiso partidista antes de 1933 en las filas del KPD o del SPD.

Los archivos de Berlín dan fe de este tipo de emociones locales, que se equilibraban entre una lógica pragmática definida desde la cúpula y una sensibilidad antifascista muy fuerte, expresada a nivel de base. A raíz de la directiva del mariscal Sokolovski, Hans Marohl, miembro del SED y representante de una célula de base en la conferencia de distrito de Köpenick, envió una carta a la dirección de su departamento, el 23 de agosto de 1947. H. Marohl no era alguien cualquiera a nivel local. Era un viejo militante comunista afiliado al KPD desde 1920. A partir del final de la guerra, había participado en el proceso de desnazificación.

Como vicepresidente del sindicato de profesores y educadores de la zona ocupada por los soviéticos, había sido nombrado representante especial del municipio de Berlín para depurar a los profesores nazis

berlineses evacuados a Baviera al final de la guerra. En la siguiente carta, hablaba en nombre de la célula del partido en el distrito de Köpenick:

Los camaradas pierden la fe en el partido cuando ven que aquellos comerciantes que han disimulado descaradamente su pasado nazi siguen beneficiándose impunemente de su estafa y del comercio de mercancías, engordando y enriqueciéndose, mientras que miles de antifascistas productivos en fábricas y oficinas, tras la guerra de - Hitler, apenas pueden ganar y comer lo suficiente para mantener su fuerza de trabajo y son duramente castigados cuando compran pequeñas cantidades de alimentos en el mercado negro, por absoluta necesidad y a precio de oro.[150]

Las bases militantes comprendieron que la amnistía devolvería un halo de respetabilidad a los comerciantes del distrito de Köpenick, que hasta entonces habían sido considerados nazis activos por su compromiso militante con el NSDAP. Este tipo de prácticas se consideraban intolerables para las personas que habían denunciado o combatido al nacionalsocialismo en las calles bajo la República de Weimar o en la clandestinidad bajo el Tercer Reich. En palabras de la época, el SED no debía convertirse en «el amigo de los pequeños nazis».[151]

H. Marohl aprovechó esta ocasión para presentar cargos muy graves contra el alcalde de Köpenick, Gustav Kleine, a quien acusó de proteger a un comerciante de radios y al propietario de una empresa de fabricación de muebles. No atacaba a cualquiera, porque G. Kleine era también una figura política local. Miembro del KPD desde hacía mucho tiempo, había cofundado en 1920 el sindicato de funcionarios municipales alemanes. Elegido por primera vez miembro de la Asamblea Municipal de Köpenick en 1929, fue reelegido el 12 de marzo de 1933, pero no pudo ejercer un segundo mandato.

Detenido la noche del incendio del Reichstag, fue puesto en libertad al cabo de seis semanas. G. Kleine estuvo entonces desempleado

hasta 1936, cuando se convirtió en inspector de una compañía de seguros. Enfermero durante la guerra, fue arrestado en agosto de 1944, pero solo permaneció detenido brevemente en la jefatura de Policía de Berlín, antes de ser puesto en libertad debido a una tuberculosis aguda. El 5 de mayo de 1945, fue nombrado alcalde del distrito de Köpenick por el mando soviético.

En su carta, H. Marohl acusaba a G. Kleine de proteger y utilizar los servicios de dos antiguos nazis activos. El primero, un comerciante, era miembro del NSDAP desde el 1 de abril de 1933 y, según H. Marohl, era un militante nazi comprometido. H. Marohl afirmaba que G. Kleine había recibido un reproductor multidisco y una antena a cambio de concederle una licencia para explotar su tienda de radios. El segundo, comerciante de muebles, era miembro del - NSDAP desde febrero de 1932 y H. Marohl le acusaba de enriquecerse a costa de los judíos durante el periodo nazi. Decía que G. Kleine había protegido a este individuo y que adquirió a bajo precio muebles que este había comprado en pisos nazis para su domicilio particular.

H. Marohl estimaba que las pruebas que presentaba debían bastar para convencer al Comité de Investigación del SED de que G. Kleine debía ser destituido como candidato a sucederle en la alcaldía de Köpenick. Las gravísimas acusaciones que G. Kleine rechazó de plano llevaron a la dirección departamental del SED a ocuparse del asunto y tratarlo internamente. A lo largo de esta investigación, fue finalmente H. Marohl quien fue acusado de perjudicar a G. Kleine por motivos personales.

El presidente del comité, Brandt, sermoneó a H. Marohl y desestimó su solicitud, criticando abiertamente y de mala fe su falta de implicación en la desnazificación:

Es una pena que en su momento no formaras parte del círculo de camaradas que participaban activamente en la desnazificación, entonces sabrías que no se trata de decir que un nazi no puede llevar un negocio. Claro que puede, puede llevar una tienda siempre y cuando no se demuestre que era un nazi activo. S. no era considerado un activista. La cuestión de la licencia comercial no es

una cuestión partidista, sino administrativa. Lo que es un activista está por decidir y aún no se ha establecido.[152]

A la lógica judicial y partidista que parecía encarnar H. Marohl, Brandt contraponía una lógica administrativa oficial, encarnada por las autoridades soviéticas desde el decreto n.° 201 de 16 de agosto de 1947. El estatuto de activista ya no podía definirse políticamente.

Este ejemplo local es un testimonio de las tensiones que surgieron cuando se aplicó la política de amnistía soviética. Las lógicas políticas, sin duda ligadas a formas de envidia social, siguieron impregnando a una parte de la base del nuevo Partido Socialista Unificado de Alemania.

En sus inicios, el SED aún estaba lejos de ser una estructura de partido homogénea que obedeciera como un solo hombre a las directivas impuestas desde arriba por los soviéticos. Su tradición política seguía siendo la de un partido de oposición, que se había reformado sobre su base militante anterior a la guerra.

Sin embargo, después de 1945, en un contexto de reclutamiento y ampliación de las bases militantes, la diversidad de trayectorias de los nuevos miembros tuvo efectos en el funcionamiento del SED y en la disciplina del partido. Hubo tensiones de diversa índole, que se atenuaron progresivamente a medida que se realizaban las purgas internas.

Algunos meses más tarde, en febrero de 1948, los soviéticos anunciaron en el decreto n.° 35 que el trabajo de los comités de desnazificación terminaría efectivamente el 10 de marzo. Desde el decreto n.° 201 de agosto de 1947, se habían procesado algo menos de 150 000 casos y más de la mitad de los investigados habían sido clasificados como simpatizantes.

En este punto, es importante recordar que los miembros de la alianza antihitleriana compartían la necesidad de llevar a cabo la desnazificación. Esta visión común se plasmó en importantes documentos políticos. Tras una fase inicial de ceses y despidos

automáticos por pertenencia al NSDAP en el verano de 1945, a partir de 1946 adoptaron una serie de procedimientos compartidos y herramientas más o menos similares en las distintas zonas de ocupación.

Muy pronto, sin embargo, la desnazificación se convirtió en un experimento diferenciado y descentralizado, dirigido al principio directamente por las fuerzas de ocupación y delegado, después, más o menos rápidamente, en los comités formados por alemanes de a pie. Este proceso fue acompañado por una política de amnistía que pretendía arrojar a la sombra el pasado político de muchos alemanes para facilitar su integración, mediante una conversión silenciosa a la democracia liberal o socialista, que permitía su adhesión al nuevo orden político.

Esta dinámica de purificación de la sociedad sigue asociada en la memoria colectiva de los alemanes a una herramienta propia del mundo de las ciencias sociales: el cuestionario. Este espejo del alma nazi tiene una rica historia y se utilizó de diferentes maneras en las distintas zonas de ocupación. El siguiente capítulo se aproxima a este documento material, sumergiéndonos en lo que el escritor y periodista estadounidense John Dos Passos describió como «el país del cuestionario» en un reportaje sobre la Alemania de 1946.[153]

El cuestionario o el espejo del alma nazi

«El cuestionario solo es el punto de partida».[154]

Teniente coronel William Babcock, 29 de enero de 1945

«El país del cuestionario»

El cuestionario de desnazificación todavía encarna la vertiginosa ambición burocrática de purgar a toda o a una parte de la sociedad alemana, expulsando a los nazis de puestos administrativos, económicos o educativos. El modelo estadounidense ha pasado a formar parte de la memoria colectiva, pero circularon versiones ligeramente diferentes en las cuatro zonas de ocupación.

De muchas páginas, siempre en dos idiomas, este documento representó el intento burocrático más exitoso de determinar el alcance de la implicación de los alemanes en la maquinaria nazi. En julio de 1953, a raíz de una nueva Ley de Amnistía aprobada por el Parlamento de Alemania Occidental y con motivo de la traducción francesa del famoso best seller de Ernst von Salomon El cuestionario, publicado en la RFA en 1951, el periodista André Fontaine acompañó su reseña del libro en el diario Le Monde con una reflexión sobre el uso de los cuestionarios. Según Fontaine, este deseo exagerado de formalización «atestigua hasta qué punto la noción de intimidad personal, de respeto al individuo, ha pasado de moda».[155]

Paradójicamente, hasta este momento los historiadores le han prestado poca atención como objeto material.[156] Cualquier alemán al que se le pedía rellenar el cuestionario estaba obligado a reflexionar sobre su pasado nazi y a iniciar ese trabajo cultural mencionado en la introducción. Procedente del mundo de las ciencias sociales, el cuestionario como herramienta de recogida de datos se convirtió, así, en un procedimiento de depuración a gran escala, llevado a cabo por los poderes de la alianza antihitleriana, hasta representar el elemento más visible de la desnazificación. Inicialmente, era un documento que tenía el cometido de objetivar los datos personales, pero muy pronto pasó a ser la diana de las burlas e incluso del odio, rechazado por millones de alemanes.

Al principio era el cuestionario

Desde el siglo XIX, los cuestionarios han sido uno de los métodos de investigación preferidos en las ciencias sociales, ya que proporcionan una base para el tratamiento estadístico de la realidad. El ejemplo más característico es, sin duda, el de Francis Galton en Inglaterra. En 1874, este científico británico publicó un libro, English Men of Science, basado en un cuestionario biográfico muy detallado enviado a 180 científicos ingleses.[157]

Sin embargo, este tipo de encuesta siempre ha suscitado muchas suspicacias entre los representantes franceses de la tradición de Durkheim en Sociología, como Maurice Halbwachs, que consideraba que los cuestionarios producían resultados «de exactitud bastante cuestionable».[158]

Paralelamente, el uso de este tipo de encuesta se extendió tanto en el sector público —a finales del siglo XVIII, los departamentos gubernamentales utilizaban cuestionarios para evaluar las competencias de su personal, y hoy en día se utilizan como herramienta de evaluación[159]— como en el sector privado; al igual que los institutos de sondeos que, desde los años treinta, pretendían conocer mejor las necesidades de consumo y las opiniones políticas de una población. En 1937, por ejemplo, el Instituto Británico de Opinión Pública puso en marcha un gran proyecto nacional que utilizaba cuestionarios para documentar la vida cotidiana de los ciudadanos británicos de a pie.[160]

La historia de esta herramienta de comprensión de las sociedades modernas merecería un libro propio, dado que su aparición, desarrollo y progresiva sofisticación en la era contemporánea ilustran la forma cambiante en que las instituciones, ya sean políticas, militares, económicas o sociales, piensan su relación con la realidad y la objetivan para comprender y controlar mejor a sus poblaciones.[161]

El principal interés de una encuesta por cuestionario es recopilar la mayor cantidad posible de información considerada pertinente. Esta recopilación de datos, tanto fácticos como subjetivos, pretende objetivar una situación. Al procesar datos cuantitativos y cualitativos, proporciona un apoyo inestimable para el análisis y la toma de decisiones. ¿Cómo llegó a aplicarse una herramienta de este tipo a toda una población al final de la Segunda Guerra Mundial?

Una solución burocrática para un problema político

El modelo del cuestionario estadounidense estuvo en el corazón del proceso de desnazificación. Desde el verano de 1945, representó el principal dispositivo material de encuesta y evaluación de la población alemana. Los archivos regionales alemanes están llenos de cajas que contienen estos famosos cuestionarios, cuyo papel, de hecho, ha empezado a deteriorarse con el tiempo.

Como subrayaba el teniente coronel William Babcock, responsable del Departamento de Seguridad Pública del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas en 1945, el cuestionario era solo un «punto de partida».[162]

¡Y vaya punto de partida! Seis páginas, diez capítulos (de datos personales en relación con la identidad, la participación en partidos políticos, organizaciones nazis, militares o paramilitares, hasta con la experiencia profesional y los discursos o escritos producidos desde 1923), y 131 preguntas. La mayoría eran preguntas cerradas, que requerían una respuesta afirmativa o negativa. Había poco espacio para escribir textos libres sobre casos individuales o para contextualizar y matizar tal o cual compromiso. Por lo tanto, no era el tipo de documento que se pudiera rellenar en unos minutos.

Se elaboraron y distribuyeron unos 16 millones de cuestionarios en las tres zonas de ocupación de Alemania Occidental, 13 millones de ellos tan solo en la estadounidense. Cientos de miles de estos fueron analizados y dieron lugar a condenas, exclusiones permanentes o temporales de la vida cívica y profesional, apelaciones e indultos.

Dedicar un capítulo al cuestionario es, por lo tanto, tratar de comprender por qué y cómo surgió y acabó imponiéndose en toda la Alemania ocupada esta forma particular de conocimiento —el escritor nacionalista Ernst von Salomon se refirió a ella como un

intento moderno de «incitar a un examen de conciencia»[163]—, según las cronologías, los modelos y las dinámicas propias de cada una de las cuatro zonas de ocupación.

¿Qué nos dice este documento sobre la desnazificación? Y más allá de los efectos buscados por los Aliados, ¿cómo fue recibida y practicada por los alemanes de a pie?

Los orígenes estadounidenses del cuestionario

La experiencia de la desfascización

El cuestionario distribuido a la población alemana por las administraciones militares aliadas en el país tenía su origen en Italia. Se remontaba precisamente al desembarco aliado en Sicilia, en julio de 1943, y a la liberación de esta isla. A diferencia del caso alemán, la desfascización (la acción de anular el legado del -fascismo) italiana sigue siendo un tema relativamente poco examinado y tiene escasa publicidad.[164] El procedimiento fue rápidamente enterrado, a medida que los partidos antifascistas daban prioridad a la reconstrucción institucional y del Estado a partir de 1946.

A pesar de la necesidad de erradicar el fascismo, como se afirmó en la Declaración de Moscú sobre Italia en octubre de 1943, las autoridades militares angloamericanas no habían concebido inicialmente una política de purga global ni habían proporcionado los recursos humanos y las herramientas técnicas para llevarla a cabo. No es que los aliados fueran incapaces de planificar una estrategia de este tipo o de acordar objetivos concretos, sino que, en realidad, la desfascización no era una prioridad para el Gobierno militar en los primeros meses de la ocupación. De hecho, la depuración en Italia nunca recibió la misma atención que la alemana por parte de los Aliados.

Los inicios de la purga en la Italia fascista fueron, por lo tanto, extremadamente caóticos. Los aliados anglosajones pronto se dieron cuenta de que la eliminación de los miembros del Partido Nacional Fascista (PNF) de la administración local no era un objetivo

alcanzable. Solo contaban con una plantilla reducida e inexperta de civiles con formación académica y universitaria, que operaban en un entorno que seguía siendo, en gran medida, caótico, debido las operaciones militares en marcha. Los empleados civiles del Gobierno militar dedicaban sus energías principalmente a garantizar el buen funcionamiento del sistema político, económico y social en los territorios italianos ocupados.

En un informe del AMGOT con fecha del 2 de agosto de 1943, el general de división Francis James Rennel recordaba a sus inexpertos oficiales encargados de Asuntos Públicos en Sicilia que «el primer objetivo no es la desfascización, sino evitar el colapso administrativo».[165] Aunque algunos prefectos fueron arrestados, como el de Siracusa, el oficial británico no pudo evitar seguir siendo pragmático y rechazar cualquier operación de purga a gran - escala:

Independientemente de las críticas que pueda suscitar el hecho de que no hayamos detenido inmediatamente a más personas, estoy convencido de que la estrategia correcta consiste en seguir eliminando elementos indeseables semana tras semana, en lugar de efectuar detenciones sistemáticas basándonos en información insuficiente, lo que nos llevaría a arrestar a personas inocentes.[166]

La desfascización se basaba en listas secretas preparadas de antemano por los servicios de inteligencia estadounidenses. También se basó en las denuncias de ciudadanos italianos. En términos prácticos, a lo largo de la difícil campaña militar en Italia, los oficiales del Gobierno militar deploraron la falta de procedimientos y estrategias claras. Como señaló un oficial de la Seguridad Pública en mayo de 1944, «no había criterios objetivos para separar las ovejas de las cabras».[167]

A diferencia de Alemania, en Italia no se movilizaron recursos administrativos a gran escala para esta campaña de purgas. La diferencia de trato entre las purgas fascistas y nazis puede explicarse, en gran medida, por la diferencia de percepción y

representación cultural de los pueblos italiano y alemán por parte de las autoridades militares y civiles estadounidenses.

Según una visión victimista, se consideraba que el primero era maleable y que se le había impuesto el fascismo. En Italia, la política angloamericana estaba impulsada, ante todo, por el deseo de restaurar la «dignidad de los seres humanos», como subrayaba el presidente Roosevelt en un discurso pronunciado el 28 de julio de 1943.[168] Por el contrario, según una visión criminalizadora, los alemanes eran vistos como un pueblo adoctrinado que no había sucumbido al nazismo, sino que lo había apoyado, incluso fanáticamente, hasta el final. Dicho de otro modo, los italianos eran considerados como víctimas inocentes sometidas a la violencia de los escuadristas, mientras que los alemanes eran vistos como los responsables colectivos del nazismo y, por lo tanto, de la catástrofe. Mientras que la culpabilidad colectiva alemana se presuponía, en el caso italiano se consideraba insignificante.

En ausencia de procedimientos claros y sistemáticos, la desfascización solo fue llevada a cabo por un puñado de oficiales. En octubre de 1943, un informe estimaba que «había un oficial encargado de la desfascización por cada veinte ciudades» de la península italiana.[169] A nivel local, algunos ciudadanos italianos empezaron incluso a expresar su impaciencia y su descontento por la falta de recursos angloamericanos asignados a la purga. En un memorando escrito por el comandante Aldo Raffa a sus superiores, el 1 de noviembre de 1943, este oficial de inteligencia estadounidense detallaba las salvajes medidas de purga aplicadas, la mayoría de las veces bajo la dirección de líderes comunistas locales.

En esta ocasión, relató un ingenioso método utilizado en la provincia de Potenza para superar la tensión entre el deseo de purificación de la población y la falta de recursos humanos de las autoridades de ocupación:

Se formó un comité compuesto por conocidos antifascistas y se anunció que las reuniones de este comité estarían bajo la autoridad de un oficial del Gobierno militar de ocupación y que su propósito sería escuchar todas las quejas presentadas contra antiguos -

fascistas.[170]

El éxito de esta iniciativa local fue ampliamente difundido en toda la provincia, y las manifestaciones cesaron de inmediato.

Ante esta doble falta de voluntad y recursos, el teniente coronel Charles Poletti, el oficial encargado de la administración civil de Sicilia, contribuyó a estandardizar los procedimientos de depuración a partir del otoño de 1943, cuando la desfascización se extendió lentamente por toda la península italiana.

Para esto, creó un Servicio de Inteligencia Política (PIS), que puso bajo la dirección de un profesor de ciencias políticas de la Universidad de Georgetown, el mayor A. Raffa. A partir de métodos de ciencias sociales, Raffa elaboró una scheda personale, un cuestionario individual de 4 páginas y 43 preguntas.

Este documento debía enviarse a cualquier ciudadano italiano que hubiera ocupado un cargo importante en el régimen fascista. No había posibilidad de hacer comentarios ni observaciones. El objetivo de este procedimiento normalizado era político: se trataba de proporcionar una herramienta burocrática que se suponía fiable y que permitiría orientar las revocaciones. Con ello se pretendía evitar que los posibles errores de apreciación generaran un sentimiento de injusticia.

En una entrevista concedida a Milton Bracker, corresponsal del New York Times en Italia, el 2 de abril de 1945, A. Raffa subrayó que la verdadera cuestión era identificar a los «buenos italianos» capaces de poner en funcionamiento la maquinaria administrativa, y conceder a los «fascistas borderline» el beneficio de la duda.[171]

Se tomó la libertad de establecer un vínculo con lo que pronto iba a ocurrir en Alemania: «La desnazificación de Alemania, desde el punto de vista del Gobierno militar aliado, plantea un problema mucho más difícil que el que afrontó en Sicilia e Italia, pero el proceso se beneficiará de la experiencia y los errores cometidos en el Mediterráneo».[172]

El cuestionario normalizado no se introdujo oficialmente hasta la primavera de 1944, casi un año después de la invasión de Sicilia. En la isla se distribuyó a 11 000 italianos. Solo se tramitaron un tercio de los casos y 111 funcionarios fueron despedidos.[173] A pesar de la distribución de una guía de acompañamiento, el Gobierno militar no pudo ponerse de acuerdo sobre los criterios para calificar a un fascista activo.

Ancestro del Fragebogen alemán, la scheda personale reviste interés por los problemas y limitaciones que suscitó en Italia entre 1943 y 1945. Si bien su concepción no planteó dificultades, su difusión y tratamiento chocaron con las limitadas capacidades humanas de la inteligencia política del ejército estadounidense. Es más, al movilizar un instrumento derivado de las ciencias sociales como este, las autoridades militares redujeron la desfascización a un procedimiento burocrático que negaba la complejidad de la realidad y, por tanto, de las experiencias políticas y sociales del fascismo propias de cada individuo. El mismo tipo de dificultades se encontraron unos meses más tarde en Alemania.

En la primavera de 1944, las autoridades militares estadounidenses empezaron a desarrollar su futuro programa de desnazificación en torno a la tríada purga-categorización-castigo. Dentro de los servicios de inteligencia, la unidad dedicada a Europa Central y dirigida por el jurista alemán antinazi Franz Neumann[174], autor de un famoso libro sobre las estructuras del nacionalsocialismo en 1942, recomendó una campaña masiva de control y purga de la administración alemana.

Estos objetivos se ajustaban perfectamente a los planes del PIS. Sin hacer una evaluación exhaustiva de la experiencia italiana, los responsables de la Subdirección de Seguridad Pública decidieron utilizar la scheda personale del comandante A. Raffa como base para elaborar la primera versión del cuestionario alemán en agosto de 1944. El teniente coronel Orlando Wilson, profesor de Criminología civil en la Universidad de California, desempeñó un papel decisivo en la elaboración de la versión definitiva del cuestionario con sus 131 preguntas.

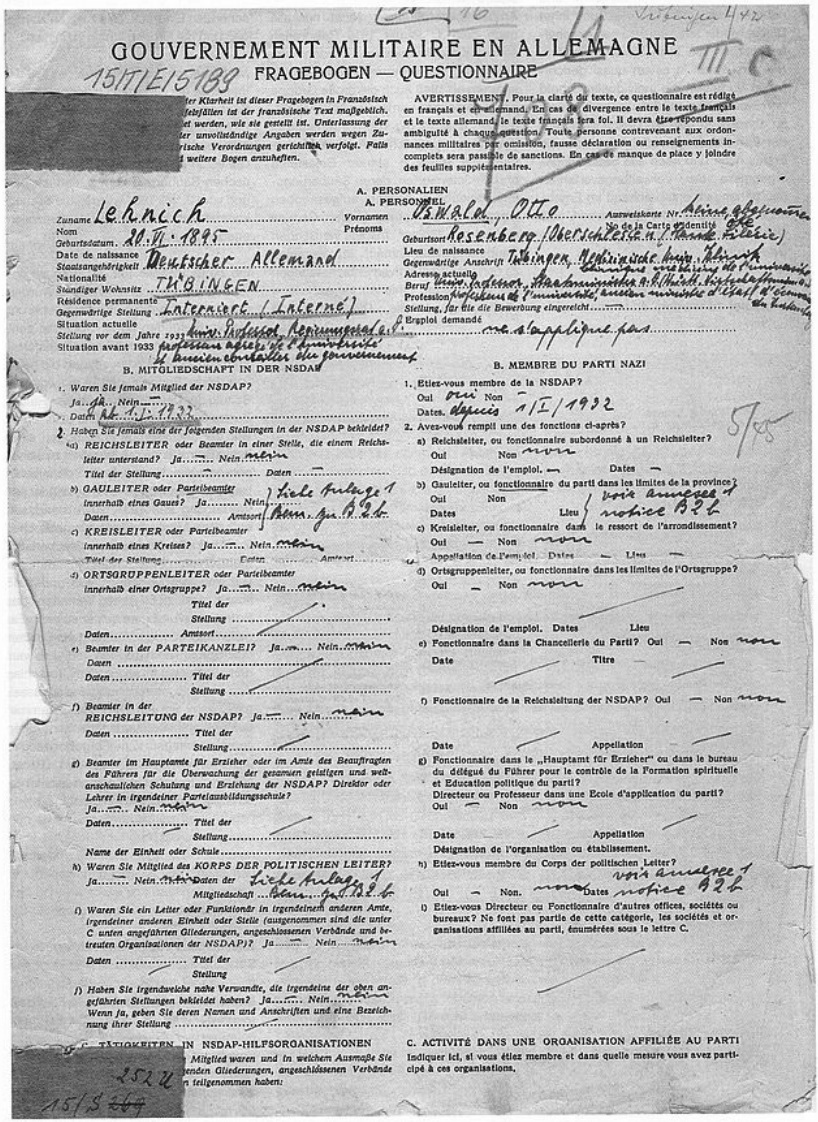
Estaba listo para su distribución en el momento de la rendición alemana, en mayo de 1945. Las autoridades estadounidenses

confiaban en que los demás miembros de la alianza antihitleriana utilizarían este instrumento. Entre junio y diciembre de 1945, los estadounidenses repartieron más de 1,3 millones de cuestionarios en su zona, casi el 60 % de ellos solo en Baviera.[175]

En total, como recordaba con cierto orgullo el general Lucius Clay en sus memorias, se distribuyeron 13 millones de cuestionarios en la zona estadounidense.[176]

A pesar de las críticas de que la última versión del cuestionario, presentada a principios del mes de mayo de 1945, contenía demasiados criterios de evaluación, los británicos adoptaron el modelo estadounidense y lo introdujeron en su zona de ocupación en enero de 1946.

A partir de la primavera de 1946, se introdujo una versión más corta del cuestionario (Meldebogen) en la zona americana, y después en las zonas británica y francesa. En virtud del Acta de 5 de marzo de 1946, los estadounidenses adoptaron una versión más compatible con la escala cuantitativa de la política de depuración. Era también una forma de tener en cuenta la enorme impopularidad del cuestionario anterior entre la población alemana.



GOUVERNEMENT MILITAIRE EN ALLEMAGNE

FRAGEBOGEN — QUESTIONNAIRE

15/TI/E/15188

AVERTISSEMENT. Pour la clarté du texte, ce questionnaire est rédigé en français et en allemand. En cas de divergence entre le texte français et le texte allemand, le texte français fera foi. Il devra être répondu sans ambiguïté à chaque question. Toute personne contrevenant aux ordonnances militaires par omission, fausse déclaration ou renseignements incomplets sera passible de sanctions. En cas de manque de place y joindre des feuilles supplémentaires.

A. PERSONALIEN
A. PERSONNEL

Zuname / Nom: Lehnich — Vornamen / Prénoms: Oswald, Otto — Ausweiskarte Nr. / No de la Carte d'identité

Geburtsdatum: 20.11.1895 — Geburtsort / Lieu de naissance: Rosenberg (Oberschlesien / Haute Silésie)

Date de naissance — Staatsangehörigkeit / Nationalité: Deutscher / Allemand

Ständiger Wohnsitz: TÜBINGEN — Gegenwärtige Anschrift / Adresse actuelle: Tübingen, Hechinger Str. 12

Residence permanente — Gegenwärtige Stellung / Beruf / Profession: Professor, Staatsminister a.D. (Württ. Kultusminister)

Situation actuelle — Stellung, für die die Bewerbung eingereicht / Emploi demandé: ne s'applique pas

Stellung vor dem Jahre 1933 / Situation avant 1933: Professor, Staatsminister a.D. (Württ. Kultusminister)

B. MITGLIEDSCHAFT IN DER NSDAP

1. Waren Sie jemals Mitglied der NSDAP? Ja: ja — Nein: —
Daten: 1.5.1933

2. Haben Sie jemals eine der folgenden Stellungen in der NSDAP bekleidet?

a) REICHSLEITER oder Beamter in einer Stelle, die einem Reichsleiter unterstand? Ja: —— Nein: nein
Titel der Stellung: — Daten: —

b) GAULEITER oder Parteibeamter innerhalb eines Gaues? Ja: —— Nein: ——
Daten: —— Amtsort: siehe Anlage 1

c) KREISLEITER oder Parteibeamter innerhalb eines Kreises? Ja: —— Nein: nein
Titel der Stellung: —— Daten: —— Amtsort: ——

d) ORTSGRUPPENLEITER oder Parteibeamter innerhalb einer Ortsgruppe? Ja: —— Nein: nein
Titel der Stellung: ——
Daten: —— Amtsort: ——

e) Beamter in der PARTEIKANZLEI? Ja: —— Nein: nein
Daten: ——
Daten: —— Titel der Stellung: ——

f) Beamter in der REICHSLEITUNG der NSDAP? Ja: —— Nein: nein
Daten: —— Titel der Stellung: ——

g) Beamter im Hauptamte für Erzieher oder im Amte des Beauftragten des Führers für die Überwachung der gesamten geistigen und weltanschaulichen Schulung und Erziehung der NSDAP? Direktor oder Lehrer in irgendeiner Parteiausbildungsschule?
Ja: —— Nein: nein
Daten: —— Titel der Stellung: ——
Name der Einheit oder Schule: ——

h) Waren Sie Mitglied des KORPS DER POLITISCHEN LEITER? Ja: —— Nein: nein Daten der Mitgliedschaft: siehe Anlage 2

i) Waren Sie ein Leiter oder Funktionär in irgendeinem anderen Amte, irgendeiner anderen Einheit oder Stelle (ausgenommen sind die unter C unten angeführten Gliederungen, angeschlossenen Verbände und betreuten Organisationen der NSDAP)? Ja: —— Nein: nein
Daten: —— Titel der Stellung: ——

j) Haben Sie irgendwelche nahe Verwandte, die irgendeine der oben angeführten Stellungen bekleidet haben? Ja: —— Nein: nein
Wenn ja, geben Sie deren Namen und Anschriften und eine Bezeichnung ihrer Stellung: ——

C. TÄTIGKEITEN IN NSDAP-HILFSORGANISATIONEN
... Mitglied waren und in welchem Ausmaße Sie ... genden Gliederungen, angeschlossenen Verbände ... n teilgenommen haben:

252 U
15/S 264

B. MEMBRE DU PARTI NAZI

1. Etiez-vous membre de la NSDAP? Oui: oui Non: —
Dates: depuis 1/I/1932

2. Avez-vous rempli une des fonctions ci-après?

a) Reichsleiter, ou fonctionnaire subordonné à un Reichsleiter? Oui: —— Non: non
Désignation de l'emploi: — Dates: —

b) Gauleiter, ou fonctionnaire du parti dans les limites de la province? Oui: —— Non: ——
Dates: —— Lieu: voir annexes 1 / notice B2b

c) Kreisleiter, ou fonctionnaire dans le ressort de l'arrondissement? Oui: — Non: non
Appellation de l'emploi: —— Dates: — Lieu: —

d) Ortsgruppenleiter, ou fonctionnaire dans les limites de l'Ortsgruppe? Oui: — Non: non
Désignation de l'emploi. Dates: —— Lieu: ——

e) Fonctionnaire dans la Chancellerie du Parti? Oui: — Non: non
Date: —— Titre: ——

f) Fonctionnaire de la Reichsleitung der NSDAP? Oui: — Non: non
Date: —— Appellation: ——

g) Fonctionnaire dans le „Hauptamt für Erzieher" ou dans le bureau du délégué du Führer pour le contrôle de la Formation spirituelle et Education politique du parti? Directeur ou Professeur dans une Ecole d'application du parti? Oui: — Non: non
Date: —— Appellation: ——
Désignation de l'organisation ou établissement. ——

h) Etiez-vous membre du Corps der politischen Leiter? Oui: — Non. non Dates: voir annexes 1 / notice B2b

i) Etiez-vous Directeur ou Fonctionnaire d'autres offices, sociétés ou bureaux? Ne font pas partie de cette catégorie, les sociétés et organisations affiliées au parti, énumérées sous le lettre C.

C. ACTIVITÉ DANS UNE ORGANISATION AFFILIÉE AU PARTI
Indiquer ici, si vous étiez membre et dans quelle mesure vous avez participé à ces organisations.

Cuestionario de desnazificación aplicado en la zona controlada por Francia.

El nuevo formulario solo tenía dos páginas y contenía únicamente 26 preguntas. A partir de 1947, en un momento en el que las solicitudes de rehabilitación debían empezar a tramitarse en masa,

los británicos lo abandonaron en favor de un modelo aún más conciso, reducido a una única página de datos.

Los cuestionarios francés y soviético

El modelo estadounidense del cuestionario de desnazificación no fue adoptado automáticamente en las zonas de ocupación francesa y soviética. Puede que sirviera como punto de partida o referencia, pero las autoridades militares francesas y soviéticas se distanciaron rápidamente del cuestionario de 131 preguntas.

Ya en 1944, la Misión Militar para Asuntos Alemanes había formulado críticas al cuestionario ante el SHAEF, que no fueron tenidas en cuenta. En la práctica, el documento inventado por los estadounidenses no se convirtió en un modelo único común a las cuatro zonas de ocupación.

Las autoridades militares francesas elaboraron su propio cuestionario en el verano de 1945 para distribuirlo en otoño. Hasta 1947, se repartió alrededor de medio millón en toda la ZFO. Aunque la versión francesa constaba de 94 preguntas y estaba organizada formalmente de manera diferente, seguía siendo muy parecida al modelo estadounidense.

De hecho, contenía los mismos puntos y las mismas preguntas relativas a la trayectoria profesional, la pertenencia al NSDAP o a una organización satélite, los ingresos y los viajes al extranjero. Los franceses añadieron, además, una pregunta sobre el servicio militar.

Por parte soviética, no se había diseñado ninguna estrategia clara de desnazificación antes del final de las hostilidades. Stalin dudaba constantemente sobre el destino de la futura Alemania. Había enviado al grupo de Ulbricht de regreso a Berlín en mayo de 1945 sin haber definido de antemano un plan concreto, aparte del de volver a poner rápidamente en pie las organizaciones políticas y sindicales comunistas.

A escala europea, animó a los partidos comunistas a cooperar con los partidos de centro y de izquierda socialdemócrata en Gobiernos de unidad nacional, llamados «frentes antifascistas» en la propaganda soviética. Esta falta de objetivos y procedimientos contribuyó a crear la ilusión de que era posible una desnazificación conjunta, ya que los soviéticos habían adoptado los principios generales, en particular el de una purga administrativa basada en el uso de un cuestionario.

En la zona ocupada por los soviéticos, el testimonio de Rudolf Paul, ministro-presidente de Turingia nombrado por el SMAD, nos muestra que, en julio de 1945, los oficiales del Ejército Rojo distribuyeron inicialmente el cuestionario americano. Se pidió a los habitantes de la región que «rellenaran el cuestionario introducido por el Gobierno militar americano».[177] Parece ser que se utilizó un modelo específico para los empleados ferroviarios que constaba de 21 preguntas.[178]

Ocasionalmente, los oficiales soviéticos también se apoyaban localmente en las denuncias y valoraciones elaboradas por figuras antifascistas, normalmente del KPD, que acababan de ser liberadas de los campos de concentración.

No fue hasta agosto de 1945 cuando el SMAD elaboró un modelo de cuestionario estandarizado y estabilizado. Constaba de cinco páginas y solo 34 preguntas, y compartía una serie de puntos con el cuestionario estadounidense, como los antecedentes educativos, la carrera profesional, el servicio militar, los viajes al extranjero, la participación partidista antes de 1933 y los conocimientos de idiomas extranjeros.

Por otra parte, se suprimía el breve texto introductorio en el que se advertía a los encuestados de que debían rellenar el cuestionario con la verdad o se exponían a sanciones. Al final del documento no había espacio para comentarios adicionales. En general, el tono del cuestionario soviético era menos intrusivo y punitivo.

Se distinguía, sobre todo, por su total falta de curiosidad por las organizaciones secundarias del régimen, la afiliación religiosa, el nivel de ingresos o las actividades antinazis. A ojos soviéticos, solo el NSDAP, las SA, las SS, las Waffen-SS, el SD y la Gestapo eran

organizaciones dignas de interés. Esta diferencia con el cuestionario estadounidense es muy importante porque revela una concepción fundamentalmente distinta del compromiso bajo el Tercer Reich.

La interpretación del nazismo como una variante del fascismo y como la expresión de una forma de dominación por parte del «gran capital» condujo rápidamente a una falta de voluntad para perseguir a los llamados miembros pasivos del NSDAP. Ocupar un cargo en una de las organizaciones satélite del partido se consideraba un compromiso políticamente insignificante. En cambio, el cuestionario soviético se interesaba por las trayectorias militantes anteriores a 1933, pero también posteriores a 1945, tanto en el plano político como sindical. Esta atención era una forma de identificar a antiguos miembros nominales del NSDAP capaces de convertirse ideológicamente al comunismo y, por tanto, de integrarlos.

El cuestionario soviético fue revisado en 1946, de acuerdo con el deseo de coordinar la desnazificación en Berlín tras la adopción de la directiva conjunta del 24 de enero de 1946. El nuevo modelo de cuatro páginas era ahora muy similar a la versión occidental, con 90 ítems y, sobre todo, la inclusión de todas las organizaciones paranazis. Los soviéticos hicieron posible la inclusión de cartas de recomendación de terceros.

En total, entre 1945 y marzo de 1948, los soviéticos distribuyeron alrededor de 1 millón de cuestionarios. Evidentemente, esta cifra está muy lejos de los 13 millones de documentos distribuidos en la zona estadounidense. Sin embargo, esta herramienta de evaluación no fue abandonada por las autoridades soviéticas en el contexto creciente de la Guerra Fría. El cuestionario fue, por lo tanto, una herramienta compartida por las potencias aliadas, aunque de forma diferente y asimétrica.

Entre la herramienta de evaluación y la experiencia individual

El triunfo de la «razón gráfica»

Hasta principios de la década de 1950, alrededor de 16 millones de alemanes mayores de 18 años, principalmente en las zonas de ocupación occidentales (y sobre todo en la zona estadounidense), rellenaron lo que se conocería en el lenguaje corriente como «el cuestionario», proporcionando información más o menos fiable y comprensible sobre su participación «partidista» durante los años del Tercer Reich, e incluso antes de que los nazis llegaran al poder. El cuestionario era una «tecnología del intelecto»[179] y debía considerarse, ante todo, una ayuda para la toma de decisiones políticas.

La apuesta era sencilla: este documento debía resolver el principal problema de los aliados utilizando lo que el antropólogo Jack Goody describió como «razón gráfica».[180] La finalidad del cuestionario no era simplemente registrar datos sobre trayectorias existenciales.

Por la forma en la que estaba dividido y organizado, en la que se destacaban determinados datos, por la combinación de tablas y preguntas abiertas y cerradas, y el hecho de que, en función de las zonas,[181] fuera posible adjuntar cartas de personas que actuaban como testigos de carácter, estaba diseñado para producir conocimientos sobre el grado de culpabilidad individual de tal o cual ciudadano.

Esta «razón gráfica» pretendía responder a las siguientes preguntas: ¿quién era un activista nazi y, por lo tanto, debía ser apartado temporal o permanentemente de la vida pública? ¿Era la persona

evaluada un peligro para la renovación de la vida democrática en Alemania?

En el caso de la desnazificación, si bien el cuestionario era efectivamente una ayuda técnica para la toma de decisiones, en la práctica era mucho más que eso. Necesariamente intrusivo, extremadamente largo y tedioso de rellenar, a veces repetitivo, este llamamiento a la transparencia fue percibido, ante todo, como una afirmación burocrática y triunfalista de una «justicia de los vencedores».

La exigencia de verdad figuraba en la parte superior de los cuestionarios distribuidos en forma de advertencia reproducida en alemán y en la lengua de la potencia ocupante: «La falta de respuesta a una pregunta o la realización de declaraciones incompletas serán perseguidas por la vía judicial como violación de una orden militar».[182]

Las autoridades militares de ocupación recordaban regularmente a las Administraciones alemanas esta exigencia de verdad, como ocurrió, por ejemplo, en mayo de 1947 en una correspondencia entre el Gobierno militar británico y las autoridades sanitarias de Hamburgo: «Las respuestas a todas las preguntas deben ser veraces. […] Proporcionar información falsa dará lugar a sanciones de acuerdo con la legislación del Gobierno militar».[183]

También se le dio publicidad en la prensa y, contrariamente a la creencia popular, fue, por lo general, bien respetada. La mayoría de las encuestas regionales y locales muestran que el porcentaje de cuestionarios falsificados nunca superó el 10 %.

Lógica y estructura del cuestionario

El cuestionario no debe entenderse únicamente en un sentido, es decir, el deseo de las fuerzas de ocupación de recopilar datos escritos predispuestos a categorías o constreñidos por la redacción potencialmente cerrada de las preguntas.

Este documento dio forma a las interacciones entre las autoridades aliadas o alemanas, deseosas de poder juzgar el carácter reprensible de una parte de las trayectorias existenciales estudiadas y de los ciudadanos que pretendían evitar las consecuencias más negativas de este procedimiento de depuración judicial.

Este cuestionario de encuesta era el requisito previo para cualquier intento de demostrar la propia «inocencia». Como objeto de mediación entre las autoridades de ocupación y los alemanes, fue realmente una experiencia compartida por millones de ciudadanos entre 1945 y 1948.

Comenzó a implantarse en otoño de 1945 antes de sistematizarse a partir de la primavera-verano de 1946. Encarnó, a la vez, un sistema de comunicación, inteligencia y poder ejercido asimétricamente por las potencias aliadas sobre la población civil alemana.

Responder a este cuestionario significaba someterse a un proceso administrativo impuesto por los vencedores. En cierto modo, significaba echar la vista hacia doce años atrás (o más para algunos), de nacionalsocialismo. Por lo tanto, el encuestado se situaba desde el principio en una posición de inferioridad. Responder a este cuestionario significaba participar en una especie de «juego divertido» que, si se completaba, prometía devolver al trabajo y a la sociedad.

Las autoridades militares aliadas buscaban una objetivación que permitiera reconstruir Alemania sobre bases democráticas sólidas. Esta objetivación era principalmente individual, pero dada la escala de la encuesta, era tanto personal como social.

Este cuestionario llevaba consigo una lógica inmanente de guionización y, por lo tanto, de narración de trayectorias individuales. En efecto, antes de rellenarlo, se precategorizaba la vida de un alemán que había vivido bajo la República de Weimar y, luego, bajo el Tercer Reich. Tal y como estaba estructurado, tenía una triple lógica.

La primera, la clásica, era el registro de identidad personal, que el entrevistador debía comprobar, pero que era una puerta de entrada

a la vida privada. El individuo debía presentar veinticuatro elementos que constituían la base de su identidad física, familiar, social y religiosa. Se prestaba especial atención a la información física visible, como cicatrices, marcas de nacimiento y otros rasgos desfigurantes. Una última pregunta de esta subsección se refería a la confesión de posibles faltas, delitos y crímenes.

La segunda parte abordaba el desarrollo de la identidad profesional, remontándose a la formación escolar y universitaria e incluyendo la experiencia del servicio militar. De su lectura se desprendían claramente las oleadas masivas de despidos automáticos del verano de 1945 y la dificultad de reincorporarse rápidamente mientras no hubiera concluido el procedimiento de desnazificación.

La tercera y última parte, y la más importante, definía la identidad partidista. Basándose en la pregunta n.° 40 y en el capítulo E, el encuestado tenía que cruzar su vida con la posible pertenencia al -NSDAP o a sus organizaciones satélites. Aquí, la objetivación del pasado nazi se basaba en una tabla que enumeraba todos los movimientos paranazis. La organización de esta parte del cuestionario no era, evidentemente, casual. Los distintos puntos se clasificaron en función del grado de compromiso con el régimen. Cada ítem se clasificaba en orden descendente.

La información más importante era la pertenencia o no al NSDAP. Le seguían a continuación 56 ítems, empezando por las SS, las Waffen-SS, las SD y las Juventudes Hitlerianas. Curiosamente, la Gestapo, por alguna razón desconocida, ocupaba el penúltimo lugar. Las expectativas de las potencias ocupantes eran simples: una respuesta de sí o no.

En esta parte central del cuestionario no había lugar para respuestas razonadas y contextualizadas que ayudaran a comprender el significado de esta afiliación. Es más, las respuestas dadas no tuvieron el mismo efecto. En las zonas ocupadas por franceses y británicos, reconocer la pertenencia al NSDAP antes del 1 de abril de 1933 equivalía al despido automático, mientras que para los estadounidenses era a partir del 1 de mayo de 1937.

A continuación, se formulaban otras preguntas relacionadas con la identidad personal o profesional: estancias en el extranjero, dominio

de lenguas foráneas. En el modelo americano, al final de las 131 preguntas se dejaba un espacio de cinco líneas para «comentarios».

Así pues, reuniendo estas tres vertientes de identidad —personal, profesional y partidista—, las autoridades pretendían esbozar el retrato de un criminal nazi en potencia, activo o nominal, o incluso, más raramente, de un alemán antifascista cualquiera.

Como objeto de mediación, este tipo de cuestionario, por su extensión y exhaustividad, obligaba a los individuos a encajar en casillas la complejidad de sus vidas. Al rellenarlo, los alemanes se exponían al poder soberano de las autoridades de ocupación, que tenían la facultad de revocar carreras, degradar posiciones profesionales adquiridas con el tiempo o excluir a los ciudadanos de la comunidad política.

Por lo tanto, representaba una especie de «tira y afloja» entre quienes habían diseñado el cuestionario y quienes respondían a él. Básicamente, la cuestión crucial —el Gretchenfrage— era la siguiente: ¿el marco directivo y generalmente cerrado de las preguntas «obligaría» a los alemanes a reconocer individualmente su grado de implicación en la maquinaria nazi, o atenuaría la realidad o incluso la falsearía?

El cuestionario era, por lo tanto, la primera etapa en la formalización de una autonarración, una forma de «ficción narrativa» que permitiría a un individuo justificar su adscripción a una u otra categoría predeterminada. Formaba parte de un sistema de poder en el que los alemanes se veían obligados a compartir una parte de sí mismos.

Una vez cumplimentado, el interesado recibía un cupón desprendible del cuestionario, que debía presentar a su empleador y que le permitía obtener vales de comida. De manera más general, abría la vía a procedimientos de comprobación y, posteriormente, a sentencias recurribles, al menos en la zona americana.

Rellenar el cuestionario

Más allá de las cuestiones puramente profesionales que estaban en juego, y aunque el marco de las 131 preguntas del modelo americano no permitía respuestas complejas, el cuestionario constituyó una experiencia a la vez central y extraordinaria para millones de alemanes, una especie de encuentro cara a cara con su propia conciencia. Pedir, recoger, leer y rellenar el cuestionario eran pasos que combinaban el miedo con el deseo decidido de reiniciar una vida normal. Este documento estaba asociado a un plazo, preferiblemente corto, y a esperanzas. Es más, estaba destinado a llevar a la gente a enfrentarse a su pasado reciente: ¿por qué se habían unido al NSDAP antes del 1 de abril de 1933 o del 1 de mayo de 1937? ¿Qué había motivado el interés por unirse a tal o cual organización nazi de masas, ya fuera benéfica, cultural o militar?

El cuestionario era, por tanto, una forma de hacer balance de las trayectorias biográficas individuales, porque detrás de cada pregunta había elecciones hechas o forzadas, una estrategia de apoyo celoso o de acomodación, un compromiso fingido o convencido.

En resumen, el cuestionario reveló lo que el historiador alemán Alf Lüdtke describió como el «sentido propio»[184] (Eigen-Sinn), es decir, la capacidad de los individuos atrapados en relaciones de dominación para seguir siendo ellos mismos.

Se impone entonces la lectura de los diarios íntimos de alemanes corrientes conservados en los archivos de Emmendingen. Responder al cuestionario marcaba el inicio de un procedimiento que llevaba tiempo, semanas, meses de espera. Esta incertidumbre se plasmó en los diarios y agendas escritos en la época.

No solo afectó a los estados de ánimo cotidianos, sino que también influyó en la forma en que la gente se proyectaba en el futuro, e incluso en que viajaba fuera de la zona de ocupación en donde residía. También fue el centro de cientos de miles de cartas y conversaciones informales entre amigos, colegas y familiares. Sin exagerar, se podría decir que toda Alemania hablaba de desnazificación entre 1945 y 1948-1949.

Esto es lo que se desprende de la lectura de los diarios de Hans-Karl Friedrich, que entonces tenía 42 años. A lo largo de 1946, escribió un diario en forma de pequeños cuadernos en los que describía su vida cotidiana y la evolución de sus emociones. Tras formarse como actor de teatro, entre mediados de los años veinte y principios de los cuarenta, trabajó como director de compañía, director de escena y profesor de arte dramático en Eisenach, Berlín, Lübeck, Gotinga y Essen. Su diario íntimo no permite medir con precisión su grado de implicación en la política cultural nazi. Se alistó tarde en las fuerzas aéreas, a finales del otoño de 1944. Hecho prisionero al final de la guerra, fue liberado en el verano de 1945.

Su diario abarca los años 1925-1956 de forma muy irregular. Comenzó a escribir un diario en 1925, pero dejó de hacerlo al cabo de un año. Lo reanudó en 1946, como si el contexto particular de la salida de la guerra en el que se encontraba le hubiera impulsado a retomar la pluma.

Desde su liberación vivía en la zona de ocupación británica, en Heiligenhafen, una ciudad de la costa báltica donde intentaba montar un teatro. El 18 de mayo de 1946 había recibido una carta del Comité de Depuración de Oldenburg, adonde acudió tres días después para recoger el cuestionario que debía rellenar.

En su cuaderno del 22 de mayo solo anota una cosa: «Cuestionario rellenado todo el día».[185] ¿Lo rellenó solo o con la ayuda de su mujer? No lo dijo.

Al día siguiente, su esposa se dirigió a Oldenburg para depositar el documento en el comité y registrarlo. La ciudad estaba a más de 250 kilómetros de Heiligenhafen. H. K. Friedrich escribió en su diario: «El destino está sellado».[186]

Se percibe que la experiencia del cuestionario está teñida aquí no solo de una forma de angustia, sino casi de un sentimiento de fatalidad. Su destino estaba ahora en manos de los miembros del Comité de Depuración, que debían decidir sobre su idoneidad para desempeñar funciones culturales en la nueva Alemania democrática.

Es evidente que este caso se tramitó con rapidez. A diferencia de otros casos similares en el Reino Unido[187], H. K. Friedrich recibió

una respuesta menos de diez días después. El 31 de mayo escribió dos escuetas entradas en su cuaderno: «Respuesta del Comité de Desnazificación. Oposición al Comité de Desnazificación».[188] Privado de sus derechos cívicos y con prohibición de trabajar, apeló en una carta enviada un día después. Preparó su defensa recopilando testimonios, que presentó al Comité de Apelación el 17 de junio. El 10 de agosto, escribió en su diario que no podría participar próximamente en las primeras elecciones municipales previstas para la región de Schleswig-Holstein[189] el 13 de octubre de 1946.[190] El 20 de agosto confiesa tener «sueños agitados» y encontrarse en un estado de apatía: «La inseguridad política y la arbitrariedad tienen un efecto paralizante».[191]

Después perdemos de vista el procedimiento de desnazificación en sus cuadernos, pero encontramos un hecho interesante el 4 de octubre de 1946. Tres días antes, había transcrito en su diario las sentencias dictadas en el Tribunal de Núremberg sin hacer ningún comentario. Luego, pocos días después del suicidio de Göring, se entregó a esta reflexión en forma de una confesión que probablemente fue el resultado del trabajo cultural iniciado con el cuestionario:

Hubo un día en el que creí de verdad que el Partido Nacionalsocialista era una democracia moderada para el pueblo alemán, que sus intenciones eran buenas en general, pero que seguía un camino equivocado en los detalles. Pero pensaba que esto podría corregirse con el tiempo. Y ahora oímos hablar de inhumanidad, tortura y asesinatos en masa. ¿En qué debemos y podemos seguir creyendo? ¿Todavía tenemos derecho a participar en actividades políticas? El hecho de haber sido soldado no era un delito. El hecho de que fuera un soldado para este sistema hace que todo sea inútil, todas las penurias, todos los compromisos. Al final, todo lo que queda es el yo.[192]

Este poderoso testimonio muestra claramente que existe un vínculo, aunque indirecto, entre la experiencia del cuestionario y esta afirmación de un yo desorientado y perdido. Es incluso la impresión

de vacío y ausencia de sentido lo que parece encerrar esta simple pero poderosa frase: «Todo lo que queda es el yo». H. K. Friedrich tal vez vio las imágenes de los campos de concentración y de los cadáveres de deportados, y parece que siguió los juicios de Núremberg en la prensa. Sin embargo, al final, da la impresión de ser incapaz de proyectarse en el futuro.

Era una experiencia angustiante desde el punto de vista psicológico, y lo que estaba en juego podía ser una invitación a no rellenarlo del todo porque se quería mentir, o al menos a no decir toda la verdad.

A veces, no contestar era una forma de expresar lo inapropiado de la pregunta, como ilustra el testimonio de una mujer en 1947 ante el comité encargado de desnazificar los servicios financieros en Hamburgo: «Dejé sin contestar varias preguntas del cuestionario, porque quería expresar que lo que se preguntaba no se aplicaba a mí».[193]

Las mentiras también podían acumularse, como las vertidas en espiral por Karl Schröder, jefe de obra del sector británico de Berlín. Ante un Comité de Desnazificación, juró el 19 de agosto de 1946 que nunca había sido miembro del NSDAP. Incluso añadió que era miembro de la Asociación de Víctimas del Fascismo y miembro del SED, fundado en abril de ese año.

Finalmente fue denunciado por un miembro de su equipo: K. Schröder había ingresado efectivamente en el NSDAP en 1937 y se había encargado de establecer los cimientos del partido. El comité descubrió entonces que este individuo había estado mintiendo desde 1945 a todos los comités a los que se había enfrentado. En agosto de 1945 había mentido al comité del distrito de Friedrichshain. Luego volvió a mentir cuando fue contratado por la empresa de transporte público de Berlín, la BVG.

Cuando fue citado de nuevo para comparecer ante un Comité de Depuración, K. Schröder persistió en sus mentiras, afirmando que había estado internado durante cuatro años en un campo de concentración. Tras contrastar la información, resultó que había sido detenido y encarcelado por robo.[194]

Más grave aún, el uso de mentiras permitió a verdaderos criminales

de guerra mezclarse con la multitud de «nazis menores». Este fue el caso de un antiguo «juez de las SA» llamado Stadler, que participó en las audiencias de los condenados por el atentado del 20 de julio de 1944. Falsificando su cuestionario, Stadler consiguió salir impune haciendo solo trabajos de retirada de escombros del Palacio de Justicia de Múnich entre septiembre de 1945 y enero de 1946. Sin embargo, su pasado le alcanzó cuando detuvieron a un bombero berlinés llamado Ploeger, que tenía vínculos con él.

Detenido en Múnich, se presentó durante el interrogatorio como un «simple repartidor de periódicos, un hombre corriente».[195] Inicialmente fue puesto en libertad y absuelto por falta de pruebas. A finales de septiembre de 1946, el Comité de Desnazificación de Berlín reabrió el proceso, pero sin resultado. Stadler fue condenado simplemente a pagar 500 RM por haber dado respuestas falsas en su cuestionario…

De este modo, el cuestionario podía transformarse en una novela, más o menos completa, más o menos verdadera. Millones de alemanes se tomaron la libertad aquí y allí de olvidar mencionar ciertos compromisos, en las SS por ejemplo, o de minimizar ciertas funciones dentro de una organización nazi en particular.

Destilaban medias verdades que debían garantizar su supervivencia material, profesional o moral. Tenían que decir lo incorrecto sin alejarse nunca demasiado de la verdad, que debía revelarse en el cuestionario.

Esta asunción de riesgos podría funcionar a corto plazo, pero la revelación de la mentira podría llegar tarde o temprano y dar sus frutos. En Berlín, una correspondencia entre la Policía y el departamento de Recursos Humanos del Ayuntamiento reveló la mentira de un policía criminal. Bernhard Meyer no había revelado su pertenencia a la Gestapo cuando rellenó su cuestionario. A falta de más investigaciones o denuncias, se decidió su despido inmediato el 15 de febrero de 1947.[196] Otro de sus colegas corrió la misma suerte por haber ocultado su pertenencia activa al NSDAP.[197]

Criticar abiertamente el cuestionario

Como el procedimiento administrativo de desnazificación podía ser caótico, largo y arbitrario, se criticó abiertamente la pertinencia misma del cuestionario. Varios artistas alemanes retomaron el tema, dándole una gran resonancia pública en un momento en que la desnazificación ya no era una prioridad.[198]

En 1949, el cabaretero Just Scheu obtuvo un gran éxito con su canción sobre el cuestionario (Der Fragebogen). Muy activo en la escena cultural durante el Tercer Reich, pronto consiguió retomar sus actividades profesionales. Después de 1945, se convirtió en un conocido locutor de radio en la zona occidental, presentando programas de entretenimiento como Todo o nada y la lotería de la radio.

En esta brevísima canción, de apenas un minuto de duración, ironizaba sobre esta emblemática herramienta de la desnazificación, dos años antes del éxito del libro de Ernst von Salomon:

Tengo la enfermedad del cuestionario, tengo la enfermedad del cuestionario, ¿has oído hablar de esta terrible enfermedad? Por supuesto, todo en mi cuestionario es bastante correcto, ¡gracias a Dios! Y hoy en día, eso significa mucho. Pero no puedo deshacerme de este tic. ¿Qué hago? ¿Qué hago? Solo veo números: del uno al ciento treinta y uno, ¿lo he rellenado todo correctamente? Todas las noches sueño que formo parte de una organización. Entonces me despierto sobresaltado, temblando y cubierto de sudor. Sueño todas las noches que he marchado en una organización nazi, que yo no sea nazi me parece extraño. Tal vez me asocian a ello sin decírmelo, es posible, con el vértigo y la presión de arriba. Le pregunté al médico. Me dijo que no podía ayudarme, que sufría delirio de persecución del NSDAP.[199]

Para regocijo del público, estableció un paralelismo en el texto alemán entre ser (haber ingresado en el NSDAP o en una organización satélite) y haber caminado sobre materia fecal, signo

tanto de buena como de mala suerte. La referencia a las pesadillas no es, evidentemente, casual. Correspondía, en parte, a la experiencia de cientos de miles de alemanes.

Dos años más tarde, el testimonio del escritor nacionalista Ernst von Salomon constituyó sin duda la denuncia más visible en el ámbito cultural. Con licencia británica y publicado en papel francés, se imprimieron 10 000 ejemplares de su libro El cuestionario cuando se lanzó en marzo de 1951. Pronto cosechó un gran éxito y, a finales de 1952, se habían vendido 200 000 ejemplares en la RFA.

Con su estilo vivo y directo, supo tocar el nervio emocional de miles de alemanes de a pie, como hizo Just Scheu con su canción. Organizó este relato de 800 páginas en torno a las 131 preguntas del modelo americano.[200] Invitó explícitamente al lector alemán a repetir la experiencia, que describió como un «examen de conciencia», para ridiculizarla mejor. No dudó en decir abiertamente que este experimento del cuestionario era «algo políticamente estúpido, humanamente infame y jurídicamente imposible».[201]

En conclusión, hay que recordar que el cuestionario fue, en realidad, un instrumento común en todas las zonas de ocupación. Esta herramienta, inventada por científicos sociales que trabajaban para el aparato militar estadounidense, se convirtió en un enorme desafío logístico, una pesadilla burocrática y un lugar negativo de la memoria para la población alemana. Su uso produjo angustia y rabia que pudieron expresarse libremente desde un punto de vista artístico en el contexto de la sociedad de la Alemania Occidental de principios de los años 1950, donde había llegado el momento del olvido ordenado mediante leyes de amnistía.

Pero más allá de las críticas, experiencias negativas y polémicas que suscitó, el cuestionario solo fue un punto de partida para el trabajo de los comités de depuración. A continuación, vamos a examinar más detenidamente su funcionamiento y las personas implicadas, que con demasiada frecuencia se pasan por alto. Estos comités de depuración se basaban en una lógica de voluntarismo político muy alejada de la pericia técnica en materia de procedimientos jurídicos.

Los comités de desnazificación o el - voluntariado político

La desbordante ambición de evaluar la responsabilidad política de millones de alemanes (sobre todo en la zona estadounidense) convirtió la desnazificación en una depuración titánica. Se requería una gran infraestructura burocrática para que el programa se llevara a cabo con garantías, y las autoridades de ocupación no disponían de tales recursos humanos, ni entre sus propias filas ni entre los pocos miembros de la resistencia o los opositores - antinazis.

Entre 1945 y 1946, las potencias aliadas delegaron progresivamente la gestión de esta política pública en comités de depuración compuestos por ciudadanos alemanes voluntarios, a los que se calificó, según la zona de ocupación, de «demócratas» o «antifascistas». Asistidos por un equipo de secretarias y taquígrafas, estos comités dependían administrativamente de las regiones creadas entre 1945 y 1947 según la zona.

Este capítulo está dedicado a esas figuras en la sombra de la desnazificación, esos miles de gestores ordinarios —se calcula que el aparato burocrático contaba con 20 000 solo en la zona de ocupación estadounidense— con los que se enfrentaron millones de alemanes mientras esperaban su sentencia con inquietud.

Por más que se consideren actores de segunda fila, son relevantes, porque nunca debemos olvidar que la desnazificación fue, ante todo, una experiencia relacional, una interacción entre «voluntarios políticos» y ciudadanos de a pie a los que se aplicó el principio de la duda metódica.

Un apoyo burocrático femenino

En sus inicios, y al menos hasta 1948, bajo la dirección de las autoridades militares de ocupación, la desnazificación fue una actividad político-judicial llevada a cabo principalmente por una mayoría de voluntarios alemanes reclutados en el ámbito local para integrar los comités de depuración. Contaron con la ayuda de los empleados de las administraciones estatutarias encargados de tramitar y preparar los expedientes para su examen.

Estos empleados se limitaban a tareas puramente burocráticas, siguiendo las directrices lo más fielmente posible. Estaban sujetos a un compromiso de confidencialidad en todo lo relativo a los casos tramitados y bajo ningún concepto debían tratar de influir en los procedimientos en curso.

En varias ocasiones, las administraciones publicaron llamadas al orden estipulando que este personal no tenía derecho a interferir en el funcionamiento de los comités. En diciembre de 1948, el director de la Secretaría del Comité de Desnazificación de Hamburgo difundió el siguiente comunicado:

Les informamos que el personal de oficina debe ocuparse exclusivamente de cuestiones técnicas y administrativas. Queda terminantemente prohibido cualquier otra influencia sobre los miembros del comité. El incumplimiento de este punto acarreará consecuencias.[202]

Ciudadanos alemanes rellenan el cuestionario en Hamburgo, en 1945.

Este aparato burocrático estaba formado principalmente por mujeres. En efecto, la desnazificación nunca habría sido posible sin el trabajo en la sombra de secretarias y taquígrafas. A menudo eran jóvenes nacidas a finales de la década de 1920, aunque en los primeros meses también hubo secretarios varones, a menudo ancianos o reclutados entre los mutilados de guerra.

La rotación parece haber sido elevada y regular, ya que, entre ellas, muchas abandonaron sus puestos al cabo de una media de dos años. La mayoría dejó de trabajar después de casarse.

El trabajo consistía, principalmente, en mecanografiar los informes de los comités y los protocolos de las reuniones, y en mantener al día la correspondencia con todas las partes implicadas en el proceso, en particular con las autoridades de ocupación. A veces, debido a la falta de recursos humanos en las administraciones locales, algunos voluntarios políticos, miembros de los comités de depuración, asumían estas labores.

Un informe con fecha de mayo de 1946, sobre una solicitud de aumento salarial, da una idea del trabajo realizado por estas mujeres en una ciudad como Hamburgo:

Ambas trabajan de forma extremadamente fiable, precisa y rápida. Y con autonomía. La señora N. y la señora W. han trabajado en el archivo central desde el principio. Han pasado por todas las etapas de la desnazificación y, por tanto, deben ser consideradas especialistas en este campo, difícilmente sustituibles por otras colegas o por empleadas nuevas. A pesar de las repetidas promesas de mejorar sus salarios, ambas mujeres siguen cobrando según el grupo tarifario IX. Esta remuneración no se corresponde con el trabajo realizado. […] Han influido indirectamente y han aumentado el rendimiento de sus colegas. Gracias a sus años de experiencia profesional, estas dos mujeres han adquirido una formación que les permite asumir cualquier tarea con facilidad.[203]

Un voluntariado político en el fundamento moral de la democracia

Propuestos por los consejos municipales y designados por las autoridades militares, miles de voluntarios políticos sirvieron como instructores o participaron en los innumerables comités de desnazificación. Eran los rostros en la sombra del proceso. Su misión era muy delicada. Las numerosas directivas emitidas en cada una de las cuatro zonas de ocupación les recordaban con regularidad la naturaleza eminentemente política de su tarea.

Como se subraya en una instrucción del 22 de agosto de 1946 dirigida a los comités de desnazificación de Hamburgo, «el objetivo de esta marginación no persigue la venganza por una injusticia cometida, sino la purificación del conjunto de la vida pública en Alemania con la eliminación de los nacionalsocialistas. El objetivo es evitar que las influencias nacionalsocialistas y militares perturben en el futuro la libre organización de la vida pública en Alemania».[204]

A escala de una gran ciudad como Berlín, en noviembre de 1948, después de tres años de depuración, el 75 % de la desnazificación en el sector soviético la habían llevado a cabo voluntarios. El porcentaje se elevaba al 86 % en la zona ocupada por los británicos.[205] Estos alemanes de a pie, reclutados tras haber examinado y validado sus cuestionarios, no habían participado en el funcionamiento de la maquinaria nazi. Eran sobre todo militantes políticos, cuyo compromiso se remontaba en ocasiones al periodo anterior a 1933.

En condiciones materiales a menudo difíciles, especialmente durante el terrible invierno de 1946, semana tras semana, dedicaron su tiempo y su energía a evaluar la vida de miles de desconocidos. Cabe recordar que, en el contexto de una sociedad que se derrumbaba, los alemanes solían priorizar actividades más vitales,

como conseguir alimentos en el mercado negro, buscar información sobre familiares desaparecidos o mejorar las condiciones materiales de la unidad familiar. Estos voluntarios se sustituyeron más tarde por magistrados profesionales, como ocurrió a partir de la segunda mitad de 1947 en la ZFO.

Pero por lo general, el proceso de desnazificación fue cosa de voluntarios políticos dispuestos a construir los cimientos morales de la nueva democracia alemana, en la que la depuración era la garantía moral de un nuevo comienzo. Esta acción ética constituyó, por tanto, un fuerte compromiso cívico que reflejaba el deseo sincero de la mayoría de los participantes de trabajar por la reconstrucción de un Estado democrático en suelo alemán.

Este voluntariado, calificado de antifascista por las autoridades soviéticas y francesas, y de democrático por los británicos, traducía ante todo la expresión de un profundo compromiso moral en la medida en que esta actividad les reportaba poco o nada a cambio en términos de recompensas, ventajas simbólicas o materiales, o avances en sus carreras profesionales.[206] En la zona británica, esta forma de voluntariado se correspondía perfectamente con la idea inglesa de que la desnazificación «no debía dirigirla una élite en el poder, sino gente corriente de la sociedad».[207]

Como señaló el responsable de recursos humanos de la ciudad de Berlín en marzo de 1946, «los miembros de estos comités tienen un empleo y no pueden dedicarse exclusivamente al trabajo en los comités». Además de su actividad depuradora, tenían una gran variedad de empleos: oficinista, tendero, conserje, camionero, asesor fiscal, monitor de natación, farmacéutico, librero, secretario, camarero, mecánico, jefe de taller, instalador, carpintero, arquitecto…

En consecuencia, muy pocos miembros de los comités atesoraban una formación jurídica o administrativa básica. En la práctica, le dedicaban uno o dos días a la semana. De ahí que el ayuntamiento decidiera pagarles por el trabajo realizado, a razón de 10 RM, por una sesión de trabajo de cuatro horas.[208] Se hizo un esfuerzo con los secretarios encargados de redactar los protocolos de las entrevistas, y se les pagó sobre la base de la categoría II de la escala salarial de los empleados municipales: 730 RM al mes.

Estos equipos se encargaban de tramitar los expedientes, lo que requería por término medio un gestor administrativo, dos secretarias y un mensajero. Cada una de estas pequeñas unidades administrativas costaba alrededor de 3000 RM.[209] Para cubrir estos gastos inevitables, el municipio de Berlín aplicó tasas administrativas basadas en los ingresos brutos a las personas que debían someterse al procedimiento de desnazificación: 100 RM para quien ganara más de 1000 RM al mes, 50 RM para quien ingresara entre 500 y 1000 RM, 30 RM para los ingresos de entre 300 y 500 RM y 10 RM para quien ganara entre 150 y 300 RM mensuales.[210]

Según las previsiones del departamento, sobre la base de 75 000 expedientes que tramitar, el municipio podría estar en condiciones de recaudar 2,15 millones de RM y cubrir así los costes de los comités de desnazificación durante los dos próximos años.

El voluntariado consiste claramente en dar algo de uno mismo. Este tipo de compromiso creó un vínculo particular entre el instructor voluntario y la persona a la que debía evaluar. La interacción social creada durante un procedimiento de depuración era obviamente especial, porque desnazificar a alguien significaba interesarse por lo que le había sucedido bajo el Tercer Reich y por las posibles consecuencias para él y su familia en la incierta posguerra.

De este modo, los casos se volvían más cercanos y familiares a medida que se examinaban. Este vínculo social asimétrico perseguía contribuir a dar respuesta a las preguntas esenciales para la constitución de la nueva Alemania democrática: ¿Cómo podía construirse con éxito el nuevo espacio democrático común? ¿Quién podía formar parte de esta sociedad posnazi? ¿Merecía esta persona formar parte del cuerpo social?

La normativa del 22 de agosto de 1946 para los comités de desnazificación de Hamburgo en la zona de ocupación británica concedía gran importancia a evitar cualquier procedimiento esquemático y a garantizar la mayor equidad posible.

Según esta directiva, era esencial tratar cada caso de manera individual, teniendo en cuenta, en particular, «la edad y la madurez política del acusado en el momento de su ingreso en una organización nazi, la posición económica del acusado en ese

momento (la presión ejercida en el trabajo, las relaciones jerárquicas entre empleados y altos cargos), el tipo de organización nazi de la que formaba parte el acusado, la naturaleza de la función o el rango que ocupaba este en una organización nazi».[211] El texto también recomendaba no equiparar de forma demasiado esquemática las distintas organizaciones nazis.

En ocasiones, estos voluntarios fueron llamados al orden porque sus prácticas no siempre se correspondían con las expectativas de las potencias aliadas. Aquellos ejercían un enorme control sobre todas las decisiones. Algunos miembros de estos comités, sobre todo en el caso de históricos militantes comunistas, fueron considerados instructores demasiado estrictos.

Un archivo que resume una reunión de la junta directiva del SED, celebrada el 13 de septiembre de 1946, subraya que la principal preocupación de los comités era comprobar si el denunciante era algo más que un militante con carné del NSDAP. El examen de los protocolos de los comités sacó a la luz que, a veces, se otorgaba demasiada importancia a un criterio como el de lucir una insignia del partido nazi.[212] Sin embargo, esto no debía considerarse un factor para la condena y la exclusión consecuente.

Un balance sobre el tema realizado a escala de Berlín en septiembre de 1946 mostraba el alcance de las dificultades para emitir un juicio:

Está claro que decidir sobre la pertinencia de las pruebas aportadas es una de las tareas más difíciles que pueden confiarse a un colegio de jueces. También es obvio que la sensibilidad política y el conocimiento general de las personas tienen un peso mayor. Por eso la normativa de los Aliados estipula que los miembros de los comités deben ser antifascistas comprometidos y que cada comité debe estar integrado por representantes de todos los estamentos de la población. En algunos comités, los dictámenes fueron demasiado indulgentes, en otros se aplicaron criterios excesivamente estrictos. Hubo comités ante los que menos de la mitad de los solicitantes obtuvieron un dictamen favorable mientras que otros emitieron un dictamen favorable en el 60-70 % de las solicitudes estudiadas.

La evaluación general planteó también algunas cuestiones cruciales:

La incertidumbre sobre las consecuencias de los dictámenes es un obstáculo: ¿Qué ocurre con las personas que no han sido desnazificadas? ¿Pueden recurrir la decisión? La confianza en el trabajo del comité debe reforzarse para que cualquier persona interesada en el éxito de este proceso pueda sentirse tranquila.[213]

Las listas de los miembros de los comités se hicieron públicas en todas las zonas de ocupación, excepto en la británica, que deseaba llevar a cabo la desnazificación con discreción. Su composición fue cuidadosamente examinada por las personas que esperaban ser evaluadas. El azar quiso que, en algunos casos, existieran relaciones de amistad entre los que evaluaban y los que iban a ser evaluados.

Este tipo de informes permitía desarrollar estrategias para establecer contactos con los instructores e intentar influir mediante la corrupción. En febrero de 1947, un informe administrativo deploraba esta forma de deriva:

Recibí una llamada telefónica del investigador Schulz-Mahnke, del Comité de Desnazificación de Wilmersdorf, quien me informó de que la purificación de un hombre había costado 10 000 RM, suma que había recibido un miembro del comité.[214] Todo Wilmersdorf habla ya de este asunto.

En Berlín, entre 1946 y 1947, el escándalo en torno a dos miembros de los comités de desnazificación, Karl Löhr y Karl Siegle, dejó huellas e informes en diversos archivos.

El primer caso se remonta a 1946 y hace referencia al dosier de un tal señor Ziekow, que estaba a punto de comparecer ante el Comité

de Desnazificación de los juristas. La denuncia la interpuso la señora Gembries, que era miembro del comité dirigido por Walter Götzel, abogado de profesión sin afiliación política.

Los orígenes de esta historia se encuentran en un servicio prestado entre dos voluntarios políticos que se conocían.[215] La señora Gembries, militante del SED y empleada en el Ayuntamiento de Berlín, había pedido al señor Löhr, miembro del Comité General de Desnazificación y sastre de profesión, que le consiguiera tela para confeccionarse un traje.[216] Como miembro de la Asociación de Víctimas del Fascismo y de la comunidad judía, K. Löhr parecía estar por encima de toda sospecha.

Este último le consiguió la tela, pero añadió que se la había donado un investigado llamado Ziekow. Este «regalo» no era gratuito, sino que implicaba un favor a cambio: «Ziekow debía comparecer en la siguiente vista». Así es como la señora Gembries fue objeto de un intento de soborno para que contribuyera a la desnazificación del señor Ziekow.

En la audiencia del 2 de enero de 1946, K. Löhr consiguió, por un motivo que desconocemos, formar parte del comité de los juristas. Mientras el presidente, W. Götzel, expresaba sus dudas sobre si la desnazificación de Ziekow estaba justificada, K. Löhr se manifestó abiertamente a favor del individuo, como relató la señora Gembries en su declaración:

El señor Götzel tenía dudas sobre la desnazificación. En el juicio, el señor Löhr defendió al investigado Ziekow, y todas las preguntas se formularon de tal manera que ya ofrecían las respuestas. Durante la deliberación, defendió especialmente a Ziekow, subrayando que toda la comunidad judía se movilizaba en su favor.[217]

Al final, W. Götzel no intentó oponerse a la desnazificación de Ziekow. Al día siguiente, K. Löhr llevó la tela a la señora Gembries, que lo denunció a su jefe de departamento. Unas semanas más tarde, K. Löhr fue denunciado de nuevo, esta vez por haber

entregado paño a Karl Siegle, antiguo militante socialdemócrata, miembro del SED y secretario de sesión del Comité de Desnazificación de los juristas. El testimonio de un funcionario del municipio, un tal Karl Grützner, confirmó el papel central de K. Löhr en estas operaciones de corrupción:

Sin previo aviso, el señor Karl Grützner compareció e hizo la siguiente declaración: una mañana de finales de enero, de camino al trabajo, vi al secretario Siegle, del comité de los juristas, acompañado de su esposa, entrar en casa del señor Löhr. Llevaban un pequeño carro de mano con una cesta para la ropa. En el contexto de la desnazificación del doctor Ziekow, creo que este incidente reviste una importancia particular.[218]

Un año más tarde, en febrero de 1947, una nueva historia de corrupción implicó a K. Löhr. La denuncia procedía de otro funcionario, M. Richter, que presentó una nota a sus superiores:

Hasta la fecha, las conclusiones del Comité de Desnazificación muestran que la mayoría de los nazis de a pie no han sido desnazificados, mientras que los que soportan acusaciones más sólidas se enfrentan a menos dificultades. El caso del doctor Huttner merece una especial atención. Entré en el despacho del señor Kurzweg, donde todavía se encontraban el señor Fried y el señor Löhr, para tratar un asunto administrativo. Había una botella de aguardiente sobre la mesa. Oí al señor Löhr, que si bien no era miembro del comité debía tener un interés particular en el asunto, decir al señor Fried y al señor Kurzweg: «Huttner debe pasar». A continuación, envié a la señorita Weiss, secretaria de mi departamento, a la sala con el fin de contar con un testigo que confirmara mis declaraciones.

Richter formuló entonces la siguiente petición:

[Que] se lleve a cabo una auditoría administrativa para averiguar qué papel desempeñó el señor Löhr, que no era miembro de este comité, en esta desnazificación. Tengo en mi poder el contenido de estos expedientes como funcionario de esta administración y, en mi opinión, el doctor Huttner no debería haber sido desnazificado.[219]

Evidentemente, este tipo de comportamiento dañó la imagen de honradez que las autoridades militares querían asociar a la desnazificación.

Además de los casos de corrupción, las relaciones personales distorsionaron numerosas evaluaciones que debían basarse en criterios objetivos derivados del análisis de los cuestionarios. En Hamburgo, la pertenencia compartida a un club de nacionalistas alemanes de la República de Weimar —el Club Nacional 1919— llevó al presidente del comité n.° 13, el abogado Hans Ehlers, a exonerar completamente a Kaiser, director de la sucursal de Hamburgo del Reichsbank, en junio de 1948.

Esta decisión provocó un gran revuelo, ya que el Comité de Desnazificación y el consejo de administración del Reichsbank se habían mostrado favorables a clasificar a Kaiser como adepto y a jubilarlo: «La pertenencia al Club Nacional 1919 no es ciertamente una cuestión que considerar en el contexto del cuestionario, pero no cabe duda, en nuestra opinión, de que es contrario al espíritu de la desnazificación permitir que los miembros de este club sean activos en este campo».[220]

A pesar del apoyo prestado a Ehlers por el Comisario de Desnazificación del Estado, Anton Pfeiffer, el escándalo provocó la dimisión colectiva de todos los miembros de este comité.

Esta forma de compromiso cívico confrontó a alemanes de a pie con otras trayectorias, ante las que debían dejar de lado, en la medida de lo posible, el interés personal, el deseo de venganza política o la expresión de una envidia social. En unas condiciones materiales y de investigación a menudo difíciles, la desnazificación constituyó

también, por tanto, una experiencia humana sin precedentes destinada a regenerar el cuerpo político, «envenenado» durante doce años por la propaganda nazi.

Los gestores de la desnazificación: de los investigadores a los evaluadores

Entre 1945 y 1948-1949, miles de voluntarios políticos, ya fueran investigadores o miembros de los comités de depuración, se interesaron por la vida de desconocidos. Es más, fueron responsables de su destino. Disponemos de escasa información personal sobre la mayoría de estos voluntarios, pero dejaron algunas huellas en los archivos alemanes que nos permiten reconstruir, aunque de forma incompleta, el mundo de los investigadores (Ermittler) y de los miembros de los comités (Prüfer).

Investigadores: los primeros eslabones de la cadena de desnazificación

Rellenar las lagunas del cuestionario

Ante todo, la desnazificación implicaba investigación. De hecho, el trabajo de los comités de depuración se basaba a menudo en meticulosas y profundas investigaciones preliminares, destinadas a verificar la exactitud de los hechos relatados en los cuestionarios rellenados por los alemanes de a pie. A pesar de los esfuerzos realizados para diseñar y elaborar un cuestionario eficaz, en general este documento se consideraba una herramienta insuficiente.

A menudo, antes de evaluar estos cuestionarios, los funcionarios responsables de la seguridad pública o los miembros de los comités de depuración debían completarlos con investigaciones adicionales que sacaran a la luz nuevas pruebas de culpabilidad o de exoneración.

Un intercambio entre el municipio de Berlín y la Kommandantur aliada sobre la versión actualizada del cuestionario muestra sus limitaciones.[221] La nota redactada en 1946 planteaba claramente el problema de cómo interpretar las respuestas, con la mirada puesta en la cuestión central: cómo tomar la decisión correcta con respecto a un acusado en particular.

Es más, al principio, el trabajo de los comités, en ocasiones, se basaba demasiado en denuncias vagas. Esta práctica fue condenada por la ciudad de Berlín ya en mayo de 1946:

En los últimos tiempos, los despidos han estado, con frecuencia,

motivados por la mera presencia de una o varias declaraciones juradas de terceros, por ejemplo: «Certifico bajo juramento que… llevaba una insignia del partido nazi». La experiencia ha demostrado que esas declaraciones juradas no pueden aceptarse como pruebas. Como mucho, pueden propiciar un examen exhaustivo de la persona acusada.[222] Si tales declaraciones han de tomarse en serio, deben mencionar la ocasión, el momento y el lugar precisos de tal constatación.

Ante estas dificultades, los comités podían recurrir a los investigadores. A ellos les correspondía distinguir lo verdadero de lo falso, identificar las «lagunas» de la biografía, asegurarse de que las fechas y los cargos ocupados en una determinada organización nazi eran correctos, cotejar la información, por ejemplo, reuniéndose con testigos que pudieran dar fe de la exactitud de un dato concreto. Evidentemente, la labor de estos agentes de desnazificación no era fácil. Debían enfrentarse con regularidad a mentiras e intentos de corrupción.

Según una estimación del jefe de los equipos de investigación de Berlín a principios de 1947, entre el 50 y el 60 % de los cuestionarios fueron falsificados en la zona ocupada por los británicos.[223] Esta cifra, extremadamente alta, es difícil de explicar, ya que diverge mucho de las tasas reconstruidas localmente por historiadores como Lutz Niethammer y Elmar Ettle.[224] La verificación de los datos factuales era la condición sine qua non para caracterizar con éxito al individuo que debía ser desnazificado.

Actores que siguen siendo unos grandes desconocidos

Estas investigaciones se confiaron a voluntarios políticos de los que solo disponemos de información extremadamente fragmentaria en los archivos. Se trata de un hecho deplorable, porque la misión de estos investigadores era crucial. Su labor había de ayudar en la toma de decisiones y debía responder a la siguiente pregunta:

¿hasta qué punto una persona que se había declarado miembro del - NSDAP o de una de sus organizaciones de masas estaba autorizada, en aquel momento o en el futuro, a ejercer su profesión o cargo?[225]

Según la circular n.° 288 emitida por el Mando Aliado en Berlín el 29 de junio de 1946, los investigadores se organizaban por equipos en los que había un director encargado de distribuir el seguimiento de los casos. En octubre de 1946, una primera visión, aunque incompleta, de la composición de los equipos de investigación permitió contar el número de personas movilizadas en todo Berlín.[226] Según las estadísticas elaboradas por el Ayuntamiento en esa fecha, los comités de desnazificación de las cuatro zonas de ocupación empleaban a un mínimo de 128 investigadores, de los cuales más del 40 % estaban activos en la zona de ocupación soviética y el 30 % en el sector británico. Se trata de una cifra extremadamente baja, si se tienen en cuenta los miles de expedientes que había que procesar.

En aquella época, cada distrito de la antigua capital del Reich tenía una media de seis investigadores. De entre las 128 personas reclutadas, apenas había 10 mujeres, es decir, menos del 10 % del total de los equipos de investigación.[227] Al parecer, el número de voluntarios fue aumentando con el tiempo, y cuando se creó el Comité para Maestros y Educadores de Berlín, en marzo de 1947, se contrataron 20 investigadores más.[228]

Dos años más tarde, en pleno bloqueo de la ciudad, las pocas estadísticas dispersas que han llegado hasta nosotros muestran que los británicos seguían contando con 50 investigadores, frente a los 34 de los soviéticos. Estos equipos de investigación preliminar trabajaban en los ayuntamientos de distrito (como en Spandau) o en tribunales de primera instancia (como en Charlottenburg y Schöneberg).

El trabajo de investigación se basó en la creación, a nivel de distrito, de listas censales de antiguos miembros del NSDAP, que empezaron a operar en Berlín a partir del 1 de enero de 1947. Este servicio reunía, de forma desordenada e incompleta, los expedientes personales de los miembros de cada célula local del partido nazi, las fichas de las comisarías de policía y los documentos que demostraban la pertenencia al NSDAP o a sus organizaciones

satélites. La calidad informativa de estas células de inteligencia variaba de un distrito a otro y el número de expedientes podía duplicarse entre zonas.[229] En Wilmersdorf, los investigadores tenían acceso a 8000 expedientes de antiguos nazis, pero esta cifra se redujo a 4000 en el sector de Spandau. En el distrito de Charlottenbourg, en la zona de ocupación británica, los investigadores tuvieron acceso excepcionalmente a la lista de empleos ocupados por antiguos miembros del NSDAP que aún vivían en el distrito. En Schöneberg, el material disponible permitió acceder a la lista de personas que se habían afiliado al partido nazi hasta 1942. Su función principal era verificar si la pertenencia al NSDAP era activa o pasiva.

En noviembre de 1948, por ejemplo, un inspector que investigaba a un tal William Freyer, maquinista de la BVG, llegó a la conclusión de que este tenía «un compromiso no nominal»:

El impulsor del recurso ha ocultado su pertenencia a la Ayuda Popular Nacionalsocialista. El expediente personal de la BVG indica que el investigado ha participado en el congreso del partido en 1938 en calidad de representante político del distrito de Köpenick.[230] También ha firmado un documento en el que denunciaba a un compañero de trabajo, Herbert Gottwald, por haber hecho comentarios contra el pueblo y el Estado.[231]

El investigador consiguió probar que Freyer había participado en la Noche de los cristales rotos de 1938, lo que contradecía algunas declaraciones a favor de este último, en las que se lo describía como «un hombre decente, tranquilo y trabajador, uno de esos militantes nazis que se caracterizaban por su moderación».

Esta investigación formaba parte de la respuesta a un recurso de Freyer que, como consecuencia del procedimiento de desnazificación, había sido privado de su pensión de jubilación. Negaba ser un nazi activo, y redujo su implicación a la pertenencia al Club Hípico de las SA, que presentó como una organización meramente deportiva. Este ejemplo ilustra el valor añadido de los

investigadores para separar el grano de la paja.

Los investigadores de la zona oriental o los precursores del chekismo de Alemania del Este

Dentro de la zona de ocupación soviética, en el marco de la centralización de la policía impuesta por el Ministerio de Interior Regional (DVdI), a principios de 1947 se crearon unidades embrionarias de policía política, diferentes según las regiones. Estos sectores especiales de la policía judicial se conocían bajo la sigla K5, por el Departamento de Investigación Criminal n.° 5. Dichas unidades, precursoras de la futura Stasi, se encargaban oficialmente de investigar los procedimientos de desnazificación y de combatir los «delitos contra la construcción de la democracia».

En los Länder de la zona soviética, funcionaban como unidades policiales auxiliares de los sectores operativos de los servicios de seguridad soviéticos. De ahí que estos investigadores fueran extremadamente impopulares entre la población, que los equiparaba a los agentes de la URSS.[232] Como observó con amargura el ministro del Interior de Mecklemburgo, «a nuestras espaldas la gente dice que el departamento K5 es la nueva Gestapo».

En agosto de 1947, la Orden 201 del SMAD otorgó al K5 amplios poderes de investigación en el ámbito de los procedimientos de desnazificación, incluida la facultad de elaborar sumarios bajo su responsabilidad. Sin embargo, el trabajo real de estas unidades variaba enormemente de una zona a otra.[233] En Brandeburgo, por ejemplo, había 200 investigadores que, según el ministro del Interior, «no estaban a la altura», mientras que en Mecklemburgo la policía auxiliar aún no se había creado en julio de 1947.

La realidad de su trabajo

¿Cómo era una jornada laboral ordinaria para estos inspectores? Un informe elaborado en enero de 1947 por los servicios municipales de Berlín describe la realidad y el alcance de esta actividad: «Las tareas de estos investigadores son especialmente difíciles y suponen una gran responsabilidad.[234] Los investigadores están en constante movimiento y a menudo se ven obligados a visitar a la gente por las tardes, los fines de semana o los días festivos para obtener información».

Los investigadores debían presentar su trabajo a los miembros del comité dos veces por semana. A diferencia de estos últimos, cuya labor era fundamentalmente burocrática —leer y tramitar expedientes—, su principal tarea consistía en hablar con la gente. Obviamente, esto los exponía a presiones o intentos de presión.

Algunos ciudadanos buscaban comprar su silencio o su favor, ya que sus informes eran un factor central, incluso decisivo, para la toma de decisiones de los comités. En una reunión celebrada en noviembre de 1947 para realizar un balance de la desnazificación en la zona oriental, el ministro del Interior de Brandeburgo compartió esta anécdota con sus homólogos:

El carnicero Arndt había sido detenido y encarcelado. Una mujer, miembro de la Asociación de Víctimas del Fascismo, intervino a su favor. Se acercó a nuestro investigador, el señor Prünrock, y le ofreció dinero, le prometió comida y también alojamiento si Arndt acababa en libertad. Siguiendo nuestras instrucciones, asistió a una fiesta de reencuentro y aceptó el dinero.[235] Entonces procedimos a detener a toda la banda.

Las dificultades del trabajo, unidas a la exposición a la corrupción, llevaron a las autoridades regionales a conceder a los investigadores mejores cartillas de racionamiento de alimentos. El hecho de estar siempre en movimiento les impedía almorzar en un comedor administrativo.

Desde la primavera-verano de 1945, el sistema de distribución de cartillas de racionamiento distinguía cinco categorías según el grado de esfuerzo físico: los trabajadores que realizaban las tareas más penosas —las que requerían un gran esfuerzo muscular—, los obreros de la industria pesada, los trabajadores manuales, los oficinistas y la categoría «otros», que incluía a los niños, los pensionistas, los discapacitados y los desempleados.

Hasta finales de 1946, los investigadores fueron clasificados como empleados de categoría III. A partir de enero de 1947, se les consideró como obreros. Esta medida les daba acceso a raciones diarias de 250 g de pan, 15 g de azúcar, 15 g de carne y 7 g de mantequilla.

La nueva política alimentaria se introdujo primero en los sectores estadounidense y soviético antes de extenderse a las zonas administradas por los británicos y los franceses. Este reconocimiento económico era importante porque debía garantizar la calidad del trabajo realizado por los investigadores, primeros eslabones de la cadena de desnazificación.

Los investigadores, como el resto de la infraestructura burocrática de la desnazificación, trabajaban en condiciones materiales extremadamente difíciles. En noviembre de 1947, el representante de Mecklemburgo encargado de la desnazificación admitió: «Puede parecer increíble si explico que tuvimos muchos problemas para encontrar locales donde trabajar, y habilitarlos con mesas, bombillas y demás.[236] En las administraciones no había comprensión para estas cosas».

En Turingia, por ejemplo, algunos investigadores no disponían de vehículos para desplazarse a las zonas rurales. Estas condiciones materiales limitaban inevitablemente su capacidad para que avanzasen los expedientes que llegaban a los comités de desnazificación. A veces, optaban por confiar en las denuncias.

Las denuncias espontáneas de individuos descritos en las fuentes como antifascistas allanaron el camino para un rápido examen de la persona. Un expediente presentado por un panadero del distrito de Tegel a las autoridades municipales de Berlín para certificar su inocencia en 1945 permite hacerse una idea de este clima de

mentiras y ajustes de cuentas malsano. El 30 de agosto de 1945, un empleado de la Oficina de la Vivienda se puso en contacto con los representantes locales del bloque antifascista para informarles de que se había enterado de que el panadero Schlüter había sido miembro del NSDAP. Había recibido esta información de Gisela Köhler, una empleada antifascista recién contratada en su departamento, que vivía en el 106 de Hermsdorfer Damm, donde compartía alojamiento con familias acusadas de haberse comprometido con el régimen nazi, entre ellas el panadero Schlüter.

El bloque antifascista envió entonces un investigador para realizar una investigación en profundidad con el fin de descubrir la verdad. Realizada en los días siguientes, sus conclusiones parecían irrevocables. Además de una reputación calificada de «mala» en el barrio, el autor concluyó sin vacilar que el panadero era un miembro partidario del NSDAP:

Tanto Schlüter como su esposa son conocidos partidarios de los nazis, pero niegan haber sido miembros. Se dice que el propio Schlüter participó en ejercicios de tiro de las SA. También ayudó a un antiguo miembro del partido a obtener cristales para ventanas, mientras que los antifascistas no disponían de ellos; estos cristales se obtuvieron mediante intercambio, o incluso mediante fraude, en el que Schlüter desempeñó el papel principal. Este tipo de fraude sigue produciéndose hoy en día. Se dice que la familia Schlüter obtuvo ropa de cama nueva y otros artículos. En los actos organizados por el partido nazi, como el cumpleaños de Hitler, no faltaban adornos en la tienda.[237] El cuñado de la señora Schlüter, que vivía en Hohenneuendorf y trabajaba para la Gestapo, probablemente se refugió en el negocio de los Schlüter los días previos a su desaparición.[238]

El investigador insiste en que este panadero tuvo «el descaro de negarse a reconocer su pertenencia al partido». De los testimonios recogidos se desprende que, hasta que se alistó en la Wehrmacht, Schlüter llevaba todos los días la insignia del partido en su «chándal verde».[239]

Si se convocaba una colecta callejera o una ceremonia nazi, el escaparate de Schlüter exhibía «las pancartas más suntuosas, figuritas de Hitler y adornos alusivos al Führer y a sus camaradas».

En respuesta a estas acusaciones, el 8 de septiembre Schlüter hizo una declaración jurada en la que afirmaba que nunca había sido miembro del NSDAP, sino únicamente de organizaciones de masas: el Frente Laborista, por un lado, y el Socorro Popular de Invierno, por otro. Diez días más tarde, escribió otra carta de dos páginas para defenderse, jugando la carta apolítica y disfrazándose de víctima de una calumnia:

Con el fin de refutar totalmente las acusaciones conscientemente falsas que se han vertido contra mí, presento el siguiente informe, que es la pura verdad y puedo confirmar bajo juramento. Tras completar mi aprendizaje en Bernau entre 1925 y 1928, trabajé como ayudante hasta 1936. A partir de 1937, me convertí en panadero independiente y me hice cargo de la panadería de Hermsdorf el 1 de abril de 1939. Cuando tuve que alistarme en la Wehrmacht el 1/7/43, no dispuse ni de tiempo ni de interés para ser políticamente activo, si bien hice mucho deporte para mantenerme en forma para mi oficio. Al regresar en junio de 1945, descubrí que se rumoreaba que era miembro del Partido. Un pequeño círculo de personas, si se les puede llamar así, trató, por bajeza y celos, de acusarme falsamente ante las autoridades, de privarme de la existencia que me había labrado a base de trabajo incansable y renuncia. Esta calumnia ya está tomando la forma de daños comerciales. Hace años, mi esposa y yo comprendimos cómo debía terminar la guerra provocada por Hitler.

A esto le sigue una declaración de no pertenencia al NSDAP y de ausencia de implicación política:

Nunca he pertenecido al NSDAP ni a ninguna de sus ramas, y nunca he pensado en implicarnos políticamente; siempre he rechazado

estas peticiones; tenía mi propia existencia y vivía y trabajaba para mi familia. Acusarme de llevar una insignia del partido es una mentira infame. Yo llevaba la insignia de Artesanía y Deportes en mi delantal de trabajo. Nunca decoré mi taller, ni siquiera tenía un retrato de Hitler. No me interesaba en absoluto la visión nacionalsocialista del mundo.[240] Muchos de mis antiguos clientes pueden confirmar que no decoraba mi local y que no lucía la insignia del partido.

Schlüter terminó su carta con una lista de personas dispuestas a testificar a su favor. La carta muestra cómo el panadero intentó convertir su implicación en las SA en una mera expresión de actividad deportiva… Esta carta contiene todo lo que pertenece al registro canónico de peticiones. En noviembre de 1945, el caso se cerró definitivamente. El Comité de Desnazificación ordenó el cierre y la incautación de la panadería de Schlüter, a pesar de que las autoridades nunca encontraron su carné de miembro del NSDAP.

El trabajo del investigador llevó a la conclusión de que Schlüter participó activamente en el régimen. Este episodio no fue aislado. En la zona ocupada por los soviéticos, en las primeras semanas tras el final de la guerra, numerosas investigaciones condujeron a la condena de artesanos y comerciantes que vieron confiscados sus bienes o cerrados sus talleres. En la medida en que estos lugares de producción estaban en perfecto estado y eran necesarios para el abastecimiento, se confiaron entonces a antifascistas para que continuaran la actividad.[241] Se obligaba a los activistas nazis a reparar sus errores ayudando a retirar las ruinas.

Comités de desnazificación

El desarrollo de instituciones altamente políticas

A partir del otoño de 1945, los comités de desnazificación fueron, sin duda, el instrumento central de la depuración. Los había que se estructuraban en función de las profesiones o instituciones que debían depurarse (abogados, profesores, médicos, servicios financieros, servicios administrativos, etcétera), y otros que se ocupaban de casos individuales ordinarios a escala de una zona determinada: un distrito, una ciudad, un barrio urbano o rural. En los archivos, se conocen con distintos nombres según la zona ocupada y los periodos.

La inestabilidad terminológica muestra la ausencia de una política centralizada, pero también revela las diferentes formas en que se abordó esta tarea de depuración en función del lugar: Comité de Investigación (Untersuchungsausschuss), Comités de Desnazificación Principal y Secundario (Entnazifizierungshauptausschuss, Entnazifizierungsunterausschuss), Comité de Investigación para la Depuración Política (Untersuchungsausschuss für politische Reinigung), Comité de Purificación (Bereinigungsausschuss o Reinigungsausschuss); Comité de Desnazificación (Entnazifizierungskommission), Cámaras de Purificación (Spruchkammer) y Comité Asesor de Expertos para la Exclusión de los Nacionalsocialistas (Fach-und beratende Ausschuss für die Ausschaltung der National-Sozialisten).

Aunque se crearon rápidamente comités de depuración, en la zona de ocupación francesa, a partir del otoño de 1945, las autoridades militares galas en el Sarre, al igual que sus homólogas occidentales, mantuvieron abierta la posibilidad de llevar a cabo procedimientos

de manera directa, sin esperar a que concluyeran las investigaciones de los comités.[242] En febrero de 1946, el jefe de seguridad ordenó que el responsable de la gendarmería de Merzig y catorce de sus colegas fueran suspendidos inmediatamente sin esperar a las conclusiones del Comité de Depuración.

Dado que bebían de los investigadores y de los servicios de seguridad pública de los gobiernos militares, los comités de desnazificación tenían que compensar un enorme déficit de reputación.[243] Debían dar la impresión de que no eran «órganos políticos» motivados por la sed de venganza; que, por el contrario, eran capaces de emitir juicios objetivos y justos.

Desde el principio, se proyectaron sobre estos comités poderosas emociones ligadas al desconocimiento del funcionamiento de estas estructuras y a la percepción de injusticia. Oficialmente, como se recuerda en las instrucciones para las deliberaciones de los comités de depuración de Hamburgo del 22 de agosto de 1946, «las comisiones consultivas de expertos tienen el deber de hacer propuestas relativas a la exclusión de antiguos nacionalsocialistas de puestos en la función pública o semipública, así como de funciones influyentes dentro de las grandes empresas privadas».[244]

El objetivo era distinguir entre los miembros nazis activos y los que solo habían mostrado un compromiso superficial.[245] Sin embargo, para calibrar ese apoyo de la forma más justa posible, los comités estaban obligados a evaluar los casos según «criterios políticos», tal y como se indicaba en una circular del 24 de abril de 1947 enviada a todas las secretarías de los comités de depuración de Hamburgo: «Se recuerda que la evaluación se hace únicamente según una lógica política y que las cualificaciones profesionales y la cuestión de la pobreza no deben ser tenidas en cuenta por los comités de expertos».

En la práctica, los criterios políticos tropezaron pronto con la lógica pragmática de preservar el funcionamiento de determinados servicios o empresas. Sin embargo, esta dimensión política era muy fuerte porque estaba ligada a la propia composición de estos comités. Tanto en la zona soviética como en la francesa, las autoridades militares tenían mucho interés en controlar el nombramiento de los miembros de los comités de desnazificación,

asegurándose de que fueran «antifascistas».

El 26 de febrero de 1946, el Mando Aliado en Berlín publicó las instrucciones 101a sobre desnazificación.[246] Con ellas se retomaba la directiva n.° 24 del Consejo de Control Aliado en Alemania y se organizaba la creación de veinticuatro comités de desnazificación: una para cada distrito, más dos comisiones temáticas (una para abogados, otra para médicos), un comité general para toda la ciudad y una para cada zona de ocupación. Cada comité debía tener siete miembros. Se requería un cuórum de cinco miembros para celebrar una audiencia.[247]

La directiva del 24 de febrero de 1946 establecía que todos los miembros debían ser «antifascistas activos», y que la composición del comité debía ser lo más representativa posible de la sociedad, tanto en términos de categorías sociales como de paridad.[248] El 1 de noviembre de 1948, existía una media de dos a tres cámaras de desnazificación por distrito.[249] En Hamburgo, el Comité de - Desnazificación contaba en 1947 con 38 comités, algunos de ellos dedicados específicamente a los ferrocarriles, pero también a profesiones vinculados a las actividades comerciales marítimas de la ciudad, como armadores, barqueros y corredores de barcos.[250] Aunque en un principio debían evaluar a los antiguos miembros del NSDAP, una circular del 24 de mayo de 1947 muestra que en Hamburgo «solo debían ser examinadas las personas que habían ocupado cargos políticos, económicos y culturales influyentes».[251]

Centro de documentación de Berlín, 1947.

A nivel de la zona soviética, en agosto de 1947, en el momento de la Ley de Amnistía decretada por Sokolovski, trabajaban 183 comités a nivel regional o en los diversos distritos urbanos y rurales. Se habían ocupado de casi 42 000 casos, mientras que 12 600 seguían pendientes y aproximadamente la mitad eran objeto de recursos. Movilizaron a 1424 voluntarios, la mitad de los cuales pertenecían al Partido Socialista Unificado de Alemania (SED). Unas 156 mujeres, es decir, el 10 % de la plantilla, trabajaron en estos comités.

En una reunión de control celebrada en noviembre de 1947, los representantes de Brandeburgo y Sajonia encargados de la desnazificación deploraron la falta de formación de los miembros de los comités, que carecían de los conocimientos jurídicos suficientes para tomar decisiones políticas. Citó el ejemplo de dieciocho casos tratados en Fráncfort del Óder.[252] En el 95 % de los casos (17 de 18), el comité había emitido un dictamen favorable a la reinserción, mientras que, tras la verificación, los servicios del Ministerio del Interior de Brandeburgo constataron que ocho de ellos (es decir,

casi 1 de cada 2) requerían una revisión de la sentencia.

En la zona americana, la ley del 5 de marzo de 1946 introdujo un procedimiento común para Baviera, Gran Hesse, Wurtemberg y Baden.[253] Solo en Baviera se crearon no menos de 200 cámaras de depuración entre marzo y diciembre de 1946.

Condiciones materiales complicadas

En el contexto de una sociedad en colapso marcada por la realidad de la escasez, las condiciones materiales fueron, como era de esperar, extremadamente difíciles desde el principio. En Hamburgo, el cuadro pintado en noviembre de 1946 por Kurt Haffner, jefe del equipo de investigadores que trabajaba para el Comité de Desnazificación de los médicos, era muy ilustrativo:

A pesar de las reiteradas peticiones para que las salas de reuniones del Comité de Desnazificación de los médicos en Klosterstr. 64 se calienten para poder utilizarlas durante más tiempo, hasta ahora no se ha hecho nada. Con una temperatura de unos 5-6 grados, es imposible trabajar intensamente en la oficina durante ocho horas sin sufrir problemas de salud. Me gustaría llamar su atención de antemano sobre el hecho de que la capacidad de trabajo de todos los miembros del comité médico se resentirá enormemente, tanto en términos de calidad como de cantidad, y que cualquier reproche posterior de que no se ha hecho lo suficiente sería injustificado y debe ser rechazado por las razones expuestas anteriormente.

[…] También me gustaría señalar que sigue entrando agua de lluvia por el tejado de la sala y que las paredes y el suelo tienen humedades.[254] Las consecuencias ya están ahí: resfriados, asma, reumatismo, gota, problemas de riñón y vejiga…

Los comités de desnazificación se reunían donde podían: en las salas de reuniones de los edificios administrativos de una ciudad o región, en escuelas, empresas, restaurantes e incluso en las casas de los presidentes de los comités. En su edificante relato de 1946, el periodista sueco Stig Dagerman describió el decoro de las sesiones de los tribunales de desnazificación en la zona estadounidense:[255]

Con ventanas a media altura, paredes absolutamente desnudas, una gélida iluminación eléctrica y un mobiliario pobre y dañado por las bombas, estas salas de vistas, situadas en lo alto de edificios con tejados de lamas, son como una transposición a la vida real de los desvanes en cuyas oficinas desiertas se desarrolla El proceso. Es como si le hubieran transportado al fantástico mundo de Kafka y su tribunal.

Aparte de la insalubridad de los locales de la desnazificación, la escasez de papel era, sin duda, lo más sorprendente de trabajar en sus archivos. Ante esta escasez básica de material, el aparato burocrático encargado de la desnazificación tuvo que hacer gala de un gran ingenio.

Muchos de los documentos administrativos publicados fueron rescatados de archivos antiguos. En Hamburgo, en abril de 1947, el comité encargado de la desnazificación en el sector industrial envió una circular a todos los secretarios que trabajaban para las comisiones de depuración en este ámbito.

Este texto administrativo detallaba dos medidas concretas vinculadas a la necesidad vital de ahorrar papel: la primera, dejar de realizar copias del documento de acuse de recibo de un expediente concreto. Se elaboró un formulario estándar y, a partir de entonces, se pidió a los secretarios de los comités de depuración que, a efectos de confirmación, anotaran un único documento y lo distribuyeran entre ellos. La segunda fue dejar de utilizar sobres de papel para enviar documentos a las oficinas administrativas externas.[256] A partir de ese momento, los mensajeros entregarían los expedientes sin sobres.

Un mes más tarde, en mayo de 1947, el comisariado encargado de la desnazificación recordó que la administración postal no autorizaba prescindir de sobres en el envío de las citaciones de los comités de depuración. Por principio, se negaba a aceptar documentos de papel sellados únicamente con pegamento.[257] Por ejemplo, la oficina de correos n.° 13 de la ciudad devolvió 150 citaciones al comisariado responsable de la desnazificación, ya que este tipo de envío sin sobre no estaba permitido.[258] Un acuerdo con Correos condujo finalmente a la creación de una citación mecanografiada de 10 x 15 cm, que la administración encargada de la desnazificación pudo enviar sin sobre «haciéndola constar como tarjeta postal».

A lo largo de 1947, la cuestión de la escasez de papel se convirtió en una prioridad, y dio lugar a numerosas comunicaciones en forma de circulares. En junio de 1948, el uso de sobres seguía estando estrictamente prohibido en el aparato de desnazificación de Hamburgo. Una de las soluciones alternativas fue utilizar formularios normalizados que circulaban de oficina en oficina.

Comités de izquierdas dominados por hombres

El reclutamiento de los miembros de los comités de desnazificación estaba sujeto a un proceso de verificación por parte de las autoridades locales (como los municipios o las regiones) y, en última instancia, de las fuerzas de ocupación. En un primer momento, las potencias aliadas pidieron ayuda a la sociedad civil: las iglesias, las fuerzas políticas y las organizaciones sindicales autorizadas. Estos actores de la nueva vida democrática se encargaron de proponer nombres.

A nivel local, los sacerdotes católicos y los pastores protestantes a los que los estadounidenses solicitaron que elaboraran listas de personas consideradas demócratas y capaces de dirigir los servicios administrativos solían recomendar figuras con un perfil político muy conservador.

A continuación, los candidatos mantenían una entrevista con el director de servicios del municipio, quien evaluaba su idoneidad para ser miembro de los comités depuradores. Por último, cada candidato debía rellenar un cuestionario que era evaluado por los poderes de ocupación. Las denuncias ponían a veces en tela de juicio la idoneidad de un miembro para formar parte de la cámara.

En noviembre de 1946, por ejemplo, se presentó una acusación contra Heinrich Fried, miembro del Comité de Desnazificación de los médicos de Berlín. Un testigo, que había acudido en apoyo de uno de los profesionales acusados, criticó abiertamente a H. Fried por haber pertenecido durante un tiempo al NSDAP en 1933. Por ello, pidió que se lo considerara no apto para formar parte del comité. Al final, tras la verificación de las autoridades policiales, resultó ser un intento de desestabilizar a H. Fried,[259] cuya madre era judía. Se le mantuvo en su puesto y pudo seguir ejerciendo de miembro del comité.

El tamaño, la composición sociológica y el funcionamiento de los comités variaban en función de las zonas de ocupación.[260] En Berlín, una directiva emitida en febrero de 1947 estipulaba que los miembros de los comités de depuración debían ser «ciudadanos con experiencia en asuntos políticos, tener al menos 25 años y llevar al menos un año residiendo en Berlín». El comité estaba integrado por cinco miembros, un presidente asistido por cuatro personas nombradas por los cuatro partidos reconocidos inicialmente como fuerzas democráticas de izquierda y derecha: el SED, el SPD, el LDPD y la CDU.

Junto con el presidente, nombrado por mayoría y del que se esperaba un mínimo de experiencia en asuntos jurídicos, el secretario de actas ocupaba una posición central.[261] Una directiva emitida por las autoridades municipales de Berlín subrayaba el papel clave de esta función: «El trabajo del secretario requiere un nivel muy alto de concentración mental y una capacidad total de autonomía en la elaboración de las actas, que constituyen la base más importante para la toma de decisiones del Gobierno militar a partir de las propuestas de los comités…».

La cuestión de cómo repartir esta tarea entre los partidos políticos autorizados puede haber sido relevante.[262] Por ejemplo, los

activistas del LDPD intentaron ocupar este puesto en varios comités temáticos tras percatarse de que las dos personas encargadas del protocolo en las cámaras generales eran miembros del SED.

La mayoría de los miembros de estas cámaras de desnazificación berlinesas eran socialdemócratas y democristianos. También había miembros del SED (principalmente en el este) y del Partido Liberal, pero en una proporción mucho menor (la mitad). Si comparamos estas cifras con el peso electoral de cada uno de estos partidos desde las primeras elecciones municipales del 20 de octubre de 1946, veremos que, en noviembre de 1948, un mes antes de las nuevas elecciones, que debían limitarse a los tres sectores occidentales y sin la participación de los comunistas, el SED seguía ocupando hasta el 20 % de estas cámaras de desnazificación, empezando por la de Spandau, que era un barrio obrero de la ciudad.[263]

Las mujeres continuaban constituyendo una ultraminoría, en general, menos del 10 % de los miembros de los comités: 9 % en el distrito de Charlottenbourg; 8,5 % en el de Spandau; y 7,7 % en el de Neukölln.

Inicialmente, en Hamburgo, en 1946, los 38 comités de la ciudad empleaban a 192 personas, cuya edad media rondaba los 50 años. De ellos, solo 6 eran mujeres (5 de las cuales eran activistas comunistas), es decir, menos del 5 % de los asesores.

Cada comité estaba formado por al menos 5 personas que se reunían de tres a cuatro horas una vez a la semana. En términos políticos, el 94 % de los miembros de los comités eran miembros de un partido político.

Los movimientos de izquierda (partidos políticos y sindicatos) estaban fuertemente representados, con un 57 % de los miembros de un comité.[264] Los tres principales partidos con mayor representación en los comités (más del 56 %) fueron el SPD (20,3 %), el FDP (19,2 %) y el KPD (17,1 %).

En una ciudad marcada políticamente por la alianza política entre socialdemócratas y liberales antes de 1933, nos sorprende una vez más la elevada representación de los comunistas en los comités de depuración en comparación con su peso electoral en aquella época

(10,4 % en las elecciones municipales de octubre de 1946). Por otra parte, el 17 % correspondía al peso electoral de los comunistas en Hamburgo durante las últimas elecciones democráticas de octubre de 1932 (16 % de los votos).

En la primavera de 1947, ante la ingente cantidad de casos que había que tratar, el Gobierno de Hamburgo nombró hasta 450 personas para trabajar en los comités que habían surgido. De una muestra de 28 comités y 285 miembros, los archivos nos ayudan a reconstruir la sociología de estos comités y revelan que más de dos tercios de sus miembros eran empleados, mandos intermedios, artesanos y comerciantes. Por tanto, la desnazificación en todo Hamburgo no fue asumida por las clases altas, que acabaron desacreditadas en gran medida por su implicación en el nazismo.[265] El trabajo de Hanne Leßau sobre la desnazificación en la Baja Sajonia muestra que, junto con los trabajadores autónomos y los artesanos, los obreros representaban un tercio de todas las comisiones de depuración.

En la zona de ocupación británica, y en Hamburgo en particular, la depuración fue llevada a cabo principalmente por una clase media independiente o asalariada, que a veces contaba con un bagaje profesional o cultural insuficiente para encarar este tipo de procedimientos legales. Este análisis nos lleva a la cuestión de su competencia: ¿Cómo podría una asamblea tan inexperta judicialmente satisfacer procesos burocráticos engorrosos y complejos y alcanzar decisiones justas?

En la ZFO, en el distrito rural de Lahr-en-Forêt, todos los miembros eran, sin excepción, hombres.[266] Con una edad media de 54 años, la mayoría habían nacido en la última década del siglo XIX. Más de la mitad de ellos (57 %) eran políticamente activos antes de 1933, principalmente en las filas de los socialdemócratas y del partido católico, el Zentrum. Después de 1945, el porcentaje aumentó a casi el 75 %, sobre todo entre las filas del SPD, la CDU y el Partido Comunista. Un 38 % de los miembros del comité pudieron demostrar que no habían pertenecido a ninguna organización de masas del Tercer Reich. De ellos, el 20 % fueron reconocidos como víctimas del nazismo (antiguos prisioneros de campos de concentración, personas condenadas por motivos políticos o

raciales), incluido un miembro del KPD que había estado colaborando con el partido desde antes de 1933. Tenían ocupaciones tan diversas como agricultor, profesor, librero, dependiente de comercio, jefe de taller, director de bienestar social y alcalde.

La composición de los comités del distrito de Lahr muestra a un grupo de hombres experimentados, políticamente comprometidos con la izquierda o la centroizquierda, que disponían tanto de la capacidad de redacción como de análisis necesarias para llevar a cabo sus tareas.

Un negocio estrechamente controlado

En octubre de 1946, De Rendinger, delegado del gobierno militar en el distrito de Lahr, escribió a los presidentes de los comités de este distrito para informar sobre el proceso en curso. Según sus informaciones, a 24 de octubre de 1946 se estaban examinando 115 743 expedientes, principalmente en el ámbito de la Administración (más de un caso de cada dos).[267] De este total, De Rendinger deploró que solo se hubiera tramitado el 61 % y recordó que los informes de los tres sectores debían ser examinados como muy tarde el 31 de enero de 1947.[268] Sobre esta base, podemos deducir que desde el inicio de la desnazificación en el distrito de Lahr, en octubre de 1945, una comisión como la encargada de la Administración había logrado tramitar unos 1360 expedientes por semana, es decir, ¡algo menos de 200 al día! ¿Qué credibilidad debe darse a este rendimiento administrativo?

A modo de comparación, en Berlín, durante el periodo de abril a diciembre de 1946, el comité de médicos no tuvo el mismo rendimiento «stajanovista».[269] Se ocupó de una media de solo 3 casos al día; el comité general, de 4, y el jurídico de 4,5. En septiembre de 1946, los comités se vieron desbordados por el número de casos que tenían que tramitar:

Durante los últimos tres meses, las juntas de apelación han estado funcionando en todos los distritos. En este periodo, se han presentado unas 4000 solicitudes a las autoridades aliadas. Otras 38 000 apelaciones están a la espera de deliberación. Los problemas iniciales se han superado en casi todas partes.

Es posible hacerse una idea del ritmo al que puede continuar el trabajo. En algunos distritos se han ampliado los comités.[270] Si se mantiene el rendimiento actual, podemos esperar que el trabajo esté terminado para octubre del año que viene.[271]

En Hamburgo, un informe de 1947 recuerda que los miembros del comité trataban una media de más de veinte casos al día, antes de bajar a unos diez en 1948.

En cambio, en Berlín, cada vista duraba una media de una hora en 1947.[272] A diferencia de Hamburgo, las sesiones se celebraban en público y a ellas asistían principalmente hombres (más del 90 %, según un estudio seriado de las listas de casos juzgados en Berlín en 1947).[273] En su informe sobre la Alemania de posguerra, el periodista sueco Stig Dagerman llegó a describir estas sesiones como una «distracción muy buscada».

Los debates tenían algo de dramático, en el primer sentido del término, pero también una dimensión teatral. A través de los testimonios y de las investigaciones, las vistas eran, de hecho, variantes de un drama ordinario, con idas y venidas entre el pasado nazi y el presente. Las palabras de Dagerman resultan sorprendentes a este respecto:

No obstante, estos juicios relativamente breves ofrecen una imagen sumamente precisa de la situación durante la era de Hitler, de los motivos de los que se convirtieron en nazis y del valor de los que no lo hicieron.[274] Escuchar a los testigos a menudo ayudaba a disipar el miedo que atemorizaba a la gente en aquel momento; zonas enteras hasta ahora ignoradas cobraban vida intensamente en el espacio de unos breves minutos.

Además de los expedientes que había que examinar y de las personas que debían ser juzgadas, los comités también estaban sujetos a exigencias burocráticas mediante las que se supervisaban sus actividades. Debían enviar regularmente datos estadísticos a las autoridades militares y civiles de ocupación. Este control numérico era obviamente un medio de controlar y controlar el proceso de desnazificación. Permitía supervisar desde arriba el progreso general de los cientos de miles de procedimientos en curso.

En Hamburgo, cada seis meses, los comités facilitaban datos sobre el número de casos recibidos y tramitados.[275] A partir de junio de 1948, fue necesario indicar el número de personas clasificadas en las categorías III y V en determinados ámbitos (Correos, ferrocarriles, justicia, Policía, Bomberos, servicios sanitarios, escuelas, bancos y compañías de seguros, gas, electricidad y agua).

Una circular enviada a todos los comités de desnazificación en julio de 1947 puso de relieve la forma en que ciertos alemanes explotaron el sistema en su beneficio. Se aprovecharon de la falta de comunicación entre los comités y, en última instancia, de la falta de datos centralizados.

Sin precisar el alcance cuantitativo de estos fraudes, algunas personas enviaron sus cuestionarios simultáneamente a dos comités diferentes que dictaron sentencias completamente opuestas: la absolución, por un lado; la exclusión o degradación por otro. Otra variante era la que utilizaban las personas que habían sido juzgadas por primera vez después de la guerra por su implicación en el Tercer Reich y que presentaban un nuevo cuestionario a los comités encargados de expedir las autorizaciones para abrir un comercio o crear una empresa. Si el comité desconocía el primer juicio y la persona había olvidado deliberadamente mencionar esta condena en su cuestionario, era muy posible que se le concediera la autorización.

Para luchar contra estas formas de fraude en los cuestionarios, los comités debían marcar la casilla de «situación de servicio». La falta de marca indicaba que la evaluación política ya se había realizado y que no había tenido consecuencias negativas para el interesado.

Este férreo control administrativo se reflejó también en una preocupación por la calidad de las sesiones.

Una doble exigencia de dignidad y decencia

El término «dignidad» se encuentra a menudo en los archivos del Comité Central de Desnazificación de Hamburgo. En junio de 1948, basándose en quejas e informaciones recogidas por su - departamento, el comisario de Estado se dirigió a todos los comités de desnazificación para denunciar diversas formas de violación de la dignidad de esta misión: deber de confidencialidad, corrupción, destrucción misteriosa de pruebas, etcétera.

Con esta circular quiso subrayar la dimensión moral de esta obra:

Desde varios sectores se han presentado quejas en el sentido de que las audiencias son una burla a la dignidad inherente a los comités. En algunos de ellos, parece difícil identificar quién es el presidente. En otros casos, se dice que las mujeres miembros de los comités han estado cosiendo o tejiendo durante las audiencias. También se criticó el hecho de que los miembros de los comités fumaran durante las vistas. No se puede negar que, si estas acusaciones fueran ciertas, la dignidad de los comités, que son el equivalente de los tribunales de justicia, se resentiría enormemente. Hay que tener en cuenta que, para las personas juzgadas, estas audiencias son un asunto serio y pueden determinar en gran manera su futuro.[276] Si no se garantiza la dignidad necesaria durante las sesiones, las personas afectadas tendrán la impresión de que su caso no está siendo tratado y decidido con la seriedad necesaria.

Este llamamiento de 1948 pretendía poner fin a ciertas prácticas consideradas ofensivas o inapropiadas. Situaba la noción de dignidad en el centro de su mensaje. La palabra se utiliza tres veces.

¿Por qué expresar tal convicción y qué significado debe dársele? Es obvio que al autor de este recordatorio administrativo le preocupaba la imagen generalmente negativa de la desnazificación. Esperaba de los miembros de las comisiones un comportamiento irreprochable, que vinculó al concepto normativo de dignidad.

Esta noción debe verse en relación con la percepción de lo que la sociedad alemana consideraba justo o injusto. En el contexto de unos procedimientos que podían tener consecuencias importantes para la vida y la carrera de las personas evaluadas, el reconocimiento del respeto debido a los individuos debía ir de la mano del deseo de aplicar un procedimiento democrático (en el sentido igualitario) y justo.

Esta circular valoraba innegablemente la humanidad necesaria para desempeñar la función de evaluador y reconocía un cierto estatus moral a las personas que se sometían a la desnazificación. Se consideraban miembros de la comunidad política alemana y exigían ser reconocidos y respetados mediante un procedimiento de depuración justo. Esta dignidad democrática se basaba en la idea de que todos debían disfrutar de los mismos derechos.

Esto demuestra cómo la dignidad formaba parte del imaginario democrático de las autoridades responsables de la desnazificación y cómo se consideraba el fundamento normativo de la nueva sociedad alemana. Esta exigencia no era exclusiva de Hamburgo. Era una forma de combatir todos los intentos directos o indirectos de influir en los miembros de los comités.

La desnazificación no debía verse como el ejercicio de una forma de arbitrariedad unida al amateurismo o al clientelismo en la gestión de los casos.[277] El modelo de desnazificación, tal y como se expresaba en las directivas administrativas, era el de una sociedad de la decencia en la que las personas no debían sentirse humilladas y debían ser tratadas como individuos de pleno derecho. Este sentimiento debía constituir la base de la nueva comunidad política en construcción, para la que se imponía la prioridad de conceder un valor intrínsecamente igual a cada individuo.

En cierto modo, al interrogar de forma tan directa a los miembros de los comités de desnazificación de Hamburgo, la autoridad

superior encarnada por este funcionario, Siepert, intentaba recordarles el vínculo necesario entre los que evaluaban y los que eran evaluados, porque juntos tendrían que construir la nueva Alemania democrática.

Dada la experiencia de violencia y opresión nazi, al final de la guerra el ser humano había adquirido un valor que podía calificarse de sagrado. La noción de dignidad utilizada en este documento administrativo era, por tanto, producto de la historia reciente. Su presencia demuestra claramente que la desnazificación no era solo una práctica pragmática (y a veces cínica) de limpieza. Era también una experiencia emocional que buscaba promover la idea de persona.

Lejos de reducirse a un enorme procedimiento burocrático, la desnazificación fue, ante todo, una interacción entre voluntarios políticos (sobre todo hombres) y personas que debían ser evaluadas. Se llevó a cabo en condiciones materiales extremadamente difíciles. Esta dimensión relacional asimétrica englobaba fenómenos de interconocimiento, recopilación de información e intentos de corrupción. La mayoría de las veces, los evaluadores carecían de una cultura jurídica, pero estaban particularmente implicados en sus funciones. Pronto se enfrentaron a una comunidad de víctimas unidas por la adversidad.

Un mundo de parias o la solidaridad - alemana

«De hecho, existe un conmovedor consenso en torno a lo ridículas e incluso escandalosas que pueden llegar a ser las formas que adopta la desnazificación».[278]

Stig Dagerman, periodista sueco, 1946

Al percibirse como un proceso arbitrario, la desnazificación suscitó muy pronto una oposición unánime, entre la que cristalizó una comunidad de víctimas. La lengua alemana lo captó inmediatamente, como señaló el periodista Ernst Friedländer en un artículo publicado en el semanario liberal Die Zeit el 29 de mayo de 1947:

Cuando una purificación no limpia, cuando una liberación no libera, entonces el nombre no corresponde a la cosa. Así que no es de extrañar que tales conceptos solo perduren en los reglamentos, pero no en el uso mucho más dinámico del lenguaje. Lo que se suponía que era un proceso de purificación y liberación hace tiempo que en Alemania recibe el nombre de «desnazificación». Este término ambiguo y feo no se habría podido naturalizar en la lengua viva si en realidad representara algo claro y bello.[279]

En la zona americana, la Spruchkammer (‘sala de depuración’) pasó a denominarse coloquialmente Bruchkammer (‘sala de confesión — por ruptura) o Sprichkammer (‘sala de los que hablan como cotorras’).[280] Una mayoría de alemanes compartía este sentimiento de injusticia. El rechazo al proceso de desnazificación y al estigma social que conllevaba dio lugar a patrones empáticos de solidaridad

que se manifestaron de diferentes maneras.

El surgimiento de una comunidad de víctimas

A partir de noviembre de 1945, en su ya citado informe, el alcalde de Hamburgo, R. Petersen, advirtió a las autoridades militares británicas de los riesgos de una desnazificación brutal, indiscriminada y sistemática:

Resulta aún más lamentable que, al detener y despedir a 10 000 personas solo en Hamburgo, se esté aglutinando a un gran sector de la población en contra de nuestra autoridad difamándolas y arrastrándolas a la precariedad material. Junto con sus familias y amigos, cada persona afectada por estos procesos comporta que una serie de individuos se vuelvan hostiles a Inglaterra y a la democracia. Poco importa que los detenidos sean puestos en libertad al cabo de cierto tiempo. La simpatía por Inglaterra se ha visto seriamente afectada. Por lo tanto, solo deben ser detenidos y puestos en libertad aquellos que, debido a su actividad en el partido o a su antigua afiliación o reprobable conducta, puedan representar un peligro para el futuro en la medida en que no abandonen las ideas nacionalsocialistas. Pero en ningún caso debemos difamar al conjunto de personas que no eran más que miembros ordinarios del partido y que estaban en él más o menos por necesidad, por razones de seguridad profesional o personal. Los ciudadanos que, para protegerse de la necesidad de afiliarse, intentaron, con o sin éxito, eludir esa afiliación pagando pequeñas contribuciones como miembros benefactores de las SS o de otras organizaciones, no deben ser empujadas al círculo de los opositores de Inglaterra. Estas personas, en la situación actual, serán partidarias leales de la democracia, porque considerarán que, si se integran en el nuevo orden, estarán sirviendo a sus propios intereses.[281]

Desde el principio de la desnazificación, se enviaron señales de alarma como esta a las autoridades militares de ocupación. Describían minuciosamente los mecanismos psicológicos que habían llevado a cientos de miles de alemanes a verse como víctimas y a negarse a aceptar cualquier tipo de responsabilidad política en lo sucedido.

Esta desazón encontró eco en la prensa local, que se centró en criticar que se priorizara la desnazificación de los «nazis menores», mientras que los «de mayor peso» parecían gozar de inmunidad. Las cartas de los lectores del periódico socialdemócrata de izquierdas berlinés Der Telegraf, por ejemplo, dan una idea de cómo se percibía el trabajo del Comité de Desnazificación de los artistas en julio de 1946:

[El Comité Político para Creadores Culturales] no es en absoluto capaz de emitir juicios debidamente elaborados, sus decisiones son cualquier cosa menos ponderadas, y tres de ellas responden incluso a posicionamientos unilaterales, no objetivos. Se supone que la desnazificación de los auténticos nazis debería ser la prioridad de estos organismos. Sin embargo, los grandes nombres del mundo de la ópera estatal, que deberían ser tratados de acuerdo con la Ley 101a, se están librando por completo, porque alguien ha considerado que no podemos prescindir de ellos. En su lugar, se pone el foco en aquellos artistas que son competidores molestos y se decide que deben ser apartados. […] En interés de una práctica judicial limpia, debemos actuar lo más rápidamente posible y asegurarnos de que la composición de estos comités es irreprochable, antes de que su práctica de desnazificación se convierta en un escándalo.[282]

La población alemana se unió pronto en su rechazo a este proceso. A nivel local, esto se expresó de una manera singular: se dio la espalda a las figuras antifascistas con responsabilidades políticas o educativas. Este fue el caso de los «nuevos maestros» reclutados en la zona ocupada por los soviéticos para sustituir al personal considerado demasiado comprometido con el nazismo.

En muchos pueblos de la zona soviética, la población local salió en defensa del antiguo maestro o maestra a los que habían despedido por haber sido miembros del NSDAP.[283] En su diario, Else Nehm, que tenía 26 años en 1946 y cuyo sueño era ser maestra, confesó la existencia de una especie de «acuerdo secreto» en el seno de la sociedad:

Hay un consenso total en que primero debe desaparecer la ocupación del país, para que cese esta división en zonas y que la economía, hoy en caída libre, pueda volver a levantarse. También hay consenso en que la llamada «desnazificación» es una argucia de las fuerzas de ocupación y que nos está haciendo mucho daño, porque las personas más experimentadas y más competentes están siendo apartadas de todos los puestos importantes y, si es posible, encarceladas.[284]

La empatía expresada por esta joven alemana hacia los nuevos parias nos brinda la oportunidad de ver cómo se pretendía crear un mundo nuevo y cómo, en reacción, una fuerte forma de solidaridad contra la desnazificación estructuró la sociedad alemana.

Gran parte de la sociedad se implicó indirectamente en la defensa de los acusados, mediante el intercambio de información, la elaboración de certificados de buena conducta y la cultura de la súplica. El resultado fue un recurso bien armado en la lucha contra un procedimiento que la población odiaba y consideraba injusto.

Formas de solidaridad con los «parias»

¿Hasta qué punto el hecho de tener que exponer la propia historia por escrito o ante una audiencia pública contribuyó a forjar una identidad de paria? Siempre es difícil medir el grado de sinceridad y de táctica que implica una presentación escrita de uno mismo. No obstante, no podemos descartar la idea de que la identidad social de una persona se viera afectada por el proceso de desnazificación, aunque este efecto variara necesariamente de un individuo a otro en función del contexto.

En una sociedad en la que el trabajo constituía desde hacía mucho tiempo un elemento central en el proceso de construcción de la identidad personal, independientemente del grado de compromiso con el nacionalsocialismo, la desnazificación fue una dolorosa experiencia de estigmatización y exclusión temporal o permanente de profesiones concretas.

Wilhelm Mayer era un ingeniero que vivía en Cannstatt, una zona residencial de Stuttgart. En 1946, se le prohibió ejercer su profesión tras comparecer ante un comité de depuración por su supuesta implicación activa en el NSDAP. Como consecuencia, se vio obligado a trabajar como peón auxiliar para sobrevivir.

Su degradada situación socioprofesional, simbólica y financiera lo llevó a compartir sus pensamientos en un diario íntimo que escribió entre 1947 y 1953. El cuaderno que recoge su testimonio se abre, sin un día ni un mes concretos, con una descripción un tanto fatalista de su experiencia como marginado, que podríamos inscribir sin duda en el registro de la compasión:

Estaba muy deprimido por las noticias que me llegaban del Palatinado, parecía que no había nada que hacer por mi rehabilitación. ¿Cómo podían ayudarme mi buena conciencia y mi

confianza, cómo podía ayudarme el optimismo de mis amigos del Palatinado, si todo seguía como antes? Si no lo ha experimentado usted mismo, no se imagina lo difícil que es presentarse en la puerta de una empresa como un paria y pedir un trabajo servil. El orgullo por todo lo que has aprendido y conseguido con tu propio esfuerzo se desploma, y tienes que pensar mucho en las consecuencias del fracaso para no ceder ante tus ganas de huir y aceptar tu destino.[285]

A nivel individual, la experiencia de ser un paria era a menudo dolorosa, tanto más cuanto los despidos y las distintas sanciones (multa, descenso de categoría, pena de prisión suspendida) se hacían públicos en el Boletín Oficial de la Administración de una región o empresa, siguiendo el ejemplo de los ferrocarriles alemanes.[286] También se anunciaban en la prensa local y regional a petición de las autoridades de ocupación. Además del efecto estigmatizador, muchos alemanes denunciaron que, con esta medida, se les privaba de contar con reputados directivos y empleados cualificados en el contexto de una sociedad destruida.

La lógica inicial de la desnazificación sentó las bases de un mundo que daba sus primeros pasos, creando una evidente frontera entre los desnazificados y los condenados. Ahora bien, cabe subrayar que esta frontera no tenía ningún significado para la gran mayoría de los alemanes.

A este respecto, resulta muy revelador un análisis elaborado por la Administración de Baden en 1946 sobre los efectos de la publicación de las condenas. Pone de relieve una forma de solidaridad implícita por parte de los alemanes hacia las personas que habían sido condenadas, a las que se presenta en este documento como «víctimas del Tercer Reich equiparables a los expatriados».[287]

Es comprensible que esto les amargue la existencia, ya que a esas personas que la prensa diaria califica de «potentados locales» y que han salido airosas de la situación no les produce ningún placer asestar golpes a otras personas que sufren, en la medida en que la

tranquilidad familiar se ve involuntariamente dañada.[288]

El autor del informe añadió que estas condenas «no se llevaron a cabo con la mezquina intención de excluir a estas personas de manera arbitraria».[289] Sin embargo, esa sensación se veía alimentada por elementos simbólicos, como un sello especial con tinta seca en el documento de identidad. Cualquier persona obligada a someterse a un proceso de desnazificación tenía que ir a su comisaría local para que le sellaran sus documentos. El proceso de rehabilitación implicaba otro sello.

La sensación de injusticia, ampliamente compartida, está latente en los miles de expedientes de desnazificación, porque se trató de experiencias públicas y fácilmente comparables. Dentro de la zona francesa, los años 1945-1947 se caracterizaron por un gran número de exclusiones, algunas temporales y otras permanentes; también de sanciones, financieras o cívicas. A nivel de una ciudad o de un pueblo, de una calle o de un bloque de pisos, las políticas de depuración condujeron a resultados diferentes, y coexistieron con medidas de reintegración.

Cada decisión tuvo un impacto único en las trayectorias individuales. Esto puede verse en el ejemplo de las decisiones tomadas en febrero-marzo de 1947 en la pequeña comunidad de Blumberg, en el distrito de Donaueschingen, en Baden.

Mientras que Arnold Galle, director de una caja de ahorros; Friedrich Stotz y Karl Theodor Brodmann, alguaciles de Blumberg; Hedwig Brauer, empleada comercial, y Arthur Kosten, fontanero, salieron limpios del procedimiento de depuración, Ewald Schüler y Ottilie Dubbernell, empleado administrativo y empleada comercial respectivamente, fueron condenados a tres años de prisión con suspensión de pena.[290]

A otro empleado, un tal Burkard, se le impuso una reducción salarial del 10 % durante dos años. Se negó a firmar el acta de condena y justificó su acción:

Lamento no poder reconocer con mi firma una sentencia que es completamente falsa. Ni fui un empleado entregado al NSDAP ni actué guiado por su espíritu. En un interrogatorio objetivo, habría podido demostrar fácilmente con testigos impecables que mi trabajo en el seno del NSDAP consistió desde el principio en oponerme a él.[291]

Tanto los que resultaron «desnazificados» como los condenados compartían la profunda convicción de que eran inocentes. Cualquier condena solo podía ser la expresión de una venganza política por parte de comunistas que se escondían tras las etiquetas de «demócratas» y «antifascistas», o un error de apreciación debido a la falta de comprensión de las situaciones individuales vividas bajo el nazismo.

La economía de la inocencia: entre la recomendación y la súplica

Probar su inocencia

Enfrentados a diferentes procesos de desnazificación en las diferentes regiones entre 1945 y 1949, los alemanes trataron de comprender lo antes posible las reglas del juego burocrático y las categorías creadas por las autoridades de ocupación para defenderse mejor.

Este proceso de aprendizaje bebía de dos canales principales de información: el primero era el «boca a oreja» y el intercambio de experiencias dentro de las familias y los círculos sociales (amigos, compañeros de trabajo); el segundo era la prensa regional o local de las zonas de ocupación. Ambos canales, al cubrir a menudo y de manera detallada los procedimientos de desnazificación, se convirtieron en una valiosa mina de información. En 1946, las autoridades administrativas de Baden constataron en un memorándum interno que los periodistas locales a menudo describían en sus artículos lo que consideraban «un acoso brutal y una falta de consideración en grado sumo».[292] Sin duda, esta cobertura mediática crítica con la desnazificación tuvo un impacto en la población, aunque siempre es difícil medir el efecto concreto en la audiencia.

Además de completar satisfactoriamente el cuestionario, la lucha por la rehabilitación implicaba reunir y presentar documentación y testimonios decisivos para evitar ser clasificado como simpatizante. El reto consistía en explicar de manera conveniente para el acusado cómo este había vivido bajo el Tercer Reich.

Por lo tanto, la administración de pruebas estaba en el centro del

proceso de desnazificación, pero debemos tener en cuenta el legado de la guerra, es decir, la masiva destrucción material de documentos individuales. ¿Cómo se podía probar cierta información sobre el comportamiento de una persona cuando las pruebas habían sido convertidas en cenizas durante los bombardeos o se habían perdido durante las expulsiones forzosas?

El sustento moral de los que presentaban un recurso o una solicitud de rehabilitación se basaba en dos pilares: los certificados de buena conducta y las súplicas, los primeros formaban parte de una antigua tradición cultural y jurídica alemana,[293] aún presente hoy en el mundo socioprofesional a través del Zeugnis, la carta de recomendación.

Nunca debemos olvidar que Alemania era una sociedad sólidamente administrada desde el siglo XIX y que sus ciudadanos estaban acostumbrados a la interacción administrativa, ya fuera en el ámbito laboral o en el público, para asuntos relacionados con la escuela, la vivienda o la sanidad. De ahí la súbita y abundante producción de cartas de recomendación que complementaron los cuestionarios: los Leumundszeugnisse o 'certificados de buena conducta'. Cientos de miles de estos certificados llegaron a las secretarías de los comités de desnazificación, dando lugar a la aparición de un verdadero océano de escritos.

Algunos incluso se entregaron en inglés o francés, prueba de que hubo alemanes que no dudaron en añadir a su expediente la documentación traducida. Los conocidos popularmente como Persilscheine —que atestiguaban la buena conducta del acusado bajo el régimen nazi— han quedado grabados en la memoria colectiva con un sesgo negativo, y han sido observados acríticamente por gran parte de la investigación histórica.[294]

Este tipo de documentos arrastra una mala fama nunca comprobada y basada en rumores: supuestamente existía un mercado negro de certificados donde era fácil obtenerlos clandestinamente.

El término Persilschein se utilizó originalmente durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los reclutas eran llamados a filas en la Wehrmacht: a todos los nuevos reclutas se les enviaba un certificado de buena conducta, es decir, un documento que

acreditaba que no tenían antecedentes penales. Cuando estos regresaban a sus barracones, llevaban su colada en cajas de cartón junto a un paquete de detergente Persil.[295]

La alusión al detergente en polvo comercializado por la empresa alemana Henkel a principios del siglo XX es un lugar común en las obras históricas para denunciar los límites de la purificación y la hipocresía que rodea a estos certificados que lavan más blanco que el blanco. Persilschein se convirtió incluso en sinécdoque de desnazificación.

Los comités de depuración empezaron a solicitar estos certificados a partir de 1946. En la Ley del 4 de marzo de 1946, los estadounidenses especificaron que cualquier atestación falsa o errónea sería castigada con una multa o incluso con penas de prisión. En la práctica, sin embargo, a partir de 1945, el proceso de desnazificación contribuyó a la aparición de una «economía de la inocencia», que alcanzó su apogeo en 1948-1949 en las zonas de ocupación occidentales, durante la fase más intensa de depuración.

Es imposible cuantificar el número de certificados producidos entre 1945 y 1949. En algún caso, partiendo de investigaciones anteriores, podemos alcanzar una cifra aproximada, pero no parece existir ningún documento que recoja estos datos. Para la zona de ocupación británica, Hanne Leßau indica que, en Renania-Westfalia, una cuarta parte de los solicitantes presentaron certificados en 1946.[296] En Baviera, basándose en una encuesta realizada sobre los hechos en la ciudad de Múnich, Lutz Niethammer calcula que se presentaron 1,2 millones de certificados.[297] Para la zona de ocupación americana, en el barrio berlinés de Wilmersdorf, a partir de una muestra de 300 expedientes evaluados en 1949 por el Comité General de Desnazificación, se supera el 90 %.[298] Esta diferencia fundamental se debe, sin duda, a las distintas maneras de organizar este proceso en las diversas zonas de ocupación y al calendario de la desnazificación.

Dado que los investigados creían que la presentación de varios certificados jugaba a su favor, se esforzaron por movilizar sus redes de conocidos para pedirles apoyo. El análisis de estos certificados muestra que los solicitantes recurrían antes a sus círculos más próximos que a las organizaciones políticas o religiosas (partidos,

sindicatos, Iglesias). Ahora bien, era importante que dichos documentos fueran creíbles, y para ello debían compartir la visión hegemónica del nacionalsocialismo en el momento. En otras palabras, las declaraciones tenían que sonar realistas.

En el caso de Otto Lutter, antiguo director de una escuela de Hamburgo que fue despedido por su implicación en las SS e internado en un campo británico entre 1946 y 1948, fue su padre quien se implicó personalmente en la recogida de los certificados, para lo que no dudó en recorrer puerta a puerta el barrio de Altona de Hamburgo.[299] Recibió comentarios positivos de dos mujeres, cuyos certificados reproduzco a continuación. El primero fue escrito por Frieda Scheffler:

Llevo diez años viviendo en la propiedad de los padres del director Otto Lutter. El señor Lutter es un hombre pacífico y trabajador, cuyas únicas preocupaciones son su escuela, su mujer y sus hijos. Él nunca me ha hablado de política. Tampoco he oído nada al respecto en el vecindario. Yo misma soy ajena a las formaciones políticas.[300]

El segundo certificado fue elaborado por Erna Fröhlich:

He trabajado como profesora durante varios años en la 14.ª Escuela Femenina. Describiría al señor Lutter como un colega trabajador, dedicado y concienzudo, siempre preocupado por el bienestar y el progreso de las alumnas. No ha mostrado nunca algún tipo de inclinación política. Nunca le he oído tratar de influir de forma partidista en los colegas, los alumnos o sus padres. El señor Lutter no hacía distinciones en función de la clase o de raza. Solo conocía la justicia, el amor y la bondad. Era una persona muy querida en la escuela y estaba siempre dispuesto a ayudar en caso de apuro.[301]

Una lectura comparada de estos certificados revela una lógica

argumentativa y una cierta dramaturgia común en casi todos los archivos alemanes del periodo de la desnazificación. Independientemente de la localización y del caso a tratar, el grueso de las excusas o las explicaciones proporcionadas esbozaba un retrato colectivo de alemanes despolitizados que compartían la falta de compromiso militante, el amor por el trabajo bien hecho y las buenas aptitudes humanas como padres, colegas o vecinos.

Las personas a las que se referían estos documentos se habían mantenido ajenas no solo al nazismo, sino a cualquier tipo de inclinación ideológica, ya fuera deliberada o impuesta. A veces se hacía un intento por distanciar a estas personas del Tercer Reich. Algunos de estos testimonios llegaron incluso a afirmar que la persona juzgada era, en el fondo, un decidido opositor al nazismo. En el caso del nuevo juicio de Elfriede Müller en 1949, uno de sus testigos declaró que nunca la había visto llevar la insignia nazi o de la Liga femenina del Partido.[302]

Pero más allá de los estereotipos que compartían la mayoría de las declaraciones, llaman la atención las frecuentes alusiones a las presiones concretas que recibieron al ingresar en el NSDAP, así como la descripción de multitud de detalles sobre su vida cotidiana. Muchas personas se declaraban apegadas a estos aspectos de su vida privada, en un intento de demostrar que no eran activistas de la política.

El argumento, repetido a menudo, de que el solicitante nunca hablaba de política respondía, en parte, a una preocupación táctica por «ceñirse» lo más posible a la visión imperante del nazismo en los años de posguerra: un régimen totalitario que impregnaba todas las facetas de la vida. Sin embargo, al mismo tiempo, tenía un sustrato de verdad. Bajo el Tercer Reich, no hablar de política con el vecino significaba reducir el riesgo de represión y preservar un espacio de libertad y crítica dentro del ámbito privado. Esta visión del nazismo era compartida no solo por los alemanes de a pie, sino también por sus evaluadores.

En el caso del profesor Hubert Deger, lo original de su planteamiento fue que apoyó su solicitud de rehabilitación con certificados presentados no por colegas o amigos, sino por autoridades morales y religiosas. Debió de considerar que presentar

certificados de profesores podría ser contraproducente, dadas las sospechas que pesaban sobre esta profesión.

Había sido despedido en otoño de 1945 en el distrito de Friburgo de Brisgovia. Los maestros de escuela habían engrosado los cuadros del NSDAP, como el antiguo Gauleiter de Baden-Alsace Robert Wagner. En esta región de la zona de ocupación francesa, el 75 % de los profesores fueron despedidos automáticamente antes del inicio del curso escolar en septiembre de 1945. Las autoridades francesas querían evitar un nuevo adoctrinamiento de los jóvenes alemanes.

La primera carta de apoyo llegó del párroco de Furtwangen:

Entre 1925 y 1940 fui párroco en Tortnau, donde trabajé varios años con el señor Deger en la escuela. Él dirigía el coro de niños […] Era muy trabajador y aplicado, y lograba grandes avances con sus alumnos. A causa de su colaboración con las juventudes católicas, el señor Deger cayó en desgracia ante el partido y fue trasladado. Sus convicciones íntimas lo convirtieron en un gran opositor al nazismo desde el principio. Su marcha de Tortnau fue muy lamentada por la gran mayoría de la población. Me gustaría señalar que yo mismo fui víctima del nazismo y pasé cuatro años en prisión por escuchar emisiones de radio extranjeras.[303]

El abad Noël, presidente del Comité de Liberación Geishouse del departamento del Alto Rin, completó este relato:

Por la presente certificamos que el señor Hubert Deger siempre se abstuvo de toda actividad política como maestro de escuela en Geishouse durante el Tercer Reich. En ningún momento fue miembro del NSDAP. Al contrario, como opositor abierto al nazismo, provocó la ira del Ortsgruppenleiter (hoy, en prisión en Mulhouse), que finalmente lo expulsó del centro escolar. No podemos sino recomendar al señor Deger al Gobierno militar.[304]

H. Deger completó su expediente con otros dos testimonios. El párroco de la urbanización de Ressalment, en Staffelfelden, en la región del Alto Rin, certificó que «el señor Hubert Deger, profesor de la escuela de niños, nunca había estado implicado en la política nazi». Insistió en el carácter «netamente antinazi»[305] del comportamiento de H. Deger, que le llevó incluso a ser denunciado por algunos afines al partido ante las autoridades alemanas del barrio».[306] Por último, el antiguo párroco de Grunern puso la guinda final a la estrategia moral-política de H. Deger:

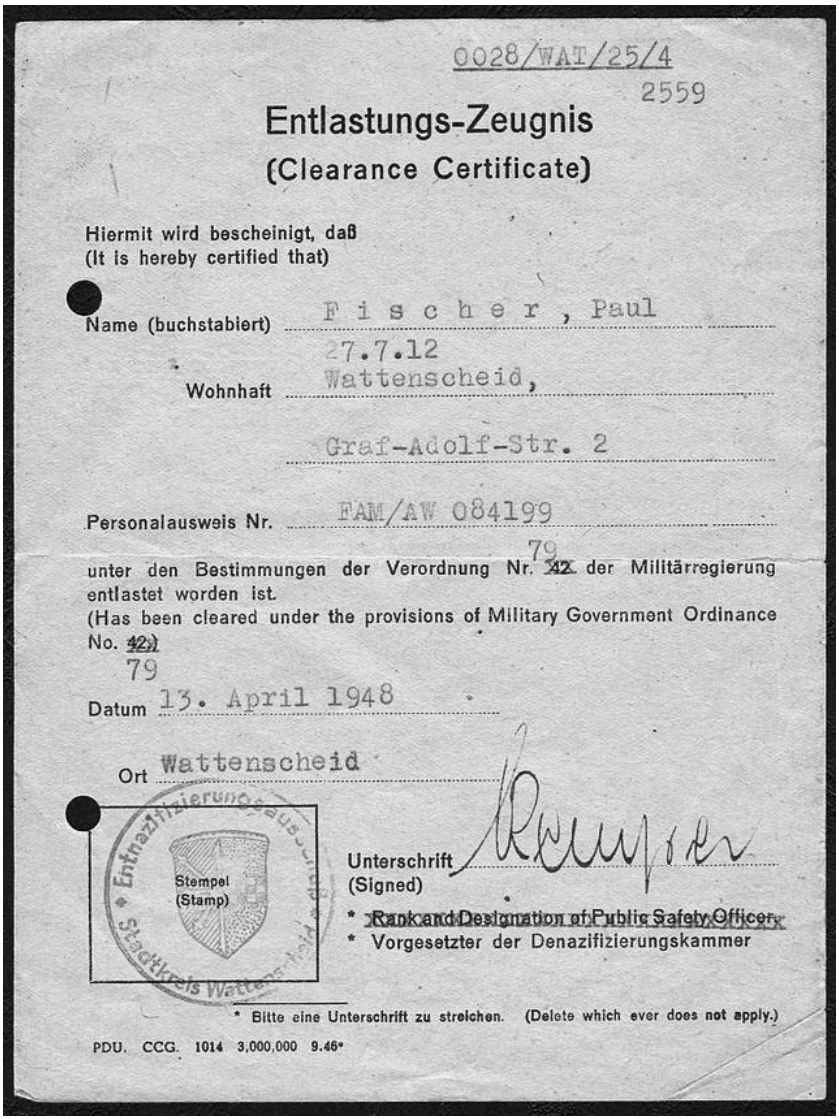
Fui párroco en Grunern desde 1931 hasta octubre de 1945. Como tal, puedo atestiguar que el profesor Deger nunca fue nazi. No era miembro del partido, y mostraba abiertamente su catolicismo […] Su comportamiento contribuyó en gran medida a que la ideología nazi no encontrara terreno fértil en Grunern…".[307]

La retórica compartida por los representantes de las Iglesias se basaba en la idea de que la institución eclesiástica había ejercido oposición, o incluso resistencia, al nazismo. En su opinión, el profesor H. Deger no podía haber sido adoctrinado porque estaba protegido por su fe. Esto coincidía con el discurso difundido por las altas autoridades eclesiásticas y respondía también a un juego de espejos. Los certificados de buena conducta, como recurso de escritura, eran un ejercicio de estilo en el sentido en que lo entendía Raymond Queneau, es decir, variaciones literarias sobre el tema del error judicial o la injusticia. Se trataba de adaptarse a lo que los demandantes imaginaban que eran los argumentos inevitables.[308]

Así pues, los autores de este tipo de declaraciones intentaban proyectarse de forma creíble en el presunto mundo moral de los miembros de la comisión de depuración o de los oficiales que tramitaban estas solicitudes, en realidad ansiosos por reintegrar a los exnazis pasivos.

Con la ayuda de estos certificados de buena conducta, cada vez más

estandardizados, a partir de 1948-1949 los solicitantes ahogaron con documentos a los comités de desnazificación de las zonas occidentales, que al final rehabilitaron por completo a miles de acusados, incluidos aquellos cuya faceta criminal nunca se había dilucidado del todo. Los comités de desnazificación replicaron el mismo tipo de sentencia exoneradora casi mecánicamente, hasta la última coma.



0028/WAT/25/4

2559

Entlastungs-Zeugnis

(Clearance Certificate)

Hiermit wird bescheinigt, daß
(It is hereby certified that)

Name (buchstabiert) F i s c h e r , Paul

27.7.12

Wohnhaft Wattenscheid,

Graf-Adolf-Str. 2

Personalausweis Nr. FAM/AW 084199

unter den Bestimmungen der Verordnung Nr. ~~42~~ 79 der Militärregierung entlastet worden ist.
(Has been cleared under the provisions of Military Government Ordinance No. ~~42.~~ 79)

Datum 13. April 1948

Ort Wattenscheid

Entnazifizierungsausschuß Stadtkreis Wattenscheid

Stempel (Stamp)

Unterschrift (Signed) [signature]

* ~~Rank and Designation of Public Safety Officer.~~
* Vorgesetzter der Denazifizierungskammer

* Bitte eine Unterschrift zu streichen. (Delete which ever does not apply.)

PDU. CCG. 1014 3,000,000 9.46*

Certificado de exoneración concedido por un Comité de Desnazificación a un ciudadano alemán.

Un análisis sistemático de los 300 expedientes de rehabilitación examinados en 1949 por el comité del distrito de Wilmersdorf (en el sector americano de Berlín) ilustra esta automatización. El ejemplo de Karl Raquet es especialmente llamativo, ya que se trataba de un antiguo suboficial de las Waffen-SS[309] que fue rehabilitado en enero de 1949 por cinco votos contra uno.

A pesar de su reconocido entusiasmo por la disciplina militar de las SS, el comité emitió un juicio que quizá hoy le parezca escandaloso al lector, pero que se adecuaba bien al deseo compartido en la época de trazar una frontera con el pasado:

Todos los testigos recomiendan encarecidamente su desnazificación y el comité también está convencido de que el solicitante formaba parte de las SS decentes que no merecen ser apartadas de la construcción democrática del pueblo alemán; recibe nuestra aprobación política.[310]

Originario de Saarbrücken, Karl Raquet se formó como carpintero, pero tuvo que cambiar de oficio tras sufrir una lesión medular. Empleado administrativo en la ciudad de Saarbrücken, se alistó en las SS en 1935, tras el referéndum sobre la devolución del Sarre a Alemania. Confesó que le habían impresionado los resultados del referéndum y el prestigio de las SS.

Combatió en unidades de tanques tanto en el frente oriental como en el occidental (Italia, Normandía) antes de resultar gravemente herido. Estuvo internado durante casi dos años, entre 1945 y 1947, en el campo de Ratisbona. Entonces, fue parcialmente desnazificado como simpatizante.

Todo su alegato iba dirigido a despolitizar su experiencia en las SS

y, por lo tanto, a pedir una rehabilitación completa:

Formábamos parte de una unidad de representación que, de 1935 a 1939, durante la paz, sirvió únicamente con ese fin. No teníamos ninguna otra misión. Himmler no estaba bien visto en mi entorno. En 1938, a pesar de haberme alistado para un periodo de servicio de cuatro años, ya pensaba en retirarme de las SS. Mi entusiasmo ya no era el mismo que al principio, porque me sentía decepcionado como soldado. No recibí ninguna formación política, y ocupé mi tiempo en actividades deportivas y prácticas para conducir camiones…

Continúa su alegato, insistiendo en su ignorancia de los hechos:

Aprendí el oficio de carpintero de un judío. También me casé con una mujer que no era puramente aria. Nunca me destinaron a vigilar los campos de concentración. No sabía nada de toda esa bestialidad, de la que solo tuve noticia al finalizar la guerra.[311]

Los testigos convocados por Raquet se limitaron a confirmar que nunca habían sido miembros del NSDAP y que nunca habían mantenido una conversación política con Raquet. De él, dijeron que siempre había sido un buen vecino, «educado y considerado».[312]

Una práctica social con efectos desiguales

La práctica generalizada de coleccionar certificados de buena conducta puede llevarnos a conjeturar que era fácil obtenerlos, dada la opinión unánime de los alemanes en contra de la desnazificación. Sin embargo, no debemos perder de vista que esta capacidad de acumular certificados no era algo que se pudiera extender a toda la sociedad alemana. Los veredictos en los procesos de desnazificación reproducían las desigualdades de condición social, cultural y financiera, en la medida en que las estrategias para obtener la exoneración estaban mucho más extendidas y se dominaban mejor en el seno de las profesiones liberales o intelectuales.

Cirujanos, farmacéuticos, altos ejecutivos de empresas, académicos y grandes nombres del mundo de la cultura como Winifred Wagner podían incluso permitirse el lujo de contratar a abogados experimentados, cuyo trabajo consistía en demostrar el «amateurismo» de los comités de desnazificación y, por lo tanto, el carácter ilegal de tal o cual decisión: un despido considerado improcedente, la confiscación de una farmacia…

Esta desigualdad puede medirse con el ejemplo de dos casos de desnazificación en Hamburgo: el de un cirujano, el doctor Steinbach, y el de un empleado de la empresa de gestión portuaria, el señor Petersen.

El primero fue un pionero de la cirugía maxilar y el antiguo director de una clínica de Hamburgo especializada en este campo y en cirugía plástica. Las autoridades británicas lo inhabilitaron el 15 de mayo de 1945 por haber sido miembro del NSDAP desde 1931.

Sin embargo, los británicos decidieron aprovechar su talento y lo trasladaron a un hospital de campaña para cuidar y operar a los heridos y los mutilados durante un año, hasta la primavera de 1946.

Decidido a rehabilitarse por completo, pasó gradualmente de la

categoría de medianamente comprometido a la de simpatizante, pero insistió en lograr la consideración de persona plenamente rehabilitada con el fin de poder ejercer de nuevo su profesión.[313] Para ello, presentó un recurso ante el comité n.° 32 que, en sus conclusiones del 26 de septiembre de 1949, rechazó su petición: «En el nuevo Estado democrático, el doctor Steinbach no puede ocupar un puesto de trabajo ni recibir una pensión, ya que se ha beneficiado del nacionalsocialismo como pocos funcionarios hamburgueses de la época…».

Su abogado se negó a reconocer la legitimidad del comité n.° 32, alegando que uno de sus miembros había trabajado para la clínica durante la guerra. Además, denunció un conflicto de intereses vinculado a la presencia del inspector de sanidad Anker, al que acusó de interferir en la misión de este comité. Presentó un recurso ante el Senado de Hamburgo en febrero de 1951:

Desgraciadamente, el procedimiento de desnazificación se utilizó a menudo para resolver disputas personales entre los afectados por la desnazificación y los que trabajaban en el marco de ese proceso. Le interesará saber que el doctor Steinbach fue despedido de los servicios de la Ciudad Hanseática de Hamburgo en 1934, por una razón que hoy nos resulta incomprensible. Como explicó su abogado de entonces en el proceso de desnazificación, el doctor Steinbach había tratado y operado a dos pacientes judíos, se negó a abandonarlos a mitad de tratamiento y a dar el alta hospitalaria a estos pacientes que aún no se habían recuperado.

En aquella época, en 1934, esto fue motivo para que la Administración despidiera a un médico especialista de los servicios de la Ciudad Hanseática.[314] Evidentemente, un hombre así no podía ser un nazi convencido.

Apelar a la empatía por los judíos formaba parte del repertorio clásico de la defensa. Pero, en este caso, el Senado de Hamburgo ignoró este argumento. Rechazó la solicitud de reincorporación del doctor Steinbach al considerar que no disponía de apoyo en la

clínica.

El señor Petersen era el responsable de la gestión económica de la Compañía de Puertos y Muelles desde 1921. Tras su proceso de desnazificación, fue clasificado en la categoría IV —la de los simpatizantes— y autorizado a trabajar de nuevo. El Consejo de Administración de la empresa se opuso y presentó como apoyo el veto de los sindicatos. El abogado del señor Petersen denunció el «doble rasero», ya que otras personas en la misma situación habían sido readmitidas.

Para convencer al presidente del Consejo de Administración de la empresa, que también resultaba ser el alcalde de la ciudad, el abogado aportó nueve certificados de buena conducta de personas que juraban no haber sido nunca miembros del NSDAP. Entre ellos había un ejecutivo ferroviario, el propietario de un restaurante cuya esposa había sido detenida por la Gestapo, un supuesto «amigo desde hacía quince años» y una mujer alemana medio judía que juraba que el señor Petersen siempre se había portado bien con ella. Por ejemplo, el «amigo de quince años», Alfred Krüger, escribió lo siguiente:

Conozco a Hermann Petersen desde hace quince años. Siempre nos hemos llevado bien, incluso cuando pertenecía al NSDAP. Solo puedo decir cosas buenas de él, siguió siendo el mismo durante ese periodo, aunque sabía que yo no era miembro del Partido.[315]

El Departamento de Recursos Humanos se opuso a la reincorporación, y despreció esos certificados de buena conducta democrática:

Los esfuerzos del señor Petersen por ser readmitido son en sí mismos comprensibles. Si Petersen fuera el hombre que los numerosos documentos adjuntos parecen indicar, no se le apartaría tan sistemáticamente de la empresa. La compañía HHLA suele

actuar con mucha generosidad con los antiguos miembros del Partido. Es muy considerada y los vuelve a contratar en gran medida. En este caso, el comité de empresa tenía reservas a la hora de readmitir a Petersen. Por lo que sabemos, Petersen se afilió al - NSDAP con entusiasmo ya en 1933 y más tarde se convirtió en un líder gracias a su cargo de jefe de unidad. En vista de estos hechos y de que P. era miembro de varias organizaciones subsidiarias del - NSDAP, se denegó la readmisión.[316]

Esta solicitud fue finalmente rechazada por el presidente del Consejo de Administración, lo que demuestra que estos certificados no siempre conducían a la reincorporación.

Por todo ello, la desnazificación fue pronto mal vista por la mayoría de la población, que construyó su identidad colectiva posnazi sobre el papel social de una comunidad de víctimas. La mayoría de los alemanes estaban unidos en su rechazo a lo que interpretaban como tribunales políticos.

Fue esta experiencia de parias la que dio lugar a una economía moral de la inocencia que desplegó estrategias argumentativas, a menudo idénticas, centradas en subrayar la brecha entre el régimen totalitario, restrictivo en el mundo exterior, y la protección del espacio privado y, por lo tanto, el rechazo del adoctrinamiento en la intimidad.

El trabajo cultural de memoria, en un primer momento, tuvo un balance más bien negativo. Pero no podemos olvidar que, en ese proceso, millones de alemanes se vieron obligados a enfrentarse a su pasado y que muchos desarrollaron mecanismos para distanciarse del nazismo, similares a un reflejo de defensa o supervivencia, en parte para evitar la cuestión de la responsabilidad. Thomas Mann condenaba precisamente esa actitud en una carta dirigida a Ewald Vetter con fecha de 15 de enero de 1946. El escritor, que vivía exiliado en Estados Unidos, echaba la vista atrás para recordar el hundimiento de los intelectuales alemanes en 1933 y la discordia que vio en Alemania:

Como hombre y espíritu de origen alemán, siento un profundo y doloroso sentimiento de culpa, de responsabilidad por todo lo que Alemania, como nación, ha hecho al mundo en su locura y embriaguez. Pero este sentido de la responsabilidad no es perceptible en Alemania. Levantan la nariz, se encogen de hombros, especialmente ante los emigrantes, se burlan de los «americanos inconscientes» y les molesta que el mundo se haya mostrado tan frío con Alemania unos meses después del final de esta guerra. Esto no es bueno, no es justo.[317]

La opinión de Thomas Mann fue muy minoritaria en Alemania y nunca encontró el favor de la población, ansiosa por hallar la interpretación menos problemática del pasado. Por el contrario, el rechazo e incluso el odio a la desnazificación se amplificó con poderosos altavoces en las distintas zonas de ocupación.

Es el momento de analizar los mecanismos de deslegitimación que aplicaron las Iglesias y una profesión que había servido fielmente al Tercer Reich: la abogacía.

La cruzada antidesnazificación de las - Iglesias

Desde el principio, la desnazificación fue percibida de forma negativa por la mayoría de los alemanes, que la veían como un proceso brutal, intransigente y sistemático. Los documentos personales y los archivos recogen numerosos comentarios individuales críticos con el proceso. Esta contestación halló un altavoz en una serie de actores individuales y colectivos que contribuyeron a elevar la protesta al ámbito público a través de declaraciones oficiales, publicaciones y conferencias.

Junto con los partidos políticos, que no deseaban ofender a su clientela electoral (con la notable excepción del KPD en las zonas occidentales y del SED en la zona de ocupación soviética), dos instituciones o grupos estuvieron especialmente en primera línea de la crítica y la protesta: las Iglesias, por un lado, y la abogacía, por otro.

Utilizaron su posición central en la sociedad, aprovechando su autoridad moral o la experiencia técnica vinculada a su profesión, para tratar de influir en la población y descargarla de responsabilidad. Defendían la legitimidad moral de su misión y tenían la convicción de que era injusto seguir aplicando las normas de depuración definidas por los Aliados.

Es más, esta especie de «cruzada» cobró unos sorprendentes tintes humanistas, que hoy pueden sorprender, basados en la idea de que la desnazificación era profundamente injusta y negativa para la sociedad alemana. Lejos de ser desinteresado, este compromiso enmascaraba, por una parte, la defensa de intereses personales, a saber, el deseo de no enfrentarse colectivamente a la cuestión de la responsabilidad de estos actores bajo el nazismo, y, por otra, el temor a una revolución sociopolítica dirigida por los comunistas. Este capítulo analiza cómo las Iglesias, en tanto que empresarias de la moral,[318] utilizaron e incluso abusaron de su posición para deslegitimar la desnazificación.

Las Iglesias o la cruzada del iusnaturalismo

La pesada herencia de la cooperación con el nazismo

A pesar de que, en algunos casos, se acogió y protegió a las voces disidentes durante el Tercer Reich y del precio pagado por algunos sacerdotes encarcelados en Dachau, en general las Iglesias —tanto la católica como las evangélicas regionales— cooperaron con el nacionalsocialismo entre 1933 y 1945. Este beneplácito con el Tercer Reich se debió, en gran medida, a la proximidad ideológica, que podía parecer poco evidente a primera vista, dado que el humanismo cristiano estaba a las antípodas del paganismo racista de los nazis.

Sin embargo, las instituciones religiosas (tanto sus jerarquías como sus fieles) y los nazis compartían tres principios fundamentales: el anticomunismo, el antijudaísmo y el nacionalismo. En la Iglesia protestante de Schleswig-Holstein, que fue uno de los pilares del régimen en el norte de Alemania, el reciente y exhaustivo estudio prosopográfico del historiador Helge-Fabien Hertz demostró que, de 729 pastores, solo 4 protestaron oficialmente contra las políticas antisemitas del Tercer Reich.[319] Incluso dentro de movimientos críticos como la Iglesia confesante (Bekennende Kirche), muchos pastores estaban medianamente comprometidos con las SA y mostraron claramente posiciones antisemitas. De hecho, las Iglesias desempeñaron el papel de estabilizadoras de la dominación nazi y contribuyeron a su aceptación. Las regiones católicas prestaron menos oídos a la retórica nazi. Sin embargo, bajo el liderazgo del «obispo alemán más controvertido del siglo XX»,[320] el cardenal Adolf Bertram, que presidió la Conferencia Episcopal Alemana de obispos durante un cuarto de siglo (1920-1945), las principales

autoridades de la Iglesia católica llegaron a un acuerdo con el régimen nazi, simbolizado por la firma del Concordato en 1933.

Su objetivo era preservar a cualquier precio las instituciones católicas como espacios de difusión de los valores de su Iglesia. Su rechazo de la ideología nazi y del modelo de cristianismo positivo coexistió con el reconocimiento de la legitimidad de Adolf Hitler como jefe de Estado y de la capacidad del régimen para restablecer el orden social y luchar contra los comunistas.

Aparte de algunos casos excepcionales, como el del pastor Dietrich Bonhoeffer, ninguna de las dos Iglesias protestó abierta y públicamente contra el régimen nazi entre 1933 y 1945. Tras la guerra, las potencias aliadas, incluida la URSS, decidieron apoyarse en estas instituciones para estabilizar y luego reconstruir moralmente Alemania. Además de las autorizaciones para crear academias (como las de Tutzing, en Baviera, y Neudietendorf, en Turingia, fundadas por las Iglesias evangélicas regionales en 1947), se les facilitó el acceso al espacio público. Ya en julio de 1945, la radio berlinesa reservaba franjas horarias en sus programas para emitir celebraciones religiosas.

A partir de 1946 se autorizó la aparición de publicaciones eclesiásticas y, dentro de la flamante organización de las Juventudes Alemanas Libres, se dio cabida a los niños que participaban en movimientos juveniles eclesiásticos. Por supuesto, en la zona soviética, esta compatibilidad entre una fuerza de ocupación marxista-leninista y el cristianismo duró poco tiempo. A partir de 1948 y con el inicio de la Guerra Fría, el tono cambió por completo y los comunistas se embarcaron en una violenta cruzada antirreligiosa en toda Europa del Este.

Tras la guerra, a pesar de los intentos de los Aliados para evitarlo, en general la colaboración de las Iglesias con el nacionalsocialismo se silenció en nombre de la concordia y la armonía. La Iglesia católica, bajo el impulso del cardenal Faulhaber, optó incluso por difundir un relato que destacaba la resistencia católica al nazismo.

Por su parte, la flamante Iglesia evangélica en Alemania (Evangelische Kirche in Deutschland, EKiD), fundada al finalizar la contienda, entonó un tímido mea culpa con la Declaración de

Stuttgart de octubre de 1945. Estas confesiones oficiales eran vagas en su contenido, sin ningún deseo real de asumir el infausto papel de las Iglesias bajo el nacionalsocialismo.[321]

Por lo demás, la autodepuración en las Iglesias de las zonas de ocupación occidentales no fue más que una ilusión. En la zona de ocupación soviética se nombraron rápidamente nuevos líderes en las estructuras regionales de la Iglesia evangélica, pero la cuestión de la culpa no se abordó de igual forma en todas partes. Solo la Iglesia de Berlín-Brandemburgo, profundamente influida por las ideas de la Iglesia confesante y apoyada por una joven generación de vicarios y sacerdotes auxiliares, muchos de los cuales habían sido liberados de los campos de prisioneros en 1945, reconoció su responsabilidad en la catástrofe alemana.

En cambio, las Iglesias de Sajonia, Turingia y Mecklemburgo, fuertemente influidas por los cristianos alemanes bajo el Tercer Reich, se mostraban reacias a revisar de forma crítica el pasado reciente. El diálogo con el SMAD se deterioró rápidamente tras las reformas educativas introducidas al comienzo del nuevo curso escolar en otoño de 1945, que impusieron la separación de la Iglesia y el Estado en la educación. A partir de ese momento, las clases de religión dejaron de estar permitidas en las escuelas estatales de la zona de ocupación soviética.

Rotos los lazos con las nuevas autoridades de ocupación, la desnazificación permitió a las Iglesias presentarse como las mejores defensoras de un pueblo alemán víctima de unos jueces arbitrarios e inicuos, e incluso ponerse del lado de los condenados, en particular de los responsables de crímenes de guerra. Defendían a sus fieles sin fisuras.

Es más, temían enormemente al antifascismo, que era visto como el caballo de Troya de los elementos de izquierdas (socialdemócratas y comunistas por igual) que hacían campaña por la separación de la Iglesia y el Estado. Un enfoque microhistórico ofrece una imagen más clara de cómo se desarrolló este discurso en la Alemania de posguerra.

Audiatur et altera pars

En abril de 1947, el padre Johann Heckel envió dos cartas en el espacio de una semana a Leo Wohleb, jefe de la Administración de Baden en la zona de ocupación francesa. Wohleb, que se convertiría en el primer presidente de la región de Baden en junio de 1947, había sido educado en la tradición católica.

Por lo tanto, el padre Heckel no solo se dirigía a las autoridades administrativas, sino que era muy consciente de que su mensaje llegaría, asimismo, a un fiel católico. L. Wohleb era un antiguo profesor de secundaria y director de escuela que, sin haber sido abiertamente un combatiente de la resistencia nazi, se había hecho un nombre durante el Tercer Reich por sus encontronazos con el Gauleiter Wagner, que lo había acusado de favorecer a las organizaciones juveniles católicas en detrimento de las Juventudes Hitlerianas.

Como director de la escuela de gramática de Hohenbaden, convirtió su establecimiento en una especie de refugio para las familias que deseaban mantener a sus hijos alejados de las garras ideológicas de los nazis. Siguiendo los pasos políticos de su padre, antiguo miembro del Zentrum bajo la República de Weimar, L. Wohleb fue el presidente del primer órgano político de la región, el Partido Popular Socialcristiano de Baden, fundado en diciembre de 1945. Por lo tanto, la petición iba dirigida a la máxima autoridad política y administrativa del territorio.

El padre Heckel administraba la parroquia de Unterbaldingen, una pequeña ciudad de la Selva Negra de apenas unos cientos de habitantes, que albergaba una iglesia barroca dedicada a San Galo. El ambiente era tenso desde hacía varios meses. El antiguo alcalde, Josef Kindler, acababa de ser condenado en febrero de 1947 por el Comité de Depuración de Friburgo, lo que había causado un gran revuelo entre la población. En su carta, el padre Heckel describía un grado de «rencor, rechazo y amargura»[322] que le parecía totalmente legítimo y justificado. Asumiendo el papel de Casandra, alertó a L. Wohleb del «impacto fatal» que, en su opinión, tendrían los «errores

judiciales» vinculados a la desnazificación, que se acumulaban desde hacía varios meses en su parroquia.[323] Sus palabras ponían de manifiesto no solo un sentimiento compartido de injusticia —ilustrado por el uso de la frase latina audiatur et altera pars ('sea oída también la otra parte'), que subraya claramente la ausencia de testimonios contrarios a la acusación y de representación de las dos partes en el proceso judicial— sino también una creciente cólera silenciosa: «La exasperación crece día a día y tendrá necesariamente efectos negativos».[324]

En particular, el padre Heckel llamó la atención de L. Wohleb sobre la falta de discernimiento de los comités de depuración de Friburgo en la administración de las penas. En esta carta, por ejemplo, explica que dos antiguos nazis en activo —el primero había sido representante local de los Campesinos Nazis, organización encargada de controlar los precios agrícolas; el segundo había trabajado para el servicio de inteligencia de las SS— habían sido condenados a simples multas fijadas en 2500 RM, apenas más, o incluso menos, que otros campesinos a los que el padre Heckel presentaba como víctimas de una justicia ciega e incompetente:

¡Ninguna de estas personas era ideológicamente nacionalsocialista! A lo sumo, eran campesinos endeudados e insatisfechos que creyeron las promesas de los nazis en su momento.[325]

El padre Heckel acusó a los miembros de las comisiones de estar llevando a cabo una purga. En esta incisiva filípica, no dudó en presentarlos como traidores a la patria:

Los comités de desnazificación deberían darse cuenta de que el hombre no tiene más patria que aquella en la que reina la ley, y que todas las personas tienen un mismo papel en el proceso de elaboración de la ley. Estas personas deben convencerse de que están convirtiendo a estos ciudadanos en apátridas cuando ya no les permiten confiar en la justicia y la equidad.[326]

La retórica de este sacerdote católico estaba claramente dirigida a convertir en víctimas de la arbitrariedad política a los condenados de su parroquia. En esencia, acusaba a los comités de intentar estigmatizar y aislar a la comunidad. Y no fue casualidad el momento elegido para su alegato. Las primeras elecciones regionales en Baden-Wurtemberg estaban previstas para el 18 de mayo de 1947, y Heckel estaba preocupado por una posible radicalización de algunos de sus feligreses:

Bueno, [la desnazificación] va a tener consecuencias muy perjudiciales para toda la comunidad de alemanes (sobre todo en la zona de ocupación francesa), porque parece casi natural que los antiguos extremistas de derechas se pasen a la extrema izquierda. Empiezo a preguntarme si esta radicalización no es, en realidad, lo que algunos desean.[327]

Al leer este pasaje, uno se siente transportado a la época de la República de Weimar. La angustia expresada por Heckel es la de un retorno a una forma de polarización provocada por la desnazificación y que, en su opinión, podría desembocar en una guerra civil. Da la impresión de que este párroco quedó marcado por las divisiones que minaron la sociedad alemana entre 1919 y 1933.

Al final de la carta, pedía a L. Wohleb que pusiera fin a la desnazificación, que calificó de «desgracia», y al cuestionario asociado, que presentó como un instrumento destinado a acabar con la oposición política. Deploró todo el daño que el proceso ya había hecho. Y añadió:

Nuestro pueblo está cada vez más fragmentado en partidos. Estamos creando una clase de individuos que se ven obligados a ganarse penosamente la vida y en cuyos corazones se extiende el veneno de

la amargura y la venganza.[328]

Este temor a la división del pueblo alemán era el hilo conductor del alegato de Heckel. La imagen histórica que evocaba se remontaba, al menos, a la sociedad en guerra de 1914. De hecho, esta referencia a la división en partidos recuerda extrañamente a la famosa frase pronunciada por el emperador Guillermo II desde el balcón del castillo de Berlín el 1 de agosto de 1914: «Ya no conozco partidos, solo conozco alemanes».

La frase de Heckel funciona como una especie de imagen especular, y como una llamada a volver a un tiempo anterior, precisamente al «espíritu de 1914»: según Heckel, había llegado el momento de «estar unidos». Sin embargo, tal como él lo veía, el «espíritu de 1945» ¡era la antítesis de este ideal! El párroco de Unterbaldingen no pretendía defender una concepción etnocultural del pueblo alemán, pero sin duda sentía nostalgia por una Alemania unida. En 1947, la comunidad seguía siendo el «ídolo» de la época, por utilizar la expresión crítica del historiador Helmut Plessner.[329]

De hecho, Heckel expresó a L. Wohleb su apego a la idea de que los alemanes debían mostrar solidaridad entre ellos, y que eso sería una fuerza en la que apoyarse para hacer frente a los peligros.

Esta postura tenía una base en la tradición teológica. Se correspondía exactamente con el modelo de armonía que sirvió de brújula ideológica al episcopado alemán durante y después del nacionalsocialismo. Heckel se inscribía en esta tradición, cuyos orígenes se remontan al papado de León XIII, y en la forma en que definía las relaciones entre la Iglesia católica y los Estados, independientemente de su régimen político.

En su opinión, ese paradigma defendía la idea del compromiso, del acuerdo por encima de la confrontación, porque su objetivo manifiesto era preservar el orden social y la paz civil. De este modo, era perfectamente compatible con una monarquía parlamentaria, una república o una dictadura. Además de ser ferozmente hostil a la democracia y de solo expresar reservas ante la dictadura, este modelo definía al Estado como el instrumento designado por Dios

para preservar la armonía.

Llama la atención la forma en que la terminología nazi impregnaba aún naturalmente la advertencia formulada por este sacerdote, que utilizaba a menudo las mismas ideas de «pueblo» y «patria» en sus súplicas. En términos más generales, su petición movilizaba dos tipos de argumentos que revelaban el temor de la Iglesia Católica a perder su influencia política en favor del Partido Comunista. Formaba parte de una estrategia de denuncia del proceso de desnazificación, que comenzó pronto tras la guerra y se fortaleció con el tiempo.

Un reconocimiento superficial de la culpabilidad o el argumento iusnaturalista

Desde el verano de 1945, las Iglesias, por mediación de sus dirigentes, se esforzaron de manera notoria en negar la legitimidad de la desnazificación. Todos los niveles de la jerarquía eclesiástica asumieron por igual esta continua labor erosiva, desde la cúpula de las autoridades eclesiásticas hasta la base de las parroquias. A través de declaraciones públicas y de cartas, sus mensajes iban más allá de la simple crítica por los efectos negativos no previstos.

Se trataba de una cruzada ideológica contra un procedimiento judicial considerado ilegítimo y se llevó a la práctica utilizando las herramientas del derecho natural. Por eso es importante comprender la lógica argumentativa e intelectual de sus argumentos.

Las protestas formuladas en julio de 1945 por el obispo Meiser y el cardenal Faulhaber se centraron en el carácter indiscriminado y sistemático de los despidos de los afiliados al NSDAP antes del 1 de mayo de 1937. Cabe subrayar que la mayoría de los funcionarios que experimentaron estos despidos automáticos eran protestantes. Este rechazo, casi resentimiento, al funcionamiento de la desnazificación estaba muy extendido en el seno de las Iglesias, lo que nos permite relativizar el proceso de reconocimiento de la culpabilidad que comenzó en el otoño de 1945.

Ya el 19 de octubre de 1945, en la Declaración de Culpabilidad de Stuttgart redactada el día anterior, la EKiD, presidida entonces por el pastor Martin Niemöller, había destacado no solo la «comunión de sufrimiento» constituida por los miembros del Consejo de la EKiD y el pueblo alemán, sino también «la solidaridad de la culpa». ¿A quién iba dirigida esta solidaridad? Más allá del sufrimiento

«alemán» expresado al inicio del texto, se trataba de reconocer una responsabilidad colectiva por el «sufrimiento infinito infligido a muchos pueblos y países».[330]

Este brevísimo texto puede considerarse como un mea culpa sincero en el plano teológico y, a la vez, táctico en el plano político, un gesto necesario por la presencia de una delegación ecuménica que había acudido a Stuttgart para restablecer relaciones con las Iglesias protestantes alemanas.[331] Esta declaración llama la atención, en primer lugar, por su carácter minimalista y, en segundo lugar, por sus palabras humanistas, más bien huecas y atractivas, en las que se pide un nuevo comienzo (¡se menciona tres veces!) y un mundo nuevo, pero son sobre todo sus mensajes tácitos los que merecen ser destacados:

Nosotros y nuestro pueblo sabemos que no solo somos solidarios en el sufrimiento, sino también en la culpabilidad. Con gran pesar, reconocemos que a través de los alemanes se han infligido infinitos sufrimientos sobre muchos países y pueblos. Lo que a menudo hemos presenciado en nuestras comunidades, lo expresamos ahora en nombre de toda la Iglesia: ciertamente hemos combatido durante muchos años, en nombre de Jesucristo, el espíritu que encontró su terrible expresión en el violento régimen nacionalsocialista; pero nos acusamos de no haber confesado con más valentía, rezado con más fidelidad, creído con más alegría y amado con más ardor.

El final del texto es una serie de piadosas esperanzas de «renovación»:

Nuestras Iglesias deben renovarse. […] Esperamos que, si Dios quiere, y gracias al servicio común de las Iglesias, el espíritu de violencia y de venganza que pretende imponerse de nuevo hoy sea expulsado del mundo y que reine el espíritu de paz y de amor, el único en el que la humanidad atormentada puede encontrar curación. Esto es lo que pedimos en un momento en que el mundo

necesita un nuevo comienzo: ¡Veni creator Spiritus![332]

Aún más inquietante fue la ausencia de cualquier referencia a la masacre de los judíos, que quedó escondida en la vaga frase «el bien de los países y los pueblos». No se mencionó ni el antisemitismo de la Iglesia protestante ni sus vínculos con el régimen nazi o el papel de los cristianos alemanes. Es decir, la declaración estaba repleta de palabras no dichas, silencios y lagunas; era deliberadamente ambigua; estaba revestida de una autocompasión que permitió a esos cristianos centrarse en el dolor por su propio destino y el del pueblo alemán. Y este «nosotros» utilizado en la declaración, ¿a quién se refería? ¿Solo a los firmantes del texto? ¿Era un juego de poder simbólico que implicaba a todos los protestantes, obispos y consejos eclesiásticos?

A diferencia de la respuesta positiva internacional, que adoptó la forma de solidaridad material con los cristianos alemanes, la reacción de los fieles en Alemania fue generalmente negativa: se negaron a dejarse atrapar por esta culpabilidad colectiva.

Rechazaron un texto que consideraron degradante, y su rechazo causó efecto. Seguramente explica la línea política adoptada por la EKiD ante la nueva fase de desnazificación en la primavera de 1946.

Unos meses más tarde, antes de que se establecieran los comités de purga en la zona americana, el presidente del Consejo de la EKiD, el obispo de Wurtemberg, Theophil Wurm, denunció la Ley del 5 de marzo de 1946 en una carta dirigida al Gobierno militar norteamericano y a los gobernadores regionales, negándole todo valor político o moral: «Lo que nos preocupa es la concepción fundamental de la ley en su conjunto. La ley no es coherente con los principios del derecho natural».[333]

Por otra parte, insistió en señalar que la EKiD estaba tan convencida «como las potencias ocupantes de que el nacionalsocialismo era un crimen».[334] Con esta posición moral pretendían rechazar cualquier crítica al relativismo de las Iglesias protestantes a la vez que apoyaban las declaraciones públicas que venían haciendo contra la desnazificación desde el verano de 1945. Este documento atestigua

el papel que la EKiD deseaba desempeñar, a saber, el de una institución comprometida con el debate público. Desde el punto de vista de la filosofía del derecho, la preocupación del consejo se sustentaba en la búsqueda de la equidad, en línea con la tradición paulina del cristianismo.

Era el orden jurídico de la desnazificación lo que se cuestionaba con esta postura, afín al iusnaturalismo, una noción que el jurista Michel Villey describió como un «trastorno mental».[335] La EKiD subrayó claramente la necesidad de normas que dieran derecho a los procesados a un trato justo. Consideraba implícitamente que las normas legales de desnazificación eran arbitrarias y, por lo tanto, injustas. Por ello, expresó su preferencia por un compromiso con el sentido de la ley natural que, en su opinión, está inscrito en el corazón de cada individuo, es decir, se basa en ciertos preceptos morales.

El derecho natural funcionó, por lo tanto, como un instrumento de combate político contra la supuesta injusticia del derecho positivo impuesto por los Aliados. Detrás del énfasis en la dignidad de la persona había un rechazo claramente expresado a que se aplicaran temporalmente las leyes impuestas por la potencia aliada. Envuelto en un torrente de palabras incoherentes o huecas e irresponsables (por no decir demagógicas), este discurso iusnaturalista se erigió incluso en criterio supremo para denigrar el valor de la justicia en este derecho positivo que pretendía liberar a Alemania del nacionalsocialismo y del militarismo.

Alabando los méritos del derecho natural, la EKiD pudo movilizar al mismo tiempo el argumento clásico del derecho positivo de nulla poena sine lege (‘no hay pena sin ley’). En su opinión, los comités de depuración creados por ley debían juzgar actos que no eran contrarios a la norma en el momento en que se cometieron. La EKiD rechazaba el castigo de actos «que el legislador de la época consideraba lícitos y buenos».[336]

Si bien el 2 de mayo de 1946, en su Declaración de Treysa, la Iglesia evangélica reiteró la necesidad de la desnazificación, entendida como «un proceso político que tiene lugar dentro del Estado» y sin la participación de los pastores en los comités, esta afirmación se contrarrestaba con la crítica a la forma en que se

llevó a cabo:

Pero, en cualquier caso, los miembros de las organizaciones nazis solo deberían ser castigados, incluso destituidos de su cargo, si se demuestra que fomentaron personalmente los crímenes nazis con su ideología o sus acciones, y que, por lo tanto, fueron cómplices o beneficiarios de tales actos. Se trata de un principio de justicia.

El procedimiento actual para castigar a todas estas personas no es, en gran medida, susceptible de conducir a resultados verdaderamente justos. Lo último que deberíamos hacer es empezar castigando a las personas únicamente en función de su afiliación o de su presunta opinión, y solo después permitirles que se justifiquen.[337]

En conjunto, las Iglesias advirtieron sobre las consecuencias sociales y morales de la desnazificación. De nuevo en esta carta del 26 de abril de 1946, como en la Declaración del 2 de mayo, se hizo hincapié tanto en los riesgos de proletarización de las clases medias alemanas como en la amenaza del nihilismo, reflejo de la angustia existencial de las instituciones eclesiásticas que temían perder a algunos de sus fieles: «La expulsión de muchas personas de sus ámbitos laborales y su caída en la exclusión y en la miseria económica destruye el sentido de justicia y crea las bases para el nihilismo».[338]

Además, según los representantes de la EKiD, los cuestionarios conducían a formas de desviación moral que envenenaban a la sociedad: «La experiencia demuestra que las preguntas formuladas en los cuestionarios incitan a la gente a mentir en determinados momentos y fomentan la delación. Esto no puede contribuir al saneamiento moral de la gente».[339]

Las críticas vertidas contra el Gobierno militar estadounidense en la carta del 26 de abril y en la Declaración del 2 de mayo tenían por objeto deslegitimar y reducir en la medida de lo posible el círculo de personas afectadas por las medidas de desnazificación. Los

miembros del Consejo de la EKiD llamaron la atención de los Gobiernos militares de las zonas occidentales sobre cuatro puntos y abogaron, así, por suavizar la Ley del 5 de marzo de 1946. En primer lugar, como continuación de las primeras posiciones que habían adoptado en el verano de 1945, denunciaron la prohibición temporal a los miembros del NSDAP y a cualquiera de sus organizaciones de ocupar un empleo que no fuera un trabajo ordinario.[340]

En segundo lugar, cuestionaron la conveniencia de diferenciar entre los miembros del NSDAP que se habían unido antes y después del 1 de mayo de 1937 y los de las SA que se habían unido antes y después del 1 de abril de 1933.[341]

Esta distinción, que a ojos de los miembros de la EKiD carecía de fundamento, tuvo efectos muy serios, ya que permitía, según sus palabras, determinar si se trataba de un «apestado» (al que, por lo tanto, se enviaba a un campo de trabajo, se condenaba a una incapacidad permanente para ejercer una función pública y perdía su salario) o de un simpatizante (condenado a pagar una contribución a un fondo de reparación).

Por último, se sintieron ofendidos por el hecho de que los dirigentes de todas las ramas del NSDAP fueran considerados criminales y, por lo tanto, pertenecientes a las categorías II y III. Consideraron especialmente injusta la responsabilidad que achacaron a determinadas profesiones, en particular los soldados profesionales.

La estrategia de las altas esferas de las Iglesias consistió en asegurarse de que las acusaciones de culpabilidad y participación fueran lo más débiles posible. Claramente motivados por el deseo de restaurar el tema de la culpabilidad colectiva, intentaron que la desnazificación pareciera ilegítima y anticuada desde el principio.

La idea era cortarla de raíz, porque, según los dirigentes de la EKiD, solo la ley divina podía distinguir la ley de la ilegalidad. Así, en su argumentación, si una persona corriente declara que una dictadura es un Estado de derecho, esto es ciertamente contrario a la ley divina, pero humanamente impune, porque solo Cristo puede reconocer la impiedad, y el hombre natural es culpable si permanece ciego al juicio de la justicia divina.

Así, la distinción entre el derecho divino y el derecho humano se convirtió en el argumento clave de la Declaración del 2 de mayo, que puede considerarse una especie de declaración de inmunidad tanto para el Gobierno como para el pueblo al capricho de las Iglesias. La devoción al nacionalsocialismo fue finalmente reconocida como un derecho de la libertad humana. Solo podía ser prohibida por Dios, y fue este quien castigó al pueblo alemán con la catástrofe final de 1945.

La interpretación de la ley como injusticia se justificaba como un derecho de las autoridades, que solo eran responsables ante Dios. La injusticia estaba ciertamente prohibida por Dios, pero como las autoridades eran ellas mismas legisladoras, no era punible entre los hombres.

El 8 de agosto de 1947, el Consejo de los Hermanos, una corriente dentro de la EKiD procedente de la tradición de la Iglesia confesante, publicó un texto altamente político titulado «Las palabras de Darmstadt: una palabra para el camino político de nuestro pueblo». Fue redactado por los teólogos Hans Joachim Iwand y Karl Barth antes de ser reelaborado por Martin Niemöller y Hermann Diem, una figura con la que volveremos a encontrarnos un poco más adelante.

Tras la Declaración de Stuttgart, había que dar un paso más en el reconocimiento de la responsabilidad colectiva. Se trataba de un texto mucho más directo, incisivo y crítico:

La palabra de la reconciliación del mundo con Dios en Jesucristo nos ha sido dicha. Debemos escuchar esta palabra, aceptarla, ponerla en práctica y orientarla. Esta palabra no será oída, ni aceptada, ni puesta en práctica, ni guiada si no nos dejamos absolver de todas nuestras faltas, tanto las de los Padres como las nuestras, y si no recordamos las enseñanzas de Jesucristo, el Buen Pastor, sobre todos los caminos falsos y malvados en los que, como alemanes, nos hemos extraviado en nuestra voluntad y acción política.

Nos desviamos del camino cuando empezamos a soñar con una

misión alemana especial, como si la naturaleza alemana pudiera sanar al mundo. Al hacerlo, allanamos el camino para el uso ilimitado del poder político y colocamos a nuestra nación en el trono de Dios. Era inevitable que empezáramos a basar nuestro Estado, internamente, únicamente en un Gobierno fuerte y, externamente, únicamente en el despliegue del poder militar. Al hacerlo, hemos negado nuestra vocación de cooperar, con los dones que nos han sido conferidos a los alemanes, al servicio de las tareas comunes de los pueblos.[342]

Con este manifiesto, el Consejo de los Hermanos deseaba desempeñar un papel moral-político en el proceso de desnazificación en curso denunciando los recientes excesos políticos de la sociedad alemana. Pero este texto fue rechazado por el consejo de la EKiD. Figuras destacadas como Hans Asmussen u Otto Dibelius consideraron que la expresión de esta postura era más bien inapropiada en el contexto de las crecientes tensiones con los ocupantes soviéticos en la parte oriental de Alemania. Es más, iba en contra de la narrativa de la Resistencia promovida por la Iglesia Protestante.

Voces críticas aisladas

En otoño de 1946, Hermann Diem, párroco de Eberbsach, en la región de Wurtemberg, publicó una obra híbrida, que combinaba una colección de textos dedicados a la cuestión de la relación de la Iglesia evangélica con la desnazificación en curso y un análisis personal.

Se trataba de una manifestación de indignación y de vergüenza por las posiciones adoptadas por la EKiD en la primavera de 1946: la carta del 26 de abril y la Declaración de Treysa del 2 de mayo. Se incluía a sí mismo en esa minoría de alemanes, «que están avergonzados e indignados por lo que se ha permitido que ocurra impunemente en nuestro país y en nuestro nombre».[343]

La declaración seguía la postura adoptada desde los años 1930, la del forastero y el opositor. H. Diem no era un pastor cualquiera. Había sido un auténtico opositor al nacionalsocialismo, uno de los pocos dentro de su Iglesia. Al final de la guerra, se hizo con un nuevo caballo de batalla: denunciar la forma en que las Iglesias protestantes alemanas criticaban la desnazificación.

Primero como portavoz, en 1930, y luego como presidente a partir de 1936 de la Sociedad Teológica Protestante de Wurtemberg, este hijo de una familia de artesanos de Stuttgart gozaba de una sólida reputación al final de la guerra, libre de cualquier sospecha de acomodamiento con el régimen nazi. Durante el Tercer Reich, H. Diem se había opuesto sistemáticamente a cualquier intento de armonizar las normas de la Iglesia con las del Estado nazi. Ya en abril de 1933 había hecho pública una resolución titulada «Iglesia y Estado. Lo que algunos pastores de Wurtemberg tienen que decir sobre la situación religiosa». Este texto marcó el punto de partida de su oposición al nazismo.

Su compromiso antinazi le llevó, como era de esperar, a apoyar a la

Iglesia confesante del pastor Bonhoeffer en cuanto se publicó la Declaración Teológica de Barmen en 1934. Aunque este texto iba dirigido principalmente contra la «falsa doctrina» de los cristianos alemanes (Deutsche Christen), próximos ideológicamente a los nazis, H. Diem fue más allá de esta lógica exclusivamente teológica en sus acciones.

En 1937, criticó el hecho de que los profesores de religión estuvieran obligados a jurar fidelidad a Hitler. También se negó sistemáticamente a celebrar los éxitos del Führer en política exterior durante sus servicios religiosos. En 1938, junto con otros cinco miembros de la Sociedad Teológica Protestante de Wurtemberg, se negó a prestar juramento a Hitler, como le habían pedido las autoridades superiores de su Iglesia. Como consecuencia, fue suspendido temporalmente por su obispo, T. Wurm. A pesar de esta feroz oposición y del apoyo logístico prestado a los judíos alemanes para introducirlos clandestinamente en Suiza, H. Diem nunca fue detenido.

Al final de la guerra, seguía formando parte de la oposición interna a la jerarquía de la Iglesia evangélica. La obra que publicó en 1946 tenía dos objetivos: en primer lugar, difundir las grandes declaraciones de arrepentimiento de la Iglesia evangélica alemana y, en segundo lugar, desmontar los argumentos teológico-políticos utilizados para denunciar el proceso de desnazificación realizada en el seno de la sociedad alemana. Fue su forma de subrayar la distancia entre las declaraciones de principios y una posición táctica en las antípodas del reconocimiento de la culpabilidad del nazismo. Llegó a declarar que la EKiD «había hecho un gran daño al pueblo alemán».[344]

Pero este tipo de posicionamiento seguía siendo muy minoritario. H. Diem no estaba en condiciones de transformar el discurso de las Iglesias, porque su voz era inaudible entre sus colegas y en la opinión pública. Esto no le impidió continuar su lucha, que prosiguió a través de una carrera académica que comenzó a principios de la década de 1950 en la Facultad de Teología protestante de Tubinga. Comenzó a dar clases en 1951 antes de ser elegido profesor de Teología Sistemática en 1957, a pesar de la no convalidación de su doctorado sobre la relación entre filosofía y

cristianismo en Kierkegaard.

En 1960, con la ola de violencia antisemita en Alemania como telón de fondo, publicó un breve ensayo titulado El misterio del antisemitismo, [345] que formaba parte de una serie de reflexiones que se remontaban a la década de 1940. Su pensamiento precedió al de Jacques Maritain, que a mediados de los 1960 publicó un libro sobre el misterio de Israel.[346]

Basándose en una exégesis de la Biblia, H. Diem insistía en lo que también llamaba el «misterio de Israel», que consideraba la clave para comprender los orígenes teológicos del odio a los judíos en el seno de la Iglesia. Consideraba que la cuestión judía no era un problema racial, sino espiritual, en la medida en que el pueblo de Israel rechazaba la predicación de los apóstoles, lo que, en su opinión, estaba en el origen de las dificultades en las relaciones judeocristianas. Cinco años más tarde, inauguró una serie de conferencias en la Universidad de Tubinga con una ponencia dedicada a la cuestión de la Iglesia y el antisemitismo.

Las potencias aliadas habían depositado sus esperanzas en las Iglesias para que desempeñaran un papel moral-político en el proceso de desnazificación. Sin embargo, aunque participaron plenamente en el debate público, estas actuaron como los principales opositores al proceso de desnazificación, presentándose como defensores de la justicia, el Estado de derecho y la equidad.

Esta lucha adquirió una dimensión particular en la zona ocupada por los soviéticos debido a la creciente oposición entre la Iglesia evangélica y las autoridades político-militares, que atacaban frontalmente su influencia en la parte oriental de Alemania, sobre todo a través de las reformas escolares.

A pesar de los escasos reconocimientos de culpabilidad distribuidos con parsimonia, tanto las autoridades eclesiásticas católicas como las protestantes trataron de justificar y exonerar lo mejor que pudieron a los millones de alemanes acusados de comprometerse con el nazismo, e incluso de cometer crímenes. Apoyándose en el derecho natural, elaboraron un discurso basado en la justicia, pero que resultó ser una forma de traición o desviación del iusnaturalismo.

Al cuestionar la legitimidad del derecho positivo de los Aliados, pretendían trazar una gran línea en el pasado permitiendo que toda una serie de comportamientos y crímenes quedaran impunes. Fueron pocos los que, dentro de las Iglesias, denunciaron la línea oficial con lucidez y valentía.

La desnazificación como «enfermedad crónica»

Entre la seguridad del silencio y la denuncia de la desnazificación

Entre 1933 y 1945, la contribución de lo que el jurista alemán exiliado en París Wladimir Rabinovitch describió en 1936 como la «toga parda» al ejercicio del poder nazi fue sustancial. Muchos juristas alemanes «justificaron lo injustificable»,[347] por utilizar la famosa frase de Olivier Jouanjan.[348] Mediante textos jurídicos y sentencias, desde la primavera de 1933 ayudaron a establecer un Estado totalitario que excluía, estigmatizaba y destruía los derechos humanos más básicos.

A finales de la década de 1920, muchos juristas alemanes, en su mayoría nacionalistas y políticamente conservadores, ya habían tomado conciencia de las ideas de la «revolución conservadora» y, por tanto, del principio de gobernar mediante un estado de excepción por el bien del pueblo.[349] Con la rápida implantación de la doctrina jurídica nazi, dieron la espalda a la tradición del derecho alemán positivista del siglo XIX para permitir que triunfara un derecho völkisch, considerado de auténtica esencia germánica y que Johann Chapoutot ha descrito como el «derecho de la sangre».[350] Después de 1945, varios juristas que habían participado en el funcionamiento de este Estado sin ley fueron rehabilitados progresivamente en sus funciones o cargos.[351]

Los más comprometidos adoptaron la «seguridad del silencio»,[352] siguiendo los pasos del más famoso de todos ellos, Carl Schmitt. Con 57 años, en 1945, Schmitt perdió su trabajo como profesor de Derecho y fue temporalmente encarcelado por los estadounidenses en 1946-1947. Se negó a someterse a un procedimiento de purga que le habría permitido volver a la universidad. Hasta su muerte en 1985, vivió recluido en su pueblo natal de Plettenberg, y le gustaba describirse a sí mismo como un «Maquiavelo maldito». En cualquier caso, C. Schmitt y otros dejaron el camino libre a una nueva generación de juristas deseosos de desprenderse del pensamiento

jurídico nazi y de seguir el ejemplo de Günter Dürig, cuyos comentarios sobre la Ley Fundamental ejercieron una influencia duradera en generaciones de estudiantes de derecho.

También los hubo que una vez rehabilitados no dudaron en denunciar el proceso de desnazificación. En 1948, Hubert Lenz, abogado de profesión, publicó un panfleto de 75 páginas dividido en diez breves e incisivos capítulos.[353] Su objetivo era dar cuenta de su doble experiencia como antiguo presidente de un comité de desnazificación (en la zona británica) y como defensor de las personas que buscaban la rehabilitación.

Titulado El rasgo final, este ensayo hacía balance de tres años de operaciones de purga. Rechazando el principio de culpabilidad colectiva, criticaba las múltiples directivas, la evolución de los procedimientos, la distinción irrelevante entre miembros y no miembros del NSDAP, los problemas vinculados a la definición de un «nazi activista» y los límites de la administración de pruebas. Como era de esperar, denunció la naturaleza política de los comités:

Son tribunales compuestos según criterios partidistas. Los miembros de estos comités no suelen ser profesionales del derecho; son representantes de un partido. Son tribunales partidistas. Y ahí radica el error fundamental y el peligro […] Se ha asociado a tantos alemanes con el nacionalsocialismo que es del todo imposible difamar a una parte tan grande de la población y mantenerla al margen del sistema jurídico durante años. La minoría de un pueblo no puede juzgar a la mayoría. Y la desnazificación no es en absoluto posible […] Por otra parte, dividir al pueblo, incluso durante años, es una aberración. No conduce a la purificación, sino a la ruina definitiva de una nación […].[354]

Desde finales de los años cuarenta, Max Wenzel, catedrático de Derecho Público de la Universidad de Erlangen y miembro fundador de la Asociación de Catedráticos Alemanes de Derecho Público, defendía que los verdaderos culpables y, por lo tanto, las personas que había que juzgar, eran lo que él llamaba los «simpatizantes

materiales», es decir, los altos funcionarios que la desnazificación había clasificado como «exonerados» por la desnazificación al considerar que no eran formalmente miembros del NSDAP.[355] Pero más allá de estas primeras críticas, el representante indiscutible de los «toga parda» fue Otto Koellreutter, uno de los juristas más combativos y visibles en la denuncia de la desnazificación.[356]

La cruzada a destiempo de Otto Koellreutter

Otto Koellreutter era el perfecto representante de esa clase de juristas alemanes que habían servido al régimen en nombre de una lógica de pureza que se consideraba deseable y coherente. Conservador y antirrepublicano, fue profesor de Derecho Público en la Universidad de Jena a principios de los años veinte. También fue miembro de los Cascos de Acero entre 1921 y 1926. Desde principios de la década de 1930, defendió posiciones antisemitas y extremistas.

Se había unido al NSDAP el 1 de mayo de 1933 y se había convertido en uno de los profesores de Derecho Público más destacados del régimen. Decano de la facultad de Derecho de Múnich en 1933, sus textos jurídicos contribuyeron a crear el modelo teórico del «Estado del Führer».[357] Al igual que otros colegas, al final de la guerra se distanció discretamente del régimen por motivos personales, ya que uno de sus tíos fue deportado a Theresienstadt.

Las autoridades militares estadounidenses prohibieron a O. Koellreutter ejercer después de la guerra. Inicialmente, un comité de depuración lo clasificó en la categoría III, la de personas medianamente comprometidas. Recurrió la decisión, reclamando la suspensión de la pena y la multa que se le impuso. Pero la segunda sentencia fue más severa. Considerado fuertemente comprometido, categoría II, fue condenado a cinco años en un campo de trabajo en el verano de 1947. Tras pasar trece meses cumpliendo pena, fue liberado tras un nuevo juicio que lo clasificó como simpatizante, categoría IV. En 1949 se le levantó la prohibición de ejercer su profesión, lo que le permitió jubilarse y recibir formalmente el título de emérito en 1952.

Una vez jubilado y sin cargas legales, sintió que había recuperado

toda la libertad de acción y de expresión para denunciar la desnazificación. A pesar de que su voz se alzó un poco a destiempo, en un momento en que los procedimientos de depuración habían concluido, este desfase temporal no le perjudicó. Al contrario, a través de sus conferencias y ensayos, contribuyó a construir y reforzar la «leyenda negra» de la desnazificación.

Para comprender plenamente su discurso político y jurídico, debemos analizarlo con rigor y citarlo extensamente para sacar a la luz su lógica argumentativa.

En la lógica de C. Schmitt, compartida por su colega O. Koellreutter, los conceptos eran armas en una lucha ideológica y política. O. Koellreutter dirigió así, en un marco democrático en el que podía expresarse libremente, una batalla contra la desnazificación a la que presentó como injusta, peligrosa y amenazadora para la unidad del pueblo alemán.

En septiembre de 1954, uno de sus discursos pronunciados con motivo de la segunda reunión de antiguos internos de Landau, en el Palatinado, dio lugar a la publicación de un libro que repetía argumentos utilizados en ensayos anteriores y llevaba el provocativo título de Desnazificación. Un pecado contra la ley y el honor.[358] En la introducción justificó lo oportuno de sus observaciones: «¿Es necesario hablar todavía de la desnazificación en 1954? Fue una época catastrófica, pasaron muchas cosas y muy terribles».[359]

De hecho, su objetivo era señalar que este procedimiento aún dividía a la población en la década de 1950. Ese mismo año, en un ensayo dedicado a los comités de desnazificación, recordó que, como una «enfermedad crónica, el problema de estos procesos persiste hoy en nuestra vida nacional».[360]

Recordó que en octubre de 1953 todavía era posible en Baviera que los repatriados tardíos (esos prisioneros de guerra que habían pasado de ocho a diez años detenidos en Siberia) recibieran un formulario con las preguntas habituales sobre su pertenencia al - NSDAP cuando se registraban en la Policía. Bajo la presión de la opinión pública, la asamblea regional bávara aprobó urgentemente el 27 de octubre de 1953 una ley que estipulaba que todos los

prisioneros de guerra que hubieran regresado o siguieran detenidos después del 1 de octubre debían ser considerados como personas no concernidas por la Ley de Liberación del 5 de marzo de 1946.

Utilizando la lógica de la teoría de la conspiración, O. Koellreutter acusó, sin nombrarlos explícitamente, a los «círculos que durante años impidieron toda discusión sobre el problema político y jurídico de la desnazificación y que ocultaron las injusticias cometidas en estos procesos, de las que eran conscientes».[361] Pero ¿quién se ocultaba detrás de estos círculos? Para el jurista emérito, la respuesta era obvia: «Políticos, juristas y una parte de la jurisprudencia alemana han evitado hasta ahora estudiar de forma clara y correcta el problema de la desnazificación, perpetuando así, hasta nuestros días, la guerra civil fría orquestada en 1945».[362]

En opinión de O. Koellreuteur, los culpables habían sido víctimas de la venganza de los miembros del tribunal, a los que rehusó nombrar para evitar una demanda por difamación. Era innecesario, pues el mensaje estaba claro para sus oyentes y lectores: los partidos del arco republicano eran en parte responsables de lo que él consideraba una «guerra civil fría». Con esta referencia aludía, sobre todo, a los políticos y abogados de izquierdas (socialdemócratas y comunistas), a los que acusaba de dividir a la sociedad alemana occidental.

En un ensayo publicado en 1954 y dedicado a las salas de desnazificación, O. Koellreutter expresó de manera abierta dudas retroactivas sobre la integridad de los miembros de los comités de purga. Presentándose de manera poco honesta como el autor de un informe jurídico objetivo, hablaba de esas personas en términos muy despectivos: los consideraba «funcionarios políticos que emiten veredictos sobre personas honradas, cuya existencia destruyen».[363]

Un año antes, ya había expresado esta opinión en un libro de texto sobre derecho público alemán, denunciando que los comités de depuración no eran tribunales administrativos de un tipo especial, sino «foros políticos» o «tribunales revolucionarios de la guerra civil fría».[364] Contrariamente a la opinión del Tribunal Federal de Justicia, en su ensayo de 1954 basó su análisis en una sentencia del más alto tribunal administrativo de la región de Baden-Wurtemberg, dictada el 15 de febrero de 1951, que contenía los

siguientes principios: «Las salas de vistas y de apelación creadas para la aplicación de la Ley n.° 104 (art. 24) no son verdaderos tribunales, sino autoridades cuasijudiciales».[365]

En su opinión, dado que la desnazificación se definía por un carácter puramente político, los miembros de los comités de desnazificación no eran más que funcionarios políticos que, con sus acciones, pretendían «estigmatizar a una gran parte del pueblo alemán como enemigo político», con la ambición «no solo de eliminarlos de la vida política, sino también de destruirlos moral y materialmente o, como mínimo, de causar a estos alemanes, así como a sus familias, los más graves perjuicios».[366]

Comenzó desmontando la supuesta imparcialidad del juez y de los miembros de las comisiones:

La independencia personal de los jueces forma parte de la esencia de la administración de justicia en un Estado de derecho. Pero esa independencia personal es imposible entre los miembros de un comité de depuración, aunque solo sea porque los miembros de la sala de vistas proceden de un estrato político específico, y son contrarios al nacionalsocialismo y al militarismo.[367]

A continuación, señaló al exministro bávaro Heinrich Schmitt, al que acusó de manipulación política con fines ideológicos:

El ministro de Estado Heinrich Schmitt […] aprovechó la ocasión para introducir en las salas de vistas a un gran número de comunistas que, a su vez, según la voluntad del ministro comunista, pretendían utilizar la desnazificación como medio de reequilibrar la sociedad según las líneas comunistas y como medio de reestructurarla mediante la destrucción moral y material de la intelectualidad, de los círculos económicos y del Ejército alemán que hasta el último día sacrificó su sangre por la patria.[368]

O. Koellreutter consideraba que la desnazificación había sido una herramienta política utilizada por las fuerzas de izquierda y las potencias extranjeras para dividir al pueblo alemán. Este jurista estaba obsesionado con la unidad de la sociedad alemana, a la que veía como una comunidad homogénea: «La Ley de Liberación no es una ley penal. Se trata más bien de una norma puramente política cuyo objetivo explícito es aniquilar al adversario político o, al menos, dejarlo fuera de combate».[369]

La lógica argumentativa de O. Koellreutter recuerda el pensamiento de Schmitt sobre la dicotomía entre amigo y enemigo. Según él, tras la máscara del Estado de derecho y del Estado constitucional, la práctica injusta e inicua de la desnazificación había abierto una brecha entre la población alemana.

Es interesante observar que, aunque el pensamiento jurídico nazi no sobrevivió al régimen político del Tercer Reich, ciertos patrones de pensamiento seguían difundiéndose en determinados sectores de la sociedad alemana a principios de la década de 1950. Junto con las Iglesias, algunos miembros de la antigua «toga parda» también participaron activamente en la denuncia y la crítica de la desnazificación.

Estas voces críticas redujeron constantemente los comités de depuración a «tribunales políticos» y reforzaron la idea de que los alemanes de a pie eran víctimas de un inicuo sistema de justicia de vencedores, o incluso de un nuevo «Estado totalitario». Con sus argumentos, continuaban transmitiendo parte del legado ideológico del nacionalsocialismo: la idea de un pueblo unido y homogéneo y la denuncia de elementos externos que dividían a los alemanes.

El caso Veit Harlan o la responsabilidad artística en el exterminio de los judíos

«La película de Harlan, El judío Süss. Una auténtica genialidad. Una película antisemita como solo nosotros podíamos esperar. Estoy encantado».

Diario de Joseph Goebbels, 18 de agosto de 1940

Un escándalo político y cultural

Junto con Leni Riefenstahl, el director Veit Harlan representa en la memoria colectiva la encarnación indiscutible del pacto fáustico que hicieron algunos artistas alemanes con el nazismo. Aún hoy, esta figura central del cine alemán de los años 1930 y 1940 sigue polarizando dos bandos: por un lado, los que denuncian su inmoral arribismo y, por otro, los que se indignan por la campaña de odio a la que fue sometido V. Harlan después de la guerra y que, supuestamente, lo llevó a una muerte prematura en 1964, a la edad de 64 años.

Veit Harlan fue el cineasta mejor pagado de Alemania bajo el Tercer Reich, y se le asociará para siempre con la propaganda cinematográfica nazi a través de El judío Süss, una película rodada y estrenada en 1940.

En los años 1949 y 1950, su doble juicio de desnazificación fue un gran acontecimiento mediático nacional, nueve años antes del juicio a Eichmann y trece antes de los juicios de Fráncfort. Se juzgó al director por su posible responsabilidad artística en crímenes contra la humanidad. Su compleja personalidad provocó fuertes reacciones de muy diversa índole en la sociedad alemana, incluidos insultos y agresiones físicas.

Examinar el caso Veit Harlan a partir de su expediente de desnazificación significa comprender cómo, tras la Segunda Guerra Mundial, se abordó y trató la cuestión de la responsabilidad artística en el exterminio de los judíos.

¿Hasta qué punto la actividad artística de V. Harlan podía considerarse una contribución objetiva a la realización de crímenes contra la humanidad? ¿Había facilitado de alguna manera que los autores de esos crímenes pasaran a la acción? ¿Podría una película, por sus cualidades estéticas y su éxito entre la población, incitar a

matar y, por tanto, constituir un crimen?[370] ¿Debe equipararse la violencia física cometida contra los judíos con la influencia ejercida por los artistas en la sociedad?

Un hombre libre

El 23 de abril de 1949, justo cuando los debates constitucionales estaban a punto de concluir en Bonn con un acuerdo político entre los socialdemócratas y los democristianos sobre la Ley Fundamental, una multitud de periodistas y curiosos se reunió frente al Palacio de Justicia de Hamburgo. Inscrita en el frontón de este imponente edificio de estilo clásico construido a principios del siglo XX, una cita del Digesto dominaba el portal de entrada: Just est ars boni et aequi ('El derecho es el arte de lo bueno y lo justo'). El Tribunal Superior de Justicia de Hamburgo se preparaba para emitir su veredicto en el caso Harlan, sin dejar de sentirse cuestionado por este extraño juicio a la cultura alemana.

Tras ocho semanas de un proceso que atrajo una gran atención mediática en Alemania (aunque casi ninguna en el extranjero), el famoso director de cine Veit Harlan, que había sido desnazificado con éxito por primera vez en 1948, estaba a punto de saber si sería condenado o no por complicidad en un crimen contra la humanidad. El caso había causado tal revuelo que las entradas para su juicio se agotaron enseguida, y hubo que imprimir entradas especiales.

Además, un giro dramático añadió un toque de misterio al proceso. El 22 de abril, la víspera del veredicto, Maria Byk, la viuda de Ferdinand Marian (el actor que interpretó el papel del judío Süss y que murió en un accidente de coche en 1946), que había testificado a favor de Harlan un mes antes, se ahogó en el Alster. ¿Se suicidó o alguien la empujó al río? Las circunstancias de su muerte nunca fueron aclaradas.

Tras interrogar a más de veinte testigos y consultar los archivos históricos relativos a Joseph Süss Oppenheimer[371] en Stuttgart, el Tribunal Superior de Justicia de la ciudad hanseática se disponía a dictar la sentencia más esperada de toda la era de la desnazificación

cultural.

Presidido por Walter Tyrolf, antiguo juez de instrucción comprometido con los nazis que había sido rehabilitado dos años antes, el jurado estaba compuesto por seis personas, cinco hombres y una mujer. Se trataba de un comité de depuración típico en cuanto a su heterogeneidad socioprofesional, ya que incluía a un impresor, una química, un director de escuela, un oficinista, un cerrajero y un tornero.

Estos ciudadanos corrientes, con profesiones ajenas a los ámbitos de las artes y la práctica jurídica, tenían la onerosa tarea de juzgar la complejísima relación entre un cineasta colaboracionista, una obra de arte realizada por encargo del Ministerio de Propaganda de Joseph Goebbels y la actividad genocida de los nazis, cuyo alcance apenas empezaba a comprenderse. Tras la lectura de una acusación de 32 páginas que se prolongó durante seis horas, el fiscal Gerhard Kramer pidió para Veit Harlan dos años de prisión y una multa de 105 000 marcos (DM).

Pero cuando las puertas Palacio de Justicia se abrieron poco antes del mediodía, se levantó un clamor: el «director del mal», como a veces se lo describía en la prensa, acababa de ser absuelto. Salió del tribunal como un hombre libre; todos los cargos contra él habían sido retirados. Aclamado por una multitud exultante y con expresión triunfante, V. Harlan fue llevado a hombros por uno de sus partidarios. Anunció entonces con orgullo su intención de pasar página y embarcarse en un nuevo proyecto cinematográfico titulado Xanthippe, dedicado a la figura de Sócrates.

La búsqueda de la reinserción profesional de «Harlan el maldito»

En sus memorias,[372] V. Harlan se mostró muy discreto sobre el periodo de posguerra que pasó en Hamburgo junto a su esposa Kristina Söderbaum. Su objetivo era simple: activar sus antiguas redes de contactos profesionales para volver al negocio del cine y hacer películas de nuevo. Así pues, buscaba el apoyo de actores, directores y críticos, preferiblemente antiguos colegas o amigos judíos que hubieran emigrado a Estados Unidos o sobrevivido a la guerra.

V. Harlan deseaba reanudar sus actividades profesionales lo antes posible, pero el Gobierno militar británico le había prohibido ejercer su profesión de cineasta. Rechazado y sin el apoyo de sus amigos íntimos, algunos de los cuales también habían sido expulsados de la profesión, intentó borrar la mancha indeleble de haber sido el «favorito» de los nazis justificando su comportamiento en aquella época ante los representantes judíos de la cultura alemana.

En el verano de 1947, comenzó a reanudar su correspondencia con Julius Bab, dramaturgo y crítico teatral alemán de origen judío que vivía exiliado en Estados Unidos desde 1939. En julio de 1933, Bab había sido uno de los cofundadores de la Unión Cultural Judía Alemana, creada en respuesta a la exclusión de los artistas judíos de la vida cultural en Alemania. El contacto entre ambos se había roto en 1939. En una carta con fecha del 6 de octubre de 1947, V. Harlan se confesaba «avergonzado de haberse acostumbrado a mezquindades superficiales» y llegaba a esta amarga conclusión: «Pero todo esto suena demasiado a defensa, y una y otra vez caigo en la trampa de intentar defenderme explicando algo inexplicable…».[373]

Había quien consideraba imperdonable este «algo inexplicable», es

decir, su participación efectiva y decisiva en la maquinaria de propaganda nazi. Era la opinión, por ejemplo, de uno de los actores favoritos de Fritz Lang, Otto Wernicke, la mitad de cuya familia fue asesinada en campos de concentración. Estas manifestaciones mantenían a V. Harlan como un «apestado».[374]

A finales de 1947, debilitado por problemas cardíacos que le hacían aparentar 70 años cuando aún no había cumplido 50, V. Harlan pareció ganar la primera batalla en su lucha por la rehabilitación y la reinserción profesional. El 16 de diciembre de 1947, fue desnazificado por la Sala Central de Rehabilitación de Hamburgo y clasificado en la categoría V, la de los exculpados de todo, con el argumento de que nunca había sido miembro del NSDAP.[375]

Esta decisión iba en contra de los deseos del subcomité n.° 7, encargado inicialmente del caso y que había emitido un dictamen del todo diferente. Este subcomité había recogido una serie de informaciones, en particular del Comité de Desnazificación de Berlín. Incluso se organizó una proyección de la película El judío Süss y, el 10 de diciembre de 1947, el presidente propuso a sus colegas que el expediente Harlan se transfiriera al fiscal por considerar que la película representaba «un trabajo de enorme propaganda a favor de la persecución y el exterminio de los judíos».[376]

La propuesta fue aprobada por unanimidad, pero dos días después el comité central, sin molestarse en notificárselo al subcomité n.° 7, la rechazó. Peor aún, organizó una nueva sesión de evaluación y limpió el nombre de V. Harlan. Justificó no haber tomado en consideración ciertas informaciones (en particular las procedentes de Berlín, que incriminaban al director) porque, en su opinión, ya se disponía de información suficiente para tomar una decisión.

La desnazificación de V. Harlan provocó vehementes protestas de los miembros del subcomité. En términos más generales, causó reacciones airadas y críticas que podrían haber llevado al director a abandonar Alemania, siguiendo el ejemplo de su colega Karl Ritter, conocido durante el Tercer Reich por sus documentales sobre la Legión Cóndor en 1939 y los Stukas en 1941, y que se exilió en Argentina. El 5 de enero de 1948, la actriz Hélène Rothenberg envió una impetuosa carta al Comité para la Desnazificación de los

Artistas, en la que describía a V. Harlan como «un criminal de - guerra mental»:

Puede decirse que la calumniosa película de Veit Harlan El judío Süss, que se proyectó en todo el mundo, logró plenamente sus objetivos. Hoy resulta aún más increíble que Veit Harlan se atreva a afirmar que la cinta se filmó para despertar compasión por los judíos. Quienes realizan este tipo de películas tienen unos objetivos concretos.

Me gustaría describir el ambiente que se respiraba tras la proyección de El judío Süss. Al terminar la película, una mujer alzó la voz y dijo (cito literalmente): «Si quedaba algo en mí que fuera favorable a los judíos, esta película lo ha borrado. Es justo que el Führer les haga esto, porque no se merecen nada mejor». Inmediatamente, los demás asistentes al cine secundaron a la mujer y dijeron: «Ahora sí que nos han mostrado a los judíos, tenemos que colgar a la escoria judía, entonces estaremos mejor». Espero y deseo que nadie se crea su disculpa de hoy.[377]

A pesar de ser atacado, insultado e incluso agredido físicamente, V. Harlan estaba decidido a quedarse y trabajar en Alemania. El 3 de enero de 1948, en una larga carta a su antigua ayudante Conny Carstennsen, expresaba una mezcla de rabia, sentimiento de abandono y desesperación:

Lo que me molesta es que los políticos que no me conocen, que no saben nada de mí y que no han visto ninguno de mis trabajos estén haciendo un ruido asesino, mientras que mis colegas que sí me conocen y saben la verdad se callan. […]

Hay que reconocer que soy un patriota y lo seguiré siendo hasta mi último aliento: pero ¿fui alguna vez un nazi? ¿Tengo algo que ver con las tristes misiones que Goebbels me confió? ¿Por qué callan todos, en realidad? […]

Sé que no es agradable verse envuelto en el torbellino de los odiosos ataques políticos contra mí. A veces uno se pregunta si merece la pena vivir en un mundo así […].[378]

Unos meses más tarde, el antiguo crítico de cine y jefe del Servicio Federal de Prensa Erich Lüth llegó a acusar públicamente a V. Harlan de complicidad en el genocidio. En un artículo publicado en el semanario cinematográfico Film Echo en mayo de 1948, declaró que los 6 millones de judíos exterminados fueron «víctimas de la mente diabólica de Veit Harlan».[379]

En el verano de 1948, el director se enteró de que el fiscal de Hamburgo, Gerhard Kramer, había reunido pruebas suficientes para acusarle de complicidad en crímenes contra la humanidad. Kramer era un jurista conocido por sus dotes oratorias y su cercanía política a los socialdemócratas. Publicada el 15 de julio de 1948, la acusación se basaba en las denuncias presentadas por supervivientes judíos del genocidio que eran miembros del Comité Judío de Hamburgo: Fritz Sarne,[380] un antiguo trabajador forzado deportado a Auschwitz que ya había testificado en el juicio a IG Farben en 1948, sus compañeros Jacob Finding y Horst Winkowitz, y Ewald Wolf, que hizo carrera como actor en papeles secundarios en la RDA.

La estrategia de G. Kramer era doble y se formuló de la siguiente manera en la acusación, en la que la película El judío Süss se consideraba uno de los elementos que conducían a lo que extrañamente él llamaba «el éxito final»:

Cualquier acción que facilite o fomente un crimen masivo, llevada a cabo intencionadamente y con pleno conocimiento de los hechos, debe considerarse una contribución suficiente a los crímenes contra la humanidad.[381]

Para redactar su acusación contra V. Harlan, el fiscal G. Kramer se

basó en el párrafo 2 del artículo 2 de la Ley n.° 10 del Consejo de Control Aliado del 20 de diciembre de 1945. Este texto, común a las cuatro zonas de ocupación, identificaba como culpables de crímenes contra la humanidad no solo a los verdugos, sino también a todos aquellos que contribuyeron a la realización de estos crímenes, ya fuera ordenándolos o alentándolos.

El fiscal utilizó el término alemán Gehilfe, es decir, 'auxiliar', para describir la responsabilidad del cineasta. Según G. Kramer, aunque no hubiera pruebas directas, V. Harlan había producido una obra artística que, en forma de nexo causal, había calumniado a sus compatriotas judíos y provocado su posterior exterminio.

En contra del consejo de su cardiólogo, el cineasta se negó a aplazar el juicio por motivos médicos. Sin dejar de escribir, se preparó para la dura prueba del proceso en un clima tenso en el que recibió tantas cartas de apoyo como declaraciones de odio.

Veit Harlan, ¿auxiliar del genocidio o artista sometido a la arbitrariedad nazi?

El juicio se inició el 3 de marzo de 1949 y las sesiones se retransmitieron en directo por la radio hasta el veredicto del 23 de abril. V. Harlan no era el primer cineasta alemán acusado de crímenes contra la humanidad. Su colega Hans Zöberlein, implicado directamente en la masacre de Penzberg, en Baviera, en abril de 1945,[382] fue condenado a muerte en 1948 aunque se le conmutó la pena por cadena perpetua. A diferencia de aquel caso, a V. Harlan no se le podía acusar de violencia física, pero se le imputaba incitación a la acción genocida.

La sala del tribunal se convirtió en un campo de batalla entre el dúo que llevaba la acusación, formado por el fiscal G. Kramer y su ayudante Tiemann, y el equipo de la defensa, integrada por los abogados Otto Zippel y Erich Wandschneider. Estos últimos, muy conservadores políticamente, habían adquirido cierta experiencia en

juicios por crímenes de guerra desde 1945. O. Zippel había intervenido entre diciembre de 1946 y febrero de 1947 en el proceso a los responsables del campo de Ravensbrück,[383] y después entre agosto de 1947 y junio de 1948 en el juicio a IG Farben.

Antiguo miembro del NSDAP, E. Wandschneider había defendido bajo el régimen nazi a comunistas, como el dirigente del KPD Ernst Thälmann, así como a socialdemócratas y miembros de la Iglesia confesante. Después de 1945, junto con Otto Zippel, formó parte del equipo de abogados defensores en el juicio de Ravensbrück. También defendió al antiguo secretario de Estado de Justicia, Curt Rothenberger, al antiguo director adjunto de la acería Krupp, Heinrich Leo Korschan, en el juicio a Krupp que se celebró entre diciembre de 1947 y julio de 1948, o al antiguo jefe de Policía de Cracovia durante la ocupación alemana, implicado en la liquidación del gueto de Varsovia en 1943.

Las acusaciones del fiscal G. Kramer y su ayudante Tiemann se basaban en una meticulosa investigación, que los llevó a organizar la proyección antes del juicio, en una sesión privada, de El Judío Süss y de Kolberg, el 21 de febrero de 1949, ante representantes del Senado de Hamburgo, de la política y de la prensa. Su objetivo era sensibilizar a los responsables políticos y a los periodistas. También movilizaron a su equipo para investigar en los archivos de la Sala de Cultura del Reich y en los ejemplares del Völkischer Beobachter.

Por ejemplo, en el ejemplar del 5 de mayo de 1933, hallaron un artículo firmado por Charlotte Koehn-Behrens en el que V. Harlan hacía referencia a las «intrigas judías» que habían provocado la muerte de su padre.[384] Se convocó, asimismo, a varios testigos que participaron de un modo u otro en la realización del proyecto cinematográfico.

El fiscal deseaba establecer una clara relación causal entre, por un lado, la película, presentada a la vez como una obra de arte y un vehículo de propaganda antisemita, y, por otro, la violencia perpetrada contra los judíos. G. Kramer presentó El judío Süss como una «contribución que sentó entre la población las condiciones psicológicas para que se llevara a cabo el crimen masivo de los nazis».[385] Entre otras cosas, se basó en el testimonio de un antiguo deportado al campo de Sachsenhausen, que afirmó que la película

se proyectó allí a principios de 1941 y que, tras el visionado, varias docenas de prisioneros judíos fueron golpeados con látigos.

Además, para demostrar la plena y total responsabilidad de V. Harlan, G. Kramer presentó el filme no como una obra de encargo impuesta en el marco de una relación jerárquica de superioridad, sino como el fruto de un contrato de trabajo desprovisto de vínculos de subordinación y, por lo tanto, de coacción. Así pues, retrató a un artista independiente, con una consciencia plena de la empresa cinematográfica que estaba desarrollando. El fiscal trató de convencer a los miembros del jurado de que V. Harlan era, ante todo, un director ambicioso muy preocupado por su carrera y que no tenía ninguna intención de rechazar una oferta tan bien remunerada.[386]

Según el fiscal, que declaró basarse en conversaciones íntimas no datadas entre V. Harlan y sus actores Ferdinand Marian y Eugen Klöpfer, el acusado llegó a sugerirles que los implicados en la producción de la película estarían «jodidos si el Tercer Reich se derrumbaba», e incluso llegó a decir que serían «fusilados».[387]

En la vista del 9 de abril de 1949, G. Kramer llamó como testigo clave al asesor dramático de la DEFA, Wolfgang von Gordon, que había trabajado al servicio de los nazis para la mayor productora cinematográfica alemana, Terra Produktion, en la década de 1930, antes de incorporarse a la UFA en 1942. Según Von Gordon, el primer guion de El judío Süss había sido escrito por Ludwig Metzger, pero V. Harlan había obtenido permiso para reescribirlo en una versión más antisemita, lo que utilizó para acentuar la caracterización de los personajes judíos.

Frente a las acusaciones del fiscal, la línea de defensa del cineasta fue sencilla. Obviamente, sus abogados trataron de refutar la tesis de la responsabilidad individual de su cliente por el genocidio judío. En su opinión, G. Kramer no hacía más que repetir la teoría de la culpabilidad colectiva desarrollada en el juicio de Núremberg. Si V. Harlan era condenado por los actos de los que se le acusaba, es decir, por ser responsable de haber producido intencionadamente propaganda letal, entonces decenas de miles de personas más tendrían que ser juzgadas.

En paralelo, los abogados del director también argumentaron que la película tenía pretensiones históricas, y que su cliente se había limitado a narrar ciertos acontecimientos del siglo XVIII. Se trataba de una estrategia para atenuar o incluso distanciarse del contexto político de 1939-1940. Durante su comparecencia, V. Harlan reconoció que el mensaje antisemita de la película constituía ciertamente un peligro potencial, pero se negó a aceptar la responsabilidad de los posibles efectos que las imágenes pudieran haber tenido en el público alemán:

Reconozco el peligro de filmar una película rigurosa y no inexacta, y que este peligro, si cobra forma, puede tener unos efectos terribles. Pero ¿qué le queda a un verdadero artista?

Sobre la dimensión antisemita de la película, E. Wandschneider llegó incluso a plantear el peligro de un posible recrudecimiento del «instinto antisemita» en caso de una sentencia desfavorable para V. Harlan.[388] Por extraño que parezca, esta línea de defensa implicaba que el éxito popular de El judío Süss había producido y reforzado, en efecto, una cultura del antisemitismo que ya estaba profundamente arraigada en la población alemana ¡y que solo esperaba a ser despertada de nuevo!

En términos más generales, los dos abogados trataron de diluir la cuestión de la responsabilidad presentando al cineasta como un mero ejecutor de la voluntad de J. Goebbels. Se basaron primero en el interrogatorio al que se sometió al director en 1948, durante el cual negó haber sido nazi y antisemita:

Sobre el nacionalsocialismo, deseo decir lo siguiente: obviamente he rechazado de plano el nacionalsocialismo […] En mi opinión, un nacionalsocialista solo puede ser antisemita. Pero no puede convertirse en antisemita, tiene que serlo. Nunca he sido ni me he convertido en antisemita […].[389]

Acusaron al difunto ministro de Propaganda, J. Goebbels, de coacción con el fin de subrayar que V. Harlan, en contra de los deseos de este, se había esforzado en crear la película más «respetuosa con la humanidad» posible. Querían demostrar a los miembros del jurado que, de hecho, el director había suavizado el mensaje antisemita impuesto por J. Goebbels y que había dado una imagen del judío Süss más positiva que la imaginada inicialmente.

La estrategia consistía en trazar el retrato de un cineasta que había sido víctima de la arbitrariedad del Ministerio de Propaganda y que «se resistía en su interior a las intenciones de los nazis».[390] En su defensa, O. Zippel y E. Wandschneider esgrimieron repetidamente la supuesta humanidad del director. Basándose en testimonios como el de su antigua ayudante Carstennsen, señalaron, por ejemplo, que V. Harlan había contratado a extras y cantantes judíos para la película ¡y que se había preocupado de tratarlos bien![391]

La supuesta consideración del cineasta hacia los figurantes judíos y, más en general, la ayuda que se dice que prestó a algunos artistas judíos o a ciertas personas casadas con alguien de confesión judía se pusieron en valor en el marco de un contexto nazi de exclusión, en el que, por otra parte, esta atención no alteró en absoluto la situación y el futuro de estas personas.

De hecho, la supuesta atención del cineasta hacia los judíos estaba artificialmente henchida porque, por un lado, no había entrañado ningún riesgo para V. Harlan y, por otro, no había aportado ningún beneficio real a los judíos afectados. A ojos del fiscal G. Kramer, tal humanidad no era más que «una especie de garantía en caso de que el Tercer Reich llegara a su fin».[392]

La indulgencia del tribunal

Como hemos explicado, el 23 de abril de 1949, el tribunal emitió sus conclusiones a través de su presidente, W. Tyrolf. Respondía a cinco preguntas principales: ¿Era V. Harlan un activista político? ¿Era antisemita? El rodaje de la película El judío Süss ¿convierte al cineasta en cómplice de un crimen contra la humanidad? ¿Constituye la participación en una película antisemita un comportamiento agresivo según la Ley n.° 10 del Consejo de Control Aliado? ¿Tuvo esta película con un discurso de odio consecuencias inhumanas?

En opinión del tribunal, V. Harlan no podía ser considerado un activista político. Su trayectoria vital no mostraba ningún interés particular por la política: el cineasta se afilió al SPD durante unas semanas y nunca fue miembro del NSDAP ni de ninguna de sus organizaciones satélites. Cualquier relación que pudiera haber tenido con Otto Strasser fue descrita como insignificante y superficial.

En segundo lugar, los miembros del jurado consideraron que las pruebas presentadas por el fiscal no permitían concluir que el cineasta tuviera una actitud antisemita. Sus relaciones familiares, personales y profesionales atestiguaban una actitud que se consideraba «benévola y amistosa»:[393] V. Harlan se había casado en primeras nupcias con la actriz judía Dora Gerson; se había formado con dramaturgos judíos (Reichhardt y Jessner) y estaba demostrado que tenía muchos amigos judíos. Además, según el jurado, la película El judío Süss no derivaba necesariamente de una convicción antisemita. Además, el tribunal reconoció el carácter obligatorio del encargo y «el hecho de que, al principio de la guerra, un director de cine no podía evitar las presiones del Ministerio de Propaganda sin correr el riesgo de ser enviado a un campo de concentración».[394] Repitió casi palabra por palabra la posición que V. Harlan había defendido durante su interrogatorio en 1948.

El director había realizado una película que, según el tribunal, no reunía las condiciones de un crimen contra la humanidad. Los miembros del jurado reconocieron la «tendencia fuertemente antisemita» de la obra, pero llegaron a la conclusión de que la cinta no contenía ningún tipo de llamamiento al exterminio de los judíos. El ahorcamiento final del protagonista, subrayado durante el proceso por el fiscal G. Kramer, no se consideró prueba suficiente para sugerir que la película constituyera una «invitación» a masacrar a los judíos.

El tribunal reconoció la responsabilidad de V. Harlan por haber realizado una obra dirigida contra los judíos y, por lo tanto, rechazó el argumento de que el cineasta se había limitado a crear una obra histórica. Pero estimó que la película no había contribuido al desarrollo de comportamientos agresivos y, por tanto, a la explosión de violencia contra los judíos.

Por último, según los miembros del jurado, la acusación no había demostrado que ningún judío hubiera sufrido violencia como consecuencia directa de la proyección de la película. No se aceptó el ejemplo de las agresiones perpetradas en Sachsenhausen alegando que, por entonces, hechos como esos eran habituales y que la proyección de la película no tenía necesariamente una influencia directa.

En sus conclusiones, el tribunal reconoció, más allá del caso concreto de la película, que «el trato infligido a los judíos por las autoridades nazis [podía] considerarse de principio a fin como un único crimen en masa llevado a cabo de forma continuada».[395] Por lo tanto, se consideró que este trato particular de los judíos, tanto individual como colectivo, formaba parte de una única fase histórica que abarcaba los doce años de existencia del Tercer Reich. El tribunal señaló que la película se había producido en un momento en el que el proceso de exterminio aún no había comenzado.

El juicio conmovió a toda Alemania y generó una gran reacción. Un análisis de las cartas de los lectores al semanario Der Spiegel revela una tendencia a convertir a V. Harlan en una especie de víctima expiatoria. Un tal Oswald Matthias compartía estos pensamientos, publicados en la edición del 22 de abril de 1949, un día antes de

que se dictara sentencia:

Veit Harlan fue el pintor espiritual y artístico del colosal fresco El judío Süss. Si fuera condenado, la inevitable consecuencia lógica sería que todos los artistas que pintaron los emblemas del Imperio nazi en paredes y carteles, todas las costureras que cosieron las banderas y estandartes de la organización nazi y todas las bordadoras que confeccionaron las insignias de la estrella judía deberían ser condenadas de la misma manera.[396]

En cuanto terminó el juicio, la prensa comunista de la zona ocupada por los soviéticos criticó enérgicamente la sentencia. El 24 de abril de 1949, el Tägliche Rundschau lamentaba que, tras su absolución, Harlan podría continuar su «obra asesina».[397] Tres días más tarde, en su edición del 27 de abril de 1949, el órgano oficial del SED, Neues Deutschland, fue aún más lejos en su denuncia, llamando a testificar a las miles de víctimas de la barbarie nazi. Sin embargo, esta retórica antifascista no nombraba explícitamente a las víctimas judías:

Nada va bien. Desde las fosas comunes, desde las cenizas esparcidas de Maïdanek y Auschwitz, Sachsenhausen, Ravensbrück y Buchenwald, la gente grita a los cuatro vientos: ¡Harlan el asesino!

¡Acusan! Nosotros, los supervivientes de las prisiones y campos de concentración, los hermanos y hermanas de los asesinados, los hijos y padres de los gaseados, ahogados y asesinados, ¡acusamos! ¡Veit Harlan es un asesino de masas![398]

Por su parte, G. Kramer no se dio por vencido. Recurrió la decisión y el 10 de agosto de 1949 presentó un recurso de revisión ante el tribunal de Hamburgo. Su acusación se basaba ahora principalmente en el hecho de que el director de cine había tenido

conocimiento del trato inhumano infligido a los judíos en los campos de concentración en la primavera de 1940, el momento en que había empezado a escribir el guion de la película. Ello condujo a un nuevo juicio en abril de 1950 que, esta vez ante la relativa indiferencia de la opinión pública, confirmó la primera sentencia.

La clemencia mostrada por el tribunal en 1949, confirmada en apelación en 1950, es una clara indicación de la dificultad de juzgar la responsabilidad individual de un artista. Sobre todo, reflejaba entonces la voluntad de los miembros del jurado de no reconocer ninguna forma de responsabilidad penal a V. Harlan en el genocidio judío.

En el ámbito de la cultura, la inculpación del cineasta se vivió como una especie de descarga de responsabilidad. Sin embargo, el hecho es que las proyecciones de las nuevas películas de V. Harlan, a principios de los años 1950, fueron acompañadas de campañas de boicot orquestadas por estudiantes y asociaciones de antiguos deportados. En cuanto al crítico E. Lüth, siguió denunciando obstinadamente en sus artículos el arribismo de V. Harlan bajo el nazismo.

V. Harlan reanudó su carrera como cineasta sin recuperar nunca el éxito y la gloria que había disfrutado en el pasado. En el fondo, este doble juicio lo descalificó a ojos de una parte de la sociedad alemana y del mundo de la cultura.

El tribunal de la historia o el error político de Oskar von Hindenburg

Los principales dirigentes políticos del Tercer Reich fueron juzgados por el Tribunal Militar Internacional entre noviembre de 1945 y octubre de 1946 en lo que el historiador Guillaume Mouralis ha descrito como el «momento Núremberg».[399] Se les acusó de cuatro cargos: conspiración para cometer crímenes contra la paz, crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad y crímenes contra la paz.

En el proceso, solo comparecieron ante el tribunal veintiuno de los veinticuatro acusados: Martin Bormann, secretario del NSDAP, fue juzgado y condenado en rebeldía; Robert Ley, jefe del Frente Obrero Alemán (Deutsche Arbeitsfront, DAF), se suicidó en vísperas del juicio y Gustav Krupp, el industrial del acero, fue eximido del proceso debido a su estado de salud. Con conceptos jurídicos novedosos como el de genocidio, el Tribunal de Núremberg juzgó la responsabilidad política de quienes habían ocupado los cargos políticos y militares más importantes del régimen nazi.

Casi cuatro años después del final de la Segunda Guerra Mundial, el 14 de marzo de 1949, la segunda sala del Comité de Desnazificación de Luneburgo, en Baja Sajonia, se reunió para decidir sobre la suerte de un oscuro asesor cuyo destino había estado estrechamente ligado a la llegada de los nazis al poder en enero de 1933 y, por lo tanto, al final de la primera democracia alemana. La persona juzgada no era otra que el hijo del expresidente Paul von Hindenburg, Oskar, que había sido su ayudante y asesor más cercano desde el 1 de mayo de 1925 y hasta la muerte del expresidente el 2 de agosto de 1934.

Se trataba de un juicio de apelación, ya que en la primera sentencia dictada por la sala de desnazificación de Uelzen el 26 de marzo de 1947, Oskar von Hindenburg había sido reconocido como un ferviente partidario del nacionalsocialismo, lo que llevó a las autoridades militares a ordenar la congelación de sus cuentas personales. Al mismo tiempo, dado el relevante papel que se le

atribuía, el comité quiso que la decisión final fuera tomada por una autoridad superior de depuración. Dos años más tarde, el comité de Luneburgo debía dictaminar hasta qué punto O. von Hindenburg se había comprometido con el nacionalsocialismo.

Sin embargo, el procedimiento, que tuvo lugar justo al final del proceso de desnazificación, adquirió una dimensión profundamente política, y se convirtió incluso en un «experimento historiográfico»,[400] en la medida en que planteó la cuestión de la responsabilidad política directa de la figura más eminente del entorno cercano del presidente Von Hindenburg en el nombramiento de Hitler para la Cancillería el 30 de enero de 1933.

Al igual que el proceso Harlan, analizado en el capítulo anterior, que tuvo lugar casi simultáneamente, el juicio a O. von Hindenburg fue mucho más allá de una simple lógica de purga. Mucho más breve y con una cobertura mediática mucho menor, este caso arroja luz sobre la relación entre un hombre situado en el corazón del poder en decadencia de la República de Weimar y la cuestión de la responsabilidad política individual.

¿Podía juzgarse en 1949 un error político cuyas consecuencias habían sido inconmensurables? ¿Qué estrategias discursivas pusieron en marcha durante el juicio los defensores de Von Hindenburg para afrontar o eludir esta cuestión en la encrucijada de la justicia y la historia?

La voluntad de judicializar el pasado reciente

Bajo la dirección de Alfred Berger, un presidente de tribunal administrativo jubilado, ocho ciudadanos de a pie asumieron la responsabilidad de evaluar el grado de responsabilidad personal de O. von Hindenburg en el establecimiento de la dictadura nazi. Eran comerciantes, empleados de la administración ferroviaria o comercial, artesanos o amas de casa.

El expediente de la acusación fue elaborado por el fiscal Werner Saling, un hombre que tenía una cuenta personal que saldar con el nazismo. Nacido en 1903, había estudiado Derecho y se tituló como abogado en 1932, antes de verse obligado a abandonar su profesión por motivos políticos cuando los nazis llegaron al poder. Incluso fue encarcelado por un tiempo en virtud de la ley de 1934 contra la perfidia (Heimtückegsetz), que criminalizaba cualquier crítica al - NSDAP o al Estado.

Después de la guerra, tras ser desmovilizado, se afilió al SED en 1946 y se benefició de los efectos de la purga en el ámbito de la justicia: se convirtió en fiscal del Tribunal superior regional de Schwerin. Las crecientes tensiones políticas con el ministro del Interior de la región de Mecklemburgo le llevaron a abandonar la zona de ocupación soviética en 1948 y a convertirse en fiscal del tribunal de Luneburgo, donde se encargó de los procesos de desnazificación.[401]

Con el objetivo de preparar este juicio de apelación, W. Saling recopiló un corpus de documentos de gran valor histórico: la - correspondencia entre Hitler y el jefe de la Cancillería Presidencial, Otto Meissner; los archivos privados del presidente Von Hindenburg, y las actas de las reuniones del Gobierno de Hitler. - Durante los cuatro días que duró el proceso, se llamó a declarar a destacados testigos, algunos de ellos muy próximos al expresidente

Von Hindenburg.

Exaltos cargos políticos, militares y administrativos subieron al estrado uno tras otro: el excanciller del Reich Franz von Papen; el escritor y publicista Gerhard Schultze-Pfaelzer; el teniente general retirado Ferdinand Noeldechen; el segundo de Paul von - Hindenburg, Wedige von der Schulenburg; el exministro del Interior de la República de Weimar y exdirector del Servicio Forestal del Reich entre 1934 y 1937, Walter von Keudell; el antiguo comisario de Estado Günther Gerecke, que en 1933 se vio implicado en un escándalo de malversación de fondos del comité de apoyo a Von Hindenburg; y el alto funcionario Walter Zechlin, que dirigió la Cancillería del Reich entre 1926 y 1932.

Se había contactado con otros testigos destacados que rehusaron prestar declaración: Otto Meissner; Theodor Duesterberg, antiguo líder de los Cascos de Acero (Stahlhelm); el excanciller Heinrich Brüning, y Otto Braun, exmimistro-presidente de Prusia entre 1920 y 1932. Todavía no era habitual la presencia de historiadores en la sala de audiencias; apenas seis semanas después del juicio a Von Hindenburg, en mayo de 1949, se creó el organismo profesional conocido como Centro de Múnich[402] de documentación sobre la historia del nacionalsocialismo, encargado de analizar la dictadura nazi desde un punto de vista científico.

La acusación fue estructurada por W. Saling en torno a tres cuestiones que trascendían el marco de un simple juicio de desnazificación. Sin duda, W. Saling deseaba juzgar el pasado vistiéndose las ropas de un fiscal-historiador.

La primera cuestión consistía en evaluar el alcance de la participación de O. von Hindenburg en la formación del Gabinete Presidencial del 30 de enero de 1933. La segunda se refería a su papel en la redacción del «testamento político» de Von Hindenburg, que se publicó en la prensa alemana tras la muerte del presidente del Reich en agosto de 1934. La tercera y última hacía referencia a un mensaje emitido por radio el 17 de agosto de 1934 en el que este aceptaba a Hitler como jefe de Estado y pedía a los alemanes que hicieran lo mismo.

Un juicio puede ocultar otro

En la apertura del juicio, el 14 de marzo de 1949, el presidente de la sala de desnazificación, Alfred Berger, recordó a los miembros del jurado la naturaleza y los objetivos de los cuatro días de audiencias que estaban por venir:

Se trata ciertamente de un asunto histórico-político de gran relevancia que puede calificarse de sensacional. Pero este juicio no pretende en modo alguno satisfacer deseos sensacionalistas […] No es un comité histórico el que se reúne aquí […] La investigación de los acontecimientos históricos coincide solo parcialmente con los objetivos fijados en el marco del proceso de desnazificación.[403]

Terminó su discurso de apertura recordando la misión de aquel tribunal, lo que era y, sobre todo, lo que no era:

No se trata de un tribunal penal. No se trata de juzgar actos criminales, ni en el sentido penal del término, ni en el sentido de las normas que se crearon por primera vez para hacer frente a la Alemania derrotada y que forman parte del Derecho internacional. No se dictará ninguna sentencia y aquí no hay acusados. Pero se trata de un procedimiento cuasi judicial, que nos ha sido impuesto y que no tiene precedentes en la historia de los pueblos.[404]

Este discurso, en el que quedó patente su crítica a la «justicia del vencedor», le brindó la oportunidad de señalar los límites de los debates. Al tiempo que insistía en su «aspiración real a la mayor

objetividad posible», recordó que el único objetivo de este proceso era «determinar si la persona en cuestión apoyaba el nacionalsocialismo, si lo alentaba de manera significativa o si, en caso contrario, debía considerarse como una persona no incriminada o no concernida».[405]

A. Berger buscaba distanciarse del deseo de W. Saling de convertir el juicio en un escenario político-histórico. Y, sin embargo, el aroma de la historia invadía la sala del tribunal. Es llamativa la distancia entre las palabras del juez A. Berger sobre el carácter eminentemente purificador del juicio y las verdaderas cuestiones de fondo en juego, que, como atestiguan los documentos de archivo, activaron, de hecho, un tribunal para la historia.

A fin de cuentas, lo que estaba en juego en Luneburgo no era realmente a qué categoría debía pertenecer O. von Hindenburg, especialmente en una época en la que la rehabilitación y la reintegración eran habituales. La cuestión era cómo Alemania se había convertido en nazi y cuánta responsabilidad política habían tenido las élites conservadoras, representadas en ese momento por el hijo del presidente.

En el transcurso de las audiencias, el juicio adquirió una dimensión adicional, la de la historia contrafactual. La cuestión que había que dirimir se convirtió rápidamente en cómo se podría haber evitado que el Gobierno de Hitler tomara posesión el 30 de enero de 1933.

¿Responsable pero no culpable?

Durante cuatro días, O. von Hindenburg trabajó codo a codo con su abogado Von Langsdorff para negar o rechazar todas las acusaciones de influencia política directa sobre su padre o de responsabilidad política en la cadena de acontecimientos que llevaron a Hitler al poder el 30 de enero de 1933. Se aferró a una línea de defensa basada en recordar sus deberes para con el presidente. Al afirmar y reafirmar que solo había realizado tareas estrictamente militares como ayudante de campo, O. von Hindenburg optó claramente por una estrategia de reducción de responsabilidades y despolitización de su papel.

Para demostrar su falta de influencia en los acontecimientos políticos, su abogado presentó el acta de una reunión entre Alfred Hugenberg, líder del Partido Popular Nacional Alemán (Deutschnationale Volkspartei, DNVP), y el presidente Von Hindenburg el 18 de noviembre de 1932. Este intercambio tuvo lugar unos diez días después de las nuevas elecciones parlamentarias convocadas por el entonces canciller, Franz von Papen, que, por primera vez desde el 14 de septiembre de 1930, supusieron la derrota del NSDAP por casi un 4 %.

Al sacar a colación este documento y leerlo ante el jurado, el abogado de O. von Hindenburg, Von Langsdorff, pretendía demostrar que el hecho de que el nombre de su cliente no se mencionara en el protocolo suponía una prueba suficiente de su no implicación en la «cocina» de la política alemana:

El consejero secreto[406] Hugenberg comenzaba agradeciendo al presidente del Reich que hubiera establecido un gabinete presidencial no partidista […] La dirección del Gobierno por un gabinete presidencial no partidista es y sigue siendo el camino

correcto, a pesar de los convulsos esfuerzos de los partidos por implicarse una vez más.[407]

El juicio actuó como una auténtica máquina del tiempo. Ofreció la oportunidad de sumergirse en los últimos meses de la República de Weimar, en la época de los gabinetes presidenciales. Los miembros del jurado pudieron así revivir casi día a día la caída de la democracia alemana, con la siguiente pregunta como hilo conductor: ¿era posible o no impedir la formación del Gobierno de Hitler?[408]

A medida que avanzaba el juicio, el análisis de la fatídica fecha del 30 de enero de 1933 estaba más cerca. W. Sarig intentó demostrar que O. von Hindenburg había ejercido una influencia política, no en relación con su cargo, sino en el ámbito privado de la relación padre-hijo. Para ello, dedicó una de las sesiones a revivir, basándose en un protocolo, la reunión que O. von Hindenburg había mantenido con Hitler en casa de Ribbentrop el 22 de enero de 1933, en presencia de Otto Meissner. W. Saling se basó en el testimonio ofrecido por Göring en el juicio de Núremberg:

Göring declaró que antes del 22 de enero había hecho varios intentos de influir en el señor Von Hindenburg para que instara a su padre a nombrar a Hitler canciller lo antes posible. Estos intentos fueron infructuosos hasta el 22 de enero. Solo después de la entrevista de aquel día se produjo un cambio de rumbo.[409]

O. von Hindenburg rechazó una y otra vez estas acusaciones, y en el curso de su comparecencia volvió sobre este encuentro personal con Hitler en presencia de Meissner. Se empeñó en reiterar sistemáticamente su papel apolítico:

La política no es lo mío. No podía saber lo que decidiría mi padre y

ni tuve ningún tipo de influencia en su decisión. Pero él —Hitler— sabía que me mantendría al lado de mi padre […] Solo quiero reafirmar que no tengo nada que ver con la política. No consulté a mi padre sobre esa entrevista […].[410]

El presidente A. Berger contradijo a O. von Hindenburg al señalar que, según el acta de la reunión, «Meissner afirmó que usted solo había dicho que no quedaba más remedio que nombrar a Hitler canciller del Reich».[411] Acorralado, Von Hindenburg intentó salir del atolladero mediante una pirueta retórica en la que distinguía entre su convicción personal y una impresión externa: «En el fondo de mi corazón, no deseaba ese nombramiento, pero tenía la impresión de que no había escapatoria. No es que debiera hacerse así».[412]

Recurrió así a la idea del destino político, que le permitió una vez más distanciarse de cualquier tipo de responsabilidad. Uno de los últimos comentarios de Von Hindenburg resume perfectamente el papel que asumió durante el juicio: «Yo solo era el hijo, no un político».[413]

El proceso se convirtió en un escándalo cuando el publicista Schultze-Pfälzer subió al estrado para denunciar el desfalco financiero supuestamente cometido por O. von Hindenburg y su padre durante las elecciones presidenciales de 1932. Los acusó de utilizar ilegalmente el dinero de la campaña presidencial para pagar deudas familiares. Este periodista defendió esa tesis en una serie de artículos y en un libro, Wilhelmstr. 73, publicado ese mismo año, 1947.

La parte final del juicio se dedicó a la historia del testamento de Von Hindenburg.[414] En la primavera de 1934, el estado de salud del presidente, de 87 años, mostraba preocupantes signos de deterioro. El vicecanciller Von Papen le instó a preparar un testamento político en el que anunciara su deseo de que la monarquía fuera restaurada tras su muerte. Su prioridad era impedir que Hitler fusionara los cargos de canciller y presidente del Reich. Este testamento debía ir acompañado de una carta a Hitler en la que el presidente recomendara al canciller que se esforzara por restaurar

la monarquía.

El 11 de mayo de 1934, el presidente Von Hindenburg firmó todos los documentos que componían ese «testamento político» en presencia de sus ayudantes militares. Pero cuando murió el 2 de agosto, los documentos habían desaparecido. Parece ser que O. von Hindenburg no se los transmitió a Hitler. Al ser interrogado al respecto el 15 de marzo de 1949, atribuyó el olvido a la pena que sentía en ese momento.

Tras cuatro días de audiencias, llegó el momento de los alegatos finales. El abogado de O. von Hindenburg, Von Langsdorff, recordó al tribunal que el proceso no era un juicio político sino una simple operación de desnazificación:

¡Se habla repetidamente de un juicio contra el señor Von Hindenburg! Pero esto no es un juicio. Tampoco se trata de un procedimiento de sala de vistas, que se dirige contra personas que han infringido las leyes establecidas por el Tribunal Militar Internacional de Núremberg. Nos hallamos ante una simple desnazificación, lo que significa, señores, que debemos examinar la cuestión de si el señor Hindenburg apoyó el nacionalsocialismo, si lo fomentó mucho o, en caso contrario, si debe considerarse exonerado o si tal vez nunca le ha concernido este procedimiento.[415]

Von Langsdorff utilizó una fina fórmula retórica para recordarnos que no debemos mezclar géneros: «¡Tan pronto estamos haciendo política como pasamos a hacer historia! Estamos haciendo política a posteriori, pero también estamos haciendo historia a posteriori».[416]

Rechazó las acusaciones contra su cliente, con el argumento de que los debates en torno al nombramiento de Hitler como canciller no podían equipararse a una expresión de apoyo al nacionalsocialismo. Intentó desmontar la credibilidad de los testigos de cargo contra Von Hindenburg, señalando que el presidente Von Hindenburg deseaba que se restaurara la monarquía, pero que consideraba que

el periodo de 1932-1933 no era el momento oportuno. También se permitió un análisis histórico personal con el que defendió las decisiones políticas que llevaron a Hitler a la Cancillería:

¡Señores! El señor Von Hindenburg ha vuelto a ser criticado por haber contribuido a la formación del Gobierno del 30 de enero de 1933 […] Ese Gobierno fue el último intento, si no de impedir el nacionalsocialismo, al menos de contenerlo y orientarlo hacia direcciones razonables.[417]

Asimismo, diluyó la responsabilidad de su cliente haciendo hincapié en la inevitabilidad del nombramiento y en la ausencia de alternativas políticas: «No había forma de evitar a Hitler […] Pero, señores, ninguno de estos políticos alemanes fue capaz de mostrar al presidente del Reich[418] otro camino».

El abogado terminó su argumentación dándole la vuelta a la tortilla y planteando una lectura diferente de lo acontecido aquel día: «Y por eso, señores, soy de la opinión de que, si todo esto se hizo el 30 de enero de 1933, entonces la formación de aquel Gobierno de 1933 no fue un apoyo al nacionalsocialismo, sino más bien lo contrario, el último intento de eludir al nacionalsocialismo».[419]

El fiscal general Saling desplegó una contraestrategia retórica centrada en su negativa a creer en la inevitabilidad de las cosas:

Entonces, ¿cuál es el camino que lleva del error político a la culpabilidad política? Muchos han tomado ese camino. Sabemos que los errores no pueden castigarse. Pero debemos preguntarnos: ¿en qué momento un error subjetivo se convierte en una falta objetiva? Cuando ese error político se traduce en apoyo y promoción del nacionalsocialismo.[420]

W. Saling subrayó que el nombramiento de Hitler como canciller

había sido un error político y que, por lo tanto, se trataba de una responsabilidad política en la que había participado O. von Hindenburg. Por ello, pidió que se obviara el derecho político al error en este caso, y lo hizo basándose en la intencionalidad, que el fiscal general se había esforzado en demostrar: «No fue un error lo que condujo a una falta, sino una intención inicial».[421]

Tras dos horas de deliberación, el jurado llegó a su veredicto. Como recordó el juez A. Berger al leerlo, «debemos dictar sentencia en este importante caso, en el que persona en cuestión nunca ha sido miembro del partido, ni siquiera de ninguna organización, y solo ha participado en el nacionalsocialismo de forma bastante inconsciente».[422]

Los miembros del comité rechazaron las acusaciones formuladas contra O. von Hindenburg de haber contribuido a la llegada de Hitler al poder una primera vez el 30 de enero de 1933 mediante el apoyo o el favorecimiento del nazismo. Sin embargo, reconocieron que, en el punto relativo al discurso radiofónico del 18 de agosto de 1934, existía efectivamente un apoyo al nacionalsocialismo, tanto subjetivo como objetivo.

A través de sus declaraciones públicas, el acusado había apoyado la Ley del 1 de agosto de 1934, que preveía un referéndum para fusionar los cargos de canciller y presidente del Reich.[423] Con todo, al final, el jurado decidió reclasificar al hijo del expresidente del Reich de la categoría III de comprometido a la categoría IV de simpatizante.

Basaron su decisión en el contexto histórico, haciéndose así eco de las posiciones de la defensa. En su opinión, el 30 de enero de 1933 no podía considerarse el punto de partida de una toma de poder dictatorial. Esto se debía más bien a la ley de plenos poderes que fue aprobada el 24 de marzo de 1933 sin consultar al presidente de la república. En consecuencia, apoyar a Hitler en el contexto de una dictadura no tenía el mismo valor que apoyarle en el contexto de un gabinete presidencial.

Responsabilidad política frente a responsabilidad individual

El proceso de O. von Hindenburg situó en el centro del debate la cuestión de la ética de la responsabilidad, que, combinada con la ética de la convicción, definía lo que Max Weber denominó el auténtico político.[424] El veredicto del Comité de Desnazificación fue claro: ante un caso extremadamente delicado desde el punto de vista político, los miembros del jurado prefirieron abstenerse, sin duda alentados en ello por el posicionamiento del juez A. Berger.

No quisieron juzgar la responsabilidad política de O. von Hindenburg. Ahora bien, los debates tuvieron el mérito de hacer revivir para los alemanes de la posguerra los misterios de los últimos gabinetes presidenciales de Weimar, regidos desde 1930 por una lógica informal y discrecional.

La responsabilidad política significa responder de las propias acciones ante la opinión pública. Sin embargo, a lo largo de su juicio, O. von Hindenburg adoptó deliberadamente una estrategia de evasión, escudándose en su papel apolítico de ayudante de campo. No era ni un político electo ni un burócrata. No tenía intención de sufrir las consecuencias legales de su participación en el juego político.

Su abogado descartó la noción de responsabilidad política, que está inextricablemente ligada a las nociones de autoridad legítima y su delegación. Eludió hábilmente la cuestión de la responsabilidad eminentemente política de su cliente y la redujo a la de la responsabilidad individual. Esta invocación del principio de responsabilidad personal permitió a Von Hindenburg distanciarse completamente de las consecuencias criminales del acceso de Hitler a la Cancillería. Von Hindenburg creía que no debía pagar por las decisiones tomadas en enero de 1933. Su defensa se centró por completo en la interpretación del 30 de enero de 1933 como el

último intento de impedir el establecimiento de una dictadura nazi. De hecho, la inocencia penal no es incompatible con la responsabilidad política. Fue precisamente en este terreno en el que el fiscal intentó situar el debate, en la medida en que las acciones del antiguo hijo del presidente de la República habían provocado, en su opinión, consecuencias extremadamente graves para Alemania.

W. Saling defendía una concepción de la legitimidad de la política que ya no se basaba únicamente en la legalidad de los procedimientos, sino, sobre todo, en una preocupación a posteriori por las consecuencias. Sin decirlo explícitamente, defendía una concepción filosófico-política liberal de la responsabilidad. En su opinión, y basándose en las pruebas presentadas, O. von Hindenburg era una personalidad con libre albedrío, y sus decisiones e influencia eran una cuestión de responsabilidad intelectual e individual.

Desde un punto de vista legal, por lo tanto, O. von Hindenburg no había hecho nada reprobable. Política y moralmente, sin embargo, había cometido una falta. La potenciación de una célula burocrático-personal en torno al expresidente, de la que él era el eje, había socavado el imperativo político de garantizar el control democrático del proceso de toma de decisiones a través del Parlamento.

El caso de O. von Hindenburg fue uno de los primeros ejemplos de judicialización de la historia nazi. El objetivo no era poner fin a una etapa, sino abrir el expediente de la responsabilidad política por el ascenso de Hitler al poder. De este modo, el juicio expresaba un auténtico cuestionamiento del pasado, llevado a cabo por un «fiscal-historiador». En cierto modo, el trabajo jurídico precedió al verdadero trabajo histórico, que aún estaba en pañales.

Conclusión

La experiencia de la desnazificación: ni completa ni irreprochable

«En retrospectiva, la desnazificación (o, más bien, el ajuste de cuentas con los antiguos nazis) parece haber sido lo que podía ser: ni completa ni irreprochable, pero lo suficientemente espectacular como para dejar huella en la memoria alemana».[425]

Jean Botrot, periodista francés, 1957

El objetivo de este ensayo de antropología histórica era entender la desnazificación no tanto como el fracaso de una política pública de castigo y reeducación,[426] sino más bien como una triple experiencia sociopolítica, tanto individual como colectiva, de asumir responsabilidades, ser marginado y, posteriormente, reintegrado. Aunque la desnazificación se aplicó de forma diferente en las distintas zonas de ocupación, e incluso dentro de ellas, fue una experiencia compartida por millones de alemanes.

De hecho, creó un grupo generacional sin precedentes, atravesado por emociones similares y unido en esta verdad construida y compartida por muchos: los alemanes no se sentían colectivamente culpables. Aunque reconocían la barbarie y la violencia arbitraria del régimen nazi, se negaban a romper de golpe y del todo con el periodo del Tercer Reich. La desnazificación tuvo al menos el mérito de enfrentarles a este pasado, aunque solo fuera temporalmente. La idea original de este estudio era encontrar las huellas de estas experiencias, tanto comunes como singulares, - recoger las numerosas voces cuyas palabras han quedado registradas en diarios íntimos o archivos institucionales, no para juzgar a estos alemanes, ya fueran ciudadanos de a pie o famosos, sino para comprender su estrategia a la hora de justificar su pasado nazi.

En estas páginas finales, me gustaría destacar las principales dimensiones humanas de la desnazificación. Y recalcar que fue una experiencia incompleta, imperfecta y espectacular, a la vez que memorial, historiográfica, emocional y política.

Una experiencia ni completa ni irreprochable, pero espectacular

Si observamos el proceso en perspectiva, las conclusiones extraídas por Jean Botrot en 1957 y citadas al inicio de estas conclusiones parecen absolutamente vigentes; un historiador contemporáneo podría suscribir su consideración.

La desnazificación solo pudo ser incompleta. Efectivamente se llevó a cabo como política pública, aunque pronto se topó con problemas muy concretos relativos a la calificación de los incriminados, a las diferencias de enfoque entre las potencias ocupantes, a la organización material de los procedimientos, a la tramitación de los expedientes y a la oposición de una gran mayoría de los alemanes.

En general, los comités de depuración se vieron, por una parte, desbordados por el ingente volumen de casos que debían tratar y, por la otra, limitados en las zonas occidentales por el temor de estar allanando el camino a cambios socioeconómicos contrarios al capitalismo liberal. ¿Cómo se podía juzgar a millones de individuos en un contexto de posguerra en el que el corto plazo de los imperativos de supervivencia y reconstrucción primaba sobre el largo y, por lo tanto, necesariamente más lento, plazo de la justicia de la purga y la labor cultural del recuerdo?

Como el sociólogo y antiguo preso del campo de Buchenwald Eugen Kogon había resumido de forma lapidaria y provocadora ya en 1947, era necesario «o matar a todos los antiguos nazis o ganárselos para el nuevo Estado».[427] Evidentemente, se impuso la segunda solución.

Desde principios de la década de 1950, una sociedad en buena parte nazificada, humillada por la desnazificación y parcialmente nostálgica del Tercer Reich, se unió o se sometió a uno de los dos regímenes políticos alemanes nacidos de la Guerra Fría. Unirse a la

República de Bonn o aceptar la RDA, voluntaria o involuntariamente, significaba sobre todo aceptar las nuevas reglas del juego y cultivar en uno mismo una determinada imagen del nazismo: el rechazo exterior de los sentimientos más contradictorios, enterrados en el fuero interno.

A este respecto, el diario íntimo que escribió la joven Else Nehm resulta esclarecedor. En enero de 1946, puso por escrito su análisis sobre el terreno de la experiencia nazi:

El nacionalsocialismo tenía dos defectos: 1.° su represión de la Iglesia y 2.° su acción descarada contra los judíos y los mestizos. Por lo demás, tenía muchos aspectos positivos. Una educación viril y soldadesca no puede hacer daño a nadie. La subordinación de los intereses individuales a los intereses generales también es algo bueno. Lo mismo puede decirse de las numerosas instituciones como Kraft durch Freude ('La fuerza a través de la alegría'), el nacionalsocialista Volkswohlfahrt ('Socorro Popular'), el Hilfswerk Mutter und Kind ('Ayuda a madres e hijos')… El cuidado de las tradiciones y el trabajo por el bienestar de los niños también eran cosas buenas. Y todos los alemanes aplaudimos entonces nuestra unión en un solo Reich.

La conclusión reafirma el sueño de una «Gran Alemania»:

¡Ay, si nos hubiéramos contentado con eso y no hubiéramos atacado Rusia! Si hubiéramos dejado que nuestra generación disfrutara de los frutos de su trabajo… Aún no me puedo creer que hayamos perdido de verdad, y sé que algún día volverá a haber una Gran Alemania. Pero yo no estaré para verlo.[428]

La desnazificación no fue irreprochable, porque esta «revolución desde arriba» se basó claramente, al menos dentro de la zona de

ocupación estadounidense, en un proceso de responsabilización-culpabilización de los individuos por sus actos. Como declaró acertadamente el periodista de la BBC Karl Anders al diario berlinés Der Tagesspiegel el 10 de abril de 1947, «no se pueden enmendar las revoluciones perdidas con cuestionarios».[429]

La rendición de cuentas,[430] tal y como la construyeron en particular los arquitectos estadounidenses de la desnazificación, se basaba en la idea de que cada uno era responsable no solo de sus propios actos, sino también de todo lo que le había sucedido. De ahí el uso de procedimientos de autoevaluación y autoidentificación de responsabilidades —el famoso cuestionario tan denostado por los alemanes— que conducían a una posible exclusión de la vida pública. Esta política estadounidense funcionaba sobre la base de unas normas morales en nombre de las cuales se suponía que debía actuar todo ciudadano.

De manera más general, a escala de las cuatro zonas, la desnazificación movilizó un discurso normativo que encarnaba los valores de participación, transparencia y autenticidad. Se basaba en un reto ambicioso: implicar a toda la sociedad alemana, que había sido juzgada culpable, para que se convirtiera en lo que se suponía que debía ser, es decir, una comunidad de individuos convencidos de que la democracia (o el socialismo) era el mejor sistema político posible.

La desnazificación fue, por lo tanto, un conjunto de fuertes llamamientos al autojuicio, con la idea de que solo así la sociedad podría poner los cimientos de un nuevo Estado democrático y pacífico. Se convocaba a la población a un análisis de las responsabilidades individuales que produjo como reacción unas lógicas de distanciamiento, algo de lo que los Aliados fueron pronto conscientes.

De hecho, a todos los niveles, la desnazificación generó rápidamente un sentimiento de injusticia entre una población que, una vez superado el tiempo de apatía y estupor, buscaba devolver la rutina y el sentido a sus vidas. Percibida como la expresión de una «justicia de los vencedores», la desnazificación llevó a muchos alemanes, apoyados por autoridades como las Iglesias o defendidos por juristas conservadores, a desarrollar estrategias de victimización

y a distanciarse así de la lógica de rendición de cuentas impuesta inicialmente por los miembros de la alianza antihitleriana. Los partidos políticos de Alemania Occidental no se quedaron atrás en sus consideraciones: las estrategias de «medias verdades», mentiras y omisiones fueron sus respuestas al proyecto filosófico que sustentaba la purga posnazi, especialmente en la zona de ocupación estadounidense. Según las autoridades militares estadounidenses, los alemanes eran responsables de haber hecho algo (el mal) bajo el Tercer Reich, ya fuera a escala de un edificio, de un barrio o más allá. Este algo había llevado a la definición de categorías, cada una con un grado de responsabilidad.

Todos los mayores de 18 años se enfrentaron a esta prueba de purificación, pero no debemos olvidar que los recursos (financieros, interpersonales o culturales) de los que disponían los alemanes estaban desigualmente repartidos, por lo que las experiencias de desnazificación fueron muy diferentes unas de otras, y pesaron de forma muy desigual en la trayectoria existencial de cada individuo.

Ciertas categorías socioprofesionales salieron globalmente mejor paradas que otras, empezando por las profesiones liberales y las clases sociales altas. Las mujeres que se enfrentaron al proceso de depuración pudieron sufrir consecuencias adversas en su salud o en su carrera profesional, un daño que tardó en revertirse en una sociedad en pleno colapso.

Finalmente, el proceso de desnazificación fue espectacular. Tanto por el carácter sin precedentes de los juicios de Núremberg como por la magnitud de los procedimientos de purga local que tuvieron lugar a lo largo de meses y años. Tampoco hay que olvidar los efectos de la cobertura mediática de ciertos juicios de gran repercusión, como el caso contra el cineasta V. Harlan.

Esta dimensión espectacular resulta hoy sorprendente y visible a todos los niveles. Nos llama la atención el número de directivas redactadas, el número de personas —a menudo voluntarias— movilizadas en los comités de depuración, el número de individuos desnazificados, la duración de los procedimientos y todos los esfuerzos realizados al mismo tiempo para llevar a término el proceso iniciado en el verano de 1945.

Una experiencia temporal desincronizada

En la mente de los miembros de la coalición antihitleriana, y aunque no compartieran los mismos intereses estratégicos ni las mismas representaciones de Alemania, la desnazificación se consideraba como un requisito previo, incluso la condición sine qua non, para la construcción (o la reconstrucción) de un nuevo orden democrático, ya fuera liberal o socialista.

Dada la envergadura del objetivo, las dificultades para coordinar los esfuerzos y la eficacia de los instrumentos empleados (empezando por ese cuestionario estandarizado en las zonas bajo control occidental), la desnazificación no tardó en ser presentada por algunos críticos como la encarnación de un futuro hipotecado.

Así, el estudio de la desnazificación arroja luz sobre dinámicas temporales diferentes, e incluso contradictorias. Esta experiencia de purificación tuvo lugar en un periodo de tiempo muy corto (1945-1949), que ocultaba a su vez diferentes relaciones con el tiempo histórico. El concepto de ascensor político-social promovido por las potencias ocupantes y guiado básicamente por la idea optimista del progreso y la perfectibilidad del ser humano no era compartido por la inmensa mayoría de la sociedad alemana.

Los alemanes se vieron obligados a rearticular el reciente pasado nazi —a menudo visto con nostalgia—, el humillante y peligroso presente de una sociedad colapsada y el incierto futuro de la reconstrucción democrática dentro de un marco estatal provisional, a saber, el de la ocupación militar previa a la división artificial de 1949 en dos Estados alemanes.

La desnazificación correspondió a lo que el sociólogo Georges Gurvitch ha descrito como «una época de latidos irregulares entre la aparición y la desaparición de ritmos».[4][31] Fue una etapa de incertidumbre, en la que el presente primaba sobre el pasado y el

futuro. Algo, por otra parte, característico de las sociedades en transición.

A nivel macrosociológico, Alemania había entrado en lo que Gurvitch denominó «la época explosiva de la creación», en la que el pasado nazi y el presente del final de la guerra se disolvían poco a poco en el futuro de la construcción de un orden democrático, liberal en el Oeste y socialista en el Este.

Pero la experiencia cualitativa del tiempo era diferente a nivel microsociológico. Enfrentarse a la desnazificación significaba entrar, incluso cuando el proceso era breve (a veces duraba unos meses, pero también podía prolongarse durante varios años), en una temporalidad de naturaleza errática. La persona afectada se enfrentaba a una triple incertidumbre o fuente de angustia unida a la impresión de una prolongación infinita del tiempo: la incertidumbre del procedimiento, la de la sentencia y la del proceso de rehabilitación y reinserción.

En ese periodo, las historias narradas por los ciudadanos de a pie podían evolucionar y adaptarse. Por ello, paralelamente a la desnazificación, las lógicas de depuración fueron consideradas como soluciones válidas para conseguir que una sociedad desgarrada por la guerra lograra convivir.

Este periodo inestable y vacilante llevó a las autoridades de ocupación a realizar ajustes en su acción pública, concediendo amnistías que supusieron una liberación para muchos alemanes atrapados en el paréntesis de purga: la Amnistía general de agosto de 1946 para los jóvenes nacidos después de 1919; la Amnistía de Navidad de 1946 para los lisiados de guerra y los indigentes sociales en la zona de ocupación estadounidense; las Amnistías de febrero y agosto de 1947 en la zona de ocupación soviética.

Al final, los soviéticos comprendieron rápidamente que la desnazificación, tal y como se estaba aplicando, era contraproducente. La proclamación de su fin en la primavera de 1948, después de haber aplicado una amnistía amplísima en el verano anterior, envió una poderosa señal a la población alemana y a las demás potencias ocupantes. En lugar de poner a los alemanes en su contra, había que ofrecerles un futuro invitándoles a «firmar»

el pacto antifascista. Aunque en la zona soviética, que se convirtió en la RDA en octubre de 1949, ese pacto no tuvo mucho sentido. Ya a principios de los años 1950, la región se transformó en una pesadilla estalinista, con la instauración de una dictadura violenta y arbitraria.

Una experiencia a nivel de memoria

Cualquiera que sea el balance que se haga sobre el resultado global del proceso de desnazificación, es indudable que, entre los años 1945-1949, millones de alemanes se vieron obligados a mirar atrás en su historia personal con el nacionalsocialismo y a hacer balance de sí mismos y de lo que hicieron bajo el Tercer Reich.

Esta reflexión individual pronto se vio apoyada por una red de personas que a menudo se enfrentaban a las mismas preguntas —nos referimos a familiares, compañeros de trabajo…— y a las que se pedía que justificaran las decisiones que habían tomado de forma más o menos sincera ante las salas de purificación.

Aunque no compartieran la idea de una culpabilidad colectiva,[4][32] se veían confrontados con su presente y su pasado reciente. Mirar atrás, aunque fuera por obligación, significaba hacerse las siguientes preguntas: ¿Qué pasó? ¿Cómo llegué hasta ahí?

Esa labor de memoria individual, distinta de la emprendida por las autoridades políticas de Alemania Occidental y Oriental a principios de la década de 1950, tuvo lugar durante la desnazificación. Tuvo ciertamente el efecto de producir una «memoria sesgada», que volvió a la palestra pública a partir de finales de la década de 1950 y sobre todo a partir de 1960,[4][33] solo para ser deconstruida y rechazada, abriendo el camino a un debate público sobre el tabú del pasado nazi.

Esta doble tarea de recordar y examinarse uno mismo fue, sin duda, impuesta por las potencias ocupantes, pero tuvo el mérito de existir. De hecho, después de la Primera Guerra Mundial, la labor política

de afrontar las responsabilidades colectivas de la Alemania imperial se ignoró en gran medida, si bien la dimensión criminal nazi sigue siendo incomparable.

Un experimento «historiográfico»

Entre 1945 y 1949, los alemanes se vieron forzados a elaborar un discurso histórico más o menos veraz sobre su pasado bajo el Tercer Reich, en plena desorientación en el plano temporal, ya que el futuro seguía siendo en gran medida incierto.

Durante el proceso de desnazificación, desarrollaron habilidades que podrían describirse como «historiográficas». A diferencia de los historiadores profesionales, que se ocupan de construir una historia real basada en información fiable, contrastada y verificada, estos ciudadanos de a pie clasificaron y seleccionaron la información del pasado que podía ayudarles a rehabilitarse o a reintegrarse en la sociedad.

Evidentemente, los relatos resultantes no tenían una finalidad documental. Al narrar su historia bajo el nazismo, tal y como se conserva hoy en los archivos, podemos apreciar cómo estos ciudadanos de a pie construyeron o incluso inventaron la historicidad de sus acciones. Sobre todo, intentaron dar sentido a su pasado para vivir mejor en el presente.

En 1987 Ralph Giordano expuso una tesis según la cual los alemanes habían contraído una «segunda culpabilidad»[434] al haberse negado a asumir su responsabilidad al final de la guerra. Pero lo cierto es que los ciudadanos alemanes no eludieron por completo su papel bajo el Tercer Reich. Lo que ocurrió es que, al verse confrontados con su pasado, adoptaron un comportamiento defensivo: intentaron evitar cualquier forma de responsabilidad individual presentándose ante todo como víctimas de la dictadura nazi.

Una experiencia emocional

Si, retrospectivamente, la desnazificación da la impresión de haberse convertido en una «fábrica de simpatizantes»,[435] también fue, a lo largo de un periodo muy denso, una fábrica de parias que despertó la perplejidad, la inquietud y la indignación de millones de alemanes. Produjo lo que la medievalista Barbara Rosenwein ha descrito como una «comunidad emocional»,[436] es decir, un grupo sociopolítico en cuyo seno los alemanes se movían por unos intereses, unos valores y un estado emocional similares: la ira, el sentimiento de injusticia, la percepción del proceso como un tribunal político. Aunque el régimen emocional de la Alemania posnazi no lo explica todo, es un aspecto importante que no debe pasarse por alto para comprender este periodo de posguerra.

La experiencia arroja luz sobre los inicios del nuevo orden posnazi en Alemania desde el ángulo de la construcción de una comunidad temporal de personas marginadas durante un periodo más o menos largo. Término originario de la India y tomado de la jerarquía de castas, la palabra «paria» designa a la figura marginal, a la persona socialmente desprestigiada que se encuentra en el ostracismo.

Los condenados en virtud de los procesos de desnazificación, independientemente de su responsabilidad individual real bajo el nazismo, experimentaron la exclusión social, aunque no fuera definitiva. Colectivamente, eran la encarnación de una de las muchas formas de marginalidad de la historia.[437]

Además de perder sus derechos cívicos o sus empleos, generalmente de forma temporal, y quedar así fuera de la ley o excluidos del trabajo, cientos de miles de personas se vieron privadas simbólicamente de pertenecer a la comunidad que se estaba reconstruyendo. Experimentaron así una forma de inferioridad antropológica, ya que la condena les atribuía una forma de impureza política y social.

La condición de paria poseía una fuerza de protesta que se expresaba en forma de denuncia, o incluso de deslegitimación de una autoridad considerada arbitraria. Esta fuerza crítica fue asumida por un amplio abanico de actores que clamaron alto y claro por la equidad en el aquí y ahora: partidos políticos (sobre todo conservadores), Iglesias, artistas y juristas movilizaron el principio de la universalidad de los derechos, defendiendo la idea de una ley general para todos, frente a unos procesos particulares que se consideraban injustos. Invocaron un repertorio muy diverso de argumentos, entre ellos la absurdidad del proceso, el derecho natural, la equidad judicial, la envidia y la venganza social.

Esta fábrica de parias contribuyó a la aparición de un discurso político, jurídico y cultural que exigía la aplicación de una justicia justa. También produjo una forma de «solidaridad implícita», en palabras de Karl Jaspers,[438] a nivel de barrio o de empresa, y asumida por un pastor, un vecino o un compañero de trabajo. Esta solidaridad reflejaba, ante todo, una realidad: la mayoría de la población se negaba a aceptar o a reconocer la gravedad de los crímenes cometidos ni la parte individual de responsabilidad política indirecta que correspondía a cada uno.

En términos más generales, esta dinámica de marginación formaba parte de una lógica ritual, tal y como destacó Arnold van Gennep en su obra ya clásica Ritos de paso, publicada en 1909.[439] La desnazificación puede asimilarse a la secuencia formada por una fase preliminar, una intermedia y una posterior. El conjunto aseguró, hasta principios de la década de 1950, la transición de una sociedad nazi a una sociedad democrática (o socialista) imponiendo una poderosa ruptura política y social.

La fase preliminar corresponde, evidentemente, a la Alemania del «año cero», un país en ruinas, borrado del mapa, en el que las potencias ocupantes impusieron la lógica de la marginación en nombre de la reconstrucción democrática. Este brevísimo periodo que siguió a la capitulación de mayo de 1945 dio paso rápidamente a la fase intermedia, que produjo un gran número de parias.

En esta fase pueden identificarse tres formas principales de exclusión. La primera, los históricos juicios de Núremberg, que condujeron a la condena de varios dirigentes políticos, económicos

y sanitarios por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. En segundo lugar, entre 1945 y 1949, los 75 campos de internamiento gestionados por las potencias aliadas, que albergaron a unas 400 000 personas consideradas peligrosas para la reconstrucción democrática de Alemania.[440] Finalmente, los comités de depuración que, durante meses y años, excluyeron temporalmente a cientos de miles de ciudadanos corrientes de la vida política, administrativa o económica.

Estas tres grandes formas de exclusión se plasmaron en varios lugares, principalmente campos de internamiento y tribunales. De este modo, cumplieron a la perfección el objetivo fijado por la Directiva 1067 del JCS de abril de 1945, que se aplicaba a las fuerzas de ocupación estadounidenses: «El principal objetivo de los Aliados es impedir que Alemania vuelva a convertirse en una amenaza para la paz mundial». Por lo tanto, es innegable que la desnazificación, como rito de paso, desempeñó un papel en el nacimiento político y simbólico de la Alemania posnazi.

¿Una experiencia de cambio de cultura política?

El objetivo declarado de los Aliados en la Conferencia de Yalta, que preparaba la posguerra, era erradicar el nazismo, como institución y como cultura. Desde este punto de vista, hay que reconocer que el objetivo se alcanzó con gran determinación y rapidez.

Los decretos y directivas tuvieron el efecto de eliminar todo rastro de nacionalsocialismo de la esfera pública y, durante un tiempo, apartar de las instituciones públicas y de las empresas a todo aquel que hubiera estado fuertemente implicado en el régimen nazi y que los Aliados consideraran un obstáculo o un peligro para el proceso de democratización. La desnazificación no fue simplemente una cuestión de exclusión, ya que estuvo acompañada de una doble política de Amnistía y reintegración, que estabilizó tanto el orden social de Alemania Occidental como el de Alemania Oriental. En este sentido, fue el punto de partida de una tortuosa y difícil experiencia colectiva de cambio de cultura política, con un doble resultado.

En Alemania Occidental, la desnazificación fue ante todo una purga administrativa a la que en ocasiones se unió una lógica de ajuste de cuentas. En el Este, la desnazificación sirvió de base a un proyecto de transformación radical de la sociedad, que evolucionó hacia un régimen estalinista, basado en el modelo de la URSS de los años 1930.

Pero, tanto en el marco liberal como en el dictatorial, el cambio de cultura política fue gradual, con un desfase de varias décadas entre la RFA y la RDA. En conjunto, la desnazificación no permitió instaurar un personal auténticamente democrático capaz de liderar una lógica colectiva de ruptura limpia con el nazismo. Por el contrario, a través del proceso de rehabilitación, consolidó una práctica autoritaria del Estado, al tiempo que allanaba el camino

para transformaciones lentas y, hasta la fecha, incompletas. La brecha entre las dos antiguas Alemanias separadas por la Guerra Fría es sorprendente en este sentido.

La conversión de la población alemana a la nueva cultura liberal y democrática se estableció definitivamente en la RFA a finales de los años 1960, con el fin de la Kanzlerdemokratie autoritaria de Konrad Adenauer y la llegada al poder de la coalición de socialdemócratas y liberales dirigida por Willy Brandt, un antiguo emigrado.[441]

En la RDA, la primera señal de cambio la dio una parte de la sociedad civil en la primavera de 1989, aunque la transformación política deseada por la ciudadanía no llegó hasta octubre de 1990 en el marco de una revolución neoliberal[442] que hizo de la reunificación alemana una experiencia socioeconómica marcada por la violencia simbólica y el desencanto democrático para muchos alemanes del Este.[443]

Los años de la desnazificación, de 1945 a 1949, ya no deben verse exclusivamente como la prehistoria un tanto fallida de una brillante historia de éxito.[444] Más bien, este periodo inacabado de purificación debe leerse como una época de lucha contra un problema que nunca se ha resuelto del todo y que sigue siendo un problema para la Alemania contemporánea: la cultura política de la extrema derecha. Al estudiar la desnazificación, nos damos cuenta de que el doloroso pasado no ha muerto y que incluso parece tener la última palabra, si nos atenemos a su presencia regular en las noticias. El proceso de desnazificación puede ser el punto de partida de una reflexión sobre los problemas actuales de la Alemania contemporánea.

La desnazificación se basó en un «rechazo obsesivo del nazismo y el fascismo»[445] y, a partir de mediados de la década de 1980, erigió una «memoria negativa» que debía ser la piedra angular de la cultura política de la RFA, así como un baluarte contra el antisemitismo y la xenofobia. Desde 2017, el país descubrió atónito que el trabajo crítico de confrontación con el pasado y de actualización de la memoria del Holocausto —reconocido como ejemplar a escala internacional— no ha impedido el aumento de la violencia radical de extrema derecha, la llegada a las instituciones de un partido político como Alternative für Deutschland, ni el

surgimiento de una nueva ola de antisemitismo.

Desde la invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022, la solidez del sistema democrático alemán y la fuerza de su modelo económico basado en la exportación ya no parecen ser garantías «eternas» contra el regreso de la guerra a Europa y de la «peste parda» a Alemania. En el caso concreto de la extrema derecha, no se trata tanto de un retorno, sino de una nueva capacidad para ser más visible y audible dentro de la sociedad alemana.

El desarrollo de nuevas investigaciones históricas sobre los efectos políticos y socioculturales de la desnazificación debería permitirnos estar mejor equipados intelectualmente para comprender los retos internos a los que se enfrenta la Alemania contemporánea hoy y en el futuro.

Apéndices

Bibliografía recomendada

N. B.: Esta selección se centra esencialmente en las referencias más canónicas y recientes. Intenta acercarse lo más posible a las situaciones y experiencias descritas en cada uno de los capítulos.

Comunicación y memoria

ART, D. (2006), La política del pasado nazi en Alemania y Austria, Cambridge University Press, Cambridge.

CAMARADE, H. (2011), «Le passé national-socialiste dans la société ouestallemande entre 1958 et 1968. Modalités d'un changement de paradigme mémoriel», Vingtième siècle. Revue d'histoire, núm. 110, p. 83-95.

ETTE, O. (2019), El asunto Jauss. Les chemins de la compréhension: vers un avenir de la philologie, Presses universitaires de Rouen et du Havre Mont-Saint-Aignan.

FREI, Norbert (2005), 1945 und Wir. Das Dritte Reich im Bewußtsein der Deutschen, Beck Verlag, Múnich.

MAIER S., C. (2002), «Mémoire chaude, mémoire froide. Mémoire du fascisme, mémoire du communisme», Le Débat, núm. 122, pp. 109-117.

MEIER, C. (2012), Das Gebot zu vergessen und die Unabweisbarkeit des Erinnerns. Vom öffentlichen Umgang mit schlimmer Vergangenheit, Siedler, Berlín.

OESER, A. (2010), Enseigner Hitler. Les adolescents face au passé nazi en Allemagne: interprétations, appropriations et usages de l'histoire, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, París.

SIMMEL, G. (1991), Secret et sociétés secrètes, Circé, París.

Desnazificación y despurificación

AHRENS, R. (2007), Die Dresdner Bank, 1945-1957. Konsequenzen und Kontinuitäten nach dem Ende des NS-Regimes, Oldenburg, Múnich.

BEATTIE H., A. (2021), Campos de internamiento aliados en la Alemania ocupada. Extrajudicial Detention in the Name of the Denazification, 1945-1950, Cambridge University Press, Cambridge.

BERGERE. M.; CAMPION, J. ; DROIT E.; RIGOLL, D. ; VINCENT, M-B. (eds.) (2019), Pour une histoire connectée et transnationale des épurations en Europe après 1945, Peter Lang, Bruselas.

BILSKI, A. (2016), Entnazifizierung des Düsseldorfer Höheren Schulwesens nach 1945. Demokratisierung und personelle

Säuberung im Umfeld von Wiederaufbau und Reorganisation des Schulwesens einer Großstadt der britischen Zone, Klartext, Essen.

BORGSTEDT, A. (2001), Entnazifierung in Karlsruhe 1946 bis 1951. Politische Säuberungen im Spannungsfeld von Besatzungspolitik und lokalpolitischem Neuanfang, UVK Verlag, Konstanz.

CHAUFFOUR, S.; DEFRANCE, C.; MARTENS, S.; VINCENT M-B. (eds.) (2019), La France et la dénazification de l'Allemagne après 1945, Peter Lang, Bruselas.

CONZE, E.; FREI N.; ZIMMERMANN M. (eds.) (2010), Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik, Blessing, Múnich.

ETTLE, E. (1985), Entnazifizierung in Eichstätt. Probleme der politischen Säuberung nach 1945, Peter Lang, Fráncfort del Meno.

FÜRSTENAU, J. (1969), Entnazifizierung. Ein Kapitel deutscher Nachkriegspolitik, Luchterhand, Berlín.

GRIFFITH E, W. (1950), «Denazification in the United States of Germany», The Annals of the American Academy of Political and Social Science, núm. 267, pp. 68-76.

GROHNERT, R. (1991), Die Entnazifizierung in Baden, 1945-1949. Konzeptionen und Praxis der «Épuration» am Beispiel eines Landes der französischen Besatzungszone, Kohlhammer, Stuttgart.

HENKE, K-D. (1981), Die politische Säuberung unter französischer Besatzung. Die Entnazifizierung in Württemberg-Hohenzollern, Deutsche Verlags-Anstalt,Stuttgart.

HERTZ, H-F. (2022), Kirchen im Nationalsozialismus. Kollektivbiografische Untersuchung der schleswig-holsteinischen Pastorenschaft, De Gruyter,Berlín.

KLESSMANN, C. (1982), Die doppelte Staatsgründung. Deutsche Geschichte, 1945-1955, Vandenhoeck & Ruprecht,Gotinga.

NIETHAMMER, L. (1982), Die Mitläuferfabrik. Entnazifizierung in Bayern, Dietz Verlag, Bonn.

SCHOENMAKERS, C. (2015), Die Belange der Volksgemeinschaft erfordern. Rechtspraxis und Selbstverständnis von Bremer Juristen im Dritten Reich,, Schöningh Verlag, Paderborn.

VAILLANT, J. (ed.) (1981),La Dénazification par les vainqueurs. La politique culturelle des occupants en Allemagne, 1945-1949, Presses du Septentrion, Villeneuve-d'Ascq.

VINCENT, M-B. (ed.) (2008), La Dénazification, Perrin, París.

VINCENT, M-B (2021), La Dénazification des fonctionnaires en Allemagne de l'Ouest, CNRS Éditions, París.

VOLLNHALS, C. (1989), Evangelische Kirche und Entnazifizierung, 1945-1949, Oldenbourg, Múnich.

WAHL, A. (2006), La Seconde Histoire du nazisme dans l'Allemagne fédérale depuis 1945, Armand Colin, París.

Agradecimientos

Este libro no habría visto la luz sin el apoyo de las Puf y, en particular, de mi editora Laurence Devillairs, a quien agradezco su confianza y orientación. Sus reflexiones y consejos fueron muy valiosos, no solo para que el proyecto avanzara, sino también para escribir un texto que represente la realidad.

Esta investigación se ha beneficiado de la experiencia de los archiveros de los centros de archivos de Berlín, Friburgo de Brisgovia, Hamburgo y Pforzheim. También se ha valido de los fondos del Archivo Alemán de los Diarios de Emmendingen. Quisiera agradecer especialmente a Annett Post-Haffner y Jäger-Schenk su cálido recibimiento y su inestimable apoyo en Pforzheim y Emmendingen. Laurence Gantois-Domange fue mi primera lectora. Gracias a su esmerada corrección de pruebas, pude mejorar la versión preliminar del manuscrito.

Este libro también se ha beneficiado de los intercambios realizados en el marco del programa de formación-investigación del CIERA «Pour une histoire transnationale des épurations en Europe au sortant de la Seconde Guerre mondiale», entre 2014 y 2016. Marc Bergère, Jonas Campion, Dominik Rigoll y Marie-Bénédicte Vincent me aportaron su experiencia historiográfica de las purgas en Europa a través de intercambios siempre de lo más fructíferos sobre la cuestión de las convergencias europeas en la época de 1945.

Notas

1. Lacan, J. «Préface à l'édition anglaise du Séminaire XI», Ornicar n.° 12-13, diciembre 1977, p. 124. Traducción de la Escuela de Orientación Lacaniana.

2. Eran 8,5 millones al final de la guerra.

3. Meinecke, F. Die Deutsche Katastrophe. Betrachtungen und Erinnerungen, Wiesbaden, Brockhaus, 1946.

4. Levallois, A. Une psychanalyste dans l'histoire, París, Campagne Première, 2007.

5. Lacan, J. El seminario, libro 20. Aun (1972-1973), Buenos Aires, Paidós, 1998.

6. Simmel, G. El secreto y las sociedades secretas, Madrid, Sequitur Ediciones, 2015.

7. Geertz, C. «Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura», La interpretación de las culturas, Barcelona, Gedisa, 1983.

8. Burdeau, G. L'État, París, Seuil, 1970, p. 32. [El Estado, Santiago

de Chile, Ediciones jurídicas Olejnik, 2019].

9. Discurso de Vladimir Putin, 24 de febrero de 2022.

10. «Statement on the War in Ukraine by Scholars of Genocide, Nazism and World War II», Jewish Journal, 27 de febrero de 2022: https://jewishjournal.com/news/worldwide/345515/statement-on-the-war-in-ukraine-by-scholarsof-genocide-nazism-and-world-war-ii/

11. Werth, N. Poutine, historien en chef, París, Gallimard, 2022.

12. Staatsarchiv Freiburg, C 5/1 1319, Entnazifizierung, 1946, sin paginación.

13. Meier, C. Das Gebot zu vergessen und die Unabweisbarkeit des Erinnerns. Vom öffentlichen Umgang mit schlimmer Vergangenheit, Berlín, Siedler, 2012.

14. Véase la obra clásica de la historia anglosajona de las emociones, traducida tardíamente al francés, de William M. Reddy, La Traversée des sentiments. Un cadre pour l'histoire des émotions, 1700-1850, trad. del inglés por S. Renaut, Dijon, Les Presses du réel, 2019. Véase también para la tradición francesa de la historia de las sensibilidades, Alain Corbin et Hervé Mazurel (dir.), Histoire des sensibilités, París, Puf, 2022.

15. Febvre, L. «La sensibilité et l'histoire. Comment reconstituer la

vie affective d'autrefois ?», Annales d'histoire sociale, t. 3, n.° 1-2, 1941, pp. 5-10.

16. Wahnich, S. «De l'économie émotive de la Terreur», Annales. Histoire, sciences sociales, vol. 57, n.° 4, 2002, pp. 889-913.

17. Sobre el concepto de comunidad emocional, véase: Barbara. H. Rosenwein, Emotional Communities in the Early Middle Ages, Ithaca, Cornell University Press, 2006.

18. Zaltzman, N. L'Esprit du mal, París, L'Olivier, 2009.

19. S. Maier, C. «Mémoire chaude, mémoire froide. Mémoire du fascisme, mémoire du communisme», Le Débat, n.° 122, 2002, p. 109-117.

20. Niethammer, L. Entnazifizierung in Bayern. Säuberung und Rehabilitierung unter amerikanischer Besatzung, Fráncfort del Meno, Fischer Verlag, 1972.

21. Niethammer, L. Die Mitläuferfabrik. Entnazifizierung in Bayern, Bonn, Dietz Verlag, 1982.

22. Véase el artículo pionero de Éric de Dampierre, «Thèmes pour l'étude du scandale», Annales. Économies, sociétés, civilisations, vol. 9, n.° 3, 1954, pp. 328 -336. Dice concretamente sobre el escándalo: «Es la piedra angular de estos valores, el examen que muestra que los valores no resultan indiferentes, que se consideran

todavía como tales».

23. De Blic, D. y Lemieux, C. «Le scandale comme épreuve. Éléments de sociologie pragmatique», Politix, 2005, n.° 71, pp. 9-38.

24. Oeser, A. Enseigner Hitler. Les adolescents face au passé nazi en Allemagne: interprétations, appropriations et usages de l'histoire, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 2010.

25. Ette, O. L'Affaire Jauss. Les chemins de la compréhension: vers un avenir de la philologie, Presses universitaires de Rouen et du Havre, 2019.

26. Stokowski, M. «Entnazifizierung jetzt!», Der Spiegel, 25 de febrero de 2020 (https://www.spiegel.de/kultur/entnazifizierung-jetzt-a-abd8be99-6974-403d-b214-14a6d392ce8e).

27. Miard-Delacroix, H. «Éditorial. L'Allemagne a produit son propre aveuglement face à l'extrême droite», Allemagne d'aujourd'hui, n.° 231, 2020, pp. 3-4.

28. Art, D. The Politics of the Nazi Past in Germany and Austria, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, p. 53.

29. E. Griffith, W. «Denazification in the United States of Germany», The Annals of the American Academy of Political and Social Science, n.° 267, 1950, pp. 68-76.

30. Ettle, E. Entnazifizierung in Eichstätt. Probleme der politischen Säuberung nach 1945, Fráncfort del Meno, Peter Lang, 1985; Angela Borgstedt, Entnazifierung in Karlsruhe 1946 bis 1951. Politische Säuberungen im Spannungsfeld von Besatzungspolitik und lokalpolitischem Neuanfang, Constance, UVK Verlag, 2001.

31. Grohnert, R. Die Entnazifizierung in Baden 1945-1949. Konzeptionen und Praxis der «Épuration» am Beispiel eines Landes der französischen Besatzungszone, Stuttgart, Kohlhammer, 1991.

32. Fürstenau, J. Entnazifizierung. Ein Kapitel deutscher Nachkriegspolitik, Berlin, Luchterhand, 1969; Klaus-Dietmar Henke, Die politische Säuberung unter französischer Besatzung. Die Entnazifizierung in Württemberg-Hohenzollern, Stuttgart, Deutsche Verlags-Anstalt, 1981; Sébastien Chauffour, Corine Defrance, Stefan Martens et Marie-Bénédicte Vincent (dir.), La France et la dénazification de l'Allemagne après 1945, Bruselas, Peter Lang, 2019.

33. Schoenmakers, C. Die Belange der Volksgemeinschaft erfordern. Rechtspraxis und Selbstverständnis von Bremer Juristen im Dritten Reich, Paderborn, Schöningh Verlag, 2015.

34. Jérôme Vaillant (dir.), La Dénazification par les vainqueurs. La politique culturelle des occupants en Allemagne, 1945-1949, Villeneuve-d'Ascq, Presses universitaires du Septentrion, 1981.

35. Rammer, G. Die Nazifizierung und Entnazifizierung der Physik an der Universität Göttingen, tesis doctoral bajo la dirección de Klaus Hentschel, Facultad de Filosofía de la Universidad Georg-

August de Göttingen, 2004.

36. Ahrens, R. Die Dresdner Bank, 1945-1957. Konsequenzen und Kontinuitäten nach dem Ende des NS-Regimes, Múnich, Oldenbourg, 2007.

37. Bilski, A. Entnazifizierung des Düsseldorfer Höheren Schulwesens nach 1945. Demokratisierung und personelle Säuberung im Umfeld von Wiederaufbau und Reorganisation des Schulwesens einer Großstadt der britischen Zone, Essen, Klartext, 2016.

38. Conze, E. Norbert Frei y Moshe Zimmermann (dir.), Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik, Múnich, Blessing, 2010.

39. Véase el estudio ejemplar de Marie-Bénédicte Vincent, La Dénazification des fonctionnaires en Allemagne de l'Ouest, París, CNRS Éditions, 2021.

40. El aspecto biográfico de esta novela está relacionado con el descubrimiento tardío de un secreto familiar: uno de sus abuelos había formado parte de los Einsatzgruppen durante la Segunda Guerra Mundial. Chris Kraus, La fábrica de canallas, Barcelona, Salamandra, 2022.

41. Estas cifras están sacadas del libro de Adolf Birke, Nation ohne Haus. Deutschland, 1945-1961, Berlín, Siedler, 1994, p. 71.

42. Kogon, E., «Das Recht auf den politischen Irrtum», Frankfurter Hefte. Zeitschrift für Kultur und Politik, vol. 7, n.° 2, julio 1947, pp. 641-655.

43. Kogon, E. Der SS-Staat. Das System der deutschen Konzentrationslager, Múnich, Heyne Verlag, 1946, p. 327.

44. Frei, N. 1945 und Wir. Das Dritte Reich im Beuwußstein der Deutschen, Múnich, Beck Verlag, 2005.

45. Cita de un discurso radiofónico pronunciado por el jurista y director general de Radio Stuttgart, el Dr. Fritz Ermath, el 1 de abril de 1947. Véase: Radio Stuttgart y Fritz Ermarth, Volk und Staat. 10 ausgewählte Radiobeiträge, Karlsruhe, Verlag Volk und Zeit, 1947, p. 113.

46. Fundado en Stuttgart el 17 de octubre de 1945, el Consejo Regional de la Zona de Ocupación Americana funcionó hasta el 28 de septiembre de 1948. Esta institución agrupaba tres regiones: Baviera, Baden-Wurtemberg y Hesse. Escribió y votó leyes. También cumplía la función de administración central, destinada a coordinar todos los esfuerzos en materia política fiscal, social, así como política de cobijo y acogida de refugiados.

47. Citado en Margarete Rohowsky, Gleichschaltung und Ausschaltung. Beiträge zum Problem der Entnazifizierung, Berlín, Der Neue Geist Verlag, 1947, p. 6.

48. Ibidem, p. 36.

49. Geertz, C. «Description densa», op. cit.

50. Wahl, A. La Seconde Histoire du nazisme dans l'Allemagne fédérale depuis 1945, París, Armand Colin, 2006; Marie-Bénédicte Vincent (dir.), La Dénazification, París, Perrin, 2008; Marc Bergère, Jonas Campion, Emmanuel Droit, Dominik Rigoll et Marie-Bénédicte Vincent (dir.), Pour une histoire connectée et transnationale des épurations en Europe après 1945, Bruselas, Peter Lang, 2019.

51. Fallada, H. Pesadilla, trad. del alemán por Rosa Pilar Blanco Santos, Madrid, Maeva, 2017.

52. Klessmann, C. Die doppelte Staatsgründung. Deutsche Geschichte, 1945-1955, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1982.

53. Véase el ejemplo Loïc Batel, Histoire de l'Allemagne contemporaine de 1945 à nos jours, París, Seuil, 2022.

54. Sobre el «mito Stalingrado», véase Norbert Frei, 1945 und Wir. Das Dritte Reich im Bewußtsein der Deutschen, Múnich, Beck Verlag, 2005, p 97-106.

55. Edgar Morin era entonces jefe de la oficina de propaganda del Gobierno militar francés en Baden-Baden. Edgar Morin, L'An zéro de l'Allemagne, París, La Cité universelle, 1946.

56. Bonneuil C. y Fressoz, J-B. L'Événement anthropocène, París, Seuil, 2013.

57. Botrot, J. Une Allemagne toute neuve, París, Grasset, 1957, p. 19.

58. Muhidine, E. «Ruines exposées, transformées, racontées. Images de la destruction dans le «Berlin Stunde Null», Sociétés et représentations, n.° 41, 2016, p. 105-118.

59. Stig Dagerman, Automne allemand, trad. du suédois par Philippe Bouquet, Arles, Actes Sud, 1980, p. 33.

60. Grass, G. Escribir después de Auschwitz, Discurso de la pérdida, Barcelona, Paidós, 2010.

61. «Mit Großbagger und Kleinbahn», Nürnberger Nachrichten, 30 de julio de 1947.

62. Selbmann, F. Acht Jahre und ein Tag. Bilder zur Geschichte der DDR, Berlín, Verlag Neues Leben, 1975, p. 11.

63. Deutscher Städtetag, Statistisches Jahrbuch deutscher Gemeinden, vol. 37, 1949, p. 362.

64. Jean Botrot, Une Allemagne toute neuve, op. cit., p. 21.

65. Stadtarchiv Pforzheim, B1, 1420, Wohnungsnot, 1946-1948, Beschluss an die Militärregierung, Erklärung der Stadt Pforzheim zum «Brennpunkt des Wohnungsbedarfs», 15 de mayo de 1945, sin paginación.

66. Stadtarchiv Pforzheim, 1308, Gemeinnützige Gesellschaft für Trümmerbeseitigung und -verwertung, Bericht der Geschäftsführung der Gesellschaft, mediados de julio de 1949, sin paginación.

67. Stadtarchiv Pforzheim, Amtliches Mitteilungsblatt des Oberbürgermeisters der Stadt Pforzheim, n.° 9, del 24 de noviembre de 1945 y n.° 7, del 23 de febrero de 1946.

68. Para mayor información, véase Karl-Heinz Reuband, «Denunziation im Dritten Reich: Die Bedeutung von Systemunterstützung und Gegelegenheitsstrukturen», Historische Sozialforschung, vol. 26, n.° 2-3, 2001, p. 219-234.

69. Stadtarchiv Pforzheim, 1567, Schuttablagerung, 30 de octubre de 1945, sin paginación.

70. Stadtarchiv Pforzheim, 1567, Städtisches Tiefbauamt an den Bürgermeister, 16 de mayo de 1946, sin paginar.

71. Stadtarchiv Pforzheim, 1567, Herrn Hermann Kling an den Bürgermeister, 28 de noviembre de 1945, sin paginar.

72. Stadtarchiv Pforzheim, 1567, Polizeidirektor an das Städt. Tiefbauamt, 2 de noviembre de 1945.

73. Ibidem.

74. Neumann, K. «Lange Wege der Trauer. Erinnerungen an die Zerstörung Halberstadts am 8. April 1945», en Jörg Arnold, Dietmar Süß et Malte Thießen (dir.), Luftkrieg. Erinnerungen in Deutschland und Europa, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2008, pp. 203-220.

75. Stadtarchiv Pforzheim, 1567, Der II. Bürgermeister an das Einsatzbüro, Beseitigung von Bautrümmern am Schlossberg, 22 de noviembre de 1945.

76. Treber, L. Mythos Trümmerfrauen. Von der Trümmerbeseitigung in der Kriegs und Nachkriegszeit und der Entstehung eines deutschen Erinnerungsortes, Essen, Klartext Verlag, 2014.

77. Krauss, M. «Trümmerfrauen. Visuelles Konstrukt und Realität», en Gerhard Paul (dir.), Das Jahrhundert der Bilder, t. I, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2009, pp. 738-745.

78. Landesarchiv Berlín (LAB), B REP. 031-01-01/349, Elsbeth Koch, sin paginar.

79. LAB B REP. 031-01-01/194, Charlotte Witthaus, sin paginar.

80. LAB B REP. 031-01-01/11, Elfriede Müller, sin paginación.

81. Aly, G. Comment Hitler a acheté les Allemands. Le IIIe Reich, une dictature au service du peuple, trad. del alemán por Marie Gravey, París, Flammarion, 2005.

82. Stadtarchiv Pforzheim, 1308, Gemeinnützige Gesellschaft für Trümmerbeseitigung und verwertung, sin paginar.

83. Muhidine, E. «Ruines exposées, transformées, racontées», artículo citado.

84. Stadtarchiv Pforzheim, 1308, Bericht der Geschäftsführung, julio de 1949, sin paginar.

85. Fallada, H. Pesadilla, traducido por Rosa Pilar Blanco Santos, Madrid, Maeva, 2017.

86. Selbmann, F. Acht Jahre und ein Tag, op. cit.

87. Bundesarchiv, SGY/30/750/ Erinnerungen Fritz Selbmann, p. 329.

88. Lutter, H. Tagebücher meiner Mutter, 1926-1948. Ein Zeitdokument, Norderstedt, BoD, 2008.

89. Tagebucharchiv Emmendingen, Tagebuch 5045-6, 1932-1954.

90. En el diario, se explica que Otto Lutter fue alcanzado por una bala en el pulmón.

91. Lutter, H. Tagebücher meiner Mutter, op. cit., pp. 197-198

92. D. Clay, L. Decision in Germany, Nueva York, Garden City, 1950, p. 259.

93. «Berliner Erklärung der Siegermächte «in Anbetracht der Niederlage Deutschlands und der Übernahme der obersten Regierungsgewalt» vom 5. Junio 1945», Amtsblatt des Kontrollrats, n.° 1, 1945.

94. Acuerdos de Potsdam, «Principios económicos y políticos para regir el trato de Alemania durante el periodo de control inicial», IV-6, 2 de agosto de 1945.

95. Pick, R. «En route to De-nazification», Saturday Review of Literature, 19 de agosto de 1944, p. 10.

96. Plischke, E. «Denazifying the Reich», The Review of Politics, vol. 9, n.° 2, abril 1947, pp. 153-172.

97. Wildt, M. Volk, Volksgemeinschaft, AfD, Hambourg, Hamburger Edition, 2017. En francés, véase Michael Wildt, «Communauté du peuple nazie, violence antisémite et Eigensinn», Le Mouvement social, n.° 273, 2020, pp. 91-96.

98. SHAEF, «Handbook for Military Government in Germany Prior to Defeat or Surrender, versión del 15 de agosto 1944, p. 4-5.

99. Ibidem.

100. Tagebucharchiv Emmendingen, 4483/1-8, Tagebuch Else Martha Lotte Nehm, vol. III, 12 de octubre 1944-junio 1947, pp. 50-51.

101. LAB C REP. 102, n.° 27, Schriftverkehr mit der Alliierten Kommandantur, 1945-1946, p. 227.

102. Stalin adoptó la postura contraria al anunciar, el 9 de mayo de 1945, que la URSS no pretendía ni desmembrar ni aniquilar a Alemania. Véase: Joseph Stalin, Über den Großen Vaterländischen Krieg der Sowjetunion, Berlín, Dietz Verlag, 1952, p. 223. Esta decisión formaba parte de una política muy vacilante de Stalin respecto a Alemania, que en mayo de 1945 pasó a defender una Alemania unificada pero desmilitarizada. Véase: Wilfried Loth, Stalins ungeliebtes Kind. Warum Moskau die DDR nicht wollte, Stuttgart, Rohwolt Verlag, 1994.

103. Landesarchiv Berlin (LAB), LAB C REP. 901, n.° 285,

Landesleitung der SED, Entnazifizierungskommission, 1946-1949, sin paginar.

104. Wahl, A. La Seconde Histoire du nazisme dans l'Allemagne fédérale depuis 1945, París, Armand Colin, 2006, p. 19.

105. LAB C REP. 901, n.° 285, op. cit.

106. LAB C REP. 102, n.° 27, op. cit. p. 226.

107. LAB C REP. 102, n.° 283, Berichterstattung der Kommissionen, octubre de 1948-febrero de 1949, pp. 1-7.

108. LAB C REP. 102, n.° 272, Entnazifizierungskommission, Grundsätzliche Fragen, 1945-1947, p. 85.

109. Droit, E. ¿ Vers un homme nouveau ? L'éducation socialiste en RDA, 1949-1989, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2009.

110. DR 2/959, Denkschrift über die Maßnahmen zur Ausbildung von pädagogischen Lehrkräften für die Volksschulen der SMAD, sin paginar.

111. BA, DR 2/421, Säuberung der Lehrerschaft von faschistischen und militäristischen Elementen, octubre de 1945-octubre de 1947, p. 2.

112. LAB C REP. 102, n.° 272, op. cit. p. 2.

113. Acuerdos de Potsdam, op. cit, IV-7.

114. LAB E REP. 400-31, n.° 14, Einzeldokumente zur Arbeit des Politischen Prüfungsausschusses für Kunstschaffende beim Magistrat Berlin, 1945-1946, 1949, sin paginar.

115. Ibidem.

116. Ibidem.

117. Ibidem.

118. BA, SGY 30/186, Erinnerungen Olgerd-Igor Jankowski, p. 88-89.

119. BA, DO 1/25432, Bericht über die Tagung am 04.11.47 in der DVdI zur Durchführung der Befehl 201, sin paginar.

120. Esta cifra fue extraída de los archivos del Instituto para el Marxismo-Leninismo y reproducida por los historiadores de Alemania Oriental del Instituto para la Historia del Presente. Véase Wolfgang Meinicke, «Die Entnazifizierung in der sowjetischen Besatzungszone», Zeitschrift für Geschichtswissenschaft, n.° 32,

1984, p. 978.

121. Greiner, B. Geschichte und Wahrnehmung sowjetischer Speziallager in Deutschland, Hamburgo, Hamburger Edition, 2010.

122. LAB C REP. 102, n.° 272, op. cit. p. 85.

123. El 65 % de los profesores de primaria y secundaria fueron despedidos en la zona americana, frente al 80 % en la zona soviética.

124. El historiador Clemens Vollnhals se ha referido a esto como un «El dorado». Véase Clemens Vollnhals, Entnazifizierung. Politische Säuberung und Rehabilitierung in den vier Besatzungszonen, Múnich, Deutscher Taschenbuch-Verlag, 1991, p. 28.

125. Ibidem.

126. Staatsarchiv Hamburg, 221-11-1, Staatskommissar für die Entnazifizierung und Kategorisierung, Memorandum Bürgermeister Rudolph Petersen, 1945, sin paginar.

127. Citado en Dack, M. Everyday Denazification in Postwar Germany. The Fragebogen and Political Screening during the Allied Occupation, Cambridge, Cambridge University Press, 2023, p. 157.

128. Esta directiva también apuntaba también a todos los miembros

de la SD y la Gestapo, así como a los miembros de las Juventudes Hitlerianas y del Servicio de Trabajo del Reich.

129. Staatsarchiv Hamburg, 221-11-1, Staatskommissar für die Entnazifizierung und Kategorisierung, op. cit, sin paginar.

130. Ibidem.

131. CCFA, «Épuration du personnel allemand. Rapport général au 31 décembre 1945», citado en Rainer Möhler, «Entnazifizierung-Demokratisierung-Entpreußung. Zum Spannungsverhältnis von französischer Kontrolle und saarländischer Eigenständigkeit», en Rainer Hudemann, Raymond Poidevin y Armin Heinen (eds.), Die Saar 1945-1955. Ein Problemder europäischen Geschichte, Berlín, De Gruyter, 2022 [3.ª ed.], p. 237.

132. StAF B717/2, 7148, Entnazifizierung im Landkreis Lahr, 1946-1947, sin paginar.

133. Laffon, E. «Principes de notre action en Allemagne occupée du 20 août 1945», citado en Rainer Möhler, «Entnazifizierung-Demokratisierung-Entpreußung», op. cit., p. 236.

134. «La zone française d'occupation en Allemagne», Cahiers français d'information, boletín quincenal publicado por la Presidencia del Consejo, n.° 77, 1 de febrero de 1947, citado en Rainer Möhler, ibid.

135. Laffon, E. «Principes de notre action en Allemagne occupée du 20 août 1945», op. cit.

136. StAF, B717/2, 6 300, Aufstellung der Ausstellung «Hitlers Verbrechen» in der Stadthalle Lahr, diciembre de 1945, sin paginar.

137. Ibidem.

138. Ibidem.

139. Ibidem.

140. LAB C REP 102 n.° 27, op. cit. observaciones relativas a la desnazificación, 16 de junio de 1946, p. 243.

141. StAF, B 695/1, 3516, Landesamt Donaueschingen, Durchführung der Sühnemaßnahmen im Zuge der politischen Säuberung, 1946-1949, sin paginar.

142. BA, DR 2/421, op. cit, sin paginar.

143. C5/1, 1329, Badische Staatskanzlei, Entnazifizierung in der Ostzone 1947, sin paginar.

144. BA, DR 2/959, Rundschreiben n.° 21/47 des

Zentralsekretariats der SED, 10 de septiembre de 1947, p. 38.

145. Christian, M. ¿Camaradas o aparatchiks? Les communistes en RDA et en Tchécoslovaquie, 1945-1989, París, Puf, 2016, p. 85-86.

146. C5/1, 1329, Badische Staatskanzlei, Entnazifizierung in der Ostzone 1947: Ausgabe n.° 66, Unser Tag, «Die Frage der kleinen Pg's in der Sowjetzone gelöst», 27 de agosto de 1947.

147. C5/1, 1329, Badische Staatskanzlei, Entnazifizierung in der Ostzone 1947: Zeitungsartikel aus dem Telegraf, de 20.08.1947.

148. BA, DR 2/959, Rundschreiben n.° 21/47, op. cit. p. 38.

149. BA, DO 1/25 432, op. cit, sin paginar.

150. LAB C Rep. 901, n.° 409, Untersuchungsberichte und Informationen zu Parteiüberprüfungen, Entnazifizierungsfragen und Dienstvergehen, 1945-1948, sin paginar.

151. Citado en Defrance, C. y Pfeil, U. «L›Allemagne occupée en 1946», Guerres mondiales et conflits contemporains, n.° 224, p. 53.

152. Ibidem.

153. Dos Passos, J. «Land of the Fragebogen», Tour of Duty, Boston, Houghton Mifflin Company, 1946.

154. NARA, RG 331, SHAEF, Adjutant General's Division, 58-69, Report, «Public Safety and the Removal of the Nazi, Division», Entry 58, Box 69.

155. Fontaine, A. «Le questionnaire d'Ernst von Salomon», Le Monde, 14 de julio de 1953.

156. Dack, M. Desnazificación cotidiana en la Alemania de posguerra, op. cit. Desnazificación

157. Galton, F. English Men of Science. Their Nature and Nurture, Londres, Macmillan, 1874.

158. Halbwachs, M. L'Évolution des besoins dans les classes ouvrières, París, Alcan, 1933, pp. 3-4.

159. Karila-Cohen, P. y Le Bihan, J. «L›empire de la notation (France, XIXe siècle). Première partie: l'essor d'une pratique», Genèses, n.° 113, 2018, pp. 11-38.

160. S. Cross, G. Worktowners at Blackpool. Mass-Observation and Popular Leisure in the 1930s, Londres, Routledge, 1990.

161. Bulmer, M. Bales, K. y Kish Sklar, K. (eds.), The Social Survey

in Historical Perspective, 1880-1940, Cambridge, Cambridge University Press, 2011; Kerstin Brückweh (ed.), Engineering Society. The Role of the Human and Social Sciences in Modern Societies, 1880-1980, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2012.

162. NARA, RG 331, op. cit.

163. Von Salomon, E. Le Questionnaire, traducido del alemán por Guido Meister, París, Gallimard, 1953, p. 25.

164. Palmer Domenico, R. Italian Fascists on Trial, 1943-1948, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1991; Hans Woller, Die Abrechnung mit dem Faschismus in Italien, 1943-1948, Múnich, Oldenburg, 1996; Marcello Flores, «Épuration et procès en Italie durant la transition démocratique», Histoire politique, n.° 38, 2019; véase más recientemente el estudio de Mikkel Dack, Everyday Denazification in Postwar Germany, op. cit.

165. L. Coles H. y K. Weinberg, A. Civil Affairs. Soldiers become Governors, Washington D.C., Center of Military History United States Army, 1986, p. 195.

166. Ibidem.

167. NARA, RG 331, SHAEF, General Staff, G-5 Division, Information Branch, Staff Study, Measures for Identifying and Determining Disposition of Nazi Public Officials in Germany, 28 de mayo de 1944.

168. D. Roosevelt, F. «Speech on the Progress of the War and Plans for Peace», 28 de julio de 1943, citado en Buchanan, A. «Good La Denazification Morning Pupil. American Representations of Italianness and the Occupation of Italy 1943-1945», Journal of Contemporary History, vol. 43, n.° 2, 2008, p. 217-240.

169. L. Coles H. y K. Weinberg, A. Civil Affairs, op. cit. p. 384. El cuestionario o el espejo del alma nazi

170. Ibidem, p. 385.

171. Bracker, M. «Reich gives AMG biggest Problems», New York Times, 2 de abril de 1945, p. 8.

172. Ibidem.

173. Dack, M. Everyday Denazification in Postwar Germany, op. cit. p. 131.

174. Neumann, F. Behemoth. Estructura y práctica del nacionalsocialismo, 1933-1945 [1946], traducido del inglés por Gilles Devaux, París, Payot, 1987.

175. Niethammer, L. Die Mitläuferfabrik, op. cit.

176. D. Clay, L. Decisión en Alemania, op. cit. p. 259.

177. BA, DQ 1/1336, Durchführungs und Ausführungsbestimmungen zum Gesetz über die Reinigung der öffentlichen Verwaltung, 23 de julio de 1945.

178. BA, DM 1/3509, Ministerium für Verkehrswesen, sin paginar.

179. Goody, J. Literacy in Traditional Societies, Cambridge, Cambridge University Press, 1968, p. 1.

180. Goody, J. La razón gráfica. La domesticación del pensamiento salvaje. Akal, 1985.

181. Los soviéticos no habían incluido en su modelo de cuestionario la posibilidad de adjuntar cartas de personas que pudieran actuar como garantes morales.

182. StAF, g 227/1, 1338, Entnazifizierungserhebungsbogen, 1945-1948, sin paginar.

183. Staatsarchiv Hamburg, 352-6-1815, Gesundheitsbehörde, sin paginar.

184. Lindenberger T. y Lüdtke, A. «Eigensinn: espaces d'action et pratiques de domination», Le Mouvement social, n.° 273, 2020, pp. 67-89. Véase también Alf Lüdtke, Des ouvriers dans l'Allemagne du XXe siècle. Le quotidien des dictatures, París, L'Harmattan, 2000.

185. Tagebucharchiv Emmendingen, 3837-5, Hans-Karl Friedrich, Tagesnotizen 1946, p. 35.

186. Ibidem.

187. Los ejemplos utilizados por Hanne Leßau en su investigación se llevaron a cabo a lo largo de varios meses. Véase Leßau, H. Entnafizierungsgeschichten. Die Auseinandersetzung mit der eigenen NS-Vergangenheit in der frühen Nachkriegszeit, Göttingen, Wallstein Verlag, 2020, p. 121 et suiv.

188. Tagebucharchiv Emmendingen, 3837-5, op. cit. p. 37.

189. Mediante la directiva n.° 46, el Gobierno militar británico creó la Schleswig-Holstein el día 13 de agosto de 1946, pero a diferencia de las zonas francesa y estadounidense, hasta la primavera de 1947 no se celebraron las primeras elecciones regionales en la zona de ocupación británica.

190. Tagebucharchiv Emmendingen, 3837-5, op. cit. p. 55.

191. Ibidem, p. 58.

192. Tagebucharchiv Emmendingen, 3837/1-2, Hans-Karl Friedrich, Tagebuch 1925-1956, p. 43.

193. Staatsarchiv Hamburg, 221-11-3, Staatskommissar für die Entnazifizierung und Kategorisierung, Schriftwechsel von Fachausschüssen in Bergerdorf für die Ausschaltung von Nationalsozialisten, Einzelfälle, 1945-1949, sin paginar.

194. LAB C REP. 102, n.° 27, op. cit. pp. 281-282.

195. LAB C REP. 102, n.° 276, Entnazifizierungsvorgänge, 1946-1949, p. 1.

196. LAB C Rep. 102, n.° 32, Schriftwechsel mit Polizei und Staatsanwaltschaften, 1945-1948, p. 60.

197. Ibid, p. 67.

198. Sollors, W. «Everybody Gets Fragebogened Sooner or Later: The Denazification Questionnaire as Cultural Text», German Life and Letters, n.° 71, 2018, pp. 139-153.

199. Scheu, J. «Der Fragebogen», en Völker Kühn (ed.), Kleinkunststücke. Eine Kabarett-Bibliothek in fünf Bänden, t. IV: Wir sind so frei. Kabarett in Restdeutschland, 1945-1970, Berlín, Quadriga, 1993, pp. 61-62.

200. Von Salomon, E. El cuestionario, op. cit., p. 25.

201. Ibidem.

202. Staatsarchiv Hamburg, 211-11-14, Staatskommissar für die Entnazifizierung und Kategorisierung, Zum Umlauf vom Leiter des Sekretariats des Staatskommissars, 17 de diciembre de 1948, sin paginar.

203. Staatsarchiv Hamburg, 221-11-8, Staatskommissar für die Entnazifizierung und Kategorisierung, Bericht von Becker um eine Einstufung in die Tarifgruppe VII, mayo de 1946, sin paginar.

204. Staatsarchiv Hamburg, 352-6-2015/1, Gesundheitsbehörde, Anweisungen für die Beschlussfassung in den Fach- und beratenden Ausschüssen zur Ausschaltung ehemaliger Nationalsozialisten im Bereich der Hansestadt Hamburg, 22 de agosto 1946, sin paginar.

205. LAB C Rep. 102, n.° 283, Berichterstattung der Kommissionen, octubre 1948-febrero 1949, p. 212.

206. Jacobmeyer, W. «Handcover to Germans 1947/48: Ausgangslagen für die zweite Entnazifizierung in Niedersachsen», en Paul Leidinger (ed.), Geschichte und Geschichtsbewusstsein. Festschrift Karl-Ernst Jeismann zum 65. Geburtstag, Münster, Warendorf, 1990, p. 490.

207. LAB C Rep. 102/27, Schriftverkehr mit der Alliierten Kommandantur, 1945-1946, p. 133.

208. Ibidem.

209. Ibidem.

210. Ibidem.

211. Staatsarchiv Hamburg, 352-6-2015/1, Gesundheitsbehörde, op. cit.

212. LAB C Rep. 102, n.° 273, Organisation der Entnazifizierungskommissionen, 1946, p. 89.

213. Ibidem, p. 118.

214. LAB C REP. 102, n.° 276, Entnazifizierungsvorgänge, 1946-1949, p. 118.

215. LAB C REP. 102, n.° 27, Schriftverkehr mit der Alliierten Kommandantur, 1945-1946, Gegenwärtiger Stand der Mitglieder der Entnazifizierungskommission beim Magistrat der Stadt Berlin, 28 de octubre de 1946, p. 290.

216. Ibidem.

217. LAB C REP. 102, n.° 276, Entnazifizierungsvorgänge, 1946-1949, p. 115-116.

218. Ibidem, p. 119.

219. LAB C REP. 102, n.° 275, Arbeit der Kommissionen und des Ermittlerstabes, 1946-1948, Vermerk von Herrn Richter, Sachbearbeiter der Entnazifizierung für Juristen, 12 de febrero de 1947, sin paginar.

220. Staatsarchiv Hamburg, Staatskommissar für die Entnazifizierung und Kategorisierung, Gegen Vorsitzende von Fachausschüssen gerichtete Beschwerden, 1948-1949, sin paginar.

221. LAB C REP. 102, n.° 27, Schriftverkehr mit der Alliierten Kommandantur, 1945-1946, p. 88 y ss.

222. LAB C REP. 102, n.° 62, Magistrat von Berlin, Abt. Personalpolitik, Rundschreiben: Entlassungen von Angestellten und Arbeitern, 28 de mayo de 1946, sin paginar.

223. LAB C REP. 102. n.° 275, Arbeit der Kommissionen und des Ermittlerstabes, 1946-1948, p. 11.

224. Ettle, E., Entnazifizierung in Eichstätt, op. cit. p. 100.

225. LAB C REP. 102, n.° 27, op. cit. pp. 227 y ss.

226. LAB C REP. 102, n.° 275, op. cit. pp. 30-32.

227. Ibidem, p. 242.

228. LAB C REP. 102, n.° 283, Berichterstattung der Kommissionen, octubre de 1948-febrero de 1949, p. 212.

229. Ibidem.

230. LAB C REP. 102, n.° 283, op. cit. p. 78.

231. Ibidem, p. 79.

232. BA, DO 1/25 432, op. cit., sin paginar.

233. Ibidem.

234. LAB C REP. 102, n.° 275, op. cit. p. 10.

235. BA, DO 1/25 432, op. cit., sin paginar.

236. BA, DO 1/25 432, op. cit., sin paginar.

237. LAB C REP. 901, n.° 543, Entnazifizierung, 1945-1951, sin paginar.

238. Ibidem.

239. Ibidem.

240. Ibidem.

241. Un caso similar se documentó en la ciudad de Brandenburgo, en las memorias de Max Herrn, activista comunista y antiguo deportado de Buchenwald y Sachsenhausen, que llegó a ser alcalde de la ciudad tras el final de la guerra. SGY 30/94, Nachlass Max Herrn, p. 5.

242. Citado en Rainer Möhler, «Entnazifizierung-Demokratisierung-Entpreußung», op. cit. p. 250.

243. LAB C REP. 102, n.° 273, Organisation der Entnazifizierungskommissionen, 1946, p. 3.

244. Staatsarchiv Hamburg, Gesundheitsbehörde, Signatur: 352-6-2015/1, Anweisungen für die Beschlußfassung in den Fach- und beratenden Ausschüssen zur Ausschaltung ehemaliger Nationalsozialisten im Bereich der HH, 22 de agosto de 1946, sin paginar.

245. Staatsarchiv Hamburg, 221-11-14, op. cit.

246. LAB C REP. 102, n.° 275, op. cit. pp. 30-32.

247. LAB C REP. 102, n.° 27, Schriftverkehr mit der Alliierten Kommandantur, 1945-1946, p. 106.

248. Ibidem.

249. Staatsarchiv Hamburg, 221-11-15, Staatskommissar für die Entnazifizierung und Kategorisierung, Namenslisten von Mitgliedern von Fach-und Beratenden Ausschüssen, 1947-1950, sin paginar.

250. Staatsarchiv Hamburg, 221-11-14, op. cit.

251. BA, DO/1/25431, sin paginar.

252. BA, DO/1/25432, op. cit., sin paginar.

253. Statistisches Jahrbuch für Bayern, 1947, p. 277.

254. LAB C REP. 102, n.° 273, Organisation der

Entnazifizierungskommissionen, 1946, p. 37.

255. Stig Dagerman, Otoño alemán, op. cit., p. 105.

256. Staatsarchiv Hamburg, 211-11-14, Staatskommissar für die Entnazifizierung und Kategorisierung, op. cit., sin paginar.

257. Ibidem.

258. Ibidem.

259. LAB C REP. 102, n.° 273, Organisation der Entnazifizierungskommissionen, 1946, p. 3.

260. LAB C REP. 901, n.° 285, Landesleitung der SED, Entnazifizierungskommission, 1946-1949, sin paginar.

261. LAB C REP. 102, n.° 272, Entnazifizierungskommission - Grundsätzliche Fragen, 1945-1947, p. 39.

262. LAB C REP. 102/273, op. cit. p. 48.

263. LAB C REP. 102/278, Personenverzeichnisse der Entnazifizierungskommission, 1946-1947, p. 21-26.

264. Staatsarchiv Hamburg, 221-11-15, op. cit.

265. Leßau, H. Entnazifizierungsgeschichten, op. cit. p. 295 y ss. El marco de la desnazificación.

266. StAF B717/2, 7148, Entnazifizierung im Landkreis Lahr, 1946-1947, sin paginar.

267. Ibidem.

268. Ibidem.

269. LAB C REP. Bericht über die Arbeitsweise der Entnazifizierungskommission bei Magistrat vom Groß-Berlin, 31 de marzo de 1947, p. 261.

270. LAB C REP. 102, n° 273, Organisation der Entnazifizierungskommissionen, 1946, p. 118.

271. Staatsarchiv Hamburg, 221-11-12, Staatskommissar für die Entnazifizierung und Kategorisierung, sin paginar.

272. Ibidem.

273. Stig Dagerman, Otoño alemán, op. cit., p. 103.

274. Ibidem, p. 105.

275. Staatsarchiv Hamburg, 221-11-14, op. cit.

276. Ibidem.

277. Margalit, A., La sociedad decente, París, Flammarion, 2007.

278. Dagerman, S. Automme allemand, op. cit., p. 106.

279. Friedländer, E. «Das Vakuum», Die Zeit, n.° 29, 29 de mayo de 1947.

280. Ibidem.

281. Staatsarchiv Hamburg, 221-11-1, Staatskommissar für die Entnazifizierung und Kategorisierung, op. cit. 1945, sin paginar.

282. LAB E REP. 400-31, n.° 14, Einzeldokumente zur Arbeit des Politischen Prüfungsausschusses für Kunstschaffende beim Magistrat Berlin, 1945-1949, sin paginar.

283. BA, DR 2/421, Entnazifizierung der Lehrerschaft, sin paginar.

284. Tagebucharchiv Emmendingen, 4483/1-8, Tagebuch Else Martha Lotte Nehm, op. cit. p. 37.

285. Tagebucharchiv Emmendingen, 113-2, Wilhelm Mayer, Tagebuch 1947-1953, p. 1.

286. StAF C5/1, 1323, Veröffentlichung der Entnazifizierungsurteile im Amtsblatt, 1946-1947, sin paginar.

287. Ibidem.

288. Ibidem.

289. LAB C REP. 102, n.° 27, op. cit. p. 99.

290. StAF, B 695/1, 3679, Landesamt Donaueschingen, Entnazifizierung, 1946-1947, sin paginar.

291. Ibidem.

292. StAF C5/1, 1323, Veröffentlichung der Entnazifizierungsurteile im Amtsblatt, 1946-47, sin paginar.

293. Habermas, R. Diebe vor Gericht. Die Entstehung der modernen Rechtsordnung im 19. Jahrhundert, Fráncfort del Meno, Campus Verlag, 2008, p. 100 y ss.

294. Niethammer, L. Die Mitläuferfabrik, op. cit. p. 613 y ss.

295. Röhrich, L. Lexikon der proverbwörtlichen Redensarten (Friburgo: Herder, 1999), p. 716.

296. Leßau, H. Entnazifizierungsgeschichten, op. cit., p. 134.

297. Niethammer, L. Die Mitläuferfabrik, op. cit., p. 613.

298. Cálculo basado en las siguientes series de archivo: LAB B REP. 031-01-01, Entnazifizerungskommission beim Magistrat von Groß-Berlin, Wilmersdorf, 1949, sin paginar.

299. Lutter, H. Tagebücher meiner Mutter, op. cit., p. 88.

300. Ibid, p. 89.

301. Ibidem.

302. LAB B REP. 031-01-01/11, Elfriede Müller, sin paginar.

303. StAF B725/1, 11268, Zeugnisse zum Entnazifizierungsverfahren über den Hauptlehrer Hubert Deger, 1945, sin paginar.

304. Ibidem.

305. Ibidem.

306. Ibidem.

307. Ibidem.

308. Didier Fassin, «La suplantación. Stratégies rhétoriques et constructions identitaires dans les demandes d'aide d'urgence», Annales. Histoire, sciences sociales, vol. 55, 2000, p. 955-981.

309. El rango SS de Unterführer correspondía al de teniente en el Ejército regular.

310. LAB C REP. 031-02-18/151, Otoño Karl Raquet, 1949, sin paginar.

311. Ibidem.

312. Ibidem.

313. Staatsarchiv Hamburg, Gesundheitsbehörde, Vorgänge doctor Kurt Steinbach, Entnazifizierungsverfahren, septiembre de 1949-enero de 1954, sin paginar.

314. Ibidem.

315. Staatsarchiv Hamburg, 131-11-829, Personalamt, 1948, sin paginar.

316. Ibidem.

317. LAB E REP. 400-31, n° 14, op. cit. sin paginar.

318. Se trata obviamente de una referencia a la obra de Howard Becker (Outsiders, 1963), que demuestra que una norma siempre se construye socialmente. Aplicado a nuestro tema, está claro que la desnazificación señala una forma de perversión, y es precisamente esta dimensión estigmatizadora vinculada al señalamiento la que suscita las críticas de la población alemana.

319. Hertz, H-F. Kirchen im Nationalsozialismus. Kollektivbiografische Untersuchung der schleswig-holsteinischen Pastorenschaft, Berlín, De Gruyter, 2022.

320. Véase la biografía de Sascha Hinkel, Adolf Kardinal Bertram. Kirchenpolitik im Kaiserreich und in der Weimarer Republik, Paderborn, Schöningh Verlag, 2010, p. 336.

321. Vollnhals, C. Evangelische Kirche und Entnazifizierung, 1945-1949, Múnich, Oldenbourg, 1989.

322. StAF C5/1, 1402, Eingabe des katholischen Pfarramtes Unterbaldingenwegen der in seinem Sprengel ausgesprochenen Entnazifizierungsurteile, 1947-1948, sin paginar.

323. Ibidem.

324. Ibidem.

325. Ibidem.

326. Ibidem.

327. Ibidem.

328. Ibidem.

329. Plessner, H. Grenzen der Gemeinschaft [1924], Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2020, p. 28.

330. Declaración de Culpabilidad de Stuttgart, 18 de octubre de 1945. Versión original disponible en línea: https://www.ekd.de/11300.htm.

331. El pastor Marc Boegner, presidente de la Federación Protestante Francesa, no fue autorizado a viajar a Stuttgart por el Mando Militar estadounidense debido a sus vínculos con el régimen de Vichy.

332. Declaración de Culpabilidad de Stuttgart, op. cit.

333. Ibidem.

334. Carta del 26 de abril de 1946, citada en Hermann Diem (ed.), Kirche und Entnazifizierung, Stuttgart, Kollhammer Verlag, 1946, p. 74.

335. Villey, M. «Jusnaturalisme. Essai de définition», Revue interdisciplinaire d'études juridiques, vol. II. 17, n.° 2, 1986, pp. 25-32.

336. Diem, H. (ed.), Kirche und Entnazifizierung, op. cit. p. 21.

337. Declaración de Treysa de 2 de mayo de 1946, citada ibidem, p. 68-69.

338. Ibidem.

339. Ibidem, p. 70.

340. Este era el contenido del artículo 58 de la Ley de 5 de marzo de 1946.

341. Se trataba de una alusión a la directiva n.° 24 relativa a la Ley de 5 de marzo de 1946.

342. Ludwig, H. «Die Entstehung des Darmstädter Wortes», Beiheft zur Jungen Kirche, n° 8-9, 1977.

343. Diem, H. (ed.), Kirche und Entnazifizierung, op. cit. p. 33.

344. Ibidem.

345. Diem, H. Das Rätsel des Antisemitismus, Múnich, Kaiser Verlag, 1960.

346. Maritain, J. Le Mystère d'Israël, París, Desclée de Brouwer, 1965.

347. Timoroumenos, La Robe brune, París, Logos, 1936.

348. Jouanjan, O. Justifier l'injustifiable. L'ordre du discours juridique nazi, París, Puf, 2017.

349. Chapoutot, J. La Loi du sang. Penser et agir en nazi, París, Gallimard, 2014.

350. Dreier, H. Die deutsche Staatsrechtslehre in der Zeit des Nationalsozialismus. Europäisches und nationales Verfassungsrecht. Der Staat als Wirtschaftssubjekt und Auftraggeber: Berichte und Diskussionen auf der Tagung der Vereinigung der Deutschen Staatsrechtslehrer in Leipzig vom 4. bis 6. Oktober 2000. Oktober 2000, Berlín, De Gruyter, 2000, p. 10-72.

351. Van Laak, D. Gespräche in der Sicherheit des Schweigens. Carl Schmitt in der politischen Geistesgeschichte der frühen Bundesrepublik, Berlín, Akademie Verlag, 1993.

352. Ternon, Y. «La robe brune. Les juristes allemands et le nationalsocialisme (1933-1936)», Revue d'histoire de la Shoah, n.° 170, 2000, p. 68-87.

353. Lenz, H. Der Schluss-Strich ? Gedanken zur Entnazifizierung, Colonia, Epoche, 1948.

354. Ibidem, p. 39; p. 58.

355. Fundada en 1922 en Berlín, esta asociación fue disuelta por Otto Koellreutter en 1938. Refundada en 1949, comenzó a reintegrar en la década de 1950 universitarios comprometidos con el nacionalsocialismo, como Ernst Huber de la Universidad de Fribourg-en-Brisgau.

356. Véase Wenzel, M. Rechtsproblem des Mitläufers, Nuremberg, Tümmel, 1949; et Rechtsstellung der entnazifizierten Beamten. Kritische Rechtsbetrachtungen zum Bundesgesetz zu Artikel 131 des Grundgesetzes, Núremberg, Tümmel, 1949.

357. Schmidt, J.; Koellreutter, O. 1883-1972. Sein Leben, sein Werk, seine Zeit, Fráncfort de Meno, Peter Lang, 1995.

358. Koellreutter, O. Die Entnazifizierung. Eine Sünde wider Recht und Ehre, Landau, Gepel, 1954.

359. Ibidem, p. 1.

360. Koellreutter, O. Das Wesen der Spruchkammern und der durch sie durchgeführten Entnazifizierung. Ein Rechtsgutachten, Göttingen, Göttinger Verlagsanstalt, 1954, p. 1.

361. Koellreutter, O. Die Entnazifizierung, op. cit., p. 1.

362. Ibidem.

363. Koellreutter, O. Das Wesen der Spruchkammer…, op. cit., p. 19.

364. Koellreutter, O. Deutsches Staatsrecht, Stuttgart, Kohlhammer, 1953, p. 43 et p. 300.

365. Koellreutter, O. Das Wesen der Spruchkammer…, op. cit., p. 6.

366. Ibidem, p. 4.

367. Ibidem, p. 8.

368. Ibidem, p. 2.

369. Koellreutter, O. Das Wesen der Spruchkammer…, op. cit., p. 10.

370. Glon, E. «Le film comme crime: le cas Veit Harlan», Raisons politiques, n.° 34, 2009, p. 167-189.

371. Judío de corte, Joseph Süss Oppenheimer fue un banquero que trabajó para el duque de Wurtemberg, y se convirtió en un influyente consejero antes de ser condenado a muerte y torturado en 1738. Esta figura fue explotada por la tradición antisemita, que lo erigió en modelo del judío embustero. Véase Claude Singer, Le Juif Süss et la propagande nazie. Une histoire confisquée, París, Les Belles Lettres, 2003.

372. Harlan, V. Le Cinéma allemand sous Goebbels, traducido del alemán por Albert Cologny, France Empire, París, 1974.

373. Carta del archivo Julius Bab, citada en Frank Noack, Veit Harlan. The Life and Work of a Nazi Filmmaker, Kentucky, University Press of Kentucky, 2016, p. 261.

374. Noack, F. Veit Harlan, op. cit. p. 404.

375. LAB E REP. 400-31, n.° 6, Entnazifizierungsvorgang Veit Harlan, p. 7.

376. Ibidem, sin paginar.

377. Ibidem.

378. Ibidem.

379. Citado en Noack, F. Veit Harlan, op. cit. p. 264.

380. Puede consultarse la entrevista oral con F. Sarne realizada en 1981 en la página web del Museo Conmemorativo del Holocausto de Estados Unidos en Washington: https://collections.ushmm.org/search/catalog/irn566128.

381. LAB E REP. 400-31, n.° 6, op. cit. p. 3.

382. En la noche del 28 al 29 de abril de 1945, Penzberg, una ciudad minera de la Alta Baviera, fue escenario de la masacre de una docena de hombres y mujeres comunistas y socialdemócratas, fusilados o ahorcados por «alta traición» por soldados de un regimiento de lanceros y de una unidad de Werwolf dirigida por Zöberlain.

383. En los relatos del juicio elaborados entre diciembre de 1946 y marzo de 1947 por Germaine Tillon para el boletín Voix et Visages, publicado por la asociación nacional de antiguos deportados y presos de la Resistencia, no se menciona a Otto Zippel. Los boletines pueden consultarse en el sitio web de la biblioteca digital de La Contemporaine - Bibliothèque, archivos, musée des mondes contemporains: https://argonnaute.parisnanterre.fr/ark:/14707/a011446470693cPoMQe.

384. LAB E Rep. 400-31, n.° 6, op. cit. p. 7.

385. Ibidem.

386. Según la biografía de Frank Noack (Veit Harlan, op. cit., p. 268), Harlan recibió entre 80 000 y 123 000 RM por dirigir El judío Süss. Estos pingües honorarios seguían siendo inferiores a los ingresos de los grandes actores de la época, como Emil Jannings, que podía ganar hasta 150 000 RM por película.

387. Ibidem.

388. Palabras de E. Wandschneider recogidas por un periodista del semanario Der Spiegel en un artículo del 8 de abril de 1949 titulado «Totentänze in der Scheffelstraße» (Danzas de la muerte en Scheffelstraße).

389. LAB E REP. 400-31, n° 6, Entnazifizierungsvorgang Veit Harlan, sin paginar.

390. Ibidem.

391. De hecho, V. Harlan acudió al Gobierno General en Lublin acompañado de sus ayudantes Alfred Braun y C. Carstennsen. Al final, abandonó el plan de trabajar con judíos del gueto por el riesgo de epidemias asociado a su transporte. Escogió extras judíos de Praga y rodó con ellos las secuencias de la sinagoga y la entrada de los judíos en Stuttgart en un estudio de Praga.

392. LAB E REP. 400-31, n.° 6, op. cit.

393. El matrimonio duró dos años, de 1922 a 1924. Dora Gerson fue excluida del cine a partir de 1933, y en 1936 huyó a los Países Bajos. Detenida en 1942 por intentar cruzar a Suiza, fue enviada a Auschwitz, donde falleció en las cámaras de gas con su segundo marido y sus hijos en febrero de 1943.

394. LAB E REP. 400-31, n.° 6, Entnazifizierungsvorgang Veit

Harlan, sin paginar.

395. Ibidem.

396. Matthias, O. «Der Malermeister», Der Spiegel, n.° 17, 22 de abril de 1949.

397. Tägliche Rundschau, 24 de abril de 1949.

398. W. B, «Veit Harlan», Neues Deutschland, 27 de abril de 1949, p. 1. https://dfg-viewer.de/show/?set%5Bmets%5D=https://content.staatsbibliothekberlin.de/zefys/SNP2532889X-19490427-0-0-0-0.xml

399. Mouralis, G. Le moment Nuremberg. Le procès international, les avocats et la question raciale, París, Presses de Sciences Po, 2019.

400. Ginzburg, C. El juez y el historiador, traducido del italiano por M. Bouzaher et al, París, Verdier, 1997, p. 24.

401. Werner Salig permaneció en Baja Sajonia apenas dos años. Regresó a la zona ocupada por los soviéticos en 1949, donde se convirtió en asesor fiscal. Abandonó definitivamente la RDA en 1952 y se trasladó a Alemania Occidental, donde inició una carrera como ejecutivo en el FDP.

402. Entre 1949 y 1952, esta estructura se denominó Instituto Alemán de Historia de la Era Nacionalsocialista (Deutsches Institut für Geschichte der Nationalsozialistischen Zeit).

403. LAB E REP. 400-31, n.° 8, Entnazifizierungsvorgang Oscar von Hindenburg, 1949, p. 1.

404. Ibidem.

405. Ibidem.

406. Durante la República de Weimar, este título era puramente honorífico.

407. LAB E REP, 400-31, op. cit., p. 15.

408. Ibidem, p. 54.

409. Ibidem, p. 16.

410. Ibidem, p. 19.

411. Ibidem, p. 20.

412. Ibidem.

413. Ibidem, p. 22.

414. Mühleisen, H. «Das Testament Hindenburgs vom 11. Mai 1934», Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte, vol. II. 44, n.° 3, 1996, pp. 355-371.

415. LAB E REP. 400-31, op. cit. p. 137.

416. Ibidem, p. 139.

417. Ibidem, p. 148.

418. Ibidem.

419. Ibidem, p. 149.

420. Ibidem, p. 164.

421. Ibidem, p. 165.

422. Ibidem, p. 166.

423. Ibidem, p. 170.

424. Weber, M. El erudito y el político, traducido del alemán por Julien Freund, París, Plon, 1959.

425. Botrot, J. Une Allemagne toute neuve, op. cit. p. 48.

426. Vincent, M-B. «Punir et rééduquer: le processus de dénazification (1945-1949)», en M.-B. Vincent (ed.), La Dénazification, op. cit. p. 9.

427. Kogon, E. «Das Recht auf den politischen Irrtum», Frankfurter Hefte, n.° 2, 1947, p. 641-655.

428. Tagebucharchiv Emmendingen, 4483/1-8, Tagebuch Else Martha Lotte Nehm, vol. II. III, 12 de octubre de 1944-junio de 1947, p. 37.

429. Citado en Hubert Lenz, Der Schluss-Strich, op. cit. p. 65.

430. Véase la entrevista concedida por Danilo Martucelli en «La responsabilisation, nouvelle forme de domination», en Xavier Molénat (ed.), L'Individu contemporain. Regards sociologiques, Auxerre, Éditions Sciences humaines, 2014, p. 206-208.

431. Gurvitch, G. «La multiplicité des temps sociaux», La Vocation actuelle de la sociologie, t. II: Antérieurs et perspectives, París, Puf, 1963, pp. 325-430.

432. Véase el análisis crítico y matizado de este concepto del filósofo Karl Jaspers, Die Schuldfrage. Von der politischen Haftung Deutschlands, Heildeberg, Lambert Schneider Verlag, 1946.

433. Camarade, H. «Le passé national-socialiste dans la société ouest-allemande entre 1958 et 1968. Modalités d'un changement de paradigme mémoriel», Vingtième siècle. Revue d'histoire, n.° 110, 2011, p. 83-95.

434. Giordano, R. Die zweite Schuld oder Von der Last, Deutscher zu sein, Hamburgo, Rasch und Döhrung, 1987.

435. Niethammer, L. Die Mitläuferfabrik, op. cit.

436. H. Rosenwein, B. Las comunidades emocionales en la Alta Edad Media, op. cit.

437. Beauchez, J. Les Sauvages de la civilisation. Regards sur la Zone, d'hier à aujourd'hui, París, Amsterdam, 2022, p. 381-399.

438. Jaspers, K. Die Schuldfrage, op. cit.

439. Van Gennep, a. Les Rites de passage. Étude systématique des

rites, París, Picard, 1981.

440. H. Beattie, A. Campos de internamiento aliados en la Alemania ocupada. Extrajudicial Detention in the Name of the Denazification, 1945-1950, Cambridge, Cambridge University Press, 2021.

441. Miard-Delacroix, H. Willy Brandt, París, Fayard, 2013.

442. Ther, P. Die neue Ordnung auf dem alten Kontinent. Eine Geschichte des neoliberalen Europa, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 2014.

443. Mau, S. Lütten Klein. Vivre en Allemagne de l'Est, traducido del alemán por Christophe Lucchese, París, Éditions de la Maison des sciences de l'homme, 2021.

444. Wolfrum, E. Die geglückte Demokratie. Geschichte der Bundesrepublik Deutschland von ihren Anfängen bis zur Gegenwart, Stuttgart, Klett-Cotta, 2006; Heinrich August Winkler, Histoire de l'Allemagne, XIXe et XXe siècles. Le long chemin vers l'Occident, traducido del alemán por Odile Demange, París, Fayard, 2005.

445. Miard-Delacroix, H. «Editorial. L'Allemagne a produit son propre aveuglement face à l'extrême droite», Allemagne d'aujourd'hui, n.° 231, 2020 p. 3-4.

Índice de contenido

Lista de abreviaturas

Prólogo

La desnazificación, o el estatus de la verdad en la historia

Introducción. La desnazificación como experiencia

Atención a los detalles

Buscar a los responsables y no a los culpables

Un pasado siempre presente

Un fantasma del pasado

La desnazificación: entre lógica depuradora, régimen emocional y trabajo cultural

Una memoria que no se enfría

La historia de un fracaso

Una producción historiográfica muy densa

Un discurso precoz sobre el fracaso

Volver a hacer de la desnazificación un enigma de la historia

Año cero: entre ruinas y apatía

Alemania: una sociedad del colapso

Las ruinas o la medida del orgullo humano

Un desafío logístico y humano

La retirada de escombros como castigo

Las mujeres y la cuestión de la retirada de escombros

¿Una sociedad apática?

Mil y una formas de desnazificar, o el rigor punitivo americano-soviético

Una titánica ambición común

Primero, una voluntad americana

Una puesta en marcha diferenciada entre cada zona de ocupación

Berlín, zona de observación preferente de la desnazificación

Una política soviética severa pero improvisada

El rigor de la purga estadounidense

Mil y una maneras de desnazificar o el pragmatismo francobritánico

El llamado a la moderación del alcalde de Hamburgo

Prioridad a la administración indirecta en el sector francés

La amnistía, la otra cara de la desnazificación

Una herramienta clásica para salir de la guerra

Prioridad para los jóvenes

El cuestionario o el espejo del alma nazi

«El país del cuestionario»

Al principio era el cuestionario

Una solución burocrática para un problema político

Los orígenes estadounidenses del cuestionario

Entre la herramienta de evaluación y la experiencia individual

Los comités de desnazificación o el voluntariado político

Un apoyo burocrático femenino

Un voluntariado político en el fundamento moral de la democracia

Los gestores de la desnazificación: de los investigadores a los evaluadores

Investigadores: los primeros eslabones de la cadena de desnazificación

Comités de desnazificación

Un mundo de parias o la solidaridad alemana

El surgimiento de una comunidad de víctimas

Formas de solidaridad con los «parias»

La economía de la inocencia: entre la recomendación y la súplica

Una práctica social con efectos desiguales

La cruzada antidesnazificación de las Iglesias

Las Iglesias o la cruzada del iusnaturalismo

Un reconocimiento superficial de la culpabilidad o el argumento iusnaturalista

Voces críticas aisladas

La desnazificación como «enfermedad crónica»

Entre la seguridad del silencio y la denuncia de la desnazificación

La cruzada a destiempo de Otto Koellreutter

El caso Veit Harlan o la responsabilidad artística en el exterminio de los judíos

Un escándalo político y cultural

Un hombre libre

La búsqueda de la reinserción profesional de «Harlan el maldito»

La indulgencia del tribunal

El tribunal de la historia o el error político de Oskar von Hindenburg

La voluntad de judicializar el pasado reciente

Un juicio puede ocultar otro

¿Responsable pero no culpable?

Responsabilidad política frente a responsabilidad individual

Conclusión

La experiencia de la desnazificación: ni completa ni irreprochable

Una experiencia ni completa ni irreprochable, pero espectacular

Una experiencia temporal desincronizada

Una experiencia emocional

¿Una experiencia de cambio de cultura política?

Apéndices

Bibliografía recomendada

Agradecimientos